

¿Qué es ser filósofo?

Miradas de una juventud filosófica



Alberto Constante (Coord.)



¿Qué es ser filósofo?

**Miradas de una juventud
filosófica**

Alberto Constante (Coordinador)



**REFLEXIONES
MARGINALES**



Alberto Constante López (Coord.)

México: Editores y Viceversa, 2021.

p.382; 16.5 x 23 cm

ISBN: : 978-607-99062-5-2

2. Biografías filosóficas

*La fotografía de portada pertenece a “Fluid motion/
mecánica de fluidos” y muestra la experimentación con lacas
automotivas que realizó Berta Kolteniuk [@bertakolteniuk]
en colaboración con investigadores del Instituto de
Investigaciones en Materiales de la UNAM, dentro del
programa Arte, ciencia y tecnología.*

“¿Qué es ser filósofo? Miradas de una juventud filosófica

Alberto Constante López (Coordinador)

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional Autónoma de México

Editores y Viceversa: 2021

Ediciones autorizadas para venta en todo el mundo

ISBN: 978-607-99062-5-2

direcciongeneral@editoresyviceversa.com

Todos los Derechos Reservados

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la copia o la grabación sin la previa autorización por escrito de los editores.

Fotografía de portada: Berta Kolteniuk

Fluid Motion, mecánica de fluidos, 2020

Laca automotiva / MDF

6 piezas de 200 x 30 cm c/u.

Proyecto realizado en colaboración con investigadores del Instituto de Investigaciones en Materiales de la UNAM, dentro del programa ACT/FONCA.

Diseño y formación editorial: Edmundo García Saldaña/Valentina Tolentino Sanjuan

Contenido

Prólogo	1
Juan Alberto Bastard Rico	5
Jacqueline Calderón Hinojosa	20
Karla Castillo Villapudua.....	36
Ramón Chaverry Soto.....	46
Helena Chávez Mac Gregor	61
Gonzalo Chávez Salazar.....	86
Donovan Adrián Hernández Castellanos	104
Vanessa Huerta Donado	129
Rogelio Laguna.....	149
Bily López	160
Luis Fernando Mendoza Martínez.....	182
Zaida Verónica Olvera Granados.....	201
Ana Carolina Patto Manfredini.....	221
Viridiana Pérez	234
César Alberto Pineda	251
Leonardo Ramos-Umaña	276
Alejandra Rivera Quintero	289
Arturo Romero Contreras	313
Carolina Terán Hinojosa	344
María Valeria Sonna.....	360
Carlos Alberto Vargas Pacheco.....	371

Prólogo

Deleuze escribió que “Tal vez no se pueda plantear la pregunta ¿Qué es la filosofía? hasta tarde, cuando llegan la vejez y la hora de hablar concretamente. De hecho, la bibliografía es muy escasa. Se trata de una pregunta que nos planteamos con moderada inquietud, a medianoche, cuando ya no queda nada por preguntar”.

Quizá tenga razón y preguntarnos qué es eso de filosofía siempre sea inoportuno si no alejado de la realidad; quizá sea cierto y solo debemos preguntarnos ¿Qué es eso de filosofía? cuando hayamos alcanzado la serena paz que en las novelas se alcanza con la vejez. Descreo, desde luego, de ello. Estoy convencido de que hoy por hoy, es imprescindible discutir, plantear, trazar, conversar, contender, luchar para tener alguna idea de lo que es eso de la filosofía.

El mismo Deleuze también escribió, sin haber llegado a la vejez, que “la filosofía es el arte de formar, de inventar, de fabricar conceptos”. Y agrega con amplitud de miras: “Pero no bastaba con que la respuesta contuviera el planteamiento, sino que también tenía que determinar un momento, una ocasión, unas circunstancias, unos paisajes y unas personalidades, unas condiciones y unas incógnitas del planteamiento. Se trataba de poder plantear la cuestión «entre amigos», como una confidencia o en confianza, o bien frente al enemigo como un desafío, y al mismo tiempo llegar a ese momento, cuando todos los gatos son pardos, en el que se desconfía hasta del amigo. Es cuando decimos: ‘Era eso, pero no sé si lo he dicho bien, ni si he sido bastante convincente’.” Este es el punto, determinar el momento, unas circunstancias, unas preguntas que van directo no a definir lo que sea la filosofía, sino en acercarnos de manera indirecta al empuje de lo que dice la filosofía, de lo que puede decir la filosofía de sí misma, tomada en el discurso de un conjunto de filósofos que nos hablan, desde su experiencia, del quehacer de la filosofía.

Estamos en tiempos de crisis, desde hace mucho es el ambiente en el que nos desarrollamos, pero en este preciso momento, en estas circunstancias tan especiales como lo es el encierro provocado por

la pandemia del nuevo coronavirus, me pareció pertinente pedirles a estas filósofas y filósofos que reflexionaran sobre su propio camino. Había que pensar, cavilar en tiempos de serenidad desgarrada.

En estas “entrevistas” que les proporcioné a cada uno estos jóvenes talentos, lo que les pedí es que contestaran lo más sinceramente posible, que se alejaran del tono académico que sacrifica tantas cosas, que hace que se acartone cualquier pensamiento, y que contestaran desde sí mismos, con el cuidado de sí, como decían los estoicos. Todos, o casi todos, parecieron tener en cuenta aquello que Foucault destacó hace tiempo: “[...] desde Nietzsche la filosofía tiene la misión de diagnosticar, y ya no se dedica solamente a proclamar verdades que puedan valer para todos y para siempre. Yo también intento diagnosticar y diagnosticar el presente; decir lo que hoy somos, lo que significa decir lo que decimos. Esta labor de excavación bajo nuestros propios pies caracteriza al pensamiento contemporáneo desde Nietzsche y en este sentido puedo declararme filósofo”.

No fue sencillo, enfrentarse a sí mismo pensando en que se leerá en un futuro inmediato es algo que tiene pesos y contrapesos: ¿Cómo hacer que se piense lo que no piensa, que habite un espacio que en todo momento se le escapa a la manera de una ocupación muda, que vivifique, por una especie de movimiento congelado, esta figura de sí mismo que se le presenta bajo un efecto de superficie como algo que no se deja asir? ¿Cómo pueden estos jóvenes talentos, ser aquellos cuya vida de pronto se convierte en una red que puede tocar a otros y cuya experiencia personal, puede ser esa fuerza enterrada que se desborda infinitamente para inspirar la experiencia de esos otros; aquellos que caminan sobre senderos que ya se han pisado pero de quienes, paradójicamente, cada huella es distinta, es nueva? ¿Cómo explicar que este quehacer llamado filosofía, cuyas exigencias y leyes se les imponen con un rigor extraño, hace una forma de vida?

Ese quehacer, sin embargo, es el que compone la articulación de nuestro propio presente y sigue siendo testigo de la enorme crisis que vivimos; testimonia el escepticismo ante un futuro incierto en que las esperanzas solo son como frágiles pensamientos que no pueden aferrarse a nada.

También hablo de un futuro específico y sui géneris: del futuro de la filosofía, y de quienes se han comprometido con ella. Este libro que presento quiere ser testimonio de cómo llegaron a ella este grupo de jóvenes filósofos, venidos de diferentes partes, de lugares desemejantes, heterogéneos, con raíces distintas y motivaciones alejadas unas de las

otras. Este libro quiere ser testimonio de cómo estos jóvenes filósofos han sorteado las dificultades y vicisitudes que se les han presentado en su tránsito por la filosofía. Mostrar, al mismo tiempo, los caminos que han tenido que recorrer, igual señalar sus dudas, sus logros; ellos y ellas hablan aquí de sus anhelos, de sus deseos, de sus dolores, pero también de sus proyectos, de sus sueños imposibles. Como sea, nos hablan de su presente y de su futuro.

A decir verdad, hemos tenido que elegir entre muchos jóvenes filósofos. Toda tarea de selección lleva en sí misma sus propios límites: quien dice seleccionar dice en efecto descartar. No faltarán quienes lamenten la ausencia de ciertos filósofos, pero era imposible tenerlos a todos. No había otro modo de hacerlo. A todos los que están aquí pienso que era necesario hacerlos hablar, visibilizarlos, que nos narraran esas historias en donde se configura un discurso que nos dice de su empuje creador, de un discurso que desconfía de sus propios juicios. Lo que he querido hacer aquí es la puesta en marcha de lo que señaló Agamben en su día: “Sólo haciendo cuentas con su historia, el hombre puede acceder a su verdad.” Nada más cierto, al final, todos parecen coincidir en algo que también el filósofo romano ya había dicho: “[...] la filosofía no es una disciplina, la filosofía es una intensidad, que, como sucede en un campo magnético o en un campo eléctrico, puede atravesar cualquier ámbito y cualquier disciplina”.

La filosofía esta ahí, exasperadamente viva, y este libro, con sus narrativas, con las biografías contadas por los propios filósofos nos hacen vibrar por la intensidad con la que se expresan.

Tenemos a los grandes maestros cuya presencia inexorable nos indica tanto la viveza de la filosofía como su lucha irrestricta por sobrevivir, por dar una explicación a las grandes cuestiones del quehacer humano, ese camino irrecusable del que se sabe no nos dará una explicación sino tan solo quizás apuntes, aproximaciones, jirones de esa realidad que está delante de nosotros o, como diría el imprescindible Nietzsche: “La metafísica, la religión, la ética, el conocimiento provienen todos del gusto del hombre por la mentira, de su fuga de la verdad, de su negación de la verdad”.

Sin querer empeñarme en su defensa, puedo decir que la filosofía siempre ha sido un lujo imprescindible. A primera vista, se me podría objetar que aquí se encuentra una contradicción. Sin embargo, permítanme hacer una pequeña digresión pues lo que hay son más preguntas que respuestas: eso es propiamente la filosofía, un preguntar sin resolución, una angustia cada

vez más fuerte y lacerante por la falta de soluciones en medio de la vida pragmática que todo lo soluciona, y conforma disciplinaria, cómodamente, en medio de una vida que se arregla en apariencia a la levedad mientras que perdemos el horizonte auténtico de esa misma levedad en medio de la pesadez. Todos a quienes seguimos entusiasmados por estos caminos, como estos autores que escriben y aguardan a la filosofía, nos sigue apasionando el temblor del pensar, el abismo, la puesta en marcha de la locura frenética y encarnizada por la pasión de preguntar hasta que se nos ahogan las preguntas en la garganta.

Nada tan difícil de contestar a esas interrogaciones que Kant echó fuera de los límites de la razón, fuera de los límites del conocimiento pero que siguen ahí, como el mismo Kant lo dijera, como cuestiones netamente humanas, pero sin respuesta. De otra manera, ¿cómo contestar eso que radica en el encantamiento de la tentación de absoluto que aún nos atrapa? ¿Cómo huir del amor por la escurridiza e indefinible sabiduría de la que solo sabemos por los grandes maestros pero que en nuestro mundo apenas, tras un sordo murmullo, se nos presenta como la gran metáfora, la gran coartada del conocimiento? ¿Cómo no seguir planteando esas llamadas grandes preguntas, esas interrogantes que se han mostrado a lo largo de la historia como permanentes y que se niegan a una respuesta?

Más aún: ¿Es justificable continuar en la enmarañada actividad interrogativa y aislarse de los ingratos o deliciosos eventos de la vida cotidiana? ¿Acaso como nuevos Faustos hemos de empeñar nuestra existencia en ese afán de saber que no nos desanime de ningún empeño, ni que esas empresas desconcierten nuestro obstinado afán de saber? Hay que recordar que todos los mitos tienen su lado de luz y su lado de sombra, su culto diurno y su orgía mistérica, pero solo Fausto reclama explícitamente, en cada fase, la complementariedad del lado oculto que se le hurta. Fausto es lo uno y lo otro, justo como la filosofía que es ciencia, sapiencia y suprema ignorancia. Leo los textos que aquí se publican y quedo conmovido: son declaraciones de una pasión sin límites. A todos los que aquí escriben les doy las gracias, por su pasión, por su entrega, por su sinceridad que es ejemplar.

Alberto Constante
Año de la pandemia 2021

Juan Alberto Bastard Rico



Nació el 16 de diciembre de 1987,
en la Ciudad de México, antes Distrito Federal.
Es egresado y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Si bien una tía cuenta que desde niño la desesperaba por preguntar —como si fuera ya un pequeño filósofo— el porqué de ciertas cosas, y luego el porqué de la explicación que daba y, a su vez, el porqué de la nueva explicación y así *ad infinitum* —o hasta que ella, en su desesperación, me callara—, mi acercamiento a la filosofía propiamente comienza en la época preparatoria.

Antes de ello ignoraba la existencia de la filosofía. La primera vez que la escuché fue al ingresar en la Escuela Nacional Preparatoria 3, específicamente en la materia de Literatura Española, con una profesora llamada Mónica Espinosa —a la que recuerdo con un estilo *dark* cautivante, mientras hablaba siempre en un tono sosegado—. Sé que lo normal hubiera sido que me enterara de la filosofía en la clase de Lógica; pero ocurrió entonces que, durante las primeras semanas, mi grupo no tuvo profesor, hasta que llegó Rosa Elena Pérez de la Cruz. Así que puede decirse que ella fue mi primera profesora filósofa, aunque no la primera a quien escuché hablar de filosofía.

Ella era una persona de un carácter muy peculiar, voluble, que en un momento podía estar de muy buen humor, bailando incluso y, de pronto, por cualquier cosa, podía tener arranques de furia. La recuerdo con la vista fija de repente, con sus ojos saltones dominicanos —porque era dominicana— en la mirada de algún compañero de la clase, tras lo cual decía: “no quiera hacerle al *Mickey* conmigo” (entiéndase como “no quiera hacerse el gracioso”). Era, sin embargo, ese carácter inconstante lo que le daba también una personalidad atractiva; como sea, fue una profesora que no pasaba para nada desapercibida. Así fue como entre estas dos profesoras la palabra “filosofía” daba sus primeros ecos en mis oídos: una platicaba de escritores y filósofos con su cautivante estilo *dark* y en su tono siempre apacible, otra nos leía apasionadamente fragmentos filosóficos o explicaba qué era un silogismo y qué una falacia.

No obstante, el momento de la decisión vino en el segundo año de preparatoria, al conocer en la clase de Ética a mi segunda profesora filósofa y a quien se convirtiera hasta la fecha en una suerte de Virgilio de mi trayecto profesional: Xóchitl López Molina. Fue su capacidad crítica y de análisis de problemas en torno a temas como la justicia, la responsabilidad, el amor, la sociedad y la realidad mexicana lo que hizo que por primera vez me planteara la idea de dedicarme profesionalmente a la filosofía. En gran medida contribuyó también su disposición a platicarme acerca de los pormenores de la carrera cuando le mostré mi interés por estudiarla; interés que ella cultivó al motivarme a escribir un ensayo filosófico para un concurso interpreparatoriano —en el que gané una medalla con un escrito sobre el pensamiento filosófico de Sor Juana.

“En medio del espíritu rebelde de la edad, creo que poco me importó saber que terminaría como un docente económicamente mal retribuido, pues no había ya otra opción para mí.”

En medio del espíritu rebelde de la edad, creo que poco me importó saber que terminaría como un docente económicamente mal retribuido, pues no había ya otra opción para mí; los intereses que tenía en otras áreas del saber, en las que quizá me desarrollaría, como las letras o la biología, habían disminuido en detrimento de la encantadora filosofía. Así que me había ya determinado a estudiarla. Pensaba que quizá luego podía volver a esos otros intereses desde la filosofía, dada su apertura y la amplitud de temas que aborda.

Entré pues a la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) en agosto de 2006, gracias al pase automático de la UNAM, emocionado por estudiar la carrera que deseaba. Me sorprendió de inicio su vitalidad: el ver a miles de estudiantes entrar a clases mientras otros salían, y la cantidad de vendedores ambulantes que se colocaban afuera —formaban prácticamente un pequeño tianguis o mercado en ese pasillo, que va del circuito hasta la entrada de la facultad—. Y en medio de esa vitalidad, mundos nuevos —antes desconocidos— se abrían ante mí: por un lado, el de los conceptos filosóficos, abstracciones que me empeñaba tanto en comprender en clases; por otro, el de la música y el cine que descubría con los contenidos en formatos MP3 y los DVD que adquiría en aquel pequeño “tianguis” afuera de la facultad —el cual desapareció años después, más o menos cuando acabé la licenciatura—. En contraste con estos, introducirse en aquel mundo de los conceptos filosóficos no fue de entrada tan sencillo y agradable debido al esfuerzo intelectual que ello requiere y que, desafortunadamente, muchas veces no encuentra buen apoyo en los docentes. Si bien algunos de mis primeros profesores fueron buenos, la mayoría eran aburridísimos y otros irresponsables que llegaban tarde, o no llegaban, o incluso nunca se presentaron —yendo en sus lugares los profesores adjuntos—. Un hecho algo decepcionante.

En parte, ello contribuiría después a que dudara de mi vocación; a lo que se sumó un ambiente presuntuoso entre mis compañeros de clases que encontré poco amistoso —de hecho, en licenciatura tuve muy pocas amistades—. Por fortuna, a partir del segundo semestre uno puede elegir a sus profesores y, aunque quedan muchos por conocer, al menos descartaba a los malos conocidos —contrario al dicho, yo prefería aplicar la de “más vale bueno por conocer” y me funcionó.



¿Qué representan para ti las humanidades?

Las humanidades representan para mí en general la posibilidad de pensar críticamente los modos en que hemos configurado históricamente mundos, plexos de sentido de esta existencia nuestra y, con ello, la posibilidad de pensar imaginativamente mundos nuevos y nuevas formas de existir entre nosotros los humanos en conjunto con los otros vivientes no humanos.

Ya en un aspecto más personal e íntimo, más allá de mis investigaciones actuales, las humanidades —especialmente la filosofía y la literatura— han significado para mí una salvación en los momentos de adversidad; la posibilidad de reconfigurar mi mundo cuantas veces he tenido que hacerlo: el consuelo de un Platón que intenta demostrar que el alma es inmortal; o de un Kant que habla de lo racional que es la esperanza en la felicidad futura —quizás en otra vida—; o la palabra poética de un Miguel Hernández que

reclama ferozmente a la muerte; de una Szymborska que recuerda lo efímero de la vida y que nada se repite dos veces... han sido pequeñas luces sin las cuales esta existencia, que a veces se torna oscura, sería insoportablemente agobiante.

Y hasta ahora entiendo que quizá de eso se trata la vida, de reconfigurar el mundo, de resignificar la existencia, de inventar siempre nuevos modos de vivir con nosotros mismos, con los otros y con lo otro; y en esto indudablemente ayudan las humanidades.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

Fueron varias las dificultades que enfrenté en mi camino hacia la filosofía, sobre todo al provenir de una familia clasemediera aspiracionista. Por fortuna, ello no incluyó la oposición de mis padres, como sé que sí ha sucedido en otros casos. Hubo quienes creyeron que mi decisión no era muy acertada, y fueron algunos de mis abuelos: el abuelo materno decía que terminaría enloquecido —el secreto es que ya lo estaba—; y la abuela paterna me recordaba que debía haber estudiado ingeniería o medicina —“algo que dejara dinero”, me decía—. Con todo, mi abuelo se sentía orgulloso de que fuera el primer nieto que lograba hacer una carrera universitaria, aunque fuera aquella filosofía que me enloquecería; y mi abuela me recordó, poco antes de morir, con una brillante lucidez aristotélica, que mi destino era dedicarme a pensar el ente —entiéndase esto no como pensar entidades particulares, sino el hecho mismo de ser.

En cuanto al resto de la familia, entre tíos y primos, si acaso hubo sorpresa y los típicos cuestionamientos: “¿Qué es eso?” “¿Para qué sirve?” “¿Y a qué te vas a dedicar?” “¿Profesor?” “¿Y ganarás bien? Los profesores no ganan bien”. Y es que lo que espera una familia clasemediera aspiracionista es que uno logre sacar de pobres a los padres. Pero mis padres, o perdieron por completo las esperanzas conmigo, o las depositaron por completo en mí —confiaban en que lograría sacarlos de la pobreza aun con la filosofía—; lo cierto es que jamás cuestionaron mi resolución: para ellos ya bastante orgullo era que lograra hacer carrera universitaria y lo importante era que me dedicara

a lo que yo quisiera —lo cual siempre les agradeceré, pues no todos cuentan con esa suerte.

Así pues, con el total apoyo de mis padres y la perplejidad de otros familiares, entré a la licenciatura en filosofía en la UNAM. De inmediato los problemas económicos no se hicieron esperar: los pasajes, la comida, ¡los libros! Las ediciones baratas ya no funcionaban como en la prepa, los profesores exigían ediciones críticas y caras, y como uno comienza con los griegos y Platón y Aristóteles, lo recomendable era Gredos. Ante la imposibilidad de adquirir un Gredos —que en ese entonces valía más de 500 pesos mexicanos— o cualquier otra editorial cara, no quedaba otra opción que el préstamo bibliotecario y las fotocopias.

Por lo mismo, decidí en algún momento buscar un trabajo que me permitiera a la vez estudiar; esto con el fin de ayudar a mi padre en los gastos, al menos en lo que a mí concernía. Lo que encontré fue una “chamba” en una empresa de seguridad privada ligada a la compañía de espectáculos OCESA, en la que solo tenía que cubrir ciertas horas mínimas semanales algunas tardes y fines de semana. Así cursé el resto de la licenciatura: estudiando en las mañanas y corriendo al trabajo algunas tardes. Y ocurrió que pude comprar el primer Gredos con mi propio sueldo. Recuerdo qué libro fue exactamente: el primer tomo de los diálogos platónicos, aquel que incluye la *Apología*, que fue el primer texto filosófico que leí en mis años preparatorianos y al que le tenía especial cariño.

¿Y dentro de la filosofía?

Pues tras el problema económico vino también una crisis existencial sobre la elección de la carrera. Cuando uno comienza a leer los fragmentos de Heráclito, a Nicol, la *Paideia* de Jaeger o la *Metafísica* de Aristóteles queda de entrada perplejo —como mis familiares ante mi elección— y vienen entonces los cuestionamientos: ¿Habré elegido bien?, ¿será esto lo mío? Ahora entiendo que en esas primeras lecturas filosóficas es natural sentirse imbécil; el problema es que ese sentimiento se vio sublimado por el ambiente sumamente competitivo de la carrera, llena de gente soberbia que rivaliza por dar la opinión más sesuda, aunado a mis bajas calificaciones en los

dos primeros semestres —y eso en las asignaturas que lograba aprobar.

Pensaba entonces que quizás había errado y que debía darme tiempo para reflexionar qué quería hacer en realidad; así que la opción era darme un año sabático y ponerme a trabajar. Si la opción del sabático no se concretizó fue porque dos personas me detuvieron: mi madre, entonces ama de casa, que inmediatamente me tildó de loco —¡vaya! — en cuanto le comuniqué mi sentir; y Xóchitl López, quien me aconsejó quedarme un semestre más —mi padre, que llevaba ya entonces varios años trabajando como obrero en Estados Unidos, ni siquiera se enteró de esa decisión.

De Xóchitl recuerdo aún sus palabras: “si en este tercer semestre sigues sintiendo que no entiendes nada y vuelves a salir muy mal de calificaciones, entonces sí considera buscar otra cosa; pero ya verás que no será así contigo”. Seguí, pues, su consejo y, con la claridad de que la filosofía era lo que me apasionaba —aunque no entendiera casi nada—, me quedé un semestre más a partir del cual obtuve calificaciones de 9 y 10. Sin embargo, en ese momento tomé también la decisión de buscar un trabajo, pero uno que me permitiera a la vez estudiar.

Además, debido al retraso que tenía por las primeras asignaturas reprobadas, no logré terminar todos mis créditos en el lapso de los cuatro años reglamentarios de la carrera. Necesitaba, pues, un año más: un semestre para terminar todos los créditos y otro para terminar la tesis. El tema que había elegido para esta era el concepto de tiempo en Hegel y, para ello, ya había pensado también en un tutor: Alberto —mi tocayo— Constante, uno de los profesores que más influencia había ejercido en mí durante la licenciatura, y de cuyas clases me había convertido en fan.

No pude haber tomado mejor decisión, no solo porque congeniamos inmediatamente, sino porque también se convirtió desde entonces en el segundo Virgilio de mi trayecto filosófico. Gracias a él obtuve una beca PAPIIT que hizo posible salirme del trabajo en algún momento para dedicarme de lleno a terminar la tesis; además de comenzar a estudiar inglés, tan necesario. Inmediatamente después de titularme como licenciado entré a la maestría en filosofía, también en la UNAM. Ahí acabaron por un momento los problemas económicos al recibir la beca CONACyT.

Seguí con el trabajo enfocado a Hegel, aunque ahora en el concepto de *vida* —y comenzó a suceder, como lo había sugerido en mi época preparatoria,

que regresaría desde la filosofía a aquellos otros intereses que tenía, en este caso la biología—. Mi tocayo Constante volvió a ser mi tutor, pues conocía mi trabajo previo y me había sentido muy gustoso con él. Pero cuando terminaron los dos años que dura la maestría volvió el problema financiero, pues CONACyT dejó de dar prórrogas semestrales precisamente con mi generación, por lo que la beca estaba definitivamente terminada.

Había que conseguir algún trabajo, el cual me llegó gracias a un amigo que necesitaba ser sustituido como ayudante de una investigadora emérita del SNI: Margo Glantz —con la que volvía a otro de mis intereses preparatorianos, las letras—. La modesta cantidad que recibía con Margo me permitió independizarme por primera vez y estudiar algo de alemán. Trabajé con ella casi dos años, en los que tuve la oportunidad de aprender enormemente de literatura ayudando principalmente en las ediciones de sus libros y artículos —de los que tenía que revisar la redacción y armar el aparato crítico, buscando la información bibliográfica de las citas que ponía de entre su inmensa librería—. Y si no duré los dos años completos, o incluso más, fue porque un duro golpe vendría a mi vida, lo que habría de interrumpir mi trayectoria académica por aproximadamente un año.

En mayo de 2015 a mi padre se le diagnosticó cáncer colorrectal y decidí acompañarlo en su tratamiento, por lo que me fui a Houston —ciudad a la que él llegó a inicios del año 2000 como migrante, víctima de una crisis económica tras el sexenio de Salinas de Gortari; esta dejó a mi padre sin el trabajo que había tenido por años, y sin poder conseguir algo estable debido a su edad que entonces rondaba por los 50 años—. El tratamiento duró casi un año, lo que incluyó quimioterapias, radioterapias y una cirugía para extirpar el tumor.

Con dificultades logré graduarme de la maestría en medio de todo ello, en un pequeño viaje que hice de vuelta a México previo a la cirugía de mi padre. Luego volví a Houston y me quedé con él hasta que pudo tocar aquella campana que le hacen tocar a todo aquel que termina exitosamente el tratamiento contra el cáncer, no sin antes decir: *“ring this bell / three times well / it's toll to clearly say, / my treatment's done / this course is run / and I am on my way”*.

Y mi camino también tenía que seguir: quería regresar a México para hacer el doctorado, para lo cual me había preparado en la medida de lo posible durante mi estancia en Houston. Allá compré un par de libros de autores que había descubierto tiempo atrás y que comenzaban a interesarme: Jakob von

Uexküll y Konrad Lorenz, dos biólogos con una fuerte influencia filosófica, sobre todo kantiana, de principios del siglo XX. Leía en Uexküll acerca de los múltiples mundos animales, y en Lorenz acerca de sus comportamientos, mientras veía arrendajos azules, pájaros carpinteros y cardenales a través de la ventana del cuarto de mi padre que daba hacia un jardín.

Volví a México en 2016 con la intención de armar un proyecto de doctorado. Pero mientras lo lograba, necesitaba nuevamente un trabajo. Pensé entonces que era momento de entrar en la docencia y adquirir experiencia. Así que preparé mi *curriculum vitae* para enviarlo a donde hubiera oportunidad, principalmente a colegios privados y hasta una secundaria. Fui también a la Dirección General de la ENP, a la coordinación de Filosofía de la FES Acatlán, e incluso a la coordinación del Colegio de Filosofía de la FFyL. Todo quedaba en la recepción de mi CV y hasta de propuestas de clases que a veces me pedían, pero nada se concretaba. Solo recibía la ya clásica expresión “le hablamos si lo necesitamos”.

Hasta que de pronto salió —por mediación del amigo de una amiga de quien ya era mi amiga, Xóchitl López— una oportunidad en un colegio católico de monjas... ¡hasta Xochimilco! Pero qué importaba, era un trabajo, una oportunidad al fin; aunque bastante alejada. Hasta allá me presenté, tras haber concertado una entrevista con el entonces director del colegio, un lunes a las 7 de la mañana. Tomando un microbús, tres líneas del metro, luego el tren ligero y un último microbús, llegué puntual al destino: el Instituto Canadiense Clarac.

El director me informó que las clases eran a nivel medio superior, con un programa afiliado a la ENP; así que tenía que dar las asignaturas de Lógica, Ética e Historia de las Doctrinas Filosóficas. Y vino la prueba de fuego en ese mismo instante: “¿está preparado para dar una clase ahorita, profe?”, me preguntó el director. Le respondí que sí, muerto de nervios. Me llevó al salón donde estaba el grupo al que tenía que enfrentarme, y ahí me dejó, dos horas en medio de miradas adolescentes incrédulas. Ya no recuerdo bien ni de qué les hablé, pero salí bien librado. Así que el empleo era mío. En él duré casi tres años, desde abril de 2016.

Un segundo empleo llegó cuatro meses después, en agosto, totalmente inesperado: me llamaron del colegio de filosofía de la FFyL para dar la clase de Historia de la filosofía 7, en sustitución de un profesor que había decidido de último momento tomarse un año sabático —y así el descanso de uno

fue la oportunidad laboral de otro—. Todo parecía marchar bien de nuevo: había comenzado mi experiencia docente tanto a nivel medio superior como a nivel superior —y en mi propia facultad!—. Pude independizarme otra vez rentando un pequeño departamento y comenzaba a trabajar ya en mi proyecto de doctorado, asesorado ahora por María Antonia González Valerio, quien había accedido a dirigir mi proyecto en un tema que entonces era raro y poco conocido.

Un segundo golpe vendría a mi vida, más duro que el anterior —de esos golpes de los que dice César Vallejo que son como “el odio de dios”; y que son pocos, pero son—: la muerte de mi único hermano, menor que yo, en enero de 2017. Todo mi mundo se derrumbó. Y cayó sobre mi vida un dolor infinito que no se ha ido y que, creo, nunca se irá; y se cubrió mi vida de una oscuridad inextinguible en medio de la cual no supe qué hacer ni a dónde ir. Pero tenía que aprender a andar en la oscuridad y, en medio de ella, configurar otro mundo, uno sin mi hermano; porque él ya se había ido y yo me había quedado.

Seguí con mis clases y ese mismo año, 2017, me llegó la oportunidad de escribir en Santillana un libro de Ética para el nuevo programa de la ENP junto con Héctor Zagal, Leonardo Ramos y Alberto Ross —el libro se publicó en 2019—. Vinieron ahora sí los intentos por entrar al doctorado en la UNAM, pero con ellos también los fracasos: intenté una primera vez en el posgrado en filosofía de la ciencia, pero cometí el error de ingresar mi proyecto al área equivocada; vino luego un segundo intento ahora en el posgrado en filosofía, en donde aprobé el examen de conocimientos, pero olvidé la fecha para entregar documentos.

Ahora que miro en retrospectiva entiendo esos fracasos, pues mi vida estaba totalmente desequilibrada, muchas veces con una sensación de sinsentido de todo lo que hacía. La tercera vez no fue la vencida: volví a pasar el examen de conocimientos y no olvidé las fechas de entrega de documentos, pero el posgrado en filosofía rechazó mi proyecto —consecuencia de pretender trabajar un tema poco conocido aun, y sobre todo en México.

No obstante, aún me quedaba ánimo para un intento más, el segundo en el posgrado en filosofía de la ciencia. Hice el curso propedéutico que me pidieron, pasé las tres asignaturas y aprobaron finalmente mi proyecto. Comencé así el doctorado en agosto de 2018, bajo la tutoría de María Antonia, quien siempre fue paciente, amable y sensible con mi situación. Además de

ella, se unieron a mi comité tutorial Siobhan Guerrero McManus y Francisco

Vergara Silva, ambos biólogos y filósofos. Estoy muy feliz con todos ellos, pues han enriquecido sobremanera mi trabajo de investigación actual.

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

Fue la maestría la que me dio uno de los momentos más inolvidables de mi vida: la oportunidad de viajar a otro país para hacer la estancia académica por un semestre. Me decidí por España. Así que tenía que buscar a algún profesor de dicho país que aceptara ser mi cotutor. Varios nombres salieron al paso, algunos mensajes por correo electrónico, pero nada se lograba concretar. Hasta que se me ocurrió preguntarle a María Antonia González y ella me sugirió un nombre entonces desconocido para mí: Jacinto Rivera de Rosales, con quien, muy amablemente, me puso en contacto. Jacinto me aceptó sin mayores problemas, por lo que todo quedó listo para irme a la UNED de Madrid, donde él trabaja todavía ahora. No pude ser más afortunado al irme con él: la humildad de su persona es totalmente proporcional al vasto conocimiento filosófico que tiene; una persona, pues, ejemplar.

“Entre mis aventuras conociendo ciudades europeas —Granada, Lisboa, Roma, Barcelona y Budapest— y leyendo obras del idealismo alemán se me fueron los seis meses de estancia académica y tuve que volver a México, lleno de lecturas filosóficas pendientes.”

Allá, Jacinto acordó conmigo vernos cada dos semanas para comentar cualquier lectura que yo quisiera, según mis intereses académicos; así que lo

aproveché para comentar textos no solo de Hegel, sino también de Kant, de Fichte y de Schelling, en todo lo que él es experto. Las discusiones las comenzábamos en su oficina en la UNED y las terminábamos generalmente en algún wok to walk —un buffet de comida china— al que me invitaba a comer. Y así nos hicimos amigos de filosofía y wok, según sus propias palabras, y el viaje a Europa fue una de muchas aventuras y conocimientos. Entre mis aventuras conociendo ciudades europeas —Granada, Lisboa, Roma, Barcelona y Budapest— y leyendo obras del idealismo alemán se me fueron los seis meses de estancia académica y tuve que volver a México, lleno de lecturas filosóficas pendientes —de hecho, tuve que pagar por el sobrepeso de mi maleta en el aeropuerto debido a la cantidad de libros que traía—. Eso me impidió acabar la tesis en los dos años de maestría, pues necesitaba tiempo para leer todo aquello; y fue cuando tuve que enfrentarme al nuevo desafío económico.



Alberto Bastard Rico y Jacinto Rivera de Rosales

Desafortunadamente, la crisis sanitaria por el COVID-19 no me permitió

hacer una estancia académica en doctorado, lo que me hubiese encantado. Ya había pensado en Italia o Estonia, en donde hay investigadores que trabajan el tema que actualmente me interesa. Quizá viaje después, porque me gustaría establecer alguna relación con ellos. Lo que sí he podido hacer es charlar por Zoom con un profesor de Argentina, Juan Manuel Heredia, experto en el pensamiento de Jakob von Uexküll —que es en lo que ahora estoy interesado—. Es una persona muy amable y que me ayudó a aclarar muchos conceptos uexküllianos. Prácticamente ya es el cuarto integrante de mi comité tutorial de doctorado.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Actualmente soy profesor de filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en donde imparto las asignaturas de Ontología e Historia de la filosofía 6 y 7. Debo decir que me siento muy afortunado de esto, pues después de haber entregado mi CV y alguna propuesta de clase, en marzo de 2016, había perdido la esperanza de entrar como docente —al ver que no me llamaban antes de las vacaciones administrativas de la UNAM, que es cuando arman los horarios del siguiente semestre escolar—. De pronto, una tarde de la primera semana tras las vacaciones, recibí una llamada de la coordinación del Colegio de Filosofía. Era Carlos Vargas, en ese entonces secretario del colegio y quien meses atrás había recibido mi CV. “Alberto, te hablo porque te tengo una buena noticia”, me dijo. Me informó entonces que necesitaban urgentemente a alguien para la clase de Historia de la Filosofía 7, debido a que un profesor había decidido de último momento tomarse el año sabático. “¿Cómo ves? ¿Te interesa?”, me preguntó. “Sería los jueves a las 10 de la mañana. No podemos cambiar el horario. ¿Te queda?” Por supuesto dije que sí, no tenía problemas con el horario —porque efectivamente los jueves no daba clases en el colegio privado en donde ya había comenzado a trabajar meses atrás—. “Pues comienzas la próxima semana”, me dijo. Comencé entonces, emocionado, porque se trataba de la facultad que me formó, y en la que ahora yo tenía la oportunidad de formar a otros. Así fue como entré a la planta docente de la FFyL.

¿En qué proyecto de investigación estás actualmente?
¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Mi proyecto actual de investigación es el de mi tesis de doctorado. Mi interés está centrado en el concepto de *Umwelt* (mundo circundante) al que entiendo como un concepto ontológico que refiere a la estrecha relación que se establece entre organismo y medio. Me he abocado durante estos años a realizar un trabajo doxográfico y hermenéutico de dicho concepto, como apareció en varias obras de Jakob von Uexküll, así como en sus recepciones en la etología de Lorenz y hasta la biosemiótica.

El objetivo de este proyecto es demostrar cómo el concepto de Umwelt, configurado entre la biología —principalmente la fisiología— y la filosofía idealista trascendental (i. e. la kantiana) ayuda a una comprensión más compleja y adecuada de lo vivo, a partir del binomio organismo-medio; esto desde una perspectiva no mecanicista y reduccionista —que fue la privilegiada en biología durante el siglo XX, dentro del llamado paradigma de la Síntesis Evolutiva—, y sí más acorde con los nuevos retos que se imponen en biología —en áreas emergentes como la evo-devo, la epigenética y la teoría de construcción de nicho— y en filosofía de la biología —en propuestas que exigen una ontología procesual como más apropiada para la comprensión de lo que es un organismo.

No sé exactamente adónde me lleve en el futuro esta investigación, pero desde ella los nuevos intereses que se perfilan son hacia temas de ecología, con el fin de pensar nuevos modos de relacionarnos con el medio y los otros seres vivos; uno de los temas que me parecen más apremiantes dada la crisis ambiental por la que atravesamos.

De manera alterna, y principalmente desde mi labor docente en licenciatura, también exploro la relación entre naturaleza y libertad en las filosofías idealistas, lo que me ha llevado últimamente a investigar, desde la filosofía natural, la teoría kantiana de las razas y sus antecedentes en los discursos naturalistas de los siglos XVII y XVIII; el interés consiste en analizar el modo en que estos configuraron un modo de comprensión del hombre no europeo y particularmente del americano —otro de los temas que también me parecen apremiantes, dados los problemas de racismo en que aún vivimos.

Algunas colaboraciones y obras propias del autor



Jacqueline Calderón Hinojosa



**Nació el 11 de febrero de 1989, en la Ciudad de México.
Institución de adscripción: Universidad Nacional Autónoma de México**

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Estoy segura de que voy a caer en un lugar común, pero me parece que la infancia se configura siempre alrededor de preguntas y respuestas de

carácter filosófico; quizá la mayor muestra de ello es la insistente presencia de la pregunta “¿Por qué?”, sobre todo en los primeros años de vida. Por supuesto, no es que en esa pregunta se condense el sentido filosófico. En todo caso, más bien son los intentos de respuesta los que nos acercan o alejan del camino de la filosofía.

En mi caso, recuerdo que cuando formulaba algunas preguntas, tanto mi madre como mi padre me incentivaban a buscar en el diccionario. Esto funcionaba de maravilla para preguntas “técnicas”, pero seguramente se filtraron algunas otras por ahí, de carácter más bien ontológico, que no hallaban respuesta. Una inquietud que me marcó profundamente desde pequeña fue esta “¿Qué pasa cuando morimos?”. Supongo que este cuestionamiento mucho tenía que ver con el hecho de que, si bien mis padres no son ateos, ciertamente no profesaban religión alguna. Así, estos paliativos espirituales nunca estuvieron presentes en mi formación, lo cual me otorgó cierta libertad pues nunca experimenté animadversión por la religión en general.

Mi madre hizo una maestría en Metodología de las ciencias cuando yo tenía ocho años. Entonces, algo debí preguntarle como para que le pareciera oportuno mencionar a Immanuel Kant. Ni siquiera creo que haya sido una pregunta teórica o compleja. Probablemente mencionó a este filósofo por el simple hecho de querer enfatizar su talante multidisciplinar; de cómo Kant daba clases de geografía y se dedicaba también a la filosofía.

Por cierto, mi madre estudió Geografía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, así que de alguna forma la facultad también es parte de mi infancia. Para mí, pensar que la filosofía se encontrase en todo, fue algo que me marcó. Otra vía para tratar mis inquietudes ontológicas, más allá de la filosofía, fue el psicoanálisis. Mi madre se encontraba precisamente en análisis en aquel momento, y estoy segura de que ello también influyó.

Por su parte, mi padre estudió Economía en la década de 1960 y por ello la filosofía marxista ha estado presente en mi vida. Durante mi adolescencia, entre los libros que mi padre tenía, vi uno muy pequeñito y de formato un poco extraño que llamó mi atención, seguramente por su volumen. Empecé a leerlo y era tan claro que acentuó mi interés. De forma contundente, el autor afirmaba que el ser humano es responsable de sí mismo; si Dios no existe, ello no justifica, como pensó Dostoievski, que todo esté permitido: el ser humano se hace a sí mismo. Cada uno es responsable del sistema de valores, de elegirse y elegir así a los demás. Para alguien que había crecido sin

ese Dios, esto resultaba reconfortante. Estoy hablando de *El existencialismo es un humanismo*, la controversial conferencia de Jean-Paul Sartre. Controversial porque se le ha tomado —y esto ha sido fundamental en mi trayectoria filosófica— como una síntesis de su filosofía, sin atender a los diferentes momentos de la vida del autor.

Así, pues, por mi padre conocí a Jean-Paul Sartre y por mi madre a Sigmund Freud; filosofía y psicoanálisis, dos de mis temas actuales de interés. Sin embargo, esto tan solo fue mi incipiente acercamiento a ambas áreas del conocimiento; ni la filosofía se limita a Sartre ni el psicoanálisis a Freud, quien, dicho sea de paso, carga consigo la maldición de haber sido la figura inaugural del psicoanálisis. Digo esto porque, con frecuencia y desatino, el psicoanálisis se ha visto condensado en dos nombres: Sigmund Freud, en tanto fundador, y Jacques Lacan, a título de una especie de continuador predilecto del trabajo freudiano.

“¿Por qué los filósofos no recuperan a los primeros psicoanalistas como Sándor Ferenczi, Otto Rank o Alfred Adler? ¿Y qué hay de las primeras psicoanalistas como Melanie Klein, Hermine von Hug-Hellmuth, Marie Bonaparte, Margarete Hilferding? Anna Freud y Sabina Spielrein fueron grandes psicoanalistas cuyos aportes han sido eclipsados por su vida personal.”

El problema viene cuando algunas críticas obvian la larga lista de psicoanalistas que han leído, escrito, y también criticado, tanto a Freud como a su legado. ¿Por qué los filósofos no recuperan a los primeros psicoanalistas como Sándor Ferenczi, Otto Rank o Alfred Adler? ¿Y qué hay de las primeras psicoanalistas como Melanie Klein, Hermine von Hug-Hellmuth, Marie Bonaparte, Margarete Hilferding? Anna Freud y Sabina Spielrein fueron grandes psicoanalistas cuyos aportes han sido eclipsados por su vida personal;

la primera fue relevante no solo en lo que al trabajo con niños respecta, sino también como punto de anclaje para toda la posterior “psicología del yo”; y a la segunda le debemos nada más y nada menos que los primeros esbozos de la pulsión de muerte.

¿Qué hay de autores como Igor Caruso, Erich Fromm, Ronald Laing, Wilhem Reich, David Cooper en intenso diálogo con el marxismo? Y no se diga de la escuela francesa, psicoanalistas como Françoise Dolto, Maud y Octave Mannoni, Piera Aulagnier, Jean Laplanche, André Green, J.B. Pontalis. Y aquí en América Latina figuras como Oscar Masotta, Arminda Aberastury, Marie Langer. Y luego están esos otros, que incluso entre los psicoanalistas pueden ser no tan conocidos pero cuyo trabajo me parece sumamente interesante, como Françoise Davoine, Jean-Max Gaudillière, Frieda Fromm-Reichmann, Gaetano Benedetti.

Tras esta retahíla de nombres, ¿en verdad hay cabida para pensar que la palabra de Freud se mantiene incólume? Parece que personajes como Paul B. Preciado así lo creen. Cuando leí su intervención para las jornadas internacionales de L'École de la Cause Freudienne, en diciembre del 2019, me sorprendió lo tremendamente simplista que eran sus críticas. No digo que el psicoanálisis quede exento de presupuestos teóricos y prácticos cuestionables, pero Preciado, al menos en ese discurso, no da señales de ser muy versado en la cuestión.

Mi padre tiene —tenía, porque poco a poco la he ido expropiando— una biblioteca con varios títulos filosóficos. En mi adolescencia me encontré por ahí con Nietzsche. Debido a su estilo de escritura y a la etapa en la que me encontraba, experimenté una fuerte atracción por él. Siempre he creído que a Nietzsche se le entiende mejor en la adolescencia. No me refiero a que una necesariamente cuente con las herramientas teóricas o epistémicas para tener una comprensión supina de su obra; me refiero a que impacta, a que hace sentido, a que, al menos así me pasó, estaba menos condicionada por otras lecturas, y ello me permitía leerlo tranquilamente y sin prejuicios.

Algo más debió suceder por ahí. Conservo un dibujo que un amigo me hizo en un verano donde me motivaba a continuar con mis intereses filosóficos. Ello ocurrió cuando yo tenía 11 años. Dudo que en ese entonces leyese a Sartre o a Nietzsche, pero algo debió de haber sucedido como para que yo dijera que quería estudiar filosofía. Quizá se debe a que, cuando a mi madre le pregunté “¿Qué es la filosofía?”, ella respondió con algo así como “la búsqueda del

sentido” ...Y me casé con esa respuesta. Yo quería buscarle sentido a la vida, a mi vida. Quizá mi madre debió llevarme con un analista en vez de hablarme de Kant. Estos fueron mis primeros encuentros con la filosofía.

Todo esto aconteció durante mi infancia, pero alrededor de los 11 años mi búsqueda de sentido se acrecentó, a punto tal que ninguna respuesta me satisfizo y ello me condujo a experimentar una profunda preocupación; si al final todo estaba destinado a perecer, no entendía por qué o para qué existía la vida. Ya no recuerdo cuánto tiempo duró esa angustia, pero poco tiempo después encontré los libros de Nietzsche y, extrañamente, apaciguaron mis inquietudes.

Un año después, en el 2001, inicié mi trayectoria en la UNAM como estudiante de iniciación universitaria, y mi formación a partir de esos primeros años se caracterizó por su talante humanista. Recuerdo que en mi segundo año de iniciación tomé clases con un profesor de historia por quien conocí a George Orwell, y así surgió mi interés por la Revolución Rusa. Mucho influyeron mis profesoras y profesores para que decidiera dedicarme a las humanidades. Pienso también en mis profesoras de Literatura, especialmente en una con quien cursé la asignatura en el segundo año de la preparatoria y con quien cubrimos una lista de lecturas bastante extensa.

En lo que a mis años universitarios concierne, los disfruté en demasía. Contrario a lo que algunos estudiantes suelen decir “esta carrera no es lo que esperaba”, como yo tampoco tenía claro a qué estaba por enfrentarme, no sufrí ninguna decepción. Al contrario, la mayoría de mis profesoras y profesores me transmitieron su gusto por la filosofía y les tengo en gran estima. Como dato curioso, jamás tomé clases o cursos sobre Jean-Paul Sartre en todos mis años de licenciatura y maestría, así que tuve que ser un poco autodidacta en ese aspecto.

En mi último año de licenciatura participé en seminarios sobre psicoanálisis y cuando inicié la maestría decidí también hacer la formación como psicoanalista en el Círculo Psicoanalítico Mexicano (CPM). Como la propuesta de formación en el CPM dura cuatro años, y tuve que suspenderla por un tiempo dada mi estancia en Argentina, prácticamente toda la maestría y mi primer año del doctorado los cursé a la par de la formación. Dados los temas que me interesan, filosofía y psicoanálisis se complementan a la perfección, aunque, a excepción del trabajo que desarrollé para mi tesis de licenciatura, procuro no forzar el encuentro entre estas dos áreas. Si se da, adelante, pero me despiertan

cierta reticencia esos puntos de encuentro que ya se han consolidado como lugares comunes: que si Nietzsche influyó directamente en Freud, que si Freud leyó a Schopenhauer... en fin. Como dije anteriormente, aún queda mucho por explorar.

¿Qué representan para ti las humanidades?

Las humanidades para mí representan un lugar íntimo. Me explico: mi familia nuclear siempre puso como figura central al ser humano, y siempre desde una preocupación de índole social. Creo que, en ese sentido, lo primero que me viene a la mente cuando pienso en “las humanidades” es en los otros, en las relaciones con los otros y la manera en que a partir de estas relaciones se construye la sociedad. Ese trato directo que me parece lo propiamente humano.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

Supongo que muchas personas tendrán cosas muy interesantes que mencionar aquí, por ejemplo, la falta de apoyo por parte de sus familias al momento de estudiar filosofía. Es claro que no se trata de mi caso. Quizás el reto más importante ha sido la paciencia y la constancia.

Creo que a este tipo de dificultades pocas veces se les tiene en consideración, pero he coincidido con diferentes personas en que a nivel personal suelen representar un impedimento importante, aunque poco se hable de ellas.

“En mi caso, por ejemplo, necesito establecer una relación muy íntima con los textos, y ello resulta en un ritmo muy irregular de trabajo.”

En mi caso, por ejemplo, necesito establecer una relación muy íntima con los textos, y ello resulta en un ritmo muy irregular de trabajo. Mi labor se torna algo caprichosa.

Gracias a un gran amigo que hice en la maestría estreché mi relación con la literatura, la cual se ha vuelto fundamental para mí en el campo psicoanalítico. Y pensándolo bien, siempre es a partir de mis relaciones de amistad que surgen nuevas inquietudes. Le debo a otro amigo mi reciente interés por la cibernética y, aunque por el doctorado no me he podido concentrar en el tema, sin duda pienso profundizar y escribir algo sobre ello en un futuro. Afortunadamente, tengo una memoria asociativa maravillosa, pero dependo siempre de esa relación íntima de la que hablo, de lo contrario, me es imposible recordar lo que leo. Así, los retos han tenido que ver conmigo misma. Debo reconocer que he gozado de una situación privilegiada... Quizá justo ese sea uno de los mayores retos.

¿Y dentro de la filosofía?

Creo que esta pregunta encuentra su respuesta en la anterior. La filosofía puede resultar —no necesariamente lo es— un área bastante abstracta, por lo que a veces parece que, si no establezco esos vínculos con el mundo, no logro involucrarme con lo que leo. Pero, quizá mis retos dentro de la filosofía se han evidenciado más en estos últimos años, según me he comprometido más en esta actividad. Pienso que durante mis estudios de licenciatura la facultad advino mi único horizonte de posibilidad, es decir, erróneamente pensé que la labor filosófica se desempeñaba de idéntica forma sin importar el lugar. Esta idea llegó a su fin tras mi primera estancia de investigación. Me percaté

de algo que puede ser una obviedad: cada región tiene sus autores y temas canónicos. Haber caído en cuenta de estas lagunas filosóficas que cargaba y que ahora me resultaban evidentes, me motivó a explorar otras líneas de trabajo. A ello me refiero con comprometerme con mi actividad filosófica, “ir más allá del canon”. Ciertamente, salvo algunas excepciones, la academia puede ser profundamente recursiva.

Otra dificultad, aunque no sé si sea atinado nombrarla así, tiene que ver con el aislamiento al que nos hemos sometido desde la filosofía. Es increíble cuán tremendamente ignorantes podemos llegar a ser en lo que respecta a otras disciplinas. Horacio Cerutti no se cansa de enfatizar en la necesidad de tener los mínimos conocimientos geográficos —y de otras áreas del conocimiento— para adquirir una comprensión cabal de las propuestas filosóficas. Gracias a Juan Manuel Aragués conocí a Antonio Capizzi, quien sostiene en un breve estudio sobre Heráclito que, en realidad, el carácter “oscuro” y críptico de este filósofo se debe más al desconocimiento de su contexto sociopolítico que a la complejidad de su pensamiento. Afirma así que se trata de un personaje profundamente involucrado con la realidad política de su tiempo y que valdría leerlo en esa clave.

Claro, es solo una propuesta de lectura, habrá algunos que estén en desacuerdo, pero me parece importante señalarlo ya que hablamos sobre la importancia de establecer el diálogo con otras disciplinas. Un ejemplo más: otro amigo, profesor de filosofía de la Universidad de Zaragoza, cuya formación inicial e intereses personales le han mantenido siempre en el terreno de la arquitectura, ingeniería, y también el derecho, me hablaba de lo difícil que es para él que los estudiantes entiendan a Leibniz puesto que no suelen manejar los conocimientos de matemáticas básicas; no saben lo que son las derivadas, las integrales o los límites, lo cual vuelve casi imposible explicar a este filósofo.

Por cierto, a partir de este mismo amigo me di cuenta de la idea de ciencia tan profundamente positivista que manejamos a veces en la filosofía. Métodos y teorías que ni los mismos físicos, matemáticos, biólogos, etc., emplean ya.

“deberían de vacunarnos al inicio de la carrera y decirnos que la vida no se limita a la filosofía, o, mejor dicho, que, sin literatura, matemáticas, biología, cine, música, la filosofía se vuelve estéril.”

Dos últimos ejemplos y no insisto más: cuando cursé la asignatura de Ontología I, la adjunta de ese semestre nos instó a leer Los elementos de Euclides cuando estábamos por iniciar la lectura de Kant. En un curso sobre Hegel, el maestro Ignacio Palencia nos decía “Y bueno, si pensaban que por estudiar filosofía quedaban exentos de saber matemáticas, están muy equivocados”. Mis ejemplos aquí son muy matemáticos, pero voy a aprovechar y señalar que cuando estuve en España me sorprendió que una cantidad considerable de estudiantes del grado de filosofía tenían una formación literaria sumamente precaria. De esto se quejaba con frecuencia el dueño de una de mis librerías favoritas de la ciudad; asiduo lector tanto de literatura como de filosofía. Entonces, eso, de verdad, deberían de vacunarnos al inicio de la carrera y decirnos que la vida no se limita a la filosofía, o, mejor dicho, que, sin literatura, matemáticas, biología, cine, música, la filosofía se vuelve estéril.

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

He tenido la oportunidad de realizar dos estancias de investigación. La primera fue en el marco de mis estudios de maestría en la UNAM, y la realicé en el Instituto Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires en el 2015. Este viaje fue realmente impactante para mí. Le debo mucho a uno de mis amigos el haberme animado a hacerlo. Aún recuerdo aquella ocasión en que él me preguntó con total naturalidad “¿Ya sabes a dónde te vas a ir?”. Hasta ese momento lo veía como algo lejano, pero tras su pregunta me pareció que era el paso natural, y simplemente decidí probar. Antes de entrar a la maestría consideré el cursar dichos estudios en la Universidad de Buenos Aires, donde ofrecen un programa en Estudios interdisciplinarios de la subjetividad. Al final no apliqué para este, pero las ganas de irme a Argentina persistieron.

Por otra parte, hay un investigador llamado Maximiliano Cladakis que ha trabajado mucho a Sartre, y por quien entonces supuse que, a diferencia de lo que sucede en México, este filósofo podría gozar de mayor atención. Entonces contacté con un par de investigadores argentinos para saber si me podían recibir, y ambos aceptaron. Al final, decidí ir con el primero que me había aceptado, aunque tiempo después me enteré de que Maximiliano Cladakis

era adjunto de la investigadora que también estaba dispuesta a recibirme. En fin, tampoco me arrepiento de la decisión que tomé. Así fue como llegué a Argentina.

Conocí a mucha gente de otras latitudes pues Buenos Aires es una ciudad cosmopolita donde confluyen tanto personas de los países limítrofe como Uruguay o Chile, como de regiones más lejanas, Europa y Asia por mencionar algunas. Eso modificó totalmente mi visión. Me hizo comprender cuán encerrada me encontraba en mi propia situación. Estuve poco menos de seis meses por allá.

Al principio me hospedé en un hostel y eso fue lo que contribuyó a que de inmediato me enfrentara a esa diversidad cultural. Estuve aproximadamente dos semanas ahí y luego tuve la fortuna de encontrar un “mono ambiente” justo sobre una de las avenidas más emblemáticas de la ciudad, me refiero a la Avenida Corrientes; avenida de las librerías, los teatros y los cafés por excelencia. A unas cuatro o cinco calles tenía el maravilloso Teatro Colón y también al Obelisco; justo enfrente de mi edificio estaba el famoso café El gato negro; a un par de calles hacia el sur tenía la Biblioteca del Congreso y la Avenida de Mayo; unos veinte minutos de caminata hacia el oriente y llegaba a Puerto Madero y al Río de la Plata. Como siempre he sido algo noctámbula, Buenos Aires me sentó de maravilla. Realmente lo interesante ahí inicia alrededor de las diez de la noche, cuando los teatros y demás sitios están abiertos, sobre todo los viernes y sábados.

Por otra parte, parece que siempre tengo la oportunidad de presenciar cambios importantes a nivel político en los países donde he hecho mis estancias. Precisamente en el año que estuve en Argentina se celebraron las elecciones presidenciales que dejaron a Mauricio Macri al poder. Durante mi estancia en España también me tocaron las elecciones tras las que quedó como presidente electo Pedro Sánchez.

Esta segunda estancia la realicé durante mis estudios de doctorado. Estuve alrededor de un año en la Universidad de Zaragoza, en España, bajo la tutoría de Juan Manuel Aragüés, filósofo que afianzó mi interés por Sartre, y a quien, curiosamente, conocí a través de uno de sus libros y gracias a una visita a la librería Paidós en Buenos Aires. En esta ocasión me involucré mucho más en la dinámica universitaria y social en general. No solo trabajé con la gente de la universidad (profesorado y alumnado), sino también con personas fuera de las aulas; con colectivos y asociaciones.

Desde la primera vez que mi tutor y yo nos vimos, me invitó a participar en un proyecto que iniciaban él y otro profesor de la universidad junto con un grupo de estudiantes del grado en filosofía. Esto fue lo que me permitió mantener relación con la gente de la universidad. El proyecto, que nombraron “Acción Rizoma”, se configura como un colectivo que, ante el auge de la extrema derecha en España, y todos los youtubers que parecen incentivar estas posturas políticas, busca ofrecer otro tipo de contenidos de filosofía y política. Al principio trabajamos mucho con videos breves donde se abordaban conceptos filosóficos, pero también con entrevistas a filósofos españoles como Fernando Broncano, Marina Garcés, Carolina Meloni, Amador Fernández-Savater. Por desgracia, la pandemia nos frenó bastante, pues la dinámica de trabajo siempre se basó en reuniones de trabajo.



Más adelante, y a partir del asesinato de George Floyd, quisimos realizar un video que hablara sobre el racismo institucional. Con esto en mente, contactamos con colectivos antirracistas como la Comunidad Negra Africana y Afrodescendiente en Zaragoza (CNAAZ), el colectivo 12N, la Asociación de Inmigrantes Senegaleses en Aragón (AISA), el Colectivo de derechos civiles de Zaragoza y el Colectivo de Trabajadoras del hogar y cuidados de Zaragoza quienes aceptaron ser entrevistados para hablarnos de sus experiencias y visibilizar lo profundamente racista que es la administración española. Hasta la fecha sigo en comunicación con personas de estos colectivos y trato de apoyarlas a la distancia siempre que me es posible.

“Más adelante, y a partir del asesinato de George Floyd, quisimos realizar un video que hablara sobre el racismo institucional.”

La experiencia de haber entrevistado a tantas personas y de trabajar en equipo, de materializar el trabajo filosófico, me hizo comprender lo importante que es involucrarse en proyectos, hacer comunidad, y aprender a escuchar. Esto de escuchar es algo poco desarrollado en filosofía. Una buena cantidad de personas se ciñen a la mera lectura de textos desde los cuales pretenden tener una comprensión supina de la realidad, y se olvidan por completo del aspecto material que jamás le ha sido ajeno a la filosofía. Entonces, creen que por haber medio leído a Marx pueden decirle a la gente cómo “hacer la revolución”. Esto lo comprendí sobre todo al escuchar a una de las integrantes de la CNAAZ, quien decía que no necesitaban que los colectivos antirracistas blancos “les dieran voz” porque las personas racializadas de hecho tienen voz.

Me parece que esto aplica también para aquellas personas que desde la soberbia se toman atribuciones que no les corresponden; piensan que por haber estudiado algo de política y filosofía están en su derecho, y casi obligación, de decirle a la gente qué hacer, cómo actuar, qué pensar. Por ello tenemos que aprender a guardar silencio: para escuchar y comprender las necesidades de los otros. Poco hemos trabajado sobre esas fantasías de omnipotencia que, quizás, ya lindan con la prepotencia.

“Me parece que esto aplica también para aquellas personas que desde la soberbia se toman atribuciones que no les corresponden; piensan que por haber estudiado algo de política y filosofía están en su derecho, y casi obligación, de decirle a la gente qué hacer, cómo actuar, qué pensar.”

Las estancias, más allá de la mera investigación, generan conocimientos y experiencias a nivel personal que, por supuesto, y casi por añadidura, repercuten en nuestra formación profesional. Finalmente, la filosofía se hace ahí, afuera, en el mundo, en la calle. Esta es una de las partes más importantes dentro la vida, no sólo profesional-académica, sino personal. Dedicarse a la filosofía lejos está de permanecer encerrada en un cubículo.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Actualmente me dedico a la tesis de doctorado y también a la práctica psicoanalítica.

¿En qué proyecto de investigación estás actualmente? ¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Por ahora, mi único proyecto de investigación es la tesis de doctorado. Aunque de manera independiente existen diversos temas de investigación que han llamado mi atención en los últimos meses. En especial aquellos donde psicoanálisis y filosofía se entrelazan y confluyen en problemáticas sociales y políticas. Si los filósofos no se han mostrado muy doctos en el psicoanálisis,

asimismo, los psicoanalistas tampoco parecen explorar demasiado a otros filósofos más allá de Platón, Hegel, Nietzsche, Foucault... Los más intrépidos recordarán a Deleuze. Siempre los mismos y contra eso también me posiciono.

Hace unos años, no recuerdo ni siquiera por qué, estuve leyendo a Ravena y me impresionó cómo algunas puntualizaciones que hacía respecto al ejercicio de la memoria podían conectar tan bien con el psicoanálisis. ¿Por qué no explorar un poco más esos entrecruces menos obvios? Además, y esto aplica para algunos filósofos y psicoanalistas, ¿por qué el horizonte filosófico parece abarcar hasta el siglo XX? Y en caso de que ese límite temporal se transgreda, ¿por qué nuestras investigaciones se circunscriben siempre en los mismos temas y autores? Es como si las y los autores que escriben hoy en día tuviesen que esperar a que la muerte legitime su labor filosófica. Hay una extraña necrofilia intelectual que circunda a la academia.

Ahora mismo, uno de esos cruces entre filosofía y psicoanálisis que me ocupa viene a partir de un pequeño texto de Igor Caruso intitulado *Narvisismo y socialización*. Este escrito es de franca veta marxista y me parece interesante y muy actual para la discusión que hoy en día se da, por ejemplo, a partir de un tema que ha ocupado a algunos autores como Ernesto Laclau; me refiero al concepto de populismo.

Existe una larga tradición que busca defender y proteger al individuo de los peligros de la desintegración que implica “la masa”. Se entiende que autores como Elias Canetti, o el mismo Freud —en una lectura apresurada, por supuesto— adviertan sobre los riesgos que conllevan estas agrupaciones donde la “identidad” individual queda diluida en grandes agrupaciones que enarbolan la bandera de la identidad para apuntalar una nociva idea de nación. Sin embargo, y esto lo ha trabajado en los últimos años Juan Manuel Aragüés, frente a ese individualismo está la multitud y, frente a la identidad, está la diferencia.

Asimismo, hay otro grupo de pensadores, como Harmut Rosa, que condenan enfáticamente las consecuencias tan perjudiciales que han traído consigo los avances tecnológicos. De nuevo, no me parece que se trate de adoptar posturas reaccionarias y conservadoras; se trata de que no hemos sabido apropiarnos de esos medios. Como señala Nick Srnicek, la forma de capitalismo (de plataformas) que hoy se manifiesta a partir de esta Cuarta Revolución Industrial se articula de manera distinta a la que nos han enseñado

los libros de historia que centran sus análisis en una sociedad y época que ya nos queda lejos.

En fin, me interesa repensar a Caruso quien da una importancia significativa al vínculo social en la constitución subjetiva, a la luz de esta idea de multitud; poner el acento en el lazo social. Pero me interesa pensarlo a partir de esto que señalo de Srnicek, ¿de qué manera se configura el lazo social hoy en día? ¿A qué forma de constitución subjetiva nos conduce este capitalismo de plataforma si, como decía el sociólogo español Jesús Ibáñez, “el individuo es el objeto más cuidadosamente fabricado por el sistema capitalista”?

Desde la tesis de licenciatura he dedicado mis investigaciones al filósofo francés Jean-Paul Sartre. Mi primer acercamiento consistió en abordar el proyecto sartreano del “psicoanálisis existencial”. A partir de este, y a medida que profundizaba en su obra, pero también gracias a una de mis sinodales de la licenciatura, me interesé en los textos de carácter póstumo de este autor. Fue así como en la maestría dediqué mi tesis al escrito póstumo *Verdad y existencia*; dicho texto definió mi interés por Sartre, ¿por qué algunas lecturas de su obra marcaban una suerte de escisión en su pensamiento?

Como si entre sus dos obras filosóficas más representativas, *El ser y la nada* (1943) y *Crítica de la razón dialéctica* (1960), se irguiese una distancia infranqueable.

Ahí surgió mi interés: ¿Qué hay en esos casi veinte años que separan a ambas obras? La respuesta: toda una teoría sobre el otro que rebasa la ramplona sentencia que dicta “el infierno son los otros”. De nuevo, me parece que la frase ha sido descontextualizada. En un encuentro celebrado en 1972 con John Gerassi, Sartre afirma que la sentencia final de Garcin (personaje principal de *A puerta cerrada*) representa tan solo una cara de la moneda, pues el otro también puede ser el paraíso. Esta es una lectura que a muchos no les gusta ver en Sartre; no lo sé, quizá les parece demasiado “optimista”. Sin duda es a partir de la experiencia de la guerra que surge su compromiso político, aunque en *El ser y la nada* no lo refleje con claridad.

Por otra parte, en diciembre de 1961, Sartre sostiene un interesante diálogo con los miembros del Partido Comunista Italiano en el Instituto Gramsci de Roma, tan solo un año después de la publicación de la *Crítica de la razón dialéctica*. El registro escrito que se conserva de aquel evento fue publicado en inglés en el 2018 bajo el título *What is subjectivity?* El que haya dictado

esta conferencia por invitación del Partido Comunista Italiano (PCI) mucho tiene que ver con la apertura del PCI, lo que constituía al Instituto como un auténtico laboratorio de ideas donde, a diferencia de lo que sucedía con el Partido Comunista Francés (PCF), se incentivaba la participación de los intelectuales en la dirección del partido.

No es cosa menor el contexto en el que la conferencia tiene lugar. Entre los participantes más destacados podemos mencionar al matemático Lucio Lombardo Radice, al filósofo e historiador Francesco Valentini, Cesare Luporini, Giuseppe Semerari, el escritor Guido Piovene, Mario Alicata, Bianchi Bandinelli, Galvano Della Volpe, Renato Gattuso, entre otros.

Ahora bien, el propósito de Sartre en este contexto, y a la luz de la reciente publicación de su *Crítica de la razón dialéctica* (1960), es poner la subjetividad en el corazón del análisis marxista. Así como en *Cuestiones de método* —primera parte de la *Crítica*...— esta conferencia es una respuesta a Georg Lukács, quien veía en el existencialismo un nuevo avatar del idealismo y arma ideológica empleada por la burguesía con el fin de legitimarse.

Por otra parte, algunos lectores consideran que esa veta marxista de Sartre solo se da hacia los años sesenta del siglo pasado; nada más desatinado, pues en *Verdad y existencia*, texto que data aproximadamente de 1948 (mucho más cercano a *El ser y la nada* que a la *Crítica*...) ya se empieza a configurar su pensamiento a partir de su lectura de Marx. Sin embargo, y más allá de este análisis sobre el autor, lo que me interesa actualmente, y esto lo debo en gran medida a Juan Manuel Aragués, es el alcance político de la propuesta sartreana en torno al otro. Esto implica la puesta en duda de los esencialismos que permean el quehacer filosófico.

Karla Castillo Villapudua



Nació el 6 de mayo 1979,
en Culiacán, Sinaloa.

Institución de adscripción: Facultad de Humanidades y Ciencias
Sociales, de la Universidad Autónoma de Baja California

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Inicialmente, por influencia de mi madre, entré a estudiar contabilidad; eso duró un semestre. Estudios que cursé en el Instituto Tecnológico y de Estudios

Superiores de Occidente (ITESO) por allá de 1997 y que, por cuestiones económicas, no logré finalizar, y qué bueno. Pero en esa biblioteca, un día que caminaba entre los estantes, apareció un libro de Nietzsche *El Anticristo*; lo leí todo de corrido en una tarde. No sabía que existían ese tipo de textos. Después, al regresar a casa, le pedí a mi madre que me lo comprara, y así seguí leyendo cuestiones de literatura y filosofía. Soy una lectora tardía; en mi casa no existían los libros.

“Por eso todos llegan aquí, esta ciudad es un territorio amigable, donde arriban personas de muchísimas partes para luchar por el sueño tijuanaense.”

Después llegué aquí a Tijuana, porque desde hace años aquí vive una tía, y ella me brindó hospedaje. Era el inicio del año 2000, llegué a Playas de Tijuana. Me gustaba mucho salir a caminar. Eran tiempos muy seguros, nunca he tenido miedo por ser mujer. Conseguí trabajo en una librería, eso me permitía comprar algunos libros y leer en mi tiempo libre. Era muy feliz escuchando música en un audiotape, sonaba Dead Can Dance y My bloody Valentine. Amaba esa sensación de bienvenida y sueños futuristas que da Tijuana. Por eso todos llegan aquí, esta ciudad es un territorio amigable, donde arriban personas de muchísimas partes para luchar por el sueño tijuanaense. Sobra decir que llegué sin los documentos necesarios para entrar a la universidad, así que me dediqué a leer y a trabajar. Poco a poco fui conociendo las bibliotecas, la del Parque Teniente Guerrero, la de Zona Río y, un día, por cuestiones azarosas —los libros la encuentran a una— apareció un libro de Historia de la Filosofía de Pelayo, y me atrapó con mucho interés, dado que esta obra contiene los principales aspectos conceptuales de cada filósofo, sirviendo como una introducción panorámica de la historia de la filosofía occidental.

En aquel momento entendí que ese era mi destino y, por supuesto, el momento para regresar a la universidad. Entré a la licenciatura en Filosofía en el 2003, y eso me hizo muy feliz. Mi familia no dijo nada, porque ellos no aportarían dinero para mis estudios. Eso me salvó un poco del prejuicio

fatalista que a todos los estudiantes de filosofía nos repiten una y otra vez: “Te vas a morir de hambre”. Y pues no, no te mueres de hambre estudiando filosofía o cualquier otra carrera humanista que te apasione. El primer paso es luchar por lo que más te apasiona; el segundo, dejar de lado todas esas frases decadentes, memes o infografías que se burlan de la profesión. Me parece que no es prudente compartir ese tipo de información o chistes que denigran a la filosofía.

Trabajaba y estudiaba al mismo tiempo. Tenía una marca de camisetas que se llamaba Neurotika; vendía computadoras recicladas y páginas de internet, y con eso pagué mis estudios de filosofía. Estos oficios los aprendí de una amiga que en aquel tiempo era pintora y, sin interés alguno, compartió sus conocimientos. Por ello puedo decir que estudiar filosofía es uno de los grandes regalos que esta vida me ha otorgado, y estoy muy agradecida por ello. El conocimiento filosófico permite comprender quién eres, por qué estás aquí, si tienes algún propósito en la vida. Además, puedes explorar todos los saberes que se han producido en todos los siglos, generar preguntas, embarcarte en viajes metafísicos. La filosofía permite buscar la verdad.

¿Qué representan para ti las humanidades?

El estudio de las humanidades te abre al mundo, ya que permite descubrir cuáles han sido las preguntas y preocupaciones del ser humano a lo largo de los siglos. Es la puerta inaugural hacia la infinitud de saberes de todos los tiempos. Caminas de Borges a Platón y viceversa, y te das cuenta de que sabes muy poco. Luego, en un día sin sentido, un poema de Pessoa o una sentencia de Rancière, o cualquier otro pensador, te puede redimir de la pesadumbre habitual; es decir, de aquellos momentos sin sentido ante tantas injusticias e irregularidades en este mundo. Por eso es importante luchar por la sobrevivencia de todos los saberes humanistas, al margen de cualquier ideología, y colocarlos en un lugar aparte de las modas y del mercado; dado que son saberes que afirman la vida y repercuten en la búsqueda espiritual e interna del ser humano.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

Me parece que el primer reto es luchar siempre por el sentido de la vida. Cuando eres muy joven, y tienes mucha curiosidad, es decir, un hambre imparable por leer y querer saberlo todo, puedes perderte en ese camino y perder el entusiasmo. Creo que a todos los estudiantes de filosofía nos pasa: leemos un autor, luego otro y otro, y nos volvemos fans de tal o cual corriente, y nos enamoramos de cierta forma de explicar la realidad del mundo; nos sentimos tan cómodos que ya no queremos buscar más. Los argumentos nos convencen y nos hacen sentir bien.

“Me parece que el primer reto es luchar siempre por el sentido de la vida. Cuando eres muy joven, y tienes mucha curiosidad, es decir, un hambre imparable por leer y querer saberlo todo, puedes perderte en ese camino y perder el entusiasmo.”

No obstante, me parece que también es crucial tomar distancia y cuestionar a los filósofos, no porque tal pensador tenga un premio en Harvard o Berkeley quiere decir que posee el saber absoluto, o que es una persona real y coherente. Por ello es importante no consumir la filosofía de forma memorística, o como si fuera un saber incuestionable. Los profesores de filosofía tienen la obligación de enseñar a pensar críticamente, es decir, deslindarse de sus pensadores favoritos y permitirse también estar en desacuerdo. Esto consentirá que los jóvenes estudiantes tengan claro que, al pasar de los años y seguir estudiando, tendrán las herramientas necesarias para cuestionar o tratar de refutar a aquellas filosofías que no terminen por otorgar explicaciones cerradas. Enseñar filosofía no es adoctrinar, aunque tus profesores favoritos logren seducirte, es importante tomar distancia de ello.

La filosofía es correr el riesgo de abismarse al infinito, y me parece que en estos días eso se está perdiendo; se deja de lado esa aventura intelectual, o sea, indagar, investigar, empaparse de todo el conocimiento necesario para tratar de responder a las preguntas esenciales. Sin embargo, bajo la dictadura de la educación bancaria, se vende la idea de estudiar para ocupar una buena posición laboral. Y eso no está del todo mal, todos tenemos derecho a vivir una vida digna, con todas nuestras necesidades básicas cubiertas. La cuestión es que cuando estudias algo solo por obtener dinero, finalmente hay un vacío espiritual que te persigue; necesitas estar en terapia todo el tiempo y es difícil ser feliz.

Regresando a la pregunta inicial, me parece que el mayor reto es sentirte orgulloso de estudiar filosofía y decir a los que te “ningunean” o no creen en esta ciencia que, además del saber y el placer que produce su estudio, también te permite vivir, y que no tienes que dar explicaciones empresariales del deber ser de la filosofía. Una vez un oficial de tránsito me paró por dar vuelta en un lugar no permitido, estaba muy enojado, y me dijo que me haría una multa que tenía que pagar de inmediato. Al segundo le dije que me perdonara, que era estudiante universitaria y no la podía pagar. Y luego me preguntó “¿Y qué estudia?”. Respondí que filosofía, y con una cara estresada me volvió a preguntar “¿Y eso para qué sirve?”. Para ser feliz, le respondí. Enseguida me dejó ir y no me multó.



El mundo actual necesita más seres reflexivos, solidarios y empáticos; solo hace falta ver la total desorientación, la escasez de búsqueda intelectual, el negacionismo del virus, el egoísmo y un narcisismo exacerbado. La filosofía ayuda a ser reflexivo, empático y pensante, sensible ante las necesidades de la otredad.

¿Y dentro de la filosofía?

El principal reto como estudiante y practicante de filosofía es superar los impasses, esos callejones sin salida que te deprimen y quitan la curiosidad. Y, sobre todo, pelear por mantener viva la curiosidad y sed por el conocimiento. Esto significa alejarse de la pereza que te envuelve cuando finges creer que ya lo has comprendido todo y que ya no necesitas seguir buscando. Esto significa abandonar esos periodos de comodidad, donde tal teoría o cierto pensador ya te explicó cómo es y funciona todo en lo absoluto, otorgándote certezas pasajeras. Por el contrario, como filósofo-filósofa tienes que seguir cuestionando y también tomar distancia, sobre todo en estos tiempos de bombardeo informativo en las redes sociales.

Y hablando del tiempo, principalmente en esta época en que es un lujo leer y estudiar, resistir, disciplinar la mente y el cuerpo para hacer los espacios necesarios y seguir leyendo, seguir investigando, no darse por vencido. La lucha por el saber es una de todos los días, con la humildad que presupone estar enterado que en realidad sabemos muy poco. En ese sentido, dedicar parte de la vida al estudio filosófico es un regalo victorioso, puesto que la riqueza del saber te acompaña durante toda tu existencia. Es importante que los jóvenes aspirantes al estudio formal de la Filosofía se guíen con mucha fuerza de voluntad y luchen constantemente por conseguir sus sueños, aunque familiares y amigos les digan que estudiar filosofía o humanidades los convertirá en “muertos de hambre” porque en definitiva no es así.

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

Solo una pequeña estancia en la UNAM de tres días durante mis estudios de doctorado. La profesora que me atendió fue una persona muy amable, y eso se agradece.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Estoy trabajando en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, en la Universidad Autónoma de Baja California, y estoy a cargo de la coordinación de la Licenciatura en Asesoría Psicopedagógica, esto desde 2015 a la fecha. Trabajé 7 años como profesora de asignatura, y no fue hasta que finalicé el doctorado que se me presentó la oportunidad de ocupar este trabajo de tiempo completo. Ocupar esta posición representa años de mucho esfuerzo y trabajo, combinar tareas académicas con el cuidado de mi hijo, sortear muchos obstáculos, tanto personales como académicos, que se me han presentado en el camino.

Entré a la maestría cuando mi hijo estaba a punto de nacer; no obstante, decidí continuar, descansé una semana y regresé. Al terminar la maestría busqué enseguida un programa de doctorado a mi alcance, ya que no me podía mudar con un niño de dos años a otra ciudad. La opción más valiosa, tanto por su calidad como por la distancia, la encontré en Ensenada. Por esa razón tenía que manejar 2 horas todas las semanas para tomar clases allá. Fue una experiencia muy gratificante, de mucho aprendizaje, que me permitió conocer personas maravillosas. Todos esos años de esfuerzo han valido la pena porque creo en la educación como un motor sanador y transformador de la humanidad. El finalizar una clase y ver cómo tus estudiantes están satisfechos, o que generaron preguntas, es una sensación de gratitud y satisfacción enorme. Trabajar como profesora es una labor muy gratificante: es aportar con mucho esfuerzo a la construcción de un mundo más justo y mejor para todos.

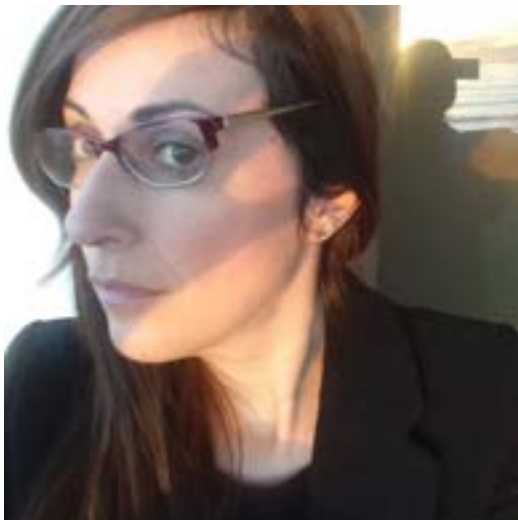
¿En qué proyecto de investigación estás actualmente? ¿Podrías explicarnos los objetivos de estos proyectos?

Estoy trabajando en 4 proyectos al mismo tiempo, en vacaciones, sábados o domingos, o cuando se puede. El primero se llama “Nosotras las Brujas”; el segundo “Ontobrujería”; el tercero versa sobre la “Teoría del ensamblaje”, de Manuel de Landa, enfocados en el campo de la educación, y también sigo con el pensamiento estético-político de Rancière.



El objetivo del proyecto “Nosotras las Brujas” es visibilizar que existen brujas poderosas más allá de cualquier dispositivo de opresión y, por tanto, no caen en el victimismo, salen siempre triunfadoras. Bajo esta premisa, entonces, las brujas logran crear grandes obras más allá del bien y del mal. De este modo, se afirma el potencial creativo de lo femenino, resaltando siempre el poder visionario y orgásmico de las mujeres, es decir, esa potencia dadora de vida que se posiciona como germen que hace posible la vida humana. En este trabajo parto del libro *Deleuze y la Brujería* de Lee y Fisher que, a través de los devenires brujos de Deleuze, ejemplifican las fuerzas intensivas y creadoras en obras de algunos pintores y escritores masculinos. Sin embargo, no abordan el tema de las brujas. En ese sentido, esta investigación es una continuación del núcleo básico de su programa, y acudo a pintoras como Leonora Carrington, Remedios Varo e Hilma Af Klint, quienes desde diversos ángulos experimentaron algún aspecto esotérico o brujo, y lo plasmaron en sus creaciones.

Con el proyecto de ontobrujería busco, desde la ontología deleuziana y las lecturas brujas de Deleuze, cartografiar los espacios y objetos-ensamblajes donde lo intensivo emerge más allá del reduccionismo, apostando por los saberes brujos, lejos del escepticismo positivista. De esta manera, este proyecto intenta rescatar todos aquellos saberes que han sido marginados por una visión moderna de la realidad, y se enfoca en explorar prácticas, materiales y objetos que están presentes en las culturas-naturalezas y a los que pocas veces se les presta el valor adecuado, pues se les vitupera bajo la etiqueta de lo salvaje o del nulo valor científico.



Con la teoría del ensamblaje de Manuel De Landa indago los cruces que puede tener esta teoría con las ciencias sociales y el campo de la educación. Así, intento explicar los procesos de enseñanza y aprendizaje como todos integrados de elementos heterogéneos, que no solo dependen de un profesor explicador y un alumno a la escucha. Es decir, hay ensamblajes con diversos actores humanos y no humanos que repercuten en la educación, que va desde el edificio donde se toman las clases, los alimentos que comieron los profesores y estudiantes ese día, así como la historia personal de cada uno de ellos.

“se busca pensar que otro mundo nos es posible, y no solo señalar los malestares del presente.”

Finalmente, con Rancière y su filosofía política-estética intento trazar las coordenadas de otra crítica y, por ende, de otro pensamiento crítico, al margen de la lógica de la denuncia y la famosa sentencia de la concientización y la falsa conciencia; apostando, en cambio, por la política de la imaginación y los disensos emancipatorios. Esto quiere decir que se busca pensar que otro mundo nos es posible, y no solo señalar los malestares del presente. Por ello, trabajar con el concepto de disenso y emancipación desde esta perspectiva permite irrumpir, desconectarte y liberarte en cualquier momento, pues ya no se necesita de la guía de un intelectual para tratar de vivir un momento de paz.

Algunas colaboraciones y obras propias de la autora



Ramón Chaverry Soto



Nació el 25 de octubre de 1973,
en la Ciudad de México.

Institución de adscripción: Facultad de Filosofía y Letras y FES
Iztacala (UNAM)

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Era un día lluvioso. Imagino que a todos les pasa igual: que recuerdan vivamente el día en que cambió su destino. Un momento tan crucial para uno que, visto

en perspectiva, es como si, de haber elegido mal, se corriese el riesgo de terminar siendo otro. Era abril, tenía ya algunos meses trabajando de apoyo en el sector salud —apoyo es el nombre que lleva un trabajo indefinido que, en sí mismo, no tiene categoría ni sueldo establecido legalmente—. Recientemente había salido de la carrera de psicología, pero, por mil razones —todas intrascendentes— aún no me había titulado. Sin mucho dinero, pero con la perspectiva futura de contrato, me mantuve fiel a ese trabajo que me causaba más enfados que satisfacciones. Además de esas frustraciones permanentes que, hasta cierto punto, son parte de la vida, me sentía decepcionado de la carrera, de la formación y de las expectativas que esta podría abrirme para el futuro. Donde hice la carrera, el plan de estudios era de corte conductista; a los que ahí se forman, tanto como a sus profesores, les gusta pensarse como científicos, aunque estos últimos —los científicos— no los reconozcan como tales. No diré mucho al respecto, únicamente señalaré que algunos de estos profesionales se llaman a sí mismos, no psicólogos —título que parece quedarles chico—, sino “ingenieros de la conducta” —irónicamente, son los únicos ingenieros ignorantes de las matemáticas—. El paso por aquella carrera estuvo lleno de escollos y contradicciones, algunos profesores, los menos desafortunadamente, mostraban a los alumnos otras formas de pensamiento.

**“más allá de que me pareciera
incomprensible, encontraba en ella, entre
las páginas de los pocos libros que había
podido leer —y medio comprender—, algo
poderoso y fascinante.”**

Los caminos que nos llevan a nuestras pasiones, pienso, nunca son rectos, igualmente, el que me llevó a la filosofía fue en zigzag, dando tumbos, con muchos traspiés. Hasta antes de ese año determinante para mí, solo hablaba de la filosofía desde los lugares comunes. Pensaba, por ejemplo, que era cosa de pedantes estudiarla, de personas que les gusta lucirse en las conversaciones, o que llegaban a filosofía los que no habían podido entrar a la carrera de su elección. Pese a ello, de igual manera, sentía mucha atracción por conocerla, pues, más allá de que me pareciera incomprensible, encontraba en ella, entre

las páginas de los pocos libros que había podido leer —y medio comprender—, algo poderoso y fascinante.

Llovía. Mientras abotonaba mi camisa, mientras intentaba hacer bien el nudo de la corbata —sigo sin saber hacerlo correctamente, por cierto—, mientras pensaba que necesitaba mi gabardina —probablemente estaría nublado todo el día—, venía el recuerdo del sábado anterior. Aquel fin de semana había asistido, invitado por un amigo, a una charla en un hospital psiquiátrico. No suelo “perder” así los sábados, no voy a conferencias, no tomo clases extra; incluso, no lo habría hecho de no ser porque, en ella, hablaría una filósofa sobre la enfermedad mental. ¿Qué podría decir al respecto una filósofa? ¿Qué tiene que decir la filosofía sobre la salud mental? Morbo, curiosidad, con todo ello llegué a la conferencia.

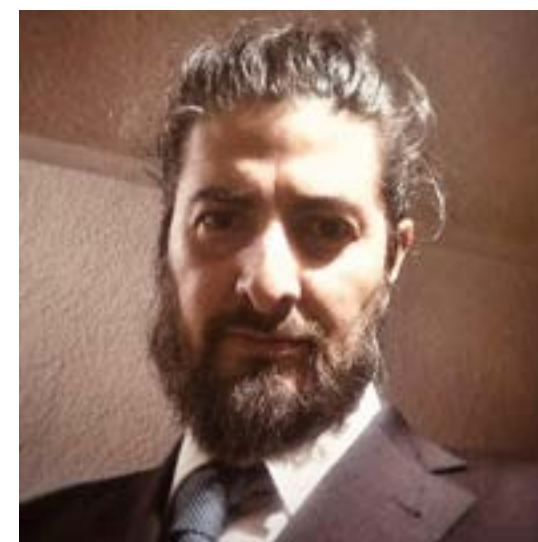
Fue ese día que, de labios de la profesora Yolanda Angulo, escuché el nombre que, después, estaría ligado a mis inquietudes: Michel Foucault. Antes, durante la carrera, había escuchado ese nombre, alguien, algún profesor, había intentado hablar de su analítica del poder, pero no la había explicado con claridad. Así, no me era del todo desconocido; de hecho, había adquirido en algún momento de la carrera *Historia de la locura*. Apenas había leído las primeras páginas que, sobra decir, no entendí, para abandonarlo. Pese a ello, no me deshice de él, lo dejé ahí, luciendo su lomo color mostaza en mi raquítica biblioteca.

Situado en medio del psiquiátrico se encontraba el auditorio. Ahí, en el corazón de esa locura enclaustrada y furiosa, escuché, como una voz contestataria, la crítica filosófica a la psiquiatría. Fue entonces que comprendí la clave de mi enojo, de mi frustración: todo estaba ahí en la mirada de Foucault, que Yolanda articulaba con lucidez y entusiasmo. Supe que era cierto, que toda la institución, los médicos y psicólogos, incluso la carrera —su formación, su estructura organizativa, etc.— no eran sino parte de un gran proceso de normalización de la sociedad.

Ya había tenido un momento de desengaño previo, en una charla con una psicóloga. Ella sí, contratada por el mismo hospital, me recordaba que uno de los primeros trabajos que le había “tocado” hacer tuvo que ver con un paciente que había perdido el brazo por una iatrogenia. Recordaba cómo el doctor le pidió aprovechar el momento de desconsuelo del paciente para que le firmase unos papeles que le exoneraban. No, no era un caso excepcional, el sector salud se cuida las espaldas mutuamente de esa manera. Esas y otras

experiencias me dieron visos de aquello en lo que consistían mis anhelos. Las palabras dichas en el psiquiátrico por Yolanda, sobre todo, me interpelaban pues me hacían ver que aquello que deseaba no era sino inscribirme en un ejercicio de poder que, además, pasa por beneficioso o deseable. No merece esto más rodeos, ese fue mi primer acercamiento real a la filosofía; el primero que me marcó y que supuso un compromiso con ella.

La lluvia había amainado. Quedaban apenas unos minutos para llegar a tiempo al hospital; si me retrasaba más en esos pensamientos me ganaría un retardo. Me senté en la cama unos minutos, había tomado una decisión. Me quité los zapatos, colgué el traje, desanudé el apretado y mal hecho nudo de la corbata. Luego, con alegría, calcé unos tenis, me puse mezclilla. Finalmente, tomé la *Historia de la locura en la época clásica* que deposité en una vieja mochila. Saber lo que se quiere también supone un proceso previo: saber lo que no. De esta manera renuncié al sueño de la institución y de la psicología clínica, pero, al mismo tiempo, nació uno nuevo y más vital, el de la filosofía. Es así como ese viernes “atravesé” las puertas de la Facultad de Filosofía “de la mano” de Yolanda y, de alguna manera, de Foucault. Luego estuve de oyente y asistí a todos los congresos, a la postre tomé los prerrequisitos para la maestría y así, casi sin darme cuenta, me encontré estudiando en la facultad. Hoy, el libro de *Historia de la locura* sigue en mi biblioteca, entre todos los otros libros de Foucault que compré después, y junto a muchos otros libros de filosofía que pude leer a partir de ese día.



¿Habría estudiado filosofía sin ese encuentro con Yolanda? No lo sé, quiero pensar que ella “despertó” algo que estaba en mí, como algo en potencia. Lo que me parece un hecho es que, sin encuentros virtuosos como esos, sin un maestro —maestra en este caso— que sienta pasión por la filosofía y la haga nacer en las personas, difícilmente habría andado un día ese camino.

Esta pequeña y personal anécdota quiere expresar algo fundamental: la importancia de la difusión de la filosofía. Vivimos en un mundo frívolo que se procura muy poco por la reflexión, que considera fastidioso el conocimiento. Tal hecho no debe pasar desapercibido para aquellos que amamos las humanidades. Compartir ese amor con los otros, transmitir esa pasión, puede ser determinante para una persona. Aquello que decimos, eso que compartimos, puede cambiar el destino de alguien. Los que procuramos la filosofía lo sabemos: no podemos calcular la impronta de esa pasión en el mundo, así como una mariposa no puede calcular que su aleteo sea causa de una tormenta al otro lado del mundo.

¿Qué representan para ti las humanidades?

Las humanidades suponen para mí una cuestión militante. No se puede negar que son momentos oscuros para el pensamiento; que es un tiempo histórico en que las humanidades parecen haber perdido su pertinencia frente a una sociedad del espectáculo que promueve el capitalismo; que parecen nimias y poco atractivas en este mundo neoliberal que busca consolidar al empresario de sí mismo; que se sienten engorrosas para una comunidad digital que ha vulgarizado la cultura. Esa forma de vida contemporánea no solo es omisa, sino que se enfrenta abiertamente con la filosofía. De hecho, la economía depredadora, la política neoliberal, la frivolidad de la tecnología, para lograr sus fines, requieren hacer desaparecer a las humanidades.

Las humanidades representan una piedra en el zapato para todos estos poderes, pues hacen críticas a las personas de las ideas naturalizadas; muestran que el espíritu humano puede elevarse por encima de las necesidades inmediatas hacia disfrutes más sutiles, pero, sobre todo, enseñan que existe un camino diferente al del consumo y la avaricia.

Es un triste hecho, pero, cada día, las humanidades pierden presupuesto; en las universidades son cada vez menos demandadas por el estudiantado; además, debido al uso de las redes y toda la tecnología digital, los alumnos leen menos y con menos profundidad. El capitalismo, la modernidad, que hacen todo intenso, rápido, breve y líquido, han generado una cultura de la banalidad, nadie —o casi nadie— está dispuesto a sentarse a leer una obra de Hume, Hobbes o Hegel. A ello hay que agregar que el bagaje cultural es cada vez más pobre, a los alumnos les es difícil comprender palabras menos comunes. En síntesis: el diagnóstico es desalentador.

Por ello, hoy, las humanidades constituyen un movimiento de resistencia frente a la tendencia del mundo occidental. Una forma de vida valiente y crítica, necesaria en un mundo que pretende que seamos ciegos a las formas de explotación. Así, pese a que cada vez parecen menos necesarias, en realidad, es justo lo contrario. Las humanidades amenazan, con su sola existencia, el corazón del capitalismo pues, mientras que para este todo es utilidad y cálculo, ellas apuestan por la vía de la curiosidad, por la pasión por el saber; glosando a Nuccio Ordine: tienen utilidad en su inutilidad. Siendo ese el carácter de las humanidades, jamás uno debe caer en el engaño de tratar de contestar al que le interpela sobre la utilidad de las humanidades, estas no necesitan ser defendidas por su producción sino por su importancia en la transformación del mundo, porque aportan un pensamiento crítico que hace tambalear al *statu quo*.

“El capitalismo, la modernidad, que hacen todo intenso, rápido, breve y líquido, han generado una cultura de la banalidad, nadie —o casi nadie— está dispuesto a sentarse a leer una obra de Hume, Hobbes o Hegel.”

Las dinámicas de poder del estado y del mercado nos hacen pensar que, históricamente, lo que ha transformado a la humanidad es el uso de herramientas y el trabajo, nada más lejano de la verdad. Más que *Homo faber* somos *Homo ludens* y *Homo sapiens*. Las humanidades contribuyen con ello, con

el pensamiento y el juego, particularmente la filosofía, creando conceptos y ampliando las maneras de nombrar el mundo.

Es decir, los humanistas, pese a conformar una comunidad pequeña, tienen una obligación mayúscula que consiste en concientizar a las personas de su condición de siervos y aportar un lenguaje que permita entender las formas sutiles de ejercicio del poder, pero, sobre todo, de nombrar y construir un mundo diferente.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

El primer reto, el más difícil, fue la ignorancia. En los primeros años, cuando llevaba poco trecho avanzado por este camino, creí conocer suficiente a la filosofía; como suele pasar en estos casos, me volví pedante. Además, para empeorarlo, conforme fui ganando grados académicos, me imaginaba más sabio; nada estaba más lejos de la verdad.

Luego aprendí que los grados son independientes de la filosofía y que el último grado que uno se impone para sosegar al ego solo permite ver que ese no es el camino.

La filosofía es un conocimiento muy particular, pocas ramas del saber demandan tanto a nivel personal. Efectivamente, los médicos tienen mucha responsabilidad auestas, pero no se les exige cierto modo de vida en consonancia con la medicina; por ejemplo, pueden recetar dietas que no necesariamente aplican en ellos mismos. En contraposición, aquel que vive la filosofía debería verse, en cierto grado, permeado por ella en su modo de vida. Ello no es algo nuevo, de hecho, es esa exigencia que, desde Sócrates, se demanda a aquel que toca a las puertas de la filosofía. No es una regla, hay muchos que viven sin ninguna medida, pero resulta incongruente ver a un filósofo desbalagado o sensualista. En todo caso, un filósofo no puede dejar de plantearse para sí cuestiones que tienen que ver con el modo de vida, porque el modo de vida se vuelve una posición política cuando se es filósofo.

La filosofía entraña una labor que, también, va en contra de la sociedad contemporánea porque se toma el tiempo para hacer algo poco común:

rumiar —como llamó Nietzsche a este acto—. No es la lectura de textos, su memorización, lo que vuelve a una persona un filósofo, sino el lento meditar de los problemas. El mundo contemporáneo demanda velocidad. Frente a él se debe poner freno, detener la marcha y reflexionar.

La incompreensión de los demás también representa un problema, no son pocos los que desprecian a las humanidades, los que la califican como algo inservible, ridículo, etc. Y no se piense que solo hablamos de los ajenos: las principales críticas vienen de la familia que suele no entender por qué un pariente estudia filosofía. Rasgarse las vestiduras y llorar porque un hijo decide estudiar filosofía, porque morirá de hambre si así lo hace, es más que un simpático meme: constituye una realidad para muchos atrevidos que, transgrediendo las ideas convencionales, se deciden a andar por este camino. Recuerdo aún a mi padre alentándome para estudiar una ingeniería, hablando con algún amigo para que me consiguiera alguna plaza de afanador en una de esas compañías del Estado. De hecho, todavía le cuesta entender de qué va el trabajo de filósofo, sin embargo, viendo lo que he logrado, ahora lo respeta y no deja que sus amigos o familiares opinen al respecto.

Para hacer la labor algo más difícil, la palabra filosofía ha sido apropiada por el mundo de tan mala manera que, hasta el personaje más inculto, cree tener una filosofía propia. No es extraño escuchar a *coaches*, narcotraficantes, políticos, mercaderes, decir que tienen su “filosofía de vida”. La manera más sencilla de no argumentar siempre será “relativizar” las cosas, los conceptos, las ideas, hacerlos depender de la vivencia de cada uno. En la comprensión de la filosofía sucede así, como si los grandes sistemas y tesis de los pensadores nacieran de su experiencia personal o de la ocurrencia, dado que todos tenemos una circunstancia desde la cual interpretamos y hablamos; la gente considera que tal forma corresponde o puede ser homologada a aquella que “inspiró” a los filósofos: nada más errado.

La actitud servil de las personas a los cánones establecidos demuestra que el grueso de los seres humanos tiene una actitud de rebaño y siguen, sin chistar, aquello que se les impone; en contraposición, el trabajo filosófico entraña un cierto riesgo y valor —quien lo niegue que inicie por leer la *Apología de Sócrates*—. De esta forma, lo que las personas llaman “su filosofía” no trasgrede las creencias y las formas naturalizadas de pensamiento, sino que las confirma. Raro sería que se escuchara en el discurso de la señora de las gorditas —con todo el respeto que me merece esa bendita señora— una

disertación sobre la ética o el conocimiento que fuera diferente a la de la misma cultura. De hecho, es bastante probable que reconozcamos en sus palabras la impronta de la tradición religiosa y nada más. Sumado a esto, el vulgo tiene ideas preconcebidas del aspecto o la actitud del filósofo: les conciben como personas desarrapadas y drogadictas, personajes desvinculados de la realidad o idealistas —y no alemanes, porque esa corriente filosófica, dicho sea de paso, ni la han escuchado—. Desgraciadamente, en muchas ocasiones, los mismos filósofos se presentan así, como si no tuvieran ningún compromiso con la vida o con el otro. Tal actitud injusta hacia la filosofía ha de ser cambiada, no solo difundiendo la filosofía sino mostrando, con el compromiso al conocimiento, una actitud concernida con la profesión.

Hay otro aspecto, no menor, en el trabajo filosófico: el monetario. Ciertamente la filosofía no pretende, como principio, el lucro, pero es necesario tener una vida digna. En principio las becas me ayudaron a subsistir, sin embargo, tarde o temprano es necesario hacerse de un empleo. El proceso de ser contratado para impartir una materia es largo, además, la universidad, por más que se diga que es la más grande e importante de Latinoamérica, suele precarizar y dar pocas posibilidades de crecimiento académico. Otro aspecto es que la Facultad de Filosofía, pese a que debería ser baluarte y modelo de ética, en su actuar tiene prácticas nepotistas. No sorprende ver a personajes ascender como la espuma porque son hijos o parejas de alguien. Como si lo anterior no fuera ya suficiente, la facultad no prepara a los alumnos para salir ni para generar su fuente un empleo, entonces, se observa que cada vez más jóvenes esperan un lugar para dar clase sin la posibilidad real de lograrlo.

La vida académica es, entonces, de lento crecimiento y poco valorada por la misma universidad; sin embargo, y pese a lo dicho, da muchas satisfacciones a nivel personal, permite ser contemporáneo, pues escuchar a los jóvenes ayuda a entender el presente; invita a prepararse más cada día en temas que a uno le apasionan; otorga un sentido muy especial a la existencia pues se encuentra depositado en uno la responsabilidad de formar a las generaciones del futuro.

Claro, no todo se agota en el camino académico, aunque, a veces, así lo parezca. Fuera se tienen algunas oportunidades; el desconocimiento de la filosofía, al mismo tiempo que es una desventaja, constituye una fuente de posibilidades. Muchas personas, decepcionadas con las miradas simplistas y las palabras huecas buscan en la filosofía otra forma de entender las cosas. Así, no hay que despreciar las coyunturas que la difusión de la filosofía propicia, creo

que es necesario seguir por esa vía, explorarla, tratar de llegar a más personas. Los medios digitales hoy abren puertas inusitadas: personas que antes no podrían acceder a la filosofía sino por la asistencia a clase, pueden encontrar contenido de calidad sobre diversos temas y filósofos; sin embargo, mucho de este contenido lo hacen profesores que aún se encuentran distantes de la tecnología o neófitos que saben de tecnología, pero desconocen de filosofía. Sin duda, serán las generaciones venideras las que abran ese campo y puedan difundir de manera más adecuada y entusiasta la filosofía.



¿Y dentro de la filosofía?

Imponente, así recuerdo la biblioteca central. Seguro que es un recuerdo que muchos de los que estudiamos en la UNAM tenemos en la memoria. Ese día había estado desde la mañana en un congreso, tenía apenas unos pocos meses tomando clase. Ya había oscurecido y la observaba sintiendo que algo mítico rezumaba en sus colores y formas. Luego pensé en lo orgulloso que debían sentirse los profesores que daban clase en un lugar tan emblemático y lleno de vida. Desde que esa idea se configuró en mi cabeza, lograr dar clase en la Facultad de Filosofía se convirtió en mi mayor anhelo.

Hace ya mucho de ello, ahora, visto en perspectiva, las cosas no han sido tan fáciles. Tener el privilegio de dar clase, en gran medida, sí es una cuestión de

conocimientos, sin embargo, también requiere de muchas otras cosas que no se aprenden en la academia. Es solo viendo a los profesores transmitir el conocimiento que uno aprehende formas de enseñar. Muchas cosas se juegan en esa transmisión de saber no explícito, y hay que ser avezado para procurar las deseables y desalentar las indeseables. Algunos profesores, muchos, tienen un “estilo” osco e intratable. Tal forma que no puede venir sino de la inseguridad o de un exceso de histrionismo, pretende generar en el alumno cierto respeto y admiración. No son pocos los casos en que profesores autoritarios han formado copias al carbón, pequeños e insufribles clones de sí mismos.

“Josu Landa, Héctor Zagal, Elsa Cross, son solo unos ejemplos de esos que logran que sus clases se vuelvan un semillero de ideas con amor y respeto hacia los alumnos.”

Ganarse el respeto del profesor, lograr el reconocimiento de ese que se considera especial por poseer un aura de amo, ese alumno, desgraciadamente, no puede sino terminar siendo un siervo. Por ello, una de las cosas más difíciles es encontrar a alguien que esté, dígame con todas sus palabras: más allá del reconocimiento, más allá del bien y del mal. Afortunadamente, hay algunos buenos modelos en la Facultad de Filosofía, con cariño y admiración recuerdo a esos profesores: Josu Landa, Héctor Zagal, Elsa Cross, son solo unos ejemplos de esos que logran que sus clases se vuelvan un semillero de ideas con amor y respeto hacia los alumnos.

De estilo vivaz, de espíritu eternamente joven, Alberto Constante ha sabido ser maestro de maestros. Aquellos que han tomado sus clases lo saben, menos que aprehender conceptos, se comprenden los problemas de la filosofía desde sus raíces e implicaciones futuras. Sus pensamientos siguen una línea que va de Heidegger a Aristóteles, y que tienen como paradas necesarias la literatura, la pintura, etc. Sin duda, de él aprendí más que de ninguno y sigue siendo mi modelo de profesor. Parecería una erudición innecesaria de la que hace gala, sin embargo, al paso del tiempo se observa su pertinencia pues la filosofía, a diferencia de otras carreras, se encabalga con toda la historia del pensamiento.

Nada humano me es ajeno, esa máxima de Terencio refleja bien aquello a lo que el filósofo debe aspirar.

Por ello, considero que dentro de las clases se debe poder articular lo complejo de la filosofía con la vida cotidiana y con la cultura, para que toda ella no sea letra muerta. Fueron esas experiencias, esos modelos, los que me formaron, en gran medida, en los problemas del pensamiento; los que me mostraron, más que la obligación, el gusto por todas las expresiones de la cultura. Siendo esta la naturaleza de lo que considero que es enseñar o dar una clase, es deseable no fustigar a los alumnos sino recordar que estos son receptivos, que en ellos hay inquietudes y pasiones que, igual que a uno, les mueven y que les pueden transformar.

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

Una de las oportunidades que me abrió la universidad fue una estancia académica en el extranjero. Estudié en Barcelona seis meses. Estaba terminando la tesis de doctorado y quería tener la oportunidad de conocer otras miradas sobre el tema. En la Universidad de Barcelona estudié en el seminario del profesor Josep Esquirol, que trabaja temas sobre filosofía y técnica. Aquel semestre estuvo dedicado a *Totalidad e infinito* de Emmanuel Levinas. El seminario era muy diverso, había, sí, muchos catalanes, pero, también, venezolanas, alguna francesa, entre otros. Los catalanes son férreos defensores de su idioma, pero Josep tuvo la deferencia de dar el seminario en castellano. La experiencia fue muy agradable, los profesores, en general, se muestran abiertos al diálogo y propician un ambiente de respeto.

Barcelona es una ciudad luminosa, cercana al mar, tiene una vida nocturna muy rica y muchos atractivos turísticos. En España se cree que los catalanes son reservados, mi vivencia fue diferente, me hice, en poco tiempo, de muchos amigos. En general, observé que la gente sentía curiosidad por la vida en México, tristemente, las noticias que llegan allá de nuestro país se encuentran relacionadas con la violencia y esto permea la percepción que hay hacia nosotros. Me fui con gratos recuerdos de las personas que conocí y del tiempo que compartimos. Además de las cosas buenas y algunas palabras en

catalán, adquirí algunos vicios, como el entusiasmo por el fútbol, que antes juzgaba como algo estúpido e ideológico —seguro que lo sigue siendo, pero ahora mi fanatismo me hace ciego para apreciarlo.

Otras experiencias fueron, también, formativas. Tuve la posibilidad de conocer, aunque superficialmente, los inicios del movimiento independentista de Cataluña que solía hacer asambleas en los parques. Al final, aquel año, se vivió una marcha multitudinaria, la primera de ellas. Como suele pasar, se intentó reprimir con violencia, sin embargo, apenas se pudo contener. En aquellos días se podía ver a niños pegando propaganda en favor del movimiento.

En el pasado tuve la oportunidad de participar en varios movimientos estudiantiles, ahí se puede ver el entusiasmo de la juventud que, generalmente, es la más consciente y politizada. La diferencia es que el movimiento independentista era más plural, se podían ver en él a viejos, adultos, jóvenes y niños.

En Barcelona también me tocó vivir el movimiento “Yo soy 123” que, a la distancia, se mostraba como una ola crítica del sistema mexicano. Desde allá, varios nos organizamos para mandar mensajes de apoyo al movimiento. Además, nos manifestamos en algunas plazas para demandar un alto a la violencia. Entre algunos amigos mexicanos formamos un colectivo llamado “Machincuepa” que pretendía ser un movimiento cultural y de resistencia. Fue entonces, además de una experiencia académica, una vivencia política.

Quizás el aspecto más formativo, a nivel personal, fue la posibilidad de viajar a otros países, de conocer otras culturas, otras formas de organización, de pensamiento y de relación. Definitivamente, es necesario, para poder tener una mirada más amplia sobre la vida, salir y conocer el mundo. Afortunadamente, nuestra universidad, como muy pocas, abre ese tipo de puertas.

En el pasado trabajé en instituciones como el CENEVAL (evaluando reactivos, elaborándolos, calificando exámenes profesionales y aplicándolos); he dado diferentes cursos a muchas personas interesadas en la filosofía, adultos mayores, psicoanalistas, seminaristas, normalistas, de todo. Actualmente trabajo en la Facultad de Filosofía —en el Colegio de Filosofía y el de Letras Modernas— y en la Facultad de Estudios Superiores Iztacala —en Psicología Social y Psicoanálisis—, además, soy editor de la Revista Filosofía y Letras.



¿En qué proyecto de investigación estás actualmente? ¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

En la FES Iztacala estoy en un grupo de trabajo que investiga procesos de resistencia. Tomando una mirada que se ha definido como ético-política, hemos pretendido intervenir sobre la “realidad” a partir de temas que tienen que ver con la comunidad y procesos de subjetivación. De esta manera, el objetivo central es pensar en otro mundo realizable. Ello ha supuesto no quedarse con las miradas positivistas tradicionales en psicología, sino introducir pensamientos como los de Foucault, Deleuze, Guattari, Agamben, entre otros. Con ese trabajo se busca generar prácticas en contra del *statu quo*, apostando por la transformación de las condiciones sociales que mantienen a la población en estado de explotación y marginalidad. Últimamente, trabajamos en una crítica al antropocentrismo que ha permeado a la psicología y cómo ha generado una forma de abordar los problemas sociales.

En la Facultad de Filosofía, desde hace varios años, trabajo junto con el Dr. Alberto Constante cuestiones relacionadas con la tecnología digital y la subjetividad. Ese proyecto y la amistad han dado diversos frutos. Hemos sido compiladores de varios libros y, actualmente, tenemos un seminario de filosofía y tecnología. Nos mueve hacer, lo que se podría llamar, un “diagnóstico del presente” sobre la sociedad en un mundo cruzado por la tecnología: saber cómo afecta a los seres humanos, qué dominios supone, qué ámbitos invade.

Nos hemos percatado con el tiempo que esta reflexión, que en principio no parecía filosófica, en realidad requiere de un amplio y complejo análisis. Este objetivo nos ha llevado a releer con otros ojos a Heidegger, además, ha supuesto la actualización de otros pensadores —como Foucault o Deleuze— y el descubrimiento de otros tantos, como Mumford y Simondon. Aún falta mucho por hacer, consideramos que la reflexión filosófica apenas está dando sus primeros frutos en este rubro; de ahí que el trabajo sea continuo, de hecho, cada vez se nutre con la participación de más académicos a nivel mundial.

Recientemente, y a partir de la pandemia, hemos trabajado también cuestiones relacionadas con la biopolítica, problematizando las nuevas formas de socialización, los espacios y, en general, las consecuencias que traerá para la humanidad. En estas reflexiones se ha logrado hacer confluir a muchos intelectuales de muchos campos. Producto de este trabajo ha sido un libro electrónico publicado recientemente, *Filosofía de lo imprevisible, reflexiones para la pandemia*; también un número en la revista *Reflexiones Marginales*, del doctor Alberto Constante y, otro, en la revista *Filosofía y Letras*, de la que soy editor.

Algunas colaboraciones y obras propias del autor



Helena Chávez Mac Gregor



Nació el 22 de septiembre de 1979,

En la Ciudad de México.

Institución de adscripción: Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Sin querer. Yo quería ser bailarina. Durante la preparatoria cada año que empezaba el ciclo escolar amenazaba a mis padres con dejar la escuela para dedicarme únicamente a la danza.

Tras muchas batallas, llegamos a la negociación final de que presentaría el examen de admisión a la universidad y, una vez aprobada, podría hacer lo que yo quisiera.

Mi hermana, año y medio mayor que yo, empezaba la carrera de medicina en la UNAM. Mi insistencia de ser bailarina generaba mucha angustia en mis padres, quienes no sabían cómo sobreviviría económicamente. Alguna vez mi padre, que era arquitecto y tenía un taller de construcción, me dijo muy emocionado que por qué no poníamos un negocio que fuera algo como un café en el que, además de eventos, enmarcáramos cuadros. Mis amigos, muchos ya artistas, podrían “hacer y presentar sus cosas” y yo enmarcar pues, según él, “te quedan tan bonitos”. Creo que solo llegué a decir, “ay, papá”. Al final, no estaba tan equivocado.

La única otra cosa que me gustaba hacer era leer. Por obsesiones adolescentes con una banda de rock irlandesa, por un periodo largo de tiempo, me dediqué a leer a autores de esa región: James Joyce, Oscar Wilde, Virginia Wolf, Hanif Kureishi y Salman Rushdie —entre otros—, así que pensé en presentarme a Letras Inglesas. Pero el examen de admisión —que implicaba una vez aprobado presentar el examen de idioma— complicaba mis planes, que eran irme del país en cuanto acabara la escuela. Opté por apuntarme a Filosofía. Era el último año de la preparatoria, todo mundo escogía una carrera y varias de mis amigas se presentarían a Filosofía, así que creo que simplemente las seguí. Estaba en área 6, entonces Bellas Artes. Me iba bien en las materias, sobre todo en Estética e Historia del arte. Creo que no lo pensé mucho, en ese momento era más un trámite que una decisión de vida. Pasé el examen de la UNAM y me fui a Londres.

Unas amigas —Mayra, Eria y Andrea— se irían allá a trabajar. En ese tiempo la libra esterlina era muy fuerte y, aunque vivir ahí era muy caro, si se encontraba un trabajo “decente” se podía ahorrar. La intención de mis amigas era viajar por Europa durante el verano siguiente y después volver a México para entrar a la universidad. Yo me pegué a su plan con la idea de encontrar una escuela para bailar y no estar sola. Vivimos juntas, las cuatro en un cuarto con tres camas. Encontré una maravillosa escuela, The Place, parte de la London Contemporary Dance School, donde tomé clases de ballet, *contact*, *release*, *buto* y cualquier cantidad de técnicas y estilos. Mis padres me ayudaban económicamente. Ellos pagaban mis clases y yo mi renta y comida.

Trabajé en una tienda de curiosidades al norte de Londres. La tía de una amiga, Daniela, que vivía desde hacía mucho tiempo ahí nos presentó con la dueña, quien nos “contrató” a las cuatro. Obviamente no teníamos permisos de trabajo, así que nos pagaban menos de lo que correspondía, pero íbamos tirando. También fui niñera del hijo de Daniela, Tobías. Él tenía un año y las mañanas que lo cuidaba eran hermosas, llenas de primeras risas y palabras.

Los siete meses que vivimos juntas fuimos inmensamente felices. Vivíamos con muy poco; ellas ahorran todo lo que podían para su viaje, así que solo hacíamos cosas que no implicaran gastar dinero. Paseábamos por los parques, visitábamos museos, hablábamos mucho, nos contábamos nuestras vidas una y otra y otra vez, cantábamos con viejas cintas que llevábamos, reíamos toda la noche. Cuando ellas se fueron yo me mudé con Daniela, su pareja y su hijo. Acababan de cambiarse de casa y me dejaron vivir con ellos bajo el acuerdo de que les ayudara a renovar el espacio y a cuidar de Tobias de vez en vez. Con ellos aprendí a cocinar, resanar y pintar paredes, a quitar alfombras y cuidar el jardín.

Era 1999. Londres era una ciudad que estaba cambiando. Aunque en muchos sentidos seguía anclada en una antigua temporalidad, aceleradamente se volvía ultramoderna y global. Era fría, no solo el clima, sino la vida. La presencia de personas de todos lados del mundo permitía pasar desapercibido.

Había momentos en que me sentía invisible, desconectada de todo y, eso extrañamente, me daba una especie de sosiego.

Mi plan era tomar todas las clases que pudiera para presentarme a audiciones y entrar a alguna compañía, o inscribirme formalmente a alguna escuela. Solo presenté una audición. Nunca supe si fui seleccionada o no. Antes de que llegaran los resultados tuve que regresar a México. Mi padre se sometería a una operación de corazón. La idea era que al recuperarse me volvería a Londres, pero, pocos días antes de su cirugía, tuvo un infarto en la médula espinal que lo dejó cuadripléjico. Poco a poco recobró movilidad, o cierta movilidad, pero fueron años lentos y nublados.

Al volver a México estaba completamente perdida. Los días se iban intentando acompañar a mi padre y tomar una clase por aquí y por allá. Una maestra con la que había estudiado años atrás me invitó a entrenar con una compañía de danza contemporánea en la que ella trabajaba. Varios años estuve ahí, pero nunca bailé profesionalmente con ellas. Ni ellas lo sugirieron, ni yo lo insinué.

La verdad, nunca fui muy buena. Solo suficiente. En el fondo lo sabía y vivía algo que podría definir como una guerra sin cuartel conmigo misma.

“Me era fácil. La interpelación era con las ideas, no me identificaba con ellas. Si una no funcionaba la trabajaba, la volvía a pensar, la cambiaba. No eran yo, eran ideas para poder pensar cosas que importaban. Fue una liberación.”

La UNAM, después de nueve meses cerrada por la huelga —que había comenzado cuando yo todavía estaba en Londres—, abrió. En el pasmo de una vida que se achicaba decidí entrar a la universidad. Fue un respiro. Me era fácil. La interpelación era con las ideas, no me identificaba con ellas. Si una no funcionaba la trabajaba, la volvía a pensar, la cambiaba. No eran yo, eran ideas para poder pensar cosas que importaban. Fue una liberación.

Seguí bailando. En el segundo año de la carrera me lastimé la espalda. Una mañana, después de una larga noche de fiesta,forcé mi entrenamiento y solo escuché un “crack”. En ese momento vivía con mi novio, quien seguía de juerga. No pude moverme del suelo hasta que él llegó. El desgaste de años de maltrato había dañado mis músculos y articulaciones, provocando una hernia discal en L5. Por semanas apenas pude moverme, el dolor era insoportable. Tuve que utilizar un corsé por casi seis meses y realizar fisioterapia por casi un año. Mientras me recuperaba, me centré más en los estudios, encontrando espacios insospechados para volver a mí, o hacer de mí algo que ni siquiera estaba.



Las clases de Estética con Ana María Martínez de la Escalera me abrieron un mundo, no solo para pensar el arte sino para re-activar un espacio político. Tenía catorce años cuando se levantó en armas el Ejército Zapatista de Liberación Nacional. Coincidió, o quizá también fue una de las causas, con el fin de mi infancia. Mi militancia fue inocente e intermitente, pero plantó en mí preguntas, ruidos, urgencias que hasta la fecha siguen cuestionándome.

La ruta estética de Karl Marx a Walter Benjamin me permitió conectar y pensar el arte desde otro lugar. No me tenía que dedicar a él, además de que mi cuerpo no daba más. La filosofía era un camino para una experiencia política de transformación de primer orden. Mi tesis fue sobre la experiencia del arte en Benjamin. Cómo en ella se despertaba una suerte de desconfianza sobre el orden del mundo delineado por la modernidad, posibilitando una ruptura emancipatoria. Un camino para la política era la estética y esa era la ruta que quería recorrer. Para ese momento ya había dejado completamente de bailar.

Mi padre murió una semana antes de mi examen de titulación. El esfuerzo de la rehabilitación desgastó su corazón ya dañado y murió de un infarto. Creo que se fue en cierta calma, pensando que yo había encontrado un camino en el que, finalmente, estaba bien.

¿Qué representan para ti las humanidades?

Una serie de discursos que hay que replantear. La historia del humanismo, al preguntarse por “nuestro” lugar en el “mundo”, ha generado una división y clasificación que ha separado y otorgado jerarquizaciones en lo vivo. La definición misma del hombre en separación ha generado una ruptura que nos ha llevado al brutal momento que estamos viviendo ahora. La pandemia nos ha mostrado el desequilibrio eco-político en el que vivimos.

Es claro que la expansión del capitalismo ha supuesto la transformación de la biodiversidad del planeta y ha generado, como los estudios sobre el antropoceno o capitaloceno señalan, formas de devastación que exterminan y transforman la existencia humana y no humana. Algunas investigaciones apuntan a que la transformación en la biodiversidad debido al cambio climático, extensión geográfica del modelo agroindustrial, ocupación de hábitats no humanos, comercio de animales silvestres y concentraciones urbanas en regiones devastadas, entre otros factores, tienen el potencial de aumentar el riesgo de enfermedades infecciosas en plantas y animales, incluidos los humanos, ya que por definición dichas enfermedades suponen la interacción de especies. Este desequilibrio nos ha dejado aislados y en vez de someter a crítica cómo hemos llegado hasta aquí estamos desesperados por volver a la normalidad.

Esta crisis nos muestra que es necesario pensar en otra escala, buscando otras articulaciones y colaboraciones. Re-pensar lo vivo con otras categorías que no supongan una separación y clasificación cosificable. Más allá de pensar estas cuestiones bajo categorías como el “post humanismo”, que como muchos de los “post” me parece que no anuncian más que la ilusión de un después que no ha sucedido; creo que es importante revisar y cuestionar qué se arrastra cuando decimos humanismo, qué posibilidades críticas emergieron de ahí y desde dónde podríamos abrir un pensamiento y narrativas más generosas con lo vivo y lo no vivo.

En los últimos años me he acercado a problemas que rondan la pregunta crítica por el humanismo. En 2020 impartí con Cuauhtémoc Medina el seminario *Animismo/animalismo: Política y estética más allá de ‘lo humano’* para el posgrado de Historia del arte. En ese seminario examinamos la forma en que los límites de “lo humano” han entrado en crisis en el pensamiento, la sensibilidad colectiva y la estética contemporánea.

Trabajamos la manera en que crecientemente la pregunta por los animales, la cuestión del animismo y la superposición de los ejes de la naturaleza y la sociedad capitalista transforman nuestra sensibilidad y nuestra política.

Aunque el curso tuvo un énfasis teórico, estuvo acompañado de una serie de debates y reflexiones prácticas que permitieron introducirnos en los dilemas de la práctica artística y curatorial del siglo XXI. En este curso revisamos autoras y autores como Vilém Flusser, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Paulo Tavares, Ursula Biemann, Déborah Danowski & Eduardo Viveiros de Castro, T.J. Demos, Achille Mbembe, Donna Haraway y Anna Tsing. En medio de este seminario estalló la pandemia y las preguntas se hicieron más urgentes, inquietantes y cercanas.

Todavía doy vueltas sobre las preguntas y los problemas que aparecieron, sobre todo por lo abierto en el libro *The Mushroom at the End of the World: On the Possibility of Life in Capitalist Ruins* de Tsing. Los planteamientos que propone sobre la incertidumbre y la indeterminación me han permitido situarme en este tiempo roto. Todavía no logro entender qué significa vivir situada en estos conceptos, fuera de la proyección de la teleología, pero estoy en el intento de ubicarme y ubicar mis cuestionamientos y acercamientos sobre lo político desde allí.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

La filosofía a veces se presenta como una cosa —un saber, una disciplina, una tradición— pero son muchas. Hay muchas formas no solo de llegar a ella, sino de estar en ella y de hacerla.

Al terminar la carrera, contra toda recomendación de mis maestras y maestros, me fui a hacer una maestría en Barcelona, que pude pagar con el dinero del seguro de vida de mi padre. Mi novio se había ido ahí a terminar su doctorado y la vida juntos era en ese momento la prioridad. El posgrado era en Crítica y Teoría del Arte Contemporáneo. Aunque el programa era en el departamento de Filosofía, la maestría intentaba conectar y dar claves para entender y estudiar las prácticas artísticas contemporáneas.

“la politización del arte no era solo una manera de hacer arte, sino que era una respuesta para inventar otra política.”

Uno de los profesores de la maestría fue Marcelo Expósito, su clase sobre Benjamin provocó una suerte de cisma en mi acercamiento filosófico. Marcelo, en vez de revisar los planteamientos de Benjamin desde la pura interpretación de los textos, los actualizaba y radicalizaba bajo casos y procesos artísticos y activistas más cercanos en tiempo y en espacio. La intención era actualizar la propuesta de una politización del arte. Lo hacía, por un lado, con las prácticas activistas en América Latina —prácticas estéticas de praxis política, como Roberto Amigo nombra acciones como el Siluetazo (Buenos Aires, 1983) donde una acción a caballo entre el arte y el activismo logró, con la creación de miles de siluetas en la Tercera Marcha de la Resistencia en contra de la dictadura de Videla, visibilizar los miles de desaparecidos del régimen militar—. Y, por el otro, abrir las acciones de los años noventa del siglo pasado que, bajo la idea de “la imaginación radical”, dieron forma a otro tipo de activismo y de procesos políticos. En ellos, aseguraba Marcelo, la politización del arte no era solo una manera de hacer arte, sino que era una respuesta para inventar otra política.

Estos planteamientos no solo me permitieron volver a pensar situadamente, sino intentar conceptualizar todo aquello que no había podido elaborar sobre la importancia del zapatismo y de activismos que me habían cimbrado pero que no había pensado. En ese acercamiento por Marcelo al programa de Estudios Independientes del MACBA, que abría su primera edición, conocí gente que revolucionó mi cabeza y también mi vida. Ana Longoni, Suely Rolnik, Brian

Holmes, Jorge Ribalta y Bifo. Ellos me permitieron otro acercamiento al arte y a la política. Su cercanía y generosidad también me mostró otra manera de hacer filosofía, más alejada de la academia y más cercana a procesos artísticos y sociales.

Al terminar la maestría, con una tesis sobre lo espectral en Derrida como experiencia político-estética, —a la que sigo volviendo cada tanto— decidí regresar a México a hacer el doctorado. En esos años había leído a Jaques Rancière. Había algo ahí que pensaba ofrecía un camino para repensar la política. La estética era el lugar de la política, el espacio para manifestar el desacuerdo sobre las distribuciones históricas que configuran el mundo. Una estética más allá del arte. Sin embargo, el trabajo de Rancière también ofrecía una posibilidad de pensar las especificidades de las operaciones artísticas. Hay en él una estética de lo político y una política de la estética. No sabía muy bien cómo pensarlo. Quizá por eso creí que valía la pena intentarlo.

Antes de dejar Barcelona fui a una exposición de Francis Alÿs, ahí había un video llamado “Barrenderos”, donde Cuauhtémoc Medina, un investigador del Instituto de Estéticas, hablaba de repetición, del fracaso de la modernidad y de la política en México. Una vez aceptada en el doctorado de filosofía de la UNAM lo contacté para ver si quería ser parte de mi comité tutor. Ahí hubo otra vuelta de tuerca a mi acercamiento no solo a la filosofía sino al arte. Cuauhtémoc aceptó entrar a mi comité bajo la condición de que leyera y trabajara también los casos que él sugería para problematizar mis ideas. Las personas y argumentos que me presentó me forzaron a acercarme a los procesos y obras artísticas desde ellas mismas, desde lo que hacían y abrían. A pensarlas en su propia lógica. Así conocí la historia del arte mexicano, sus agentes, sus procesos. A la par de mi investigación, trataba de conectarme con una escena que también hacía que el mundo se transformara. Quería saber quiénes eran, qué hacían, cómo lo hacían. Al principio me acerqué con muchos prejuicios y con ideas predeterminadas. Poco a poco se fueron quebrando y fueron apareciendo otras relaciones. Se volvió no solo un campo de estudio sino también de intervención.

El doctorado fue un esfuerzo por hacer filosofía con el rigor que la disciplina impone, pero también por acercarme al arte desde lo que hace y no subsumido a los aparatos discursivos de la filosofía. Hubo momentos que sentía que no pertenecía a ningún lado. Ni hacía filosofía ni hacía historia del arte, o eso me decían. Poco a poco ese no lugar disciplinado me fue dando espacio para

pensar lo que necesitaba pensar. Para seguir haciendo filosofía y hacer crítica de arte, abriendo ambas escenas y haciendo emerger otras que ni imaginaba.

Al terminar el doctorado, en otro golpe de suerte, José Luis Barrios, con quien había estado en contacto por el trabajo teórico que él hacía, me invitó a trabajar en el recién inaugurado Museo de Arte Contemporáneo de la UNAM. Entré al departamento de documentación. Nadie sabía qué hacía allí, ni yo misma. Poco a poco vimos posibilidades para otras operaciones y lanzamos un programa de estudios de teoría crítica, Campus Expandido. Ahí experimentamos con las estructuras educativas de la universidad, con diversas tradiciones, saberes y modos de hacer. Levantamos un espacio, con teóricos y artistas, alumnos regulares y esporádicos, con gente de diversas formaciones, edades y contextos para hablar de arte y política, de feminismos, de necropolítica.



Eran los años de inicio de la guerra contra el narcotráfico y el paisaje de las urgencias se transformaba por completo. Por algunos años nos centramos en intentar intervenir en lo que nos estaba sucediendo, en pensar qué estaba pasando y cuál era el lugar del arte y de la cultura en ese estado de emergencia: denunciar, generar empatía, producir duelo colectivo, organizar la rabia, dar consuelo.

Podría haber seguido en la gestión cultural pero la necesidad de trabajo de investigación, de ir a otro ritmo, más lento, siempre se imponía. Opté por hacer un posdoctorado en el Instituto de Investigaciones Estéticas que me permitiera ordenar lo que había sucedido en esos años. Un año después, se abrió un concurso a una plaza por oposición en el área de arte contemporáneo que, para mi sorpresa, gané.

Cuando estudiaba la carrera le dije a mi madre —quien nunca ha dejado de apoyarme para sentirme satisfecha y feliz con lo que soy— que como yo hacía estética, un día iba a trabajar en el Instituto de Estéticas. Ella me dijo que ahí hacían historia del arte y lo mío era otra cosa, que no sabía dónde estaría mi lugar. En el tránsito de esos años, el Instituto cambió y si bien su eje central es la historia del arte, este ha abierto canales y espacios para pensar el arte fuera del campo. Eso es lo que hace el arte hoy, expandir. Ser un lugar de encuentro para muchos discursos, saberes y formas de hacer. Ahora ahí estamos historiadoras, filósofas, antropólogas, químicas y muchas otras personas formadas en disciplinas muy diversas que se mezclan para hacer acercamientos robustos al arte y desde ahí dirigirnos a otros campos, problemas y preguntas.

Mi camino a la filosofía, en este sentido, ha sido también un camino fuera de ella. Creo que esta es una herramienta para pensar, pero no es un lugar ni un destino. Para mí se mantiene relevante cuando se juega y se combina con otros modos de hacer, donde lo importante es, parafraseando a Donna Haraway, qué pensamientos piensan pensamientos.

Desde entonces no me preocupo por definir lo que hago, a veces toma forma de una investigación filosófica, a veces curatorial, otras tantas artística y en algunas ocasiones modos que tampoco puedo o quiero definir.

¿Y dentro de la filosofía?

Durante más de diez años trabajé el pensamiento de Rancière. Tenía que terminar el libro de esa investigación pero no lograba. En 2017, una semana después del temblor que sacudió varios lugares del país, lo conocí. Por años lo

había buscado pero las oportunidades para encontrarnos no se concretaban. Cuando por fin vino a la Ciudad de México y nos conocimos, no tuvimos nada de qué hablar. Ni a él le interesaba lo que yo podía decir de su trabajo ni a mí las observaciones que hacía para entender mi realidad. Más que desanimarme me ayudó a comprender que había acabado un ciclo.

Un par de meses después del nacimiento de mi hija, Rita, le hablé desesperada a Cuauhtémoc. Entre llantos le decía que no podía pensar. No lograba formular ideas, todo era confusamente fragmentario, abrumador y torpe. Él me dijo que por qué no pensaba en eso, que quizá eso era en lo que tenía que pensar.

Tengo el privilegio de tener un trabajo estable, que me gusta y en el que he podido desarrollar no solo una carrera sino también un proyecto personal. Sin embargo, la llegada de la maternidad —una buscada, deseada y que llegó en un momento de estabilidad laboral— puso las cosas de cabeza.

No solo el trabajo que hasta entonces hacía se puso en crisis, sino que la propia noción de trabajo me parecía cada vez más insoportable. Pasados los tres meses de licencia de maternidad que me fueron otorgados por la universidad y que logré habitar con cierta calma, vino la angustia. Todo el tiempo que no trabajaba era tiempo perdido. Cada vez que amamantaba, cantaba, jugaba o dormía a mi hija era tiempo que no trabajaba.

La sensación era que siempre le debía tiempo al trabajo. Había algo de vergüenza y mucho de frustración por no poder ser productiva, por ser lenta, por estar fragmentada, por siempre estar pensando en otra cosa. A la vez, también estaba enojada de que exigieran más responsabilidades laborales bajo nociones como las del “compromiso” y el “deber” con la institución. Bajo narrativas de supuesta igualdad, muchos de mis compañeros y colegas suponían que el esfuerzo tendría que estar en seguir defendiendo mi productividad como espacio de resistencia feminista. No solo la gente a mi alrededor no podía ver que el cuidado hacia mi hija modificaba por completo mi trabajo, sino que yo tampoco.

Durante ese periodo curé con Virginia Roy la exposición “Al final del trabajo” del artista sudafricano Simon Gush. La exposición era una revisión de varios de los proyectos en los que él explora, por un lado, el tiempo y los espacios cuando termina la jornada laboral en su ciudad, Johannesburgo, y por el

otro, el fin del trabajo como promesa fallida de inclusión social, no solo en Sudáfrica sino en el mundo.

En una de las pláticas que dio, Simon presentó un diagrama donde mostraba cómo, aunque la promesa de progreso se sostiene en el trabajo, nunca habrá suficiente para todos. Ante estos límites, Simon proponía re-conceptualizar el trabajo bajo actividades normalmente catalogadas fuera de él. Ahí, en las horas y horas de pláticas y montaje, encontré algo. Quizá todo el tiempo que “gastaba” en el cuidado de mi hija era también una forma de producir fuera de toda lógica de la eficiencia y productividad. Quizá todo ese esfuerzo, como generaciones de feministas antes de mí han reclamado, tendría que estar reconocido lo que es: trabajo.

Es trabajo, pero no parece suficiente reconocerlo como empleo no asalariado. Es un trabajo que para poder adquirir su radicalidad tendría que estar pensado más allá de los límites categoriales que el capitalismo ha delimitado. Reconocerlo como trabajo y someterlo a las mismas expectativas y cálculos solo sostiene el hoyo negro del que no podemos salir.

“Desde entonces, me he dedicado, en gran medida, a leer mujeres —Mariarosa Dalla Costa, Judith Butler, Silvia Federici, Rita Segato, Kathie Weeks, Magie Nelson, Anna Tsing, Donna Haraway, Claire Fontaine, entre muchas otras— y pensar con ellas.”

En vez de forzar una normalidad que seguramente habría alcanzado —dejándome, como en tantos otros aspectos de mi inoperante subjetividad, más frustrada y rota— intenté pensar qué pasaría si la idea de producción no estuviera ligada con la de productividad.

De pronto, el pensamiento, mayoritariamente de hombres, blancos y europeos a los que había dedicado años de estudio, no me abrían nada. No me acompañaban. No me dejaban pensar lo que tenía que pensar. Poco a poco fui encontrando grietas que se hicieron puertas y ventanas.

Desde entonces, me he dedicado, en gran medida, a leer mujeres —Mariarosa Dalla Costa, Judith Butler, Silvia Federici, Rita Segato, Kathie Weeks, Magie Nelson, Anna Tsing, Donna Haraway, Claire Fontaine, entre muchas otras— y pensar con ellas. Mi acercamiento se ha cifrado en revisar las críticas históricas a la división entre trabajo productivo y reproductivo para entender las potencias políticas de la maternidad. En ellas encontré una vuelta de tuerca a la noción de productividad. Es decir, si en vez de situar nuestros trabajos de cuidado bajo los esquemas de la eficiencia y la ganancia, pensamos nuestras relaciones, ya no solo las del trabajo sino de todas aquellas que suponen una producción, bajo la lógica del trabajo de cuidado, quizá, lo que abriría paso serían las estructuras de un amor sin cálculo, sin administración, sin reserva.

Una crítica al capitalismo hoy podría ganar fuerzas de un feminismo entendido como la emancipación de formas afectivas basadas en el cálculo. El ejercicio suena radical, poder experimentar la complejidad y el peligro de liberar la producción —también el amor— de la administración.

Creo que lo hallado en esos diferentes feminismos —de aquí y de allá, clásicos y experimentales, convencionales y radicales— fue otras maneras de revisar la historia, de comprenderla. De entender la configuración del mundo bajo las tramas del capitalismo-patriarcado en relación con las construcciones del género, siempre intentando establecer los nudos e interacciones con los procesos de racialización y precarización.

Es decir, de pensar el feminismo en las interseccionalidades de procesos históricos complejos que han despojado a muchas de vidas dignas de ser vividas. Para mí, el feminismo, en el que me encuentro y crezco, es el que permite pensar las condiciones históricas y articular diversas luchas y agendas comunes. Un feminismo que nos piensa sin dejar de pensar a otras y de buscar mejores repartos, lugares y derechos. Un feminismo que re-piensa la vida y permite poner en cuestión las definiciones mismas de lo humano y lo no humano.

A veces creo que una tiene una o dos preguntas en la vida, y que lo que cambia no son estas sino las narrativas con las que las construimos y, eso, lo transforma todo. Mi acercamiento a la política tiene que ver ahora con un pensar desde categorías como la precariedad y la incertidumbre, nociones que se alimentan de un feminismo que ya no sostiene relatos del progreso ni del patriarcado. Mi búsqueda tiene que ver con situar la experiencia de vidas despojadas y explotadas —mujeres, niñas, transexuales, personas racializadas, enfermas, viejas, es decir, lo que se ha considerado muchas veces vidas no

productivas— para abrir a otras construcciones del trabajo, para pensar otras formas del aparecer y de hacer política, fuera de los marcos y lugares asignados por el patriarcado históricamente. Ahora encuentro que quizá el espacio de politización no es la plaza pública, sino la cama de la persona enferma que no puede levantarse para ir a una protesta.

“Sin duda el campo de la filosofía, el pensamiento mismo —su historia, sus trayectorias, sus voces, sus instituciones— están tramados en un sistema patriarcal.”

En ese sentido, me parece que de alguna manera sigo bordeando las mismas preguntas pero con otras herramientas, y eso construye otros pensamientos y otras posibilidades. Los últimos años han sido una lucha por desmontar saberes, por transformar miradas, por buscar mejores formas de vida. Sin duda el campo de la filosofía, el pensamiento mismo —su historia, sus trayectorias, sus voces, sus instituciones— están tramados en un sistema patriarcal. Hacer otra filosofía supone por un lado, someter a crítica, es decir, establecer las condiciones de aparición de esa historia, y, por el otro, dejar aparecer otra. No se trata de negar lo que ha sido, pero sí de transformarlo para ser algo más incluyente y justo.

En ese camino estoy ahora. Y es rico y amoroso y solidario. Quizá el haber cuestionado la noción misma del trabajo en relación con el cuidado me ha permitido sobrevivir la crisis que ha supuesto la pandemia y su administración gubernamental. Un momento donde el trabajo productivo y reproductivo se ha colapsado, donde todo ocurre en el mismo lugar y al mismo tiempo. Donde estamos fuera de las estructuras sociales —como la propia universidad— y aisladas de nuestras redes de apoyo. Las herramientas con las que he pensado estos años me han permitido no perder la cabeza —o solo a ratos— y recordar, cada vez que es necesario, que cuidarnos también es trabajo. Que todo lo que hago —limpiar, cocinar, cantar, dibujar, regar, correr, bañar, contener, escribir, leer, corregir, enseñar— es trabajo y que, el que resulta imprescindible es el que sostiene la vida, no solo intelectual y materialmente, sino el que hace posible vivir bien.

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

Uno de los lugares fundamentales en mi trayectoria ha sido Sudáfrica. En 2009 se realizó la primera edición del Johannesburg Workshop in Theory and Criticism, una plataforma que se alojó en el Institute of Social and Economic Research (WISER) de la Universidad de Witwatersrand (WITS). La iniciativa organizada, entre otros, por Achille Mbembe, David Theo Goldberg, Sarah Nutall y Kelly Gillespie abrió un espacio de pensamiento crítico para abordar desde el sur de África una serie de cuestionamientos sobre el presente.

Hubo varias ediciones con diversas temáticas, yo participé de tres de los talleres, cada uno de un mes, y en ellos conocí a gente como Judith Butler, Wendy Brown, Eyal Weizman, Ackbar Abbas, Saree Makdisi y amigas entrañables como Prishani Naidoo, con quien ahora estoy trabajando en el marco del The Society, Work and Politics Institute (SWOP), espacio que ella dirige en la Universidad de WITS. Por varios años pensar desde la decolonialidad y la crítica del humanismo que proponía el JWTC abrió posibilidades y fuerzas que desconocía. No solo me abrió a otras autoras y autores, sino a otras historias y procesos sociales más cercanos y quizá más pertinentes; aunque parezca extraño, para pensar lo que sucedía en México.

Sudáfrica es un lugar que me ha permitido pensar oblicuamente. No hay posibilidad de línea recta, sino que me ha obligado a adentrarme en un archivo sobre la colonialidad, el racismo y la violencia muy distinto al nuestro. Johannesburgo, la ciudad en la que más tiempo he pasado de ese país, es un lugar duro, difícil, tenso. Yo nunca me he sentido en peligro, pero muchos de los que viven ahí dicen que es una ciudad peligrosa. Es un lugar donde la gente tiene miedo, quizá todavía más que en la Ciudad de México. Tal vez fue esa tensión la que me hizo sentir en casa.

Johannesburgo se fundó alrededor de las minas de oro a finales del siglo XIX, todavía se pueden ver los vertederos y las estructuras de extracción. Estuvo en disputa, como el resto del territorio, entre afrikáners —cuyos orígenes se remontan a los colonizadores neerlandeses— y los británicos. De la contienda

emergió un nacionalismo blanco que mantuvo las lógicas de explotación colonial al tiempo que implementaba un estado racista.

En la superficie están todavía las marcas de la brutal violencia que imprimió en los cuerpos —sociales, territoriales, urbanos— el Apartheid. Y, aunque la historia es cruda y dolorosa, también viene acompañada del trabajo sostenido por generaciones para transformar esas condiciones de vida. Una re-articulación que no olvida ni un instante las exclusiones que ha sufrido, y que reclama, en la universidad, en las galerías, en los museos, en los espacios públicos, en las calles, en la distribución de la riqueza, la necesidad de una reparación. Reparar, me han enseñado, es necesario para abrirse al por-venir. Para moverse de lugar no hay que pensar en ir hacia adelante, sino hay que ir atrás, a los lados y, a veces también, hacia arriba y hacia abajo.

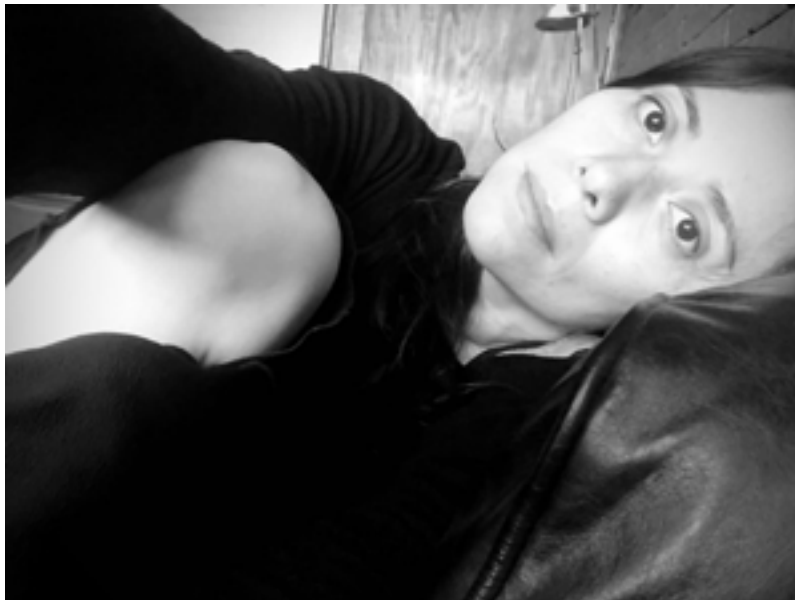
Las luchas, operaciones y reclamos que he visto ahí —como puede ser el movimiento estudiantil “Rhodes Must Fall” que en 2015 reclamó decolonizar la universidad, su nombre, sus políticas sus repartos y que, bajo ese paraguas, dio pie al movimiento de “Fees Must Fall” que cuestiona bajo la economía neoliberal quién tiene acceso a la educación— me han ayudado a insistir en una crítica en mi propia historia. A localizar las particularidades de los mecanismos raciales y coloniales en México, sus operaciones e invisibilidades y, desde el arte y la teoría, buscar formas para poner en cuestión ese orden y hacer aparecer otros relatos. La apertura a pensar localmente, en este caso, no viene de la similitud, sino de la diferencia. Ella me ayuda a imaginar otros vocabularios, otras formas para nombrar lo atroz e insistir en que siempre todo puede ser diferente.

“En la superficie están todavía las marcas de la brutal violencia que imprimió en los cuerpos —sociales, territoriales, urbanos— el Apartheid.”

Las colaboraciones actuales se sostienen en este deseo decolonial. En el último año comencé a trabajar con Prishani y Simon en un proyecto que

llamamos Nauak, una entidad más parecida a una nave espacial afrofuturista que un espacio académico, donde estamos volcando nuestras inquietudes y preguntas con relación a las temporalidades de lo político y las políticas del tiempo en un momento en que el futuro, en su sentido lineal y homogéneo, se ha colapsado. Algunas de las preguntas que nos hacemos son: si ya no hay una promesa de la continuidad, ¿cómo seguimos trabajando políticamente?, ¿cómo levantamos agendas comunes en la indeterminación e incertidumbre?, ¿cómo y por qué seguir?

Hasta ahora he estado seis veces en Sudáfrica, la última en 2018 bajo la invitación de SWOP y el Centro de Estudios Mexicanos UNAM Sudáfrica. En 2020 tomaría mi sabático para irme a Johannesburgo. Me iría un par de meses con mi hija Rita para seguir con las colaboraciones con SWOP y estar con mi pareja que vive allí. Queríamos que Rita fuera a la escuela allá, que aprendiera otros idiomas y viviera otra vida. Queríamos llevarla a ver jirafas y leones, que nadara en el océano Índico. Pero, como muchas otras cosas en este tiempo, no pasó. Extraño estar ahí. No sé cuándo pueda volver, pero sé que una parte de mi vida —pasada, presente o futura— está allá también.



¿Dónde estás trabajando actualmente?

Soy investigadora de tiempo completo del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM. Por otro lado, colaboro de manera intermitente con diferentes instituciones culturales y educativas, una de ellas el MUAC, para quien estoy haciendo con Alejandra Labastida una curaduría. También SOMA, una escuela para artistas, con quienes desarrollo el programa de verano.

Actualmente participo del grupo de investigación y lectura compartida “Out of Time/Extemporáneos” de NAUK, un programa de SWOP.

Si bien mi trabajo central es como investigadora y docente, me importa trabajar con espacios e instituciones que permitan incidir en los discursos y prácticas públicas. Una parte de mi trabajo en los años recientes tiene que ver con la colaboración, me parece necesario acompañar a las y los artistas, activistas y demás agentes culturales.

Creo que mi paso por el museo y la gestión cultural hizo necesario articular mi trabajo en varias dimensiones. Si bien necesito del espacio lento y solitario de la investigación, también me parece imprescindible hacer ese trabajo en colaboración para levantar proyectos comunes y conjuntos. Espacios para intervenir, aunque sea de manera muy limitada, en el espacio público.

¿En qué proyecto de investigación estás actualmente? ¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Tengo varias cosas en la cabeza, como lo que estamos haciendo para Nauak. Algunas van encontrando su sitio y otras tantas se mueven en este tiempo raro y difícil sin lograr del todo cobrar forma. Ahí van, moviéndose en la incertidumbre.

En ese sentido, el proyecto más avanzado y que tendría que ver la luz pronto es el de “Maternar. Entre el síndrome de Estocolmo y los actos de producción” un proyecto curatorial del MUAC que trabajo con Alejandra Labastida y que

podrá verse, si las condiciones de la pandemia lo permiten, en el museo de la universidad en noviembre de este año.

Esta exposición es el resultado de una investigación que comenzó hace años. De manera contundente, con la llegada de nuestrxs hijxs. En ese momento caímos en cuenta que, pese a que la maternidad está al centro de la vida pública, nadie nos había dicho lo que ahí opera. Cómo también la vida de nosotras en ella se tuerce, se achica, se niega, se aplan. Cómo se vuelve una vida sitiada en las relaciones de poder de la sociedad neoliberal. Este proyecto es el resultado de compartir, escuchar, leer, ver, sentir desde el arte lo que la maternidad ha sido para otras y proponer una serie de articulaciones para pensar nuestro tiempo.

Históricamente, el arte que representa la maternidad está hecho bajo el sesgo de la mirada masculina. Las madres que aparecen en él son generalmente arquetipos de amor, sacrificio, entrega, fertilidad y, a veces, también locura. Desde hace unas décadas, las producciones con relación a la maternidad, en general realizada por mujeres, hacen otra cosa. Sin pretensiones de generar una representación homogénea y universal de esta lo que hay es una exploración de lo que supone dicha experiencia en el mundo contemporáneo. La maternidad más que tema, se vuelve el centro neurálgico para explorar una serie de tramas que intentan estabilizar y naturalizar esta relación bajo determinaciones y nominaciones que son insostenibles.

En esta investigación nos encontramos con una producción mucho más vasta de lo que imaginábamos. El resultado de este trabajo propone una selección de obras de los últimos veinte años de diversas generaciones y de una amplitud de latitudes que trabajan todas ellas desde diversas perspectivas. Con esta muestra buscamos abrir el tema de la maternidad para que, con las obras que la componen, se ponga en evidencia lo insostenible de las maneras en que vivimos: lo insostenible de la división entre trabajo productivo y reproductivo, las expectativas sociales que solo generan frustraciones, las representaciones de la maternidad que nunca nos representan y solo generan más exclusión y racismo, las sexualidades negadas y reprimidas, los retos reproductivos de nuestros cuerpos por los tiempos que nos impone el capitalismo y las industrias que generan, así como la violencia del estado con su configuración de familia y su poder sobre las custodias. Pero también queremos visibilizar las luchas y movimientos que nos preceden y que se entretajan como una marea, las formas comunitarias de sostenimiento, las formas de trabajo que

escamotean la acumulación en su forma capitalista. En una frase: la enorme potencia política de la maternidad.

Las obras reunidas muestran un concepto en disputa. Si bien las condiciones sociales y políticas actuales generan una maternidad que se vive en muchos casos como un síndrome de Estocolmo, donde la sensación de alienación genera una suerte de perpetuación a crítica de sistema. También, muchas de ellas, avanzan la maternidad como una potencia emancipadora: una relación que por sus propias exclusiones del sistema productivo puede generar formas comunitarias que habiliten a otras políticas y otras formas de vida.

La maternidad, que por mucho tiempo también ha estado fuera de cierto feminismo, se vuelve una brecha aquí para alimentar posibilidades críticas y no esenciales para feminismos situados e interseccionales que abran en esta experiencia de cuidado otros lugares para existir. La maternidad, o mejor, el maternar, no aparece aquí como una condición biológica ni exclusiva de las mujeres. Es más una experiencia de cuidado de la vida y de su sostenimiento. El maternar —más allá de hijos o no hijos— siendo madres, padres o cualquier otra forma imaginable de parentesco, reclama relaciones que no se limiten a la discusión entre lo productivo y lo reproductivo, sino que imaginen otras ideas de producción: de los afectos, de los sentidos, de los repartos, de las distribuciones, de las relaciones, de los intercambios, de la vida.

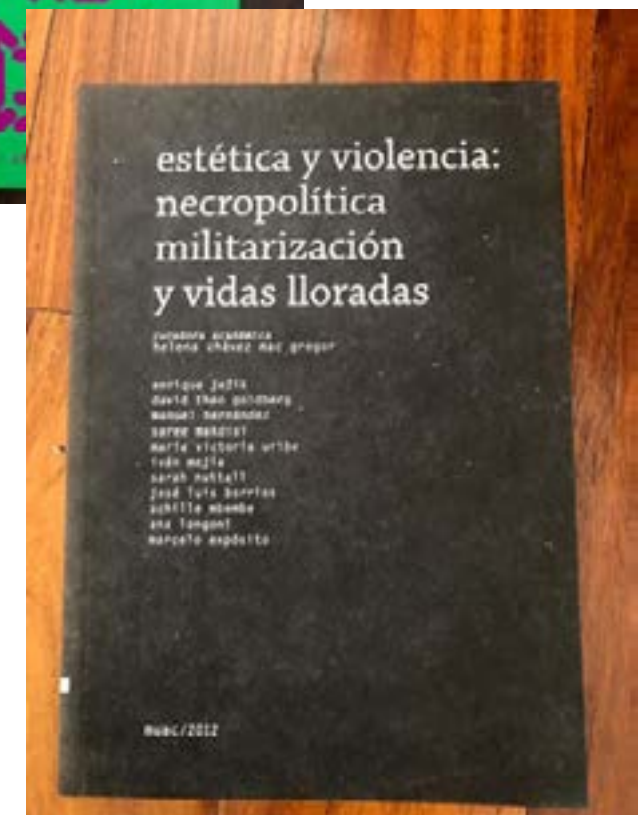
Si bien la pandemia ha exacerbado las desigualdades del reparto del cuidado y sometido así a miles de mujeres a maternidades sitiadas, también en este tiempo ha aparecido la necesidad de tender puentes con el trabajo que por largo tiempo se ha venido haciendo por generar otras maneras de vivir, de echar mano de las herramientas que tenemos para habitar estos tiempos perturbados en comunidades de cuidado. Esta exposición es parte de ese esfuerzo.

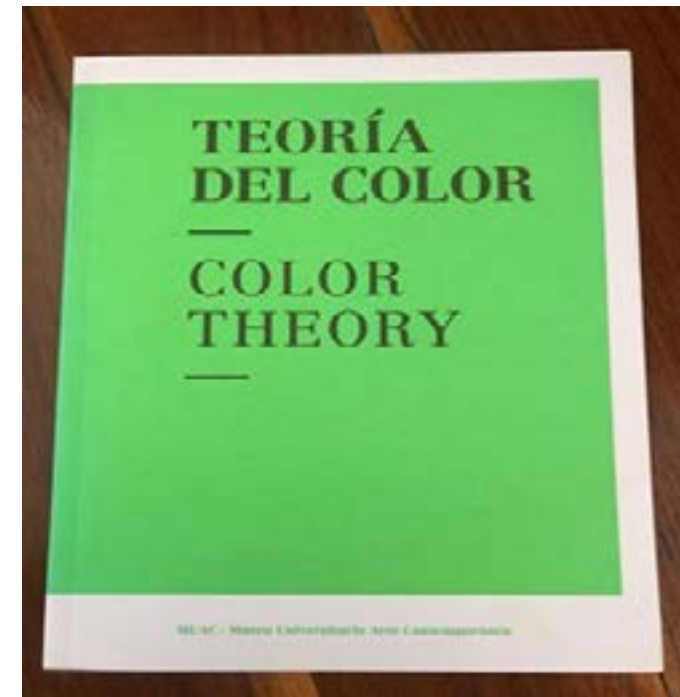
Entre las artistas que participarán en la exposición están: María Ruido, Carlos Amoraes, Irene Lusztig, Moyra Davey, Raquel Freire, Nuria Güell, Canan Şenol, Flinn Works, Regina José Galindo, Daniela Ortiz, Frida Orupabo, Cristina Llanos, Ana Gallardo, Maruch Méndez, Carmen Winant, Claire Fontaine, Natalia Iguñiz, Maria Llopis, Mónica Mayer, Marge Monko, Colectivo NoSinMiPermiso, Irma Poma Canchumani, Pesin Kate, Chto Delat, Adriana de la Rosa, Diego Teo y Amelia Hernández.

Es un proyecto que, si bien tiene una base de investigación teórica, se conforma bajo lo que podríamos llamar una investigación curatorial. Desde ella no se busca generar un discurso unilateral que se “ilustre” con las obras sino, más bien, localizar en las prácticas artísticas contemporáneas una serie de inquietudes, problemáticas y cuestionamientos que permitan hacer visibles y públicos una serie de posicionamientos y generar discursos desde ellas. A partir de lo encontrado, nuestro trabajo está en hilar las propuestas y explorar lo abierto por ellas.

En este sentido, no solo la metodología a otras investigaciones es distinta, sino también los objetivos. Para nosotras hacer una exposición tiene como objetivo presentar, mostrar, comunicar, divulgar, abrir al diálogo y discusión una serie de obras que nos permitan problematizar el tema del maternar desde diferentes perspectivas y medios. Nos importa generar un espacio de encuentro para abrir un tema que socialmente nos parece relevante para pensar nuestro tiempo. También nos importa compartir los materiales, los archivos y los recursos que hemos encontrado; creemos que, así como a nosotras nos dieron aire y nos permitieron re-situar nuestra experiencia, pueden ser valiosos para otra.

Algunas colaboraciones y obras propias de la autora





- *Insistir en la política, Rancière y la revuelta de la estética* (UNAM, 2018).
- *Teoría del color* (MUAC-UNAM, 2018). A cargo de la compilación.

Libros en colaboración (edición y compilación)

- *Teatro ojo. En la noche, relámpagos* (MUAC-UNAM, University of the Arts Zürich, RM, 2018). Edición en colaboración con Cuauhtémoc Medina.
- *Estética y Violencia: necropolítica, militarización y vidas lloradas* (MUAC-UNAM, 2012). A cargo de la edición.
- *Espectografías, memorias e historia* (MUAC, UNAM, 2010). Compilación en colaboración con José Luis Barrios, Pilar García, Sol Henaro, Jorge Reynoso.

Gonzalo Chávez Salazar



Nació el 18 de marzo del 1989,
en la Ciudad de México.

Institución de adscripción: Doctorado en Filosofía Contemporánea-
BUAP

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Creo que la respuesta tiene muchas aristas, pero podría situar tres momentos claves para dar inicio. Recuerdo que mientras cursaba mis estudios de secundaria en una clase de Cívica y Ética, una profesora hizo un comentario sobre un tal “Nizzche” —así lo nombró ella—, que había escrito un libro titulado *El anticristo*. Mi inquietud por saber qué diablos podría decir un libro que llevaba por título una declaración de semejante fuerza, ya era una tarea de pesquisa del autor en cuestión.

Era el inicio de algo. Como toda secundaria, los libros que uno utilizaba durante el ciclo escolar los vendía, casualmente, en la papelería que estaba justo frente a la escuela.

Llegué y pregunté por el libro. Mientras esperaba a la vendedora, leí un letrero que estaba junto a la ventanita de entrega que decía, “En este negocio confiamos en la palabra de Dios”. Debí suponer que algo muy turbio se avecinaba, pero mis nulos conocimientos en filosofía, de compra de libros y de religión, en aquel entonces, me llevó a decir, “Disculpe, tendrá el libro de *El anticristo*...”; sin terminar la petición, la señorita increpó, “ese señor es un ateo”. Para mi sorpresa, y la de ella, yo no tenía idea de qué hacía, por qué lo decía y qué hacía un ateo. Mi interés por el libro maldito sin duda creció un poco más.

El segundo momento sucedió al cursar la educación media superior, como a veces nos ocurre al pasar durante la adolescencia, entre la indefinición existencial y los experimentos escolares. Recuerdo que un día visité, después de mucho, la casa de un gran amigo. Ahí me percaté que sus negativas de acompañarlo a casa no partían de un desinterés personal, sino de la vergüenza de sus condiciones económicas. Su madre era una gran señora con un valioso consejo para el día a día, algo así como un gurú; me invitó a comer frijoles en salsa verde, la cosa más rica que uno puede probar, mientras nos sentenciaba con el regaño del día. Desde ese día su madre y yo, también, nos hicimos —grandes amigxs.

Ahí, en medio de paredes y techos de lámina de cartón, de suelos de tierra y, en el fondo, una pila de libros salvados de los camiones de basura. Le pregunté a mi amigo, “¿Por qué tienes esos libros si ya ni estudias?” él me respondió, “El hecho de que ya no asista a la escuela no quiere decir que no lea, que sea un burro”, no le creí nada. Al momento de marcharnos de su casa, me obsequió dos libros, pequeños ambos, uno era el *Manifiesto del partido comunista* y el otro desconozco el título, solo recuerdo que su contenido versaba sobre la filosofía de Descartes. Después de leerlos, entendí que mi destino era ser un “comunista” que tiene por amigo a “un genio maligno”.

El tercer momento cruzó mis estudios en la media superior en un Colegio de Bachilleres y, siendo más precisos, en el No. 3 en Iztacalco. Ahí, entre pasillos, conocí a un par de amigxs que, eventualmente, se volverían mis compañeros de clases, pero no en el Colegio de Bachilleres, sino en el Centro de Educación Artística (CEDART). Lxs tres compartimos un enorme gusto

por la producción plástica, los museos y la vagancia; así que se nos hizo buena idea aplicar al examen de selección, por suerte, los tres quedamos.

Análogamente, mientras hacía mis estudios de bachillerato, asistía por las tardes al CEDART No. 2, creo ya inexistente, al menos ya no en el mismo espacio, pues ahora es una escuela de leyes. Mientras hacía mis cursos sobre pintura, dibujo, modelado, en el CEDART, me di cuenta de que, más que la creación de arte, me interesaba pensar el arte, pensar los procesos artísticos y estéticos. Bastó un semestre para que me percatara de ello. Así fue como inicié mis investigaciones en torno a la teoría del arte y la estética. Desde mis escasas herramientas teóricas e intelectuales en aquel momento, insistía en los estudios desde el arte por el arte, el arte como catarsis, el arte como salvador del futuro. Ahora no creo que el arte sea eso, también confío en que debe de insistir en ello.

Volviendo al bachillerato, que, hasta el momento estaba en segundo plano, una vez que me di de baja del CEDART, el Colegio de Bachilleres pasó a ser de todo mi interés. Así fue como en el último año llegué a los cursos de filosofía. Por cierto, de los peores cursos que he tomado, pero el contenido me parecía poderosamente atractivo; sin embargo, nunca fue una opción estudiar filosofía en un futuro.

Particularmente, recuerdo una evaluación parcial de la materia de Filosofía I, en la cual teníamos la tarea de hacer un ensayo sobre el arte renacentista en relación con la filosofía de la época. Estudié como loco en la biblioteca de la UAM-Iztapalapa, ya que me quedaba a medio camino entre el Bachilleres y el lugar donde vivía en aquel momento. Redacté palabra a palabra las doce cuartillas de mi ensayo. Dos semanas después llegaron las calificaciones y, por supuesto, yo esperaba obtener una excelente evaluación; sin embargo, no sucedió así: logré un horrible 6.

La razón que me dio la profesora fue que mi ensayo carecía de imágenes y, como muestra, me dio una copia de un ensayo que había sacado 10; para no extenderme demasiado, el “ensayo” fue impreso directamente de un blog de alguna página de internet, así, en tablas y con publicidad junto al texto. Insisto, a pesar de mi pésima calificación, los contenidos y los descubrimientos históricos que fui haciendo míos durante la redacción del ensayo marcaron un interés muy genuino. Podría afirmar que la misma experiencia se replicó en el siguiente curso de Filosofía II.

Los profesores que tuve nunca fueron una invitación a la filosofía ya que, en lugar de generar procesos para poner en marcha nuestra facultad de pensar, eran cursos donde se memorizaban cosas, fechas y personajes, y al final de eso se trataba, de recordar que alguien pensó algo en algún momento de la historia, bajar los ensayos directo de internet e imprimirlos. Insisto, especializarme en filosofía nunca fue la opción, ni siquiera sabía que eso era posible.

Al concluir mi bachillerato, la insistencia del arte no paraba, lo cual me llevó a experimentar entre la pintura y la fotografía, la teoría y la crítica de arte, durante todo un año. Así fue como tomé algunos cursos sobre técnicas de pintura, fotografía estenopéica y figura humana en el dibujo, pero nada especializado. Conforme fui avanzando, me di cuenta que la filosofía resonaba insistentemente, sí, para ese momento era mi genio maligno. Los nombres de “filósofos” que aparecían ya no solo eran “Nizzche”, Descartes, Marx, Engels, pues ahora también, con los estudios de estética, se sumaban en el mapa un tal Platón, Aristóteles, Hegel y Sánchez Vázquez.

En este punto, valdría la pena un paréntesis para concluir el tercer punto. Para las fechas en que concluía mi bachillerato, mi hermano mayor también lo hacía, sí, el muy avezado repitió el segundo año de secundaria, por eso mientras yo estudiaba en el Colegio de Bachilleres y experimentaba en el CEDART, él hacía sus estudios en la Prepa 7. Así fue como los dos concluimos al mismo tiempo la media superior. Como él no era el mejor estudiante, le dieron su segunda opción: la licenciatura en Filosofía en Acatlán. Un día me invitó a una clase, si no me equivoco fue al curso de Ontología con Oscar de la Borbolla; y claro, ahí fue que la filosofía se me presentó como un horizonte mucho más profesional, como una inquietud que ahora encuentra una senda por donde caminar.

Sin embargo, por consejo de mi hermano, la mejor opción para mí no era la UNAM; nunca me dio razones de ello, así que como buen hermano menor me propuse buscar otros espacios. Así fue como decidí matricularme en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México en la licenciatura de Filosofía e Historia de las Ideas, mientras él se daba de baja en Acatlán. De esa manera fue que él se volvió ingeniero en electrónica automotriz y yo estudiante de filosofía. En octubre de 2019 mi hermano perdió la vida, pero me dejó un enorme sentido de vida.

A pesar de que ya existía un intento fallido —mi hermano, por estudiar filosofía—, cuando yo anuncié el mismo camino las furias familiares se volcaron

hacia mí, y hacia mi hermano por ser una pésima influencia. Sentencias del tipo, “te vas a morir de hambre”, “eso solo lo estudia la gente con dinero y que no tiene que preocuparse por trabajar”, llovían a cántaros. Así fue como se me retiró cualquier mínimo apoyo económico por parte de mis padres para seguir estudiando, pues, su apoyo económico estaba condicionado para una “carrera de verdad”. Como cualquier joven de 19 años, seguí lo que mi intestino me aconsejó.

“Así, sin concierto u orden alguno, comencé a pensar y problematizar el mundo, la vida, las instituciones, las formas del deseo, el cuerpo.”

Ya matriculado en la UACM fue donde el mundo se me hizo múltiple, inagotable, pletórico. Cursaba el Taller de Expresión Oral y Escrita con el Dr. Bily López, ahora entrañable amigo, entre lecturas que ponían a dialogar a literatxs, filósofxs consagradxs, nuevxs filósofxs, de los que recuerdo a Borges, Octavio Paz, Cortázar, Anaïs Nin, Greta Rivara, quienes para mí eran una masa informe de pensadores sin ton ni son. Así, sin concierto u orden alguno, comencé a pensar y problematizar el mundo, la vida, las instituciones, las formas del deseo, el cuerpo, etc. Los demás cursos en la UACM, siendo sincero, oscilaron entre malos y muy malos. La universidad prometía formar estudiantes con perfil de filósofo e historiador de las ideas, sin embargo, gran parte de lxs profesorxs estaban más obstinadxs en replicar lo que hacía el Colegio de Filosofía de la UNAM, y eso implicaba armar su propio y pequeño Instituto de Investigaciones Filosóficas, y no impulsar el carácter diferencial de su programa de estudios en la UACM; a mi parecer, uno de los más interesantes del país.

Pensar desde la historia de las ideas, no como una reducción a la historia del pensamiento filosófico, era una tarea *cuasi* imposible en la UACM, y digo *cuasi* porque, por suerte, me vinculé con profesorxs como Bily López, Alejandra Rivera, Luz Beleguá, entre muchxs otrxs. A pesar de mis decepciones, mi hermano tenía razón, aunque nunca me explicitara sus motivos, la opción en ese momento no era la UNAM; quizá, y ello solo podría intuirlo por sus comentarios, tendría que ver con la actualidad de su programa de estudios.

La UACM no solo fue la casa en que estudié, ahí aprendí a pensar, a pensar con lxs otrxs; y con ello no digo que en la UNAM no suceda, sin embargo, agradezco que haya sucedido de esta manera.

Ya encaminado en la licenciatura, la filosofía, más que un saber escolar, ahora interpelaba cada rincón de la experiencia dentro y fuera de la universidad. Por fortuna, la compañía de Bily nunca cedió. Un día le comenté que tenía que hacer un trabajo sobre el mito en los griegos, en particular, sobre Dionisio, y que necesitaba su ayuda. Recuerdo que eso fue un viernes, y su respuesta fue, “nos vemos mañana en la Biblioteca Central”, sí, mañana sábado en la Biblioteca Central. Y yo, con 2 pesos en la bolsa, aun así, llegué, pues mientras cursaba mis estudios de licenciatura fui tianguista.

Durante 14 años circulé entre los libros y las películas pirata que vendía en el tianguis de San Juan; por esa razón es que, al final de la semana, los recursos económicos eran muy escasos. Ya en la biblioteca se acercó con una pila de más o menos 12 libros, y me dijo, “Tú revisas estos, yo reviso estos y al final lo comentamos”. En esa tarde de trabajo nos inventamos algo que sería el verdadero proceso duro de mi formación como filósofo, y eso fue un seminario que se llamaba “Violencia y espectáculo”. Ahí, entre discusiones interminables me di cuenta qué tipo de quehacer filosófico estaba dispuesto a asumir, pero, y de manera mucho más importante, qué tipo de acompañantxs y amigxs estaba dispuesto a sostener, a conservar.

Ahí me percaté que la filosofía no camina en solitario, como muchas veces nos lo han representado: es caminar paso a paso con lxs otrxs.

¿Qué representan para ti las humanidades?

Mi camino en las humanidades, creo, inició muy temprano y sin darme cuenta. Desde que comencé a experimentar en el arte, las humanidades se colocaron como un suelo desde el cual he erigido gran parte de mis investigaciones, de mis proyectos y, por supuesto, de mis procesos formativos. Como ya lo había mencionado, mi formación universitaria y periférica siempre estuvo impulsada por el cruce de saberes, es decir, nunca fue del todo recto.

Ya no era solo el arte por el arte, la filosofía por sí misma o la historia sin más; los nexos han estado presentes desde el día uno.

Ya más involucrado desde programas académicos que han impulsado el marco de las humanidades, poco a poco caí en cuenta que las humanidades no son del todo humanistas, o al menos no corresponden con la representación que nos hemos formulado de ellas; así es como dentro de ellas también encontramos prácticas y posicionamientos que poco tiene que ver con su promesa de lo humano. Por ejemplo, pienso en los procesos de proselitismo, corrupción, prácticas de dominación dentro de las academias.

Sin embargo, quizá todo ello no es responsabilidad de las humanidades mismas, sino de quienes ostentan que todo vínculo siempre imprime una relación de dominio. Más allá de todas las críticas, legítimas e ilegítimas, que se le pueden hacer a las humanidades, creo que es algo en lo que se debe insistir, no solo como imperativo académico, sino también como contrapeso de mundo; es decir, creo que actualmente los estudios que parten de las humanidades han influenciado y promovido el no cerrar los ojos ante el mundo en crisis que se respira día con día.

Desde mi experiencia, las humanidades han mantenido vivo el debate sobre lo humano, pero también en torno a su constitución y su porvenir; ello ha implicado que todo saber sea valorado y revalorado. Pienso, de inmediato, en la incidencia de las humanidades en las nuevas ciencias, en las tecnologías e, incluso, de las ingenierías; sin duda el cruce de estos ha desarrollado resultados muy importantes, un humanismo que no se ha olvidado de aquello que no es humano.

Me gustaría resaltar el giro contemporáneo, surgido desde las humanidades y otros saberes, que han puesto sobre la mesa la necesidad epocal de ir más allá de ellas; de lo que tradicionalmente hemos asumido como lo humano: poshumanismos, hiperhumanismos, neohumanismos, transhumanismos. Desde hace un tiempo creo que suponer cualquiera de los anteriores relatos nos abre posibilidades hacia el humanismo mismo, pensar los cruces entre la tecnología, la materialidad, los cuerpos, la virtualidad, los bioartefactos, entre muchos, es de nuevo, devolver la pertinencia a la pregunta por el humanismo.

“Involucrarme, como se puede notar en mis últimas publicaciones, con las estéticas materiales y archivos digitales es reorganizar el caos del mundo contemporáneo desde, una vez más, el suelo más o menos firme de las humanidades.”

Con ello quiero subrayar que la potencia de las humanidades está en su constitución abierta, al menos, desde mi historia con ellas; pues, en mi caso, extender a esos otros enfoques me ha permitido trabajar, por ejemplo, en torno a las estéticas materiales y archivos digitales, ya que desde ahí me ha sido posible crear líneas para devolver la mirada sobre eso que llamamos humano, y, por ende, de eso que podemos anunciar como humanismo.

Involucrarme, como se puede notar en mis últimas publicaciones, con las estéticas materiales y archivos digitales es reorganizar el caos del mundo contemporáneo desde, una vez más, el suelo más o menos firme de las humanidades; así es como pensar la materialidad de las condiciones de lo sensible y las formas en que se podrían archivar es sin duda un esfuerzo por desdoblarse otra forma de lo humano, del humanismo contemporáneo.

Con lo anterior quisiera rescatar que, ante las humanidades, aún queda una ardua tarea que de muchas maneras se inscribe en la labor académica y, en particular, en las universidades, pero del mismo modo, voltear a los diversos saberes que surgen desde fuera y dentro de eso que podemos señalar como humanidades; todos estos saberes nos han ofrecido herramientas y procesos investigativos que, en algunos casos, abren rutas de salida y ventanas hacia otras maneras de habitar la filosofía, la academia y, por su puesto, a nosotros mismos; sin duda, enfoques imprescindibles y más que necesarios para seguir pensando el mundo contemporáneo.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

Sin duda, no dejar de insistir en que esto puede andar de otra manera. Mi camino hacia la filosofía estuvo nutrido de muchísimo cine, literatura y, en gran medida, del arte en general; es decir, el camino nunca fue en pareja, la filosofía y yo. Mientras la filosofía, y los filósofos con ella, me orillaron a creer que la vida no vale nada, estos otros recursos como el cine y la literatura siempre me devolvían un *pathos* para seguir adelante, para no desistir en un andar liso y llano.

Desde que experimenté en las artes plásticas en mi bachillerato, el arte ha funcionado como un contrapeso, como una zona de equilibrio ante los desequilibrios que la misma filosofía me ha suscitado.

Me recuerdo saliendo de una clase sobre la ética en Kant, ignoro el profesor o profesora que me impartió el curso, pero mientras caminaba de regreso a casa, repasando las *Lecciones de Ética*, descubrí que ya no podía caminar de la misma forma y con la misma soltura con la que venía haciéndolo. Es decir, si yo hacía el mal, no podría apelar a mi ignorancia, no podía decir simplemente un “lo hice porque no sabía”; a esas alturas, claro que lo sabía. Lo mismo pasaba después de mis lecturas en torno a la estética, claro, un juicio sobre si algo es “bello” ya no era tan inocente, pues, si algo nos enseña muy bien la filosofía, es que las palabras están cargadas de historia, que los conceptos son históricos y, por tanto, siempre llevan grabada la impronta de su época. Así fue como no hacer dos mundos, por un lado, mi relación con la filosofía y por el otro la vida, implicó uno de los retos más importantes y fuertes de mi andar.

Pero también se hacen profundamente relevantes los retos institucionales, desde la posibilidad de ingresar a una universidad pública, donde uno puede matricularse y formalizar sus estudios, hasta el ingreso a posgrados donde se da continuidad de los proyectos de investigación, individuales y colectivos. Todo ello no es parte de un estar dentro de los marcos del estudio de la filosofía, sino momentos clave en los procesos que hacen no solo posible, sino real, caminar sin sucumbir al abandono total. Pues, supongo, a más de

uno nos asalta el fantasma de que nos equivocamos de carrera y que siempre sí hubiera sido lo mejor estudiar contabilidad y tener un futuro próspero.

Recuerdo particularmente una de esas crisis, yo en medio del colapso vocacional, quizá sin razón alguna, decidí consultar con mi tutor de licenciatura. Llegué con Bily, mi tutor, y con toda la claridad del mundo le expuse por qué seguir estudiando filosofía no era la decisión más sabia del mundo; él, muy sereno me dijo, “muy bien, y qué harás”, le respondí que estudiaría algo de Letras o Creación Literaria, y me respondió, “qué te hace pensar que en ese otro mundo la vida es distinta, no existen esas miserias de las que hablas y no existen esos vicios de los que me cuentas y por los que quieres abandonar la filosofía”. Ciertamente, no tenía razones claras y distintas.

Además, el reto económico no es menor, y más cuando vienes, como es mi caso, de zonas donde el agua llega cada semana, donde el ingreso familiar apenas roza la próxima quincena, donde hay que trasladarse mínimo dos horas para llegar a tomar una clase, donde hay que correr tras el transporte público, apresurar a la biblioteca para que no te ganen el libro que se tiene que leer para la siguiente clase; porque, la mayoría de las veces, ni para las copias alcanza, donde, a pesar de todo, no se presagia algo distinto en el futuro. Sin duda, esos son los retos del día a día, sobre todo ello, aún creo que insistir en la filosofía es mantenernos, de nuevo, en que es posible habitar de otra manera todos esos inconvenientes, no digo que no sean relevantes, sino que son inmediatos.

En mi caso cruzar de Tlatelolco a la UACM-San Lorenzo Tezonco era un reto: primero había que tomar un camión que me llevara al metro Garibaldi, luego trasladarse de polo a polo, de Garibaldi a Metro Constitución de 1917, después, esperar un camión en la letra C que, si bien me iba, sin asaltos en el trayecto, estaría aterrizando ileso y una hora después de haber salido del paradero. Y en la noche, la misma odisea, pero a la inversa. Aun así, insisto, hay retos en el camino que son de mucho más largo aliento, retos que no se libran con salir corriendo tras de un transporte público. En mi caso, esos retos están colocados en no desistir en la posibilidad de que se puede caminar de otra manera, aún rodeados de inconvenientes; se puede persistir para que todo esto dé la vuelta y camine de otra manera, no sé si mejor o peor, sino distinta.

Los retos dentro de la filosofía, creo, no han diferido del todo con respecto al proceso que ello ha implicado; ya se sabe, la academia, exigencias teóricas

y conceptuales, exigencias sociales, políticas y familiares. A pesar de todo, sí se han matizado.

Uno de los primeros retos que se me pone sobre la mesa es el de continuar formalmente los estudios de filosofía dentro de una institución universitaria; pues los inconvenientes, al menos actualmente, van desde ser aceptado para hacer estudios de licenciatura y, posteriormente, si uno mira una vida como investigador a largo plazo, los estudios de posgrado. En mi caso, una vez concluidos los estudios de licenciatura, me topé con una primera barrera: haber sido rechazado del programa de Maestría en Filosofía de la UNAM, claro, eso mermó las motivaciones de continuar desarrollando proyectos de investigación, porque, al final del día, uno concluye interrogándose a sí mismo si es o no lo correcto, si es o no lo más conveniente para un futuro laboral. Más que un enojo, sentía una enorme decepción de la academia, de los procesos de selección, de los comités, y ya no solo por mi rechazo, sino por el rechazo de muchxs compañerxs y de amigxs de la misma UNAM que habían quedado fuera. Recuerdo que ese año, un aspirante denunció en algún periódico lo oscuros que eran los procesos de selección para el ingreso al posgrado en filosofía, nunca supe de quién se trataba. Después, con un trabajo donde daba clase por 45 pesos la hora, si bien me iba, el abismo que involucró quedar fuera de un posgrado volvía involuntariamente varias veces al día con la retórica y retorcida pregunta, ¿y no me habré equivocado?

En medio de ese *impasse*, tuve un feliz acercamiento con la Dra. Helena Chávez. Ahí fue donde, después de un año, el hambre de continuar se hizo patente. Trabajando de cerca con Helena recordé por qué había decidido estudiar filosofía: justo para desarrollar marcos teóricos en torno al arte, y, siendo ya más precisos, para investigar de qué forma las prácticas artísticas elaboran herramientas políticas que interpelan las injusticias contemporáneas, claro, sin dejar de lado todos los dominios estéticos que ello implica. Al siguiente año de haber sido rechazado de la maestría en filosofía opté por aplicar en el posgrado de Historia del arte; presenté mis documentos, hice mi examen, no me realizaron entrevista y, un día en medio de un congreso en el Anexo de Filosofía, me llegó un correo anunciando que fui aceptado en la maestría. Así fue como un rechazo en filosofía devino en una potencia en el posgrado de Historia del arte.

Sin embargo, la historia parecía replicarse una vez terminado el programa. De nuevo, rechazado en el Programa de Doctorado en Filosofía de la UNAM. A

diferencia del primer rechazo, este iba cargado de aprendizajes y lecturas del rechazo mismo. Ello me llevó a vincularme con dos nuevas instituciones, por un lado, la Universidad Complutense de Madrid y por el otro la Benemérita Universidad de Puebla. En febrero de 2020 decidí aplicar al Doctorado en Filosofía en la Complutense, para el mes de octubre recibí la carta de aceptación. Sin embargo, y como un imposible en medio de una pandemia, mis condiciones económicas, la inestabilidad del mundo y el miedo de estar allá y no tener una beca para sostener mi estancia, me orillaron a desistir y no matricularme. No puedo negar, a pesar de todo, la alegría de haber sido aceptado, y con uno de los puntajes más altos, en una de las universidades más importantes de España.

A inicios de octubre, antes de mis resultados en la Complutense, opté por aplicar en el Doctorado en Filosofía Contemporánea de la Universidad Benemérita Autónoma de Puebla, donde también fui aceptado. Por razones teóricas, prácticas y vitales, opté por seguir mis procesos de investigación en la BUAP.

Lo anterior parece dibujar dos momentos que han implicado tomar decisiones, y sus derivas, ante los retos académicos y de investigación futura, pero, sobre todo, hay desafíos mucho más duros y que traspasan los antes mencionados, estos constituyen un nexo con uno mismo, con lxs otrxs. Así es como el reto más importante, dentro de eso llamado filosofía, es elaborar una autocrítica sobre mis propias conductas y las que ejerzo sobre lxs otrxs; una crítica de uno mismo que interpele nuestros horizontes de mundo y el fundamento teórico y práctico de los mismos.

Sin duda, después de los cursos tomados, de los libros leídos y releídos, de las charlas de café, y café con piquete, después de cientos de congresos, ponencias, mesas redondas, publicaciones, etc., uno no puede ser el mismo en todos los casos. Creo que la tarea más difícil es la que implica el cuidado de uno y de lxs otrxs; con ello, proponer una filosofía que no sea una continuidad de las formas de dominio y las prácticas de poder que llevan grabados un cúmulo de injusticias inefables.

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

“Para fines de 2018 empaqué mis maletas, pero también mis libros y mis presupuestos teóricos con respecto a mi investigación. Sin embargo, desde el día uno, tales hipótesis de trabajo se vieron fuerte y felizmente interpeladas.”

Mientras realizaba mis estudios de maestría en el posgrado en Historia del arte de la UNAM, bajo la dirección de la Dra. Helena Chávez Mac Gregor, creímos que hacer una estancia de investigación en el extranjero podría ampliar de muchas maneras el proyecto que en ese momento se encaminaba hacia el análisis del duelo, lo político y, por supuesto, lo estético. Así fue como hice una estancia en el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, en España, bajo la asesoría de la investigadora de arte Ana Longoni. Aquí he de agradecer infinitamente a la UNAM y apoyos como el PAEP. Para fines de 2018 empaqué mis maletas, pero también mis libros y mis presupuestos teóricos con respecto a mi investigación. Sin embargo, desde el día uno, tales hipótesis de trabajo se vieron fuerte y felizmente interpeladas.

A pesar de que la estancia de investigación solo fue por dos meses, los resultados fueron gigantescos. Y digo dos meses porque aún quedaban muchos pendientes académicos para inicios de año, uno de ellos, y quizás el más importante, presentar mis avances de investigación, con mi primer seminario con mi comité tutor —de este les hablaré más adelante—. De no ser por ello, seguro hubiera alargado mi estancia un par de meses más.

Una estancia de investigación es mucho más que un simple salir de un territorio, teórico y físico, es, en múltiples sentidos, voltear de cabeza un proyecto de investigación, pero también un proyecto académico de largo aliento y, por supuesto, un nuevo proyecto de vida. Todas las imposibilidades que familiar y socialmente se cruzaban a cada paso, se comenzaron a difuminar, pues, qué hacía un residente de los barrios de Iztapalapa intentando pensar el duelo y la dimensión política de la estética; los espectros cargados durante años ya no eran necesariamente un problema. Encaminar una serie de grietas en mi historia de vida encontraron un horizonte de sentido teórico a miles de kilómetros de su epicentro. Así fue como, pensar el duelo, ya no solo respondía a una necesidad teórica, pues también convocaba las pérdidas humanas, no humanas y afectivas durante mi infancia y, principalmente, adolescencia.

Desde mi llegada a Madrid, bajando del avión, bajando del metro, mi primera parada, con todo y maletas, fue el Museo Reina Sofía; ya no como mero espectador, sino como un joven investigador de arte contemporáneo, en palabras del amable bibliotecario. Gracias a Ana Longoni, mi paso por el museo cobró una fuerza de trabajo como nunca la había disfrutado, ya que gracias a su recomendación me asignaron una credencial de investigador del museo, dándome no solo acceso al pletórico material que la hermosa biblioteca resguarda, sino también al material reservado y un encantador escritorio de trabajo.

Ingresar al museo era una labor de vigilancia que poco le pedía a las medidas operadas en los aeropuertos de todo el mundo; solicitar una llave del casillero, “Guardarlo TODO”, insisten todo el tiempo. Ahí aprendí la definición de TODO, presentar pasaporte, pasar por la barra de escaneo, pasar por el escáner de la credencial, un torniquete más, ya estamos dentro. Un número de casillero representa un número de escritorio, “espero no equivocarme”, pensaba todo el tiempo. Pero una vez dentro: el tiempo era otro. Teóricos del arte, teóricos de la estética, teóricos de la imagen, críticos de arte, críticos de la cultura, curadores y, sin olvidar, los filósofos, fueron mis interlocutores de diez de la mañana a cuatro de la tarde. Después, una visita a *El Tigre Sidra Bar* que, aunque no era parte de los gastos auspiciados por la UNAM, sí era donde tocaba tierra todo el trabajo cosechado en la biblioteca.

Tal vez el objetivo de una estancia de investigación no es el de hacer reventar nuestras propias hipótesis de trabajo, quizá sí; en mi caso representó introducirse de manera rigurosa y con un enorme ahínco en los estudios que

no solo versan sobre el arte, sino que hicieron de este una herramienta de política frente a los tiempos de profundo desamparo que lamentablemente proliferan.

Así, para finales del mes de enero de 2019, regresé a la Ciudad de México con nuevos zapatos, con nuevos libros y, sobre todo, con nuevos objetivos del porvenir teórico y de vida. Pero, llegar a esta ciudad fue tocar tierra con mi primer seminario —nunca supe del todo por qué se llama “seminario”. En realidad es una sesión donde el comité tutor hace observaciones sobre los avances del proyecto—. Dos días después de mi llegada a México, acudí a la cita con mi jurado, compuesto por la Dra. Helena Chávez, el Dr. Bily López y el Dr. Luis Vargas; ha sido una de las experiencias más desastrosas en términos académicos. Mi primer seminario se podría resumir en 40 minutos de una película de Quentin Tarantino.

Debí sospechar que no todo saldría bien cuando el Dr. Luis Vargas comentó, “quizá sea mejor que grables la sesión”. Salí noqueado. Las críticas iban desde el manejo de conceptos, presupuestos teóricos, vacíos metodológicos, desobediencia a mi tutor, en fin, todos sabrán más o menos a lo que me refiero. Claro, en ese momento, uno piensa que esa horrible película es exclusiva de uno mismo, pero no lo es del todo. En charla con mis compañeros de la maestría, nos dimos cuenta de que éramos compañeros de la misma película de terror.

Sin embargo, no había más que trabajar sobre todas y cada una de las críticas. Y eso hice.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Actualmente realizo estudios de doctorado en el Posgrado de Filosofía Contemporánea de la Universidad Benemérita Autónoma de Puebla. La investigación lleva por título: *Arqueología conceptual de la ausencia: Hacia una filosofía forense de la desaparición forzada en México*.

Por otro lado, también soy editor encargado de la revista *Heterotopías. Estudios sobre la ciudad*, es una revista impresa dirigida por Bily López, y que está bajo

el sello de la UACM y, en particular, del Centro de Estudios sobre la Ciudad.

¿En qué proyecto de investigación trabajas actualmente? ¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Derivado del trabajo teórico realizado en la maestría, además de la ardua labor de años de discusiones sobre las que ha versado el trabajo en el Grupo de Investigadores Transversal sobre Biopolítica y Necropolítica, mis intereses teóricos se han ido definiendo cada vez más. Desde 2013, el trabajo en el grupo ha tomado diversos rostros, todos ellos con la intención de generar análisis y diagnósticos en torno a las formas en que se administra la vida, en su dimensión individual y poblacional, así como en la administración de la muerte, que va del dar muerte al hacer morir. Así hemos pasado por infinidad de autores y conceptos, pero también por fenómenos de violencia contemporánea, injusticia y estados de emergencia.

Ahora, como proyecto en desarrollo, el campo de la «Filosofía forense» que, desde hace algunos años se desarrolla en el Doctorado de Filosofía Contemporánea de la Facultad de Filosofía y Letras de la BUAP, dirigido por el Dr. Arturo Aguirre, se abre como una de las rutas más idóneas para llevar a buen puerto mis investigaciones actuales. Ya que estas se han sumado a una tradición que se esfuerza por pensar los distintos rostros y escalafones en los que se ha hecho presente la violencia contemporánea, así como sus incidencias en la dimensión filosófica.

Como ya lo había mencionado, el seminario y mi trabajo durante la maestría fungieron como semilleros de lo que actualmente he dirigido más puntualmente como una línea de investigación, orientada al estudio de la desaparición forzada como asunto de orden de la filosofía y, más puntualmente, de la filosofía forense. La intención de mi proyecto de investigación es la de hacer una arqueología conceptual de los desaparecidos y desdoblar una contrahistoria de la violencia y la crueldad en América Latina, pero, puntualmente el caso de México; ello no solo como problema de orden social, sino también de lo político, lo moral, lo jurídico y de las formas de gobierno.

“Así es como encuentro que la desaparición forzada ya no es un mero asunto de temas faltantes en la historia de lo humano y del pensamiento, sino de las prácticas de violencia explícita alrededor y sobre los vivos, los muertos y los desaparecidos.”

La apuesta es una arqueología, es decir, un mapa en el orden de los discursos en torno a la ausencia, con sus claros desaparecidos y victimarios, por otro lado, también se encuentra de frente a los imposibles de aparición y enunciación. El objetivo general es hacer un análisis y la formulación de criterios de lectura, desde la filosofía forense, acerca de la desaparición forzada como problema que escapa del registro de una política de los vivos y una política de muerte, abriendo un tercer orden de lo político, uno que interpela directamente a nuestros presupuestos ontológicos y epistemológicos; pues, cómo pensar y hacer presente lo que deliberadamente ha sido desaparecido como dispositivo de gobierno. Sabemos, de antemano, que una revisión rigurosa de la desaparición forzada como problema contemporáneo no es un asunto de campos disciplinares, tampoco de saberes instituidos, sino del cruce de todos ellos.

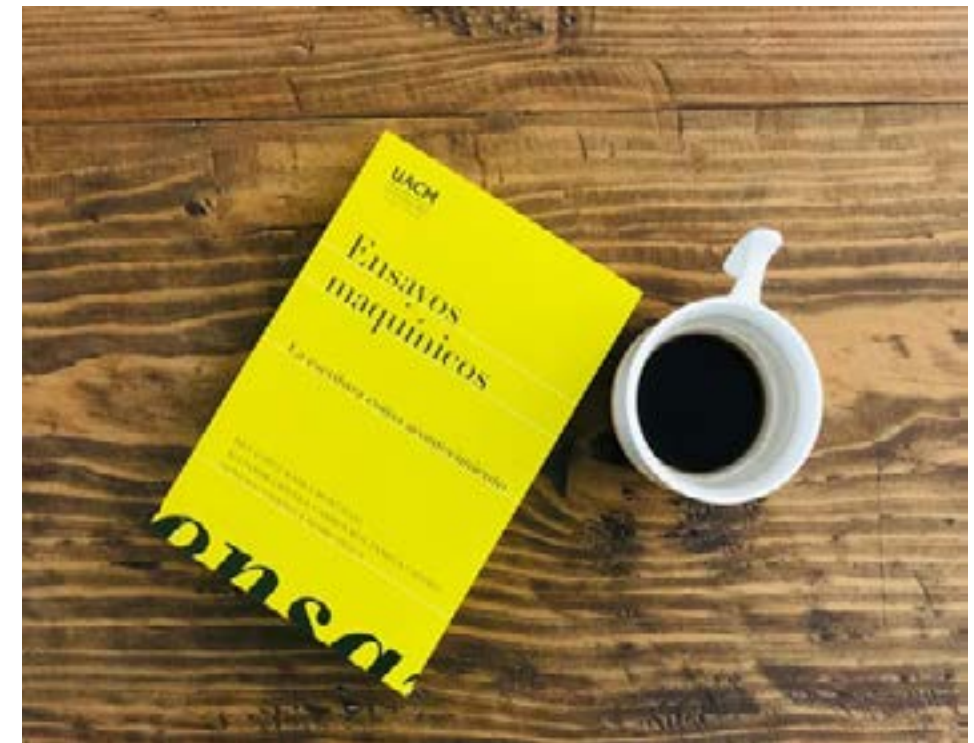
Desde el desarrollo de elementos teóricos y conceptuales, tales como las nociones de: ausencia, archivo, discurso, violencia, entre otros, se pretende mostrar que los espacios de aparición y de la producción discursiva y categorial sobre los desaparecidos se nos presentan con rostros heterogéneos, pero, a pesar de todo, comparten la función crítica en torno a las constituciones de lo político, de la historia, la cultura y, en particular, en las formas de representación de estas.

Así es como encuentro que la desaparición forzada ya no es un mero asunto de temas faltantes en la historia de lo humano y del pensamiento, sino de las prácticas de violencia explícita alrededor y sobre los vivos, los muertos y los desaparecidos. Una de las apuestas más relevantes de este trabajo es generar un archivo de la ausencia, focalizado desde la filosofía forense, para espacializar algunas políticas de la ausencia y la desaparición forzada o, en

todo caso, ofrecer las condiciones de posibilidad para hacer visible y enunciable dicha problemática.

Por todo lo anterior propongo que ya no es solo de carácter importante, sino necesaria la propuesta de un marco conceptual que le haga frente al fenómeno de los desaparecidos desde una arqueología que interpele la historia y que reorganice la sensibilidad, para así volver a las historias negadas y desaparecidas por la historia oficial misma. Asimismo, la potencia de la filosofía forense está en mostrar de qué forma la desaparición forzada elabora una crítica a lo contemporáneo, pero también a las estructuras y los fundamentos de eso que sostienen algo llamado contemporaneidad.

Algunas colaboraciones y obras propias del autor



Donovan Adrián Hernández Castellanos



Nació el 1 de abril de 1984,
en la Ciudad de México, Casas Alemán

Institución de adscripción: Universidad Nacional Autónoma de
México

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Hay una buena historia detrás de eso. Antes que nada, quiero agradecer este espacio y la oportunidad de hablar de mi trayectoria en *Reflexiones marginales*, una revista que he visto crecer desde el comienzo y ha sido generosa con mi trabajo. He dado pocas entrevistas, así que trataré de ser concreto.

Ahora sí, la historia: mi *giro* hacia la filosofía fue, como todas las cosas importantes, una completa casualidad, un *clinamen*. Resulta que yo deseaba ser *ilustrador* con todas mis fuerzas. Mi padre es un formidable artista: un dibujante que se abrió camino en el campo de la publicidad del México de los noventa a base de puro talento. Estudió de forma autodidacta en la Esmeralda, bajo el auspicio de un profesor que trabajaba ahí por aquel entonces. Mi madre, en cambio, dejó inconclusa la carrera de historia en la UNAM.

“Escuchábamos a los Kinks, a Donovan —por si se preguntaban de dónde viene mi nombre—, a Dylan, los Beatles, Zappa, Leonard Cohen, a Led Zeppelin y a Bowie, ¡a Bowie!...”

Supongo que algo tuvo que ver el hecho de que yo venía en camino y el embarazo era de alto riesgo. Hoy soy muy consciente de las estructuras de género que eso implica. Crecí en un hogar repleto de libros ilustrados de arte y diseño, además de mucho rock. Desde niño, la cultura visual y sonora fue muy importante para mí; casi diría que vital: conformaba mi mundo. El amor a las letras, en cambio, provino de mi madre, quien siempre dejaba libros para colorear y cuentos debajo de mi almohada.

Yo me perdía durante horas viendo las láminas de los gruesos volúmenes del estudio de mi padre e intentaba desvelarme con él cuando las jornadas de trabajo apremiaban. Escuchábamos a los Kinks, a Donovan —por si se preguntaban de dónde viene mi nombre—, a Dylan, los Beatles, Zappa, Leonard Cohen, a Led Zeppelin y a Bowie, ¡a Bowie!... Conocí muy temprano las dificultades de ser un *freelance*. Sin embargo, trabajar en aquellos despachos imponentes de Polanco y Coyoacán, rodeado de diseños increíbles y gente creativa, lo compensaba todo desde mi mirada infantil. Crecí con ese deseo hasta los últimos semestres del CCH.

Estudié en el plantel Vallejo, cerca de la Terminal de autobuses del Norte. Varias vivencias dentro de esa institución me transformaron por completo. La primera y principal: la independencia y autonomía que teníamos los

estudiantes para investigar por nuestra cuenta y depender lo menos posible de la autoridad del profesor. Esa fue una habilidad fundamental para toda mi trayectoria. Nunca he podido seguir indicaciones, porque las considero demasiado invasivas. Si me dan a elegir, siempre prefiero el camino de la independencia, la autonomía y, desde luego, la colaboración. Luego estuvo la amistad y el compañerismo. Aún frecuento a muchos amigos de aquella época.

Entonces ahí tienen al Donovan que pudo ser. Alguien completamente distinto de lo que es ahora. Leyendo a Ted Chiang me gusta pensar que hay un mundo donde efectivamente estudió en la Escuela Nacional de Artes Plásticas (ENAP) y ahora se dedica a exponer en el Pabellón de Venecia. Sin embargo, ese no fue mi camino; en cierto sentido, renuncié a las imágenes por el concepto —cambié el mundo paterno por el materno.

En ello tuvieron un papel fundamental mis profesoras de Filosofía del CCH; principalmente la profesora de Temas selectos de Filosofía. Recuerdo que su temario era maravilloso ¡Y teníamos aquellas compilaciones que ella hizo! Un par de cuadernillos de fotocopias, empastados con portadas amarillas y resistol industrial. Eran una maravilla, tenían lecturas de Wartofsky, de Sartre, de Russell y Filosofía de la ciencia. Tal vez de allí me viene el amor por los cuadernillos para los estudiantes —es una lástima y una ingratitud que no recuerde aquí el nombre de mi profesora—. En su clase conocí a Foucault, ¡incluso tuve el atrevimiento de exponerlo! Desde luego, no entendí nada; solo que algo en mí había cambiado irremediablemente: ahora me resultaba absolutamente indispensable conocer más, conocer mejor las ideas de ese tal Nietzsche, de Sartre y Camus quienes, como Dostoievsky, Rimbaud y Baudelaire, me hablaban de tremendas crisis civilizatorias, humanas, espirituales... Creo que primero fui un existencialista nato, ¡gracias al cielo ya no lo soy! Ahora sería insoportable.

Contra la tendencia arraigada en las familias mexicanas, mis padres entendieron a la perfección aquel nuevo llamado a la vocación filosófica... Después de todo, siempre escogí carreras con alto riesgo de peligro de extinción, ¡daba igual que fuera pintando o pensando! Pero ese *giro*, ese *volantazo* sí fue inesperado y, para mi sorpresa, ocurrió a tan sólo tres o cuatro meses de acabar el CCH, y se concretó cuando, en el último segundo, llené mi papeleta para el *pase obligatorio* colocando la carrera de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras

de la UNAM en primer lugar. Desde entonces no me he arrepentido un solo día, ¡lo volvería a hacer!

¿Qué representan para ti las humanidades?

Esa es una pregunta difícil, denme diez años para contestarla. Bien, déjame pensar... Creo que las humanidades representan para mí la oportunidad de ensayar hoy, con rigor e inventiva, soluciones a las principales crisis civilizatorias que enfrentamos; las cuales, y esto no es una exageración, adquieren una dimensión planetaria.

“Por mi parte creo que la única filosofía que tiene sentido, al menos para mí, es la que toma parte de estos debates contemporáneos, en los que no se trata de repetir monográficamente las ideas de un autor canónico de la historia del pensamiento.”

Pienso que vivimos un proceso de *problematización de nuestro ser* a una escala nunca antes vista. Desde luego, problematizamos nuestras relaciones de género, con la discapacidad, con los animales, con la naturaleza, con nuestros entornos tecnológicos y digitales... Problematicamos también nuestros modelos económicos y de gobernanza, nuestra condición poscolonial y, ahora mismo, pandémica. Nos hemos dado cuenta en el último año de que la salud, los sistemas de sanidad, son un problema global de la mayor importancia; y uno que hemos dejado fuera de nuestra reflexión, como si se tratara de una mera cuestión de administración pública. Pero fundamentalmente pienso que las humanidades tienen hoy la difícil, si no imposible, tarea de pensar la cuestión planetaria.

Hablo de *lo planetario*, por supuesto, para implicar los problemas de geopolítica, geo-energética, la geología de los medios y la cuestión de los vivos en relación con el espacio; que es, como sabemos, una cuestión de *bio-política* de la mayor importancia. Pienso que han sido las humanidades, precisamente, el campo epistémico que ha hecho posible tal interrogación, a todas luces *transdisciplinaria*.

Algún día habrá que escribir la historia de cómo la literatura comparada transformó las condiciones en que tanto las ciencias sociales como las humanidades se practicaban todavía en el siglo XX. Pienso sobre todo en trabajos como los de Homi K. Bhabha, Gayatri Chakravorty Spivak y, antes que ellos, Edward Said; pienso también en el surgimiento de los estudios culturales que han dado paso a los estudios visuales y, en general, a todo ese *campo expandido* de las humanidades contemporáneas donde resulta prácticamente imposible distinguir qué pertenece a cada disciplina.

Solo a los conservadores les asusta esa pérdida de fronteras entre los saberes. Por mi parte creo que la única filosofía que tiene sentido, al menos para mí, es la que toma parte de estos debates contemporáneos, en los que no se trata de repetir monográficamente las ideas de un autor canónico de la historia del pensamiento —habitualmente un hombre blanco y propietario, hablante de una lengua imperial—, sino que nos ocupa realmente la cuestión de *pensar-con* y *desde* las otras disciplinas.

En esto, curiosamente, han sido las revistas de arte contemporáneo como *E-flux* y *Terremoto* las que han llevado la batuta por encima de publicaciones como *Nature*.

Un problema como lo planetario —lo han demostrado Chakravorty, Mbembe y Cristina Rivera Garza— no puede solucionarse únicamente desde la biología, la sociología o la física; es decir, no puede solucionarse —ni siquiera atenderse— desde la perspectiva aislada de una disciplina en particular y, por supuesto, ¡no sin poesía!

Tal vez nunca como ahora las humanidades, y la filosofía entre ellas, han necesitado de un diálogo, un debate y una conversación mundial con la antropología, los estudios ambientales, las prácticas artísticas y las nuevas teorías de la tecnología. Estoy convencido, cada vez más, de que las personas formadas en filosofía tendremos que trabajar más cerca de las personas formadas en ingeniería. Esa manera de enmarcar el problema, digamos, más

allá del *giro lingüístico* del siglo XX es algo urgente. Por ello hablaba de *lo planetario* mejor que del *mundo*. Lo que está en juego hoy, frente al calentamiento global y el Antropoceno, no es solamente la estructura socio-cultural del *mundo* —lugar del sentido— sino las *condiciones materiales y vitales mismas de lo planetario*, las cuales sostienen *materialmente* al mundo.

Estamos obligados a pensar ante la catástrofe. Me parece que hacia allá apuntan los esfuerzos de pensadoras como Donna Haraway, Rosi Braidotti, Anne Fausto-Sterling, Strathern, Anna Tsing, Isabelle Stengers y Bruno Latour, entre otras. Creo que los filósofos, hablo aquí de los varones, haríamos bien en atender esta imaginación feminista; ellas han sido la avanzada del pensamiento en los últimos años. Si esto les suena a ciencia ficción, pues bien, ¡hagamos unas humanidades que piensen como ciencia ficción! Últimamente los mejores trabajos que he leído provienen de plumas como las de Ursula K. Le Guin, Andrea Chapela, Margaret Atwood y Stanislaw Lem. Y tal vez, pero esta es más bien una pregunta mía, tendremos que dejar de hablar de Humanidades —con mayúscula del homínido del Antropoceno— para hablar de posthumanidades o, mejor aún, de *Terranidades*, o los *relatos de Terra*, sus hummus y detritus.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

El camino a la filosofía es largo y sinuoso, según el viejo adagio de Paul McCartney. La metáfora me encanta, me hace pensar en un sendero —tal vez un sendero heideggeriano— donde la vida se encuentra con el pensar. En mi caso los retos han sido, por desgracia, más procaces y mucho menos poéticos. Para empezar, había que llegar temprano a las clases. Esto puede sonar como un chiste, pero llegar a las 8 de la mañana a Ciudad Universitaria y volver cerca de las 9 de la noche era un verdadero suplicio.

A raíz de la crisis económica y posterior devaluación del peso durante los noventa, tuvimos que mudarnos al Estado de México. Yo crecí en la Delegación Iztacalco, en el pueblo de San Francisco: una zona popular cercana al pueblo de Santa Anita, que tenía su propia iglesia, su escuela primaria y un paisaje del *lumpenaje* sacado de *Los olvidados* de Buñuel. Me encantaba la feria, con sus

castillos y toritos que incendiaban la noche de fuegos artificiales, de ruedas de la fortuna... Ya en Ecatepec terminé mis estudios de primaria y secundaria, desde ahí me desplazaba a la Central del Norte a continuar con el nivel medio superior y, finalmente, cursé toda la universidad en el transporte público.

Fueron unos años muy duros para todo el mundo. Mucha gente perdió el empleo con la llegada de los nuevos equipos de cómputo a los centros de trabajo. Mi papá entre ellos. Había que renovarse o morir. Mi hermano hizo una hermosa novela gráfica sobre ese periodo.

Recuerdo que viajar del extremo norte más alejado de la Ciudad Universitaria consumía muchas energías, además de dinero. Técnicamente era como trasladarse diario a otro estado, como Tlaxcala o Pachuca. Afortunadamente no me faltaron recursos y apoyo por parte de mi familia; tampoco se escatimaba en casa cuando tenía que comprar un libro, pero había que reorganizar el gasto.

Este traslado no solo habla de las distancias físicas, también muestra la estratificación social. Cada día tenía que recorrer el mapa de los distintos

Méxicos y la casi imposible movilidad social; había que luchar contra la segregación de clase también.

Nunca lo he contado pero cuando entré a la Facultad me sentí un total advenedizo frente al resto de mis compañeros, un bárbaro que no tenía ningún derecho de estar ahí. Siempre me he sentido un extranjero en el ámbito de la cultura, alguien que simplemente *no pertenece*... Tal vez por ello me afanaba en demostrar que también era *mi* Facultad. La sensación persiste aún hoy. Y es que yo no era un egresado de un colegio privado, mis padres no eran diplomáticos ni provenía de una tradición familiar de académicos de la alcurnia vasconcelista.

“Todavía hoy, cuando leo Balún-Canán de Rosario Castellanos, no es con las mujeres blancas de la casa grande con quienes me identifico, sino con los decires y andares de la Nana, indígena, poética, amorosa, oprimida...”

Las bibliotecas, las editoriales, la música clásica, los viajes no me pertenecían por derecho de nacimiento, linaje o herencia —recuerdo que entregaba mis primeros trabajos en la Facultad mecanografiados con máquina de escribir; la computadora de escritorio y el internet vinieron mucho después—. No, yo era hijo de una familia del proletariado: mis padres se conocieron en la fábrica Hoover —recordarán aquellas lavadoras que hoy nos parecen rotundos armatostes—, mi padre trabajaba en la cadena de montaje y mi madre realizaba labores administrativas; un primo de mi madre, probablemente capataz, los presentó.

Luego de eso, fue trabajar en una fábrica de asbesto; después, harto del trabajo no cualificado, mi padre renunció a todo para dedicarse a dibujar, respaldado en todo momento por mi madre. Entonces vino el ascenso^[1]. Mi propio padre viene de una familia de trabajadores: mi abuelo era albañil, mi abuela es catequista y franciscana —tengo mucho cariño por aquella orden gracias a ella—; mi madre vino de una migración interna de Oaxaca al Distrito Federal —no me gusta llamarle CDMX a mi *defectuoso*—. Mi abuela materna, Celia Sosa García, era analfabeta, pero me contaba historias hermosas y, a su vez, yo se las contaba a ella con mi imaginación. Me amaba y la amaba incondicionalmente. Todavía hoy, cuando leo Balún-Canán de Rosario Castellanos, no es con las mujeres blancas de la casa grande con quienes me identifico, sino con los decires y andares de la Nana, indígena, poética, amorosa, oprimida... Creo que por eso soy un marxista irredento. Siempre me he sentido orgulloso de mi procedencia.

Finalmente, al egresar, contra todo pronóstico, no tuve que batallar mucho para encontrar empleo como docente; mientras estudiaba la maestría una compañera necesitaba un profesor de epistemología, tomé el empleo con naturalidad pero sin imaginarme que, a más de diez años, continuaría dedicándome a las labores de enseñanza. Nunca me lo planteé, resultó así; algo natural.

Desde entonces, por fortuna, nunca me ha faltado trabajo. Yo nunca pude entender por qué algunas personas simplemente se negaban a cualquier labor que implicara un poco de esfuerzo. Recuerdo una ocasión en la que trabajaba por las mañanas en el CECyT 14 del Instituto Politécnico Nacional, cerca del metro Candelaria, y por las tardes en el COLBACH 14 de Milpa Alta, ¡de Milpa Alta! ¡Llegué a hacerme nueve horas de transporte cada tres o cuatro días de la semana! ¡Y todavía había quien me decía que yo no necesitaba el

dinero! Por eso cuando alguien me dice que renunció a su trabajo porque le quedaba muy lejos, yo no paro de reír.

“Estudiar en la universidad pública es tu derecho: tómallo. Yo estoy luchando por tu derecho, estoy peleando porque tengas tu lugar aquí: en la cultura, en la filosofía. Tómallo, te pertenece.”

Creo que cuento esto porque, a quienes estudiamos en las instituciones públicas, las redes sociales —tan acrílicas y descontextualizantes a veces— nos han querido convencer de que estudiar es un privilegio... ¡Detesto esa palabra! ¡Nos impide pensar! Yo quiero decirle a quienes están en circunstancias parecidas a las mías: no, no es un privilegio. Estudiar en la universidad pública es tu derecho: tómallo. Yo estoy luchando por tu derecho, estoy peleando porque tengas tu lugar aquí: en la cultura, en la filosofía. Tómallo, te pertenece. Espero que vengas aquí porque te necesito. Desde luego, le hablo a los que, como dice Charly García, “nacimos sin poder”: *a working class hero is something to be*. Tal vez a la filosofía se llega como a la revolución: en palabras de Ursula K. Le Guin, con las manos vacías.

¿Y dentro de la filosofía?

¡Sobrevivir a los pésimos diseños editoriales y a la falta de sentido de gusto en las publicaciones académicas! En serio, uno ve los trabajos editoriales de Princeton, el MIT o de la Ibero y se regocija: ¡son hermosos! Objetos bellos desde la elección de los colores hasta el acomodo de la caja de texto. Parece que en la academia mexicana mientras más fea sea la portada, más credibilidad

tiene el material; hay unos horrores por ahí, que circulan con un color *verde IMSS*... No sean así, hay que invertir en diseño. Nos conviene.

Bromas aparte, la principal dificultad *dentro de la Filosofía* seguía siendo ese sentimiento persistente de extranjería; el cual no me abandonó nunca durante la carrera. Pero me dio herramientas y experiencias fundamentales para mi trabajo. Mientras que la apreciación musical, estética, era algo innato en la gente de mi alrededor, yo tenía que aprenderlo prácticamente desde cero. Descifrar los códigos de los mensajes culturales siempre fue una actividad impostada en mí, *artificial*.

Alguien veía una fachada en el centro histórico y podía hablar de toda una historia, de estilos arquitectónicos y técnicas de construcción. Yo tuve que aprender todo eso por mi cuenta. Así que estudié, estudié mucho, y el año pasado publiqué un libro sobre *filosofía de la ciudad*. Cuando vivía en el centro me di cuenta de que mi vivencia fundamental era la *opacidad de los signos*: su esencial falta de claridad y transparencia, el hecho de que *se me negaban de algún modo*. Eso que Roland Barthes describe en *El imperio de los signos*, la experiencia desnuda del signo en el Japón, lo vivía yo como nativo de mi propia ciudad.

Así que caminaba, largas horas en el centro, viendo los aparadores, tratando de comprender su sintaxis, su combinatoria, su código y su paradigma. Tomaba fotos, desde luego malas y *amateurs*, y soñaba con escribir un libro sobre la retórica de la imagen en las calles del centro histórico... Todavía quiero escribirlo.

Pienso que esta *deficiencia*, esta *artificialidad* en mi comprensión del signo se remonta a mi infancia: mi abuela me llevaba algunos domingos a la iglesia, yo iba por los elotes y su compañía pero detestaba el ritual litúrgico, la cercanía de los desconocidos... Cuando entrábamos en la pequeña iglesia de Molina Enríquez, casi esquina con Coruña, me sobresaltaba siempre, no lo podía evitar: tenía ante mí la imagen de un hombre, vestido con manto púrpura, situado a la altura de mis ojos; un hombre sufriente, con manchas de sangre en la cara y las manos y corona de espinas ciñendo sus cabellos. ¡Me aterraba! Yo no podía entender que se trataba de una *representación*, para mí era la *cosa misma*. ¿Ves cómo tenía que aprenderlo todo desde el principio?

Después, al terminar la carrera, hubo otro problema: ¿Dónde colocar el trabajo que estaba haciendo?, ¿en qué coordenadas situarme?, ¿desde qué disciplina leerme? A menudo me pasa, incluso desde el comienzo de mi trayectoria, que la gente no sabe dónde ubicarme ni qué hacer conmigo. Tengo amigas y

conocidos que pensaban que yo era politólogo, otros que me confundían con sociólogo. Hubo un par de reseñas que se hicieron en España, con motivo de un libro sobre *Théroigne de Méricourt*, donde comentan mi trabajo como “historiador”. Todo eso me halaga, en serio, porque siempre he propiciado el acercamiento con las demás ciencias, pero me parece sintomático.

En la filosofía me ocurre algo similar: los colegas no saben dónde situar mi trabajo. Como estudiaba a Foucault, y luego a la Escuela de Frankfurt, no se concebía —estoy hablando de los dosmiles tempranos— que eso fuera filosofía pura y dura. Filosofía era Platón, Aristóteles, Hegel; no esas cosas posmodernas. Ahora que Foucault, Deleuze y Walter Benjamin son canon ya no es un problema, cosa que me decepciona. Entonces, ante la paradoja siempre: para los filósofos soy demasiado sociólogo, para los sociólogos soy demasiado filósofo y nadie me quiere en su campo. La cosa no pasaría a mayores de no ser porque yo mismo ¡No sé qué soy! Sé que amo la filosofía pura y dura, me encanta enseñarla: puedo hablar con pasión de *La crítica de la razón pura*, *La fenomenología del espíritu* —para mí la cosa más grande que se haya escrito nunca—, de Herder y los clásicos griegos y romanos... Pero no puedo practicarla. No me imagino haciendo metafísica ni lógica puras. Yo necesito implicarme con el mundo.

“Como estudiaba a Foucault, y luego a la Escuela de Frankfurt, no se concebía —estoy hablando de los dosmiles tempranos— que eso fuera filosofía pura y dura.”

Para mí la filosofía solo tiene sentido si se trata de pensar, de jugársela, con el acontecimiento; y, como sabemos, para pensar el acontecimiento hay que estar en medio de uno. Creo que solo podemos pensar el mundo —y pensar en cambiarlo— si trabajamos codo a codo con los actantes del cambio: los movimientos sociales, los activismos de los colectivos y colectivas feministas en América Latina, las intervenciones de artistas con sus realidades concretas y materiales (como lo que sucede en Cuba con el 27ENE).^[2]

Aunque mis posturas de izquierda siempre han sido claras, y suelo elegir muy libremente los eventos que me exigen un pronunciamiento público, también ha habido cierta incompreensión en el entorno político: ahí tenemos una nueva incompreensión fructífera. Eso tiene una ventaja, pues nunca me verán venir. Sin embargo, fuera de México mi trabajo ha llamado la atención de maneras que jamás hubiera imaginado: el CELEI de Chile, que se especializa en educación inclusiva y conforma una plataforma con metodologías innovadoras para el pensamiento crítico, me ha invitado a publicaciones, foros y congresos internacionales; hace poco recibí una invitación formal para publicar de parte de un grupo de investigación del Perú que leyó mi librito sobre biopolítica; dictamino artículos y proyectos de investigación para CONICET de Argentina y publicaciones en España y Colombia.

Y lo más importante sucedió cuando el EZLN hizo aquel Seminario-Semillero para pensar contra la *Hidra capitalista* y tuve el honor de ser invitado, ¡no lo podía creer! Ahí solo se llegaba con invitación expresa y directa, y así fue. ¡Nunca me lo esperé! Era un homenaje a Luis Villoro, que siempre estuvo muy cerca del neozapatismo, y habían llegado militantes e intelectuales de todo el mundo: textos de John Berger, Immanuel Wallerstein, Sylvia Marcos, Raúl Zibechi, Margara Millán, Phillipe Corcuff, Mauricio Rozental, militantes de las federaciones anarquistas del Kurdistan que peleaban a brazo partido contra el Estado Islámico y el ejército de Bashar Al-Assad en Siria... ¡Y en medio de todo eso, estaba yo!

Algo muy lindo pasó después de mi participación: el querido Rozental —implicado junto con su compañera en la causa de los indígenas *nasar* en Colombia— me pidió mi texto muy conmovido. No pude sino dárselo ahí mismo. Un año después, cuando nos encontramos como observadores del V Congreso Nacional Indígena —de donde salió la propuesta de la candidatura independiente de Marichuy, que cimbró la Tierra del autonomismo—, un Rozental muy emocionado me contó que mi texto no solo se publicó en el sitio web de *Pueblos en camino*, sino que las radios comunitarias de los *nasar* lo dramatizaron: lo leyeron como guion, transformándolo en un diálogo dentro de sus emisiones. Entonces, sí, mi texto fue transmitido por radio en la Amazonia. ¡Algo bueno me dejó el ser un bárbaro!

“Entonces, sí, mi texto fue transmitido por radio en la Amazonia. ¡Algo bueno me dejó el ser un bárbaro!”



¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

Sí, he tenido dos estancias académicas: una internacional y una nacional. La primera fue en la Universidad Complutense de Madrid, donde me recibió el querido Rodrigo Castro Orellana, tremendo especialista en Foucault de quien

yo había reseñado un trabajo bastante bueno y grueso —porque las tesis en España se pesan por kilo—. Fue la primera vez que salí del país, estaba muy nervioso. Cursaba, por aquel entonces, mis estudios de doctorado. Después, la primera parte de esa tesis la convertí en libro.

Académicamente fue muy enriquecedor: además de los cursos de Rodrigo, seguí la enseñanza de Pardo, especialista en Deleuze, y conocí al increíble profesor José Luis Villacañas, un hombre incansable que vive para pensar y escribir. En lo personal también trabé gratas amistades con mis compañeros, que hacían el doctorado a su vez: entre gallegas, madrileños y compañeras de China —siempre me acordaré de Atenea y las deliciosas “gambas” que preparaba—, platicábamos de filosofía contemporánea. Aunque hay que admitir que la formación en la UNAM no le pide nada a las universidades en el extranjero.

Pero también pude viajar. Como decía, aquella fue la primera vez que salía del país: lo recuerdo bien, fue un 15 de septiembre de 2013, necesitaba salir ese día porque no soporto la patriotería de esas fechas, pero aquella tarde fue infame. Había un plantón de maestros en el zócalo y la policía había llegado a desalojarlos con lujo de violencia. Yo vivía en el primer cuadro del centro histórico, lo vimos todo. No miento cuando digo que el humo de los gases lacrimógenos llegaba hasta las azoteas de los edificios, ¡teníamos que cerrar todas las puertas, ventanas y balcones y poner trapos húmedos para tapar la humareda!

No podía creer que en ese momento tendría que salir de la ciudad, del país, aunque yo quería quedarme a resguardar en el patio a la mayor cantidad de gente que pudiera; como otras tantas veces hicimos... El tremendismo de aquel efecto cedió tan pronto como me subí al avión, ¡era la primera vez que viajaba en uno! Para colmo de males, porque nunca puedo contar una historia simple, el viaje no solo duraba once horas sino que, además, teníamos que pasar en medio de dos tormentas tropicales: por el Atlántico y el Pacífico nos hicieron sándwich. Entre Escila y Caribdis.

El avión aquel se mecía como si un niño gigantesco lo sacudiera al vuelo. Hasta los pasajeros más entrenados estaban nerviosos, ¡imágenes yo! No pegué ojo durante todo el vuelo. Afortunadamente pude platicar, en mi improvisado alemán, con una compañera sueca que iba en el asiento de al lado. Entre las bendiciones: vi la curvatura de la Tierra y su hermosa y delgada línea azul, resplandeciente en la atmósfera. ¿Cómo puede ser tan pequeño

nuestro planeta? Llegué en vivo a Madrid. La primera impresión que tuve, bajando a la nave Tierra, fue el intenso olor a plástico del centro, entre la Gran Vía y la Puerta del Sol. Luego vino París, donde la falta de una línea de montañas que custodiara la ciudad me daba vértigo, y Lisboa, la ciudad de la *saudade* donde podría ser feliz por el resto de mis días. Pero Madrid, en definitiva, es mi segunda ciudad.

En México hice mi estancia posdoctoral en la UAM-Xochimilco, bajo la dirección de Mario Rufer. Después de todo mi pasado unamita, necesitaba desintoxicarme. Estaba en un momento de tránsito y el cambio de casa de estudios no pudo llegar en mejor momento. Con Mario no solo conocí a un académico riguroso y brillante, sino a una persona solidaria y afectuosa que mantenía una relación cordial y cercana con todos sus tutorados. Eso era algo extraño, en la UAM y la UNAM.

Pasábamos algunas tardes en su casa, cerca del centro de Tlalpan, comiendo como sibaritas: ñoquis, pasta frola, el pay con la receta de la abuela, café y vino tinto. ¡Aquello era la gloria! Ahí conocí a colegas muy brillantes, queridas y admiradas, como Itza Varela, que acaba de ganar una plaza en el COLMEX, Maai Ortiz, gestor cultural de la librería *Voces en Tinta* de la diversidad sexo-genérica en la Zona Rosa, a Yissel Arce, brillante teórica cubana de la historia del arte y los estudios poscoloniales. En fin, Frida Gorbach, Eva Alcántara, Guiomar Rovira, no podría acabar de mencionar a todo el mundo.

Durante mi estancia tuve un acercamiento, para mí, definitivo con los estudios culturales y la crítica poscolonial; acercamiento que define y orienta mis actuales trabajos transdisciplinarios. Yo creo que es bueno que los filósofos salgan del campo estrecho de la filosofía y se enriquezcan de todos los nuevos enfoques que circulan hoy por el mundo: nos hace menos provincianos.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Uff, jesa pregunta no pudo llegar en mejor momento! Es más, te voy a dar una exclusiva: acabo de ganar una plaza SIJA en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM para jóvenes académicos. Por favor, que suenen las fanfarrias. Yo soy el primer sorprendido, realmente nunca me esperé una noticia así;

aunque es cierto que he trabajado toda mi vida para ello. La plaza implica un tiempo completo y es en el área de Filosofía de la Historia con especialidad en Filosofía Política, mi campo absolutamente.

En la reunión preparatoria para los trámites de contratación pude conocer a la colega que cubrirá la plaza para Filosofía de la Ciencia, le deseo la mejor de las suertes. Pienso que esta noticia es lo más tremendo, lo más grande que me ha pasado. Desde luego, es una enorme responsabilidad; razón por la cual he tenido que renunciar a mis anteriores trabajos, no sin pena tengo que admitir.

Durante cinco años fui profesor de asignatura de la Ibero, en la licenciatura de Ciencias Políticas y Administración Pública, donde enseñé Teoría Política Contemporánea de manera ininterrumpida, y en el Departamento de Filosofía enseñé diversas materias: desde filosofía de la cultura hasta razonamiento práctico, así como el campo de las éticas y la filosofía contemporánea. Hay algo que me gusta mucho de la Ibero, además de la flexibilidad y agilidad de sus programas institucionales que cuentan con poca burocracia, y es el hecho de que se han especializado en la enseñanza del pensamiento contemporáneo. Eso le da una frescura impresionante a la hora de insertarse en debates públicos.

Además de que el rector David Fernández ha tenido una de las gestiones más transparentes y valientes de aquella generación de rectores que fue tan importante, contando al rector de la UAEM, a Enrique Dussel y a Hugo Aboites de la UACM. Sus posturas progresistas en el ámbito público contrastaban notablemente con el grueso de los posicionamientos de las demás universidades públicas... Alguien debería escribir un libro sobre ese periodo. Contra los prejuicios que se suelen esgrimir en el campo unamita, la Ibero es una universidad de avanzada; la gestión de los jesuitas, que destaca en los programas de Migración y Educación Intercultural, es realmente notable.

Aquí conocí a teólogos comprometidos con las causas de abajo, como Carlos Mendoza, notable heredero posmoderno de la teología de la liberación, y académicas comprometidas con las causas feministas del país, como Citlalin Ulloa, quien me contrató y actualmente dirige el posgrado de estudios críticos de género de la Ibero. El trabajo del grupo PISOR, que incluye a Pablo Lazos y Pablo Reyna, entre otros, me ha permitido participar en congresos internacionales como ¡Resiste! donde pudimos intercambiar experiencias y análisis con teólogos filipinos y alemanes, los movimientos sociales por los desaparecidos de la guerra sucia en Colombia y con eminencias grises del

pensamiento latinoamericano contemporáneo como Rita Laura Segato y Raúl Zibechi. La Ibero tiene una praxis de universidad decolonial que me parece de avanzada y vale la pena replicar en las universidades públicas.

También me despedí de la universidad La Salle, que me dio no solo la gran oportunidad de ejercer la docencia con sus estudiantes, sino que también me dio mi tercer libro de filosofía. Desde el comienzo Ricardo Bernal y José Córdova fueron muy cercanos y entrañables en su seguimiento de mi trabajo. Quedo en una deuda incolmable con ellos, pues, ¡a tan sólo un año de mi llegada publiqué un libro! ¡Es un tiempo récord! Ellos recibieron aquel manuscrito que ya había recorrido la milla buscando casa editorial. Enseñé filosofía de la economía y epistemología en aquella casa de estudios, y dirijo tesis en su maestría de Filosofía Social. Les tengo muy presentes.

La cantidad de lugares donde he ejercido la docencia excedería estas páginas. Baste decir que he recorrido algunas de las principales instituciones educativas del país. Mi principal formación como profesor, indudablemente, tuvo lugar en el nivel medio superior: ¡Ahí es donde verdaderamente pasan las cosas! Eso lo logré en el CECyT 14 “Luis Enrique Erros” del Instituto Politécnico Nacional —donde siempre que gritaban su *cachún cachún ra ra* yo coreaba un instintivo *goya universidad*— y en el Colegio de Bachilleres, pues trabajé en el plantel de Milpa Alta e Iztapalapa; tal vez de esa época me viene la costumbre de contar historias para darle ritmo a la clase.

También he sido docente en el Instituto Mexicano del Psicoanálisis (IMPAC) fundado por Erich Fromm y que tiene esos encantadores elevadores de los años cincuenta, de un naranja lisérgico que parece sacado de la *Naranja Mecánica* de Kubrick. Era el estilo del momento. Por eso digo que, de algún modo, formo parte de la primera generación de la Escuela de Frankfurt. ¡Desde luego, sé que no tengo derecho y cometo una terrible exageración; pero no me importa! También fui profesor en UVM. En fin, ha sido un camino largo.

Ahora, con esta vuelta a la UNAM realmente me siento como un Odiseo que vuelve al fin a Ítaca... Aunque durante años he enseñado en universidades privadas, mi vocación es pública. Siempre lo fue. Yo me formé en la UNAM, soy azul y oro. ¡Es como la historia del hijo pródigo! Paso por mi mejor momento y pondré toda mi experiencia, todos los conocimientos ganados en mi trashumancia, al servicio de mi *alma mater*. A veces pienso que nadie se podría imaginar lo que representa para mí, con la historia que les he contado,

entrar por la puerta grande a mi amada universidad para impartir clases ahí. ¡Estoy viviendo el sueño!

¿En qué proyecto de investigación estás actualmente? ¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Siempre juego en varias bandas a la vez. Soy como un circo de ocho pistas; ¡solo espero que no me crezcan los enanos!

Bueno, por lo pronto, y en concreto, tengo tres proyectos sólidos; los tres son editoriales. Voy a publicar este año un volumen que compendia diversas crónicas y entrevistas que he mantenido con movimientos sociales, activistas y colectivos en el país: aparecerán en sus páginas conversaciones con *Las Patronas* de Amatlán, con *Proyecto 21* y la plataforma de intervención postconflicto *RECO* que ha trabajado en el norte del país; también incluirá la crónica que hice de la última conferencia de Judith Butler en México y de mi participación en el semillero convocado por el EZLN. Se titulará *El color de la Tierra*, como la sección que tenía en la *Revista Hashtag* donde publicaba periódicamente algunos de estos materiales, gracias a la invitación de Érika Paz y Ricardo Bernal.

Este libro lo venimos planeando desde el año pasado con Francisco de León, mi querido amigo desde la maestría, además de excelente dramaturgo y poeta; saldrá por la editorial independiente ¡Ay, Bacantes! tan pronto como sea posible. La nota triste es que yo quería volver a contactar a Rodrigo de Gardenia, porque la cobertura que hice de su biblioteca barrial aparecerá en el libro, pero falleció hace unos meses debido a la pandemia. Una pena.

También me concentro en lo que será mi cuarto libro de filosofía: *Actos de la nación*. Un trabajo en donde, en cierto modo, reúno mis preocupaciones por la teoría sistemática con el análisis coyuntural de casos; específicamente analizo las prácticas conmemorativas impulsadas por el Estado mexicano para impartir justicia restaurativa, solo que no me concentro en un análisis jurídico de la ley y su aplicación en sentencias, sino que analizo las ceremonias, por así decir, que movilizan actos simbólicos y significantes en los que el Estado

produce el marco cultural de la nación. Podemos retomar esta cuestión con mayor detalle más abajo.

En tercer lugar, a raíz del violento desalojo del que fui víctima cuando vivía en el centro histórico, hace unos tres años, me decidí a escribir un texto al respecto. No será un ensayo teórico ni académico, como suelo hacer, sino una *autoficción*. Quiero experimentar con la forma y el contenido de mi propia escritura, jugar con ella en un ámbito poco explorado para mí. Tengo el esquema en mi cabeza desde hace tiempo, solo necesito encontrar el momento para escribirlo. No es, en realidad, algo del todo nuevo para mí, ya que pronto saldrá mi primer libro de escritura no filosófica. He coqueteado con el periodismo desde hace algunos años y, sobre todo, con la crónica y la reseña cultural —¡que me encanta!—. También me atraen los ensayos literarios, que es algo que quiero explorar muy pronto. Así que ya se verá.

Podría añadir un cuarto: pronto circulará un manual de Filosofía para el bachillerato general, que escribí en coautoría con Kiria Hernández para la editorial *Montenegro*. Siempre me piden un manual de filosofía confiable para empezar, aunque yo prefiero ir a las fuentes primarias ahora ya puedo recomendar ampliamente uno. Además, es un libro al que le tengo mucho cariño: mi hermano contribuyó con un comic, y en la sección de Filosofía mexicana incluí a Rosario Castellanos y a Graciela Hierro. No es mucho, pero hay que escribir una historia no androcéntrica y feminista de la filosofía. En eso las compañeras están ya muy avanzadas, afortunadamente.

Además de esos grandes proyectos colaboro con un increíble equipo de artistas en la realización de una pieza de video y sonido que se estrenará pronto en el MUAC. Se trata del proyecto *Respira* que aglutina al músico Rodrigo Toro, a la bailarina Laura Trejo y a la artista visual cubana Celia González. Se trata de un equipo increíble, Rodrigo tiene una larga experiencia como intérprete en recitales internacionales mientras que Celia es un portento de artista, referente en la isla pero también con un largo kilometraje por el mundo: ha participado en el *Pabellón de Venencia*, la *Bienal de la Habana* y la *Bienal de la India* y este año participará en *Arco*, una de las ferias de arte contemporáneo más importantes del mundo, junto con su galería de Badajoz. ¡Y junto a esos titanes, yo!

Lo cierto es que Rodrigo y yo ya hemos participado en un evento internacional el año pasado: *Radical Sounds Latin America*, un festival de arte sonoro con sede en la legendaria *Funkhaus* de Berlín, donde han tocado músicos como Nils Frahm. ¡Así que no soy un completo improvisado! Aquella vez hicimos un

soundscape del centro de la Ciudad de México, intentando generar una *poética decolonial*. Ahora, para este proyecto, yo participo en calidad de guionista: contaremos una historia de ciencia ficción a partir del sonido de nuestras respiraciones. Me inspiré en aquel *dictum* de Achille Mbembe al comienzo de la pandemia: el derecho a respirar, pero sobre todo en la ciencia ficción rusa y polaca. ¡Así que no se lo pierdan!

De hecho, ya hay una primicia: la artista mexicana Amor Muñoz tiene un proyecto maravilloso: tú le envías un poema de unas quince líneas y ella lo procesa con un algoritmo para diseñar un meteorito a partir de tus palabras ¡Un meteorito, está genial! Envié el inicio del guion y obtuve a cambio el impacto de mi propio astro en casa.

Creo que eso está en consonancia con lo que mencionaba antes del trabajo colaborativo entre ciencias sociales, naturales y las humanidades por venir. Actualmente la colaboración con artistas y psicoanalistas, e incluso el poder pensar la filosofía y la política a partir del arte contemporáneo, se ha convertido en una verdadera necesidad para mí: es como respirar. No puedo dejar de hacerlo, simplemente no puedo. He tomado algunos talleres con Martina Raponi para hacer, en el futuro inmediato, un texto híbrido y experimental acerca de una ruina del centro histórico que me obsesiona. Tengo ideas para escribir algunos ensayos sobre arquitectura, archivo y arte en la ciudad... Queda pendiente de formalizarse una exposición con los trabajos de mi padre de la que soy curador, pero que por la pandemia se ha postergado. Tengo un diplomado sobre derechos humanos y filosofía política pendiente de fechas. Pronto saldrá un ensayo sobre teatro contemporáneo que escribí comisionado por el Departamento de Difusión Cultural de la UNAM. En fin, que vienen muchas cosas que me ponen muy contento.

Me voy a concentrar en mi último proyecto: *Actos de la nación*. Como te comentaba, será mi próximo libro. He publicado tres: *La crisis en la cabeza, reflexiones desde Michel Foucault* (UNAM/Afinita), *Discutir la biopolítica, mapa de una problematización* (EAE) y *Arqueologías urbanas, topografías críticas: la dialéctica de la ciudad en Siegfried Kracauer y Walter Benjamin* (Parmenia/ULSA).



En síntesis, mi primer libro fue una exposición del método arqueológico empleado por Foucault en *Las palabras y las cosas* de 1966. Con esa investigación me familiaricé con las herramientas y el utillaje teórico para el análisis del discurso, que se enriqueció con las enseñanzas sobre retórica y pragmatismo que obtuve del seminario de Ana María Martínez de la Escalera en el entonces PUEG. Esta investigación, además, contó con la asesoría y el rigor filosófico de Alberto Constante, mi sensei, pues se trató de mi tesina de licenciatura. Publicarla fue algo fenomenal para aquel mozalbete que era yo. Salí en la colección de *Callejones del porvenir* junto a libros de Francisco de León, Ramón Chaverry, Claudia Monterde si no mal recuerdo... En fin, una generación de la que estoy muy orgulloso de formar parte. Creo que por ello todo mundo me asocia con el pensamiento del maestro Foucault, lo cual es justo porque soy un expositor y continúo la estela del trabajo arqueológico sobre los archivos y discursos en mi propia obra.

El segundo libro fue, como su nombre indica, un mapeo general por ciertas discusiones sobre biopolítica hacia 2012. Se publicó apenas un año después de *La crisis*... Ese fue un año sumamente prolífico. Nunca tuve otro igual, ¡y que bueno porque no lo soportaría! Di una cantidad salvaje de ponencias aquel año, alrededor de quince o veinte. Era muy joven y solo estudiaba y

me iba de fiesta, o de gira con una banda de rock. *Discutir la biopolítica* fue una compilación de algunas de esas ponencias, a las que di el formato de libro. Me gusta su carácter fragmentario e intempestivo, a pesar de que todos los trabajos ahí reunidos giran como variaciones del mismo tema: la biopolítica. Esta se presenta en el museo, la cultura visual, la política de seguridad del calderonato, etc. Visto en retrospectiva, ya anunciaba los temas que conformaron mi siguiente publicación y los actuales.

Mi libro más reciente vino después de ocho largos años de silencio editorial, ¡jamás volveré a demorarme tanto en publicar un material nuevo! Mi *Dialéctica de la ciudad* es, tal vez, mi obra más sistemática y erudita, la mejor integrada y con mayor unidad y cohesión. En suma, mi trabajo más maduro. Se trata de una exploración arqueológica de los discursos que, de manera tangencial y satelital, atravesaron a la Escuela de Frankfurt. Me concentro en Walter Benjamin y Siegfried Kracauer, por desgracia mucho menos conocido que el primero, a quienes veo como *fundadores de discursividad* y trato de describir su *a priori histórico*: la experiencia de las metrópolis de masas es lo que hizo posible el surgimiento del pensamiento crítico del siglo XX.

El libro, en su conjunto, es una cartografía de mis grandes pasiones: la ópera, el cine, la fotografía, el arte de las primeras vanguardias, la técnica del montaje, la literatura detectivesca y policiaca... ¡Y sobre todo las ciudades de *fin de siècle*! Ese libro me hizo viajar a París, para conocer los pasajes que obsesionaban a ambos pensadores, judíos y alemanes, que, en su calidad de marxistas y disidentes, le escupían a la cara a los totalitarismos de Hitler y Stalin. Esa historia había que contarla. Alguien me preguntó alguna vez: “¿por qué no cuentas la historia de los grandes hombres como Hitler?” (sic) Yo repliqué: porque estoy muy ocupado contando la historia de quienes se opusieron a él. ¡Hay gente que vive en otro mundo! Pero este libro me acercó a la cuestión que hoy me ocupa: la tecnología y su relación con el pensamiento contemporáneo.

Mi proyecto actual, titulado *Actos de la nación*, consta de cinco capítulos en los que, a partir de estudios de caso, analizo filosóficamente las implicaciones de las prácticas discursivas y no discursivas a través de las cuales el Estado mexicano imparte justicia restaurativa. Cuatro casos me ocupan fundamentalmente: la ceremonia de disculpa pública y reconocimiento de inocencia a doña Jacinta, Teresa y Alberta Alcántara, tres mujeres ñahñúh que fueron injustamente acusadas de haber secuestrado a cinco oficiales de la extinta AFI en Querétaro; el memorial de Campo Algodonero en Ciudad Juárez, que tiene

lugar como parte de las disposiciones de la Corte Interamericana sobre los casos de *feminicidio* en la ciudad fronteriza; las pláticas celebradas entre el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad y Felipe Calderón en el castillo de Chapultepec, con motivo de la estrategia fallida de militarización del país durante su mandato y, finalmente, el reciente acto conmemorativo de la responsabilidad del Estado durante la *guerra sucia* en México; este es parte de la estrategia de reconciliación de la gestión de Andrés Manuel López Obrador que vale la pena analizar a profundidad.

El primer capítulo es el tinglado teórico que, de manera general, he desarrollado en los últimos años para pensar estas cuestiones. Lo denomino el análisis crítico de las *pragmáticas de la nación*, pues me interesa analizar el carácter performativo de los juegos de lenguaje dispuestos por el poder soberano; lo cual nos permite comprender las estrategias de resistencia que impugnan, prolongan, combaten o desautorizan esos juegos de lo verdadero y lo falso, la *veridicción* en las escenas que públicamente realizan una verdad y consuman culturalmente a la nación. Esto es básicamente lo que intento hacer.

Aunque puede verse una cierta ruptura y discontinuidad entre temáticas, objetos de análisis y enfoques, yo presiento que hay una continuidad rigurosa que me ha llevado de mi primer libro a este esbozo que presento como un cuarto título. Permanece la centralidad del análisis del discurso, sus prácticas y densidad específicas, pero cambian las coordenadas del debate: ya no se trata de comprender el pensamiento centroeuropeo monográficamente, ahora se trata de construir un marco específico para comprender los actos enunciativos de la política latinoamericana. Por ello mi trabajo se inscribe dentro de los estudios poscoloniales y de género en México, de los que el CIEG me ha considerado un representante. Espero estar a la altura de ese nombramiento.

Viendo esto, contando este relato sobre mí percibo las continuidades y rupturas. Me disculpo por lo extenso que ha sido, ¡pero durante la pandemia he podido hablar muy poco con otras personas! Escribiendo en retrospectiva mis *genealogías*, como diría Margo Glantz, me doy cuenta de que, tal vez, nunca fui totalmente ajeno a la cultura y al pensamiento.

Notas

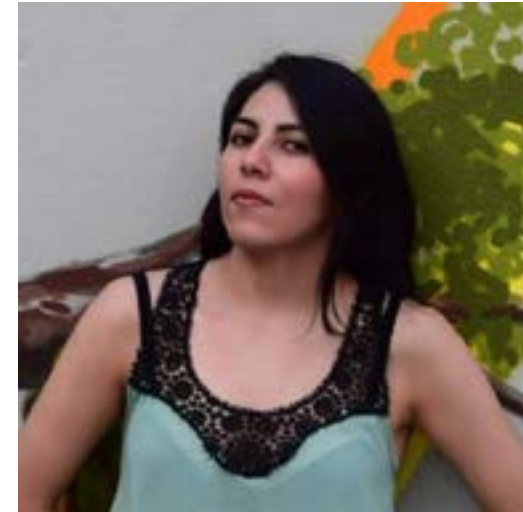
[1] Quisiera aprovechar estas últimas líneas para externar mi agradecimiento sincero, y mi homenaje póstumo, a Mateo Lafontaine, fundador de la banda de culto mexicana *Década 2* de música electrónica e industrial, quien apoyó a mi papá durante los inicios de su carrera como ilustrador; eso le dio un notable impulso económico a mi familia, que nos permite estar aquí hoy. Mis respetos para sus allegados.

[2] Para un mejor acercamiento ver de la artista y antropóloga cubana Celia González: <https://confabulario.eluniversal.com.mx/27n-rebelion-censura-cuba/?fbclid=IwAR3UKK7s9EyKUb9UCIk35vSgD3YRWi-L2MH1UazZRQ7JbvueTurqb4Kn-Pc> (Consultado el 21 de febrero de 2021)

Algunas colaboraciones y obras propias del autor



Vanessa Huerta Donado



**Nació el 5 septiembre 1988,
en la ciudad de Puebla, Puebla.**

**Institución de adscripción: doctoranda en la Universidad de
Wuppertal, Alemania**

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Creo que los caminos para llegar a la filosofía son heterogéneos e incluso un poco extraños. Algunas veces convergen y se entrelazan, aunque otras tantas resultan ser más bien incompatibles. De mis amigos y colegas he escuchado todo tipo de historias que van desde la lectura prematura de pensadores espasmódicos como Nietzsche, Marx o Sartre, pasando por el simple placer de la escritura y la lectura, hasta genuinas aspiraciones académicas,

revolucionarias, literarias, políticas, etc. También hay caminos más estrechos, menos evidentes, como aquellos que se abren ante la inteligencia abstracta o subversiva, ante un temple melancólico, o inclusive ante esa inclinación por lo “transcendente” que deja en algunos la estricta educación religiosa.

Todas estas razones me parecen de sobra legítimas, pero ninguna de ellas me pertenece plenamente.

“Llegar a la filosofía por el oído es algo muy distinto de llegar a ella por el ojo, o por la mano. ‘Husserl me puso los ojos’, dice el joven Heidegger en agradecimiento a quien le enseñó a ver el mundo de manera fenomenológica.”

A mí me gustaría decir que llegué a filosofía por una “natural inclinación al conocimiento”, aunque lo cierto es que esta respuesta es el prelude de una metafísica más elaborada que no corresponde con mis circunstancias iniciales. Elegir una carrera con uno de los índices más bajos de empleabilidad y de recompensa salarial, por lo menos en esta parte del continente, es algo más parecido a lanzar los dados en una apuesta riesgosa que a una decisión razonable y natural. Y pese a ello, a la filosofía se termina llegando de alguna u otra manera. Yo, por ejemplo, llegué a ella por el *oído*.

Llegar a la filosofía por el oído es algo muy distinto de llegar a ella por el ojo, o por la mano. “Husserl me puso los ojos”, dice el joven Heidegger en agradecimiento a quien le enseñó a ver el mundo de manera fenomenológica. Otros como Levinas o Nancy prefieren seguir la ley del tacto: tocar para saber, tocar para sentir o incluso para transgredir. Siguiendo con la semántica corporal, pero ciertamente en un sentido más próximo y cotidiano, puedo decir que llegar a la filosofía por el oído significa haber comenzado como una *oyente* tímida y clandestina que poco a poco fue aguzando el tímpano para los intrincados temas de esta disciplina.

La idea de *infiltrarme* en los seminarios de la Facultad de Filosofía comenzó como un ejercicio de orientación vocacional, debido a que no tenía idea

de qué licenciatura elegir. En general, tenía notas sobresalientes en el área de humanidades y ciencias sociales, extrañamente era buena resolviendo problemas de física, y mi máximo exponente intelectual de ese momento era Borges y su estética de la inteligencia. Un profesor del bachillerato me recomendó enlistarme en una de esas carreras con “prestigio social”, como medicina o derecho, pues precisamente por mis “buenas notas” en general tenía el pase asegurado. Le hice caso y me inscribí en los cursos propedéuticos que la escuela preparatoria ofrecía en el área de derecho. Como parte de esta gran introducción al mundillo de la abogacía teníamos que prestar una especie de servicio social durante tres meses en un juzgado de corte familiar. Fueron los tres meses más aburridos de mi existencia. En ese ambiente de oficina, precario y polvoriento, no había algo más interesante que leer los expedientes caducos como si se tratara de literatura.

Gracias a este simulacro mal logrado comencé a tomar en serio mis intereses y comencé a asistir por cuenta propia a clases de literatura latinoamericana, teatro y filosofía; aunque, a decir verdad, a esta última me acerqué por la curiosidad y la risa que me despertaban algunos “personajes” de los cuentos borgianos como Averroes, Berkeley o Schopenhauer. Claro que esto no lo revelé en los cursos de primer semestre, cuando llega el momento de hacer esa dinámica espantosa de integración que consiste en plantear algunas preguntas superficiales a manera de presentación. Así que al llegar mi turno de responder a la clásica pregunta: ¿por qué estudiaste filosofía?, contestaba cualquier cosa, no recuerdo exactamente qué, ojalá hubiera respondido simplemente: ¿y por qué no? Ahora que lo pienso detenidamente, creo que se trata de una pregunta difícil que solo puede responderse con otra pregunta o con una anécdota, pues ni la habilidad lectora, ni el talento para la escritura, o la inclinación por las humanidades en general conducen necesariamente a la filosofía. Y, sin embargo, se termina llegando a ella de alguna manera.

La primera lección a la que asistí de oyente antes de matricularme oficialmente era en realidad un seminario sobre marxismo impartido para alumnos de octavo semestre por un profesor cubano, cuya retórica era capaz de activar el modus revolucionario incluso en los asistentes más escépticos. También asistí a una clase sobre Kant, en las que se hablaba del tiempo como una experiencia “interna” y no como una variable para calcular trayectorias; aunque, a decir verdad, el primer concepto filosófico que me “voló la cabeza” fue la *chora* platónica.

“ni la habilidad lectora, ni el talento para la escritura, o la inclinación por las humanidades en general conducen necesariamente a la filosofía. Y, sin embargo, se termina llegando a ella de alguna manera.”

Aún no sé bien cómo explicar la *chora*: en el *Timeo*, Platón la compara con el oro como materia prima que puede adquirir cualquier forma, y con el aceite básico al que luego se le agregan todo tipo de esencias y fragancias. Pero la *chora* no es ni el oro ni el aceite sino aquella idea abstracta que queda tras ser despojada de estas imágenes y metáforas heurísticas. La *chora* nombra algo así como un receptáculo, un intervalo, un reino intermedio entre el ser y el no ser, o en términos platónicos: entre las ideas y su realización. Hace poco me volví a topor con esta figura de pensamiento en otros contextos, en los que era empleada para nombrar la naturaleza del lenguaje, la “medialidad” de los medios de comunicación e incluso la experiencia femenina de poseer una matriz gestante.

Lo que quiero acentuar con el ejemplo de la *chora* es el performance propiamente filosófico del “sentido que despunta” y que se vive como un *presentir* o un *entrever* cosas que no se alcanza a comprender enteramente, pero que de algún modo se va despejando conforme uno se adentra en el tema. Yo creo que nada se compara con el proceso afectivo de llegar a la claridad, y por eso decidí quedarme en la Facultad de Filosofía. De los contenidos concretos que aprendí en aquellas primeras lecciones sobre Marx, Kant y Platón conservo apenas algunos ecos, pero la sensación inicial de “escuchar ideas” tan potentes que hacen resonar la caja torácica se replica constantemente.

¿Qué representan para ti las humanidades?

Esta pregunta me lleva a pensar en el sentido teórico y práctico de las humanidades. Aunque hacer esta distinción ya es de por sí reprochable, sobre

el marco de un ejercicio autobiográfico como este, tengo que partir de ella para poder despejar un poco mi perspectiva sobre el tema. Por un lado, es comprensible que para acceder a las ventajas y los beneficios del *establishment filosófico* haya que adoptar criterios de objetividad tales como la lectura del canon, la adquisición de determinado lenguaje técnico y el apego a un método específico. El adaptar mis escritos a este tipo de pautas me ha facilitado el acceso a becas de investigación, de intercambio académico, de aprendizaje del idioma e incluso a becas que promueven la escritura literaria en el estado de Puebla. Sin este tipo de apoyos simplemente me hubiese sido imposible dedicarme de tiempo completo a la filosofía y a las letras en general.

No obstante, el exceso de estas prácticas “legitimadoras” tarde o temprano terminan por reducir el ejercicio de las humanidades a una mera técnica de estudio enfocada en la “producción de conocimiento”. En este sentido, comparto con muchos otros jóvenes la crítica a la *hiperespecialización* de las humanidades que se da al interior de la universidad entendida como una *matrix* institucional, al interior de la cual se organizan, desarrollan y evalúan los saberes teóricos a partir de determinados estándares.

Cuando me inicié en los estudios de filosofía no sabía que se podían alcanzar tan “altos vuelos” dentro del mundo académico, hasta que, sin saber exactamente cómo sucedió, se volvió difícil establecer puntos de encuentro con otras áreas de las humanidades que también me interesaban. Por un lado, las amistades que había hecho en los cursos de literatura y teatro comenzaron a replegarse en temas bastante puntuales, mientras que yo, por otro lado, me adentraba en el estudio del concepto de tiempo en el joven Heidegger. Este proyecto de investigación comenzó siendo una especie de “respuesta” a un comentario crítico que recibí durante una exposición en torno al aburrimiento.

En ese entonces me interesaba relacionar la explicación fenomenológica del tiempo con la experiencia del tiempo distendido que, según yo, caracterizaba algunas narraciones de *El llano en llamas*. En la propuesta heideggeriana del aburrimiento como temple fundamental encontré un hilo conductor que me permitiría hacer tal maniobra; sin embargo, una de las observaciones que recibí por parte del profesor, cuya “especialidad” era la filosofía política, fue tajante: “el pobre no se aburre” y mucho menos tiene tiempo para plantearse preguntas de corte “ontológico”.

En ese momento no supe qué responder. Comprendía bien de dónde venía este reproche, pero no tenía las herramientas para encausarlo de manera

pertinente. Seguí estudiando el tema por mi cuenta, aunque también encontré financiamiento por parte del programa de Jóvenes Investigadores de la BUAP. El proyecto ya estaba tan avanzado que terminé presentándolo como tesis de licenciatura. Luego se publicó como capítulo de libro junto con la tesis de otro amigo “heideggeriano” y un manuscrito introductorio de nuestro tutor en aquel entonces. De mi “respuesta” al profesor de filosofía política no quedaba mucho. Apenas unas anotaciones en torno al “tiempo mundano” ilustradas con ejemplos sacados de la obra de Proust, un autor clásico para citación académica que, al igual que Borges o Gómez Dávila, sirven más bien para confirmar lo que uno ya sabe en lugar de dar motivos para iniciar el debate.

Precisamente por este tipo de experiencias me parece necesario llevar a cabo una revisión crítica del sentido teórico propio de las humanidades; sin embargo, en lugar de apostar por la “divulgación científica”, que necesariamente participa de dicha *hiperespecialización* porque toma como punto de partida las conclusiones y los resultados de la investigación académica, me parece más factible comenzar introduciendo otro tipo de prácticas que contrarresten el exceso de formalidad y “rigurosidad”. Una de esas prácticas de aterrizaje es la *interdisciplinariedad fáctica*, es decir, el encuentro dialógico con estudiantes de otras disciplinas, mediante el cual no solo se intercambia información, sino que también se ponen de relieve las circunstancias específicas desde las que se reciben y en las que enraízan determinadas tesis e ideas; circunstancias que, por lo general, son neutralizadas e invisibilizadas bajo el gesto totalizador de la teoría. Por eso aplaudo la labor de quienes organizan cafés literarios, círculos filosóficos, talleres de escritura o cineclubs.

Como parte del programa de retribución social de las becas para jóvenes escritores, impartí un taller sobre la obra poética de Octavio Paz. La invitación estaba dirigida al público en general y el lugar de reunión era la Casa del Escritor en la capital poblana. No sabía a ciencia cierta quiénes atenderían al llamado que lancé por redes sociales y por medio de algunos posters que colgué dentro de la facultad.

Como era de esperarse, al taller llegaron varios estudiantes de literatura, algunos amigos de filosofía y hasta un psicoanalista lacaniano. Pero también llegaron tres señores entusiastas de la poesía de Paz que no tenían nada que ver con la academia y que, precisamente por ello, frenaron el rumbo teórico que estaban tomando las reuniones. A uno de ellos le gustaba recitar poesía

en voz alta y tenía un gran talento retórico; otro se sabía varias anécdotas y chismecillos del mundo en el que Paz se movía y lo compartía gustosamente; el tercero era un trabajador encargado de remodelar los salones de un edificio colonial, atendiendo especialmente a que la pintura y los adornos originales no se vieran afectados. Él asistía al taller simplemente para volver a leer a un autor que de joven le había cautivado.

Otra estrategia de “aterrizaje” ha sido la organización de círculos de estudio entre amigos y colegas, aunque no siempre tengan el éxito esperado. La última comunidad intelectual de la que formé parte fracasó por la falta de tiempo y de modestia por parte de algunos de sus integrantes. El grupo estaba conformado por otros doctorantes que se encontraban en la fase de redacción final de la tesis, aquí en Alemania, y que al igual que yo, necesitan ser leídos, o, mejor dicho, ser escuchados durante este proceso para salir un poco de la enajenación que conlleva este ejercicio monológico.

La propuesta de reunirse una vez por semana para comentar y corregir nuestros avances fuera de la formalidad académica funcionó en un principio; sin embargo, también hubo cierto recelo con respecto a “las ideas” que uno pudiese aportar a la investigación del “otro” sin recibir créditos por ello. A mí me pareció que se trataba de una broma cuando un compañero le reclamaba a otro el haber empleado un “término suyo” sin consentimiento, pero no lo era. El incómodo episodio terminó con la clausura de nuestro círculo mediante una acalorada discusión sobre lo importante que es acuñar y significar conceptos para el auténtico ejercicio de la filosofía, o, mejor dicho, para convertirse en verdadero filósofo.



Pero también he tenido experiencias gratas ensayando esta modalidad de trabajo: una de las materializaciones más bonitas de la amistad dialógica que comenzó siendo un círculo de lectura es la revista de cine *Ojopineal*, que hace algunos años comenzamos a escribir entre varios camaradas de licenciatura en Filosofía, porque queríamos que esa “libertad de decirlo todo” que caracterizaba nuestros convives quedara plasmada de alguna manera. Al principio cooperábamos entre nosotros para la impresión de unos mil ejemplares, que repartíamos de manera gratuita en cafés, bares y centros culturales de la ciudad de Puebla. Algunas veces incluso recibimos cervezas como pago por nuestra labor *freelancer del pensamiento*. Ahora nuestra revista, diletante y artesanal, ha sido absorbida por la Facultad de Filosofía y se encuentra en trámites para obtener el ISSN. Sin duda, algo de esa libertad en la que nosotros mismos nos obligábamos a participar se perderá en el proceso pero, a cambio, se abrirá un nuevo espacio para que los estudiantes de filosofía y amantes del cine comiencen a afilar sus plumas.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

Sin duda, la academia es la mejor aliada de la filosofía, pero también puede convertirse en su peor enemiga, pues al establecer un adentro y un afuera, da ocasión para el surgimiento y la proliferación de todo tipo de prejuicios provenientes de la “exterioridad”. En un ensayo titulado *Cuatro razones para el desaliento en la filosofía*, Franz Brentano intenta dar respuesta a las críticas formuladas desde ese “afuera” conformado por las ciencias naturales de su tiempo, según las cuales, la filosofía bien podría compararse con un gran cementerio debido a su inutilidad práctica, la falta de exactitud y rigurosidad de su método, así como a la inaccesibilidad de los problemas que se plantea. El ensayo data de 1874 y, por increíble que parezca, aún seguimos escuchando este tipo de reparos en contra del quehacer especulativo.

La objeción más recurrente a la que me he enfrentado en mi carrera filosófica es precisamente la falta de empleabilidad práctica que caracteriza a esta disciplina y las escasas perspectivas laborales en que deriva. Curiosamente, este argumento no provino de mi entorno familiar, sino de otros jóvenes que,

al igual que yo, se iniciaban en los estudios superiores. Para nuestra generación, la incertidumbre laboral comenzaba a fusionarse con esa fórmula del éxito que se basa en una desproporción ridícula entre la edad y la experiencia. En este sentido, errar a la hora de elegir una profesión y probar de nuevo al año siguiente o tomarse un año sabático no era algo que nos pudiéramos permitir. Comenzar lo más pronto posible para terminar lo más pronto posible e insertarse de inmediato en el mercado laboral: ese era el paradigma por seguir.

Presionada por “los tiempos” inicié la maestría en Filosofía inmediatamente después de terminar la licenciatura en la BUAP. Me había planteado la posibilidad de estudiar en la UNAM, pero para ello necesitaba esperar un año hasta que saliera la nueva convocatoria. Por otro lado, la maestría en la capital poblana encajaba perfectamente con mis intereses filosóficos y me otorgaba el derecho a una beca Conacyt; lo cual significó cierta independencia financiera y tiempo libre para dedicarme de lleno al aprendizaje del idioma alemán. Durante este periodo se dejó de cuestionar mi decisión de dedicarme a la filosofía, pues había probado que era buena en el ámbito y que podía emplearme en áreas afines como la edición de textos, la docencia y la corrección de estilo. Ahora los reparos provenían del hecho de recibir dinero del Estado por dedicarme a ello, como si las humanidades en general no fuesen prioridad debido, nuevamente, a la falta de soluciones y resultados finales para problemas inmediatos.

Ante el recelo y la incompreensión que despertaba el quehacer filosófico escribí un ensayo inspirado en el texto de Brentano, que luego presenté en un coloquio sobre humanidades. Mi intención era mostrar que este tipo de objeciones solo tienen sentido si uno parte de los parámetros de las ciencias para medir los compromisos de la filosofía. Durante la ronda de preguntas otro de los panelistas, un profesor de filosofía ya bastante mayor tomó el micrófono para reprocharme la actitud tan negativa que había tomado al exaltar *cuatro razones para el desaliento en filosofía*, cuando en lugar de eso “debía” aprovechar ese espacio para dar razones “alentadoras”. Luego él mismo comenzó a enumerar los posibles usos de la filosofía fuera de las aulas, tales como su aplicación terapéutica, sus sesgos críticos y hasta las posibilidades oratorias que se desprenden del dominio virtuoso del *logos*.

Evidentemente el profesor, tan adentrado en su papel de “corregir” a los más jóvenes, se había empecinado en “darme una lección” en lugar de simplemente prestar oídos a lo que había dicho durante la presentación. Pero

tenía razón en algo: los amig@s que por diversos motivos interrumpieron su carrera académica, se convirtieron en excelentes periodistas, profesores de educación media superior, ensayistas, artistas, gestores culturales e incluso incursionaron en la política con las solas herramientas que les proporcionó el estudio filosófico. Al terminar la maestría yo también me ganaba la vida impartiendo clases de hermenéutica en la Ibero, de metafísica y ontología en la BUAP, mientras que los fines de semana enseñaba alemán básico e intermedio para ingenieros.

Pero el recelo y la incompreensión en torno a la filosofía no dan tregua a los que nos dedicamos a su estudio. De hecho, este tipo de circunstancias se han vuelto algo común durante mi estancia en Alemania, tierra de pensadores y poetas, en la que irónicamente muy pocos alumnos se matriculan a nivel de doctorado. Desde que inicié mis estudios en la Universidad de Wuppertal, hace aproximadamente cinco años, solo dos muchachos alemanes han pasado de la maestría en filosofía al programa de *PhD*. Creo que una de las razones estriba en la falta de salidas laborales dignas al finalizar los estudios. En este país se necesita una maestría en pedagogía con terminación en filosofía para poder integrarse como docente de educación media superior.

Por el contrario, ingresar al doctorado significa prolongar el estatus de estudiante por lo menos cuatro años más, pero sin la promesa de un empleo bien remunerado de acuerdo con el grado académico. El título de doctor no es suficiente para ocupar una de las escasas cátedras universitarias, ni permite dar clases a nivel de bachillerato. Un doctor en filosofía se encuentra en una especie de limbo, del que solo puede salir estudiando esa maestría en pedagogía o saltando de postdoctorado en postdoctorado. Y mientras sucede lo primero o lo segundo, hay que emplearse en cualquier *minijob* para solventar los gastos cotidianos.

Quizá por ello mis *roomates*, entre los cuales figuran un economista, un ingeniero y hasta un policía, quedaban admirados —si no es que desconcertados— ante el hecho de que una mexicana con visa de estudiante apostara su futuro a algo tan “improductivo” y a la vez tan “complicado” como “la filosofía alemana”. No es que los estudios filosóficos tengan poco valor frente a otros ámbitos como la ingeniería, la economía o el servicio al estado; es que para esta sociedad tan pragmática que se rige por virtudes como la eficiencia, la utilidad y la puntualidad, el filosofar es una actividad reservada para la vejez, lo cual explica que los seminarios sobre autores clásicos como Kant estén

repletos de oyentes jubilados.

Lo que ellos no saben es que “vivir de la filosofía” es un fenómeno que se da de mejor manera en territorios como el mexicano, gracias a los intersticios que se abren fortuitamente en medio de tanto movimiento y fluctuación. Estando allá me dedicaba a aquello que me gustaba. Ahora que terminó el programa de becas DAAD, gracias al cual me mudé a Alemania y financié mi estancia los primeros cuatro años, he conseguido empleos menos afines a mi vocación: he trabajado de mesera en un restaurante de comida mexicana, de agente telefónico en el *call center* de una institución financiera y de ayudante de un supermercado gourmet acomodando comida para gato. Y pese a las reducidas posibilidades laborales que tengo como doctoranda en filosofía, en lugar de exaltar el papel del filosofar desde los “múltiples usos” que pueda tener, me interesa más reivindicar el papel de lo “innecesario” y lo “gratuito” de su labor, que por supuesto solo es considerado desde una perspectiva capitalista que le niega al trabajador asalariado cualquier placer estético-contemplativo.

“‘vivir de la filosofía’ es un fenómeno que se da de mejor manera en territorios como el mexicano, gracias a los intersticios que se abren fortuitamente en medio de tanto movimiento y fluctuación.”

En lo que respecta al enigma del éxito académico, creo que es algo que solo se puede resolver de manera retrospectiva: cuando ya se ha triunfado o fracasado en el intento. La única fórmula que he visto funcionar en el trayecto es esa extraña mezcla entre pasión, paciencia, necedad y obsesión, que casi siempre termina por sobrepasar las ventajas fácticas con las que algunos cuentan de entrada, tales como talento natural, los medios financieros o incluso el capital intelectual heredado de los padres.

¿Y dentro de la filosofía?

La universidad y la comunidad académica de maestr@s y alumn@s que se forma al interior de ella son los pilares más importantes para el quehacer filosófico, pues gracias a la convivencia diaria, al trabajo conjunto y a la amistad filosófica es posible romper las formas sedimentadas del pensamiento, que hasta nosotros llega conservado y embalsamado en formato de libro. Sin embargo, ser parte de la institución o querer integrarse en sus filas también ha significado tomar parte de un sistema de jerarquizaciones basado en la edad, el género y el grado académico. Con ello no quiero decir que haya sufrido algún tipo de discriminación dentro del recinto filosófico por ser mujer o por ser joven; quizá precisamente porque el hecho de serlo me colocaba automáticamente fuera de las ligas mayores donde se llevaba a cabo la “verdadera filosofía”, y en ello reside el verdadero problema.

“Que la filosofía sea tradicionalmente considerada cosa de hombres, y que la seriedad de su ejercicio esté directamente relacionada con los grados académicos, produce un cisma entre quienes tienen el privilegio de hablar y quienes se limitan a escuchar.”

Que la filosofía sea tradicionalmente considerada cosa de hombres, y que la seriedad de su ejercicio esté directamente relacionada con los grados académicos, produce un cisma entre quienes tienen el privilegio de hablar y quienes se limitan a escuchar. Si a ello le sumamos una educación tradicional con roles de género bien definidos, parecía que mi papel dentro de la academia estaba restringido al de ser la eterna debutante que escucha atentamente las *lecciones de los maestros*. Pero lo que no decía en clase por timidez y represión lo comencé a escribir, esforzándome por sonar muy “formal” y muy “profesional”. De alguna manera había intuido que para ser “tomada en serio” por el cuerpo de profesores, alumnos, colegas, dictaminadores, etc.,

hay que volverse un poco fálica, es decir, hay que adoptar ciertos códigos de conducta impuestos por el orden simbólico androcéntrico, a partir de los cuales se regula la vestimenta, la forma de hablar, de escribir, de discutir, de desplazarse y de comportarse dentro de la institución.

Claro que esto no es del todo evidente, pues el ordenamiento fálico no se presenta en primera instancia como tal, sino bajo medidas de estandarización del discurso tales como lo “neutral”, lo “científico”, lo “formal” y lo “serio”. En este sentido, para hacerse oír dentro de la filosofía como institución, hay que aprender a *performar* el “estilo masculino” de ser y de pensar, tan característico de la canonización académica de las grandes filosofías. El primer reconocimiento público que tuve dentro de la facultad se debió precisamente a la “calidad” de trabajos que entregaba, es decir, gracias a la capacidad de imitar el tono de los maestros por lo menos en formato escrito.

Recuerdo que los profesores no sabían quién era la estudiante que firmaba los textos, pues definitivamente jamás me sentaba entre las primeras filas ni me atrevía a tomar la palabra. Esto cambió paulatinamente. Poco a poco me volví más segura con respecto a mis habilidades y competencias, comencé a participar en coloquios nacionales y a publicar mis textos en revistas de cierto renombre. Sin embargo, el fantasma que persigue a las mujeres que de alguna y otra manera comienzan a despuntar en su ámbito se hizo presente.

Por un lado, integrarse al mundo filosófico de provincia, conformado en su mayoría por hombres de todas las edades, implicaba trabajar mano a mano con ellos, festejar con ellos y trabar amistad con ellos; pero, por otro lado, mis esfuerzos académicos se veían constantemente empequeñecidos precisamente porque se pensaba que también “recibía ayuda” de ellos. Incluso se llegó a decir que la beca de doctorado que con tanto esfuerzo había obtenido se debía a la “suerte” que tenía una chica como yo: como si haber defendido mi propuesta de investigación, en idioma alemán, frente a cinco evaluadores extranjeros, fuese algo tan simple como un golpe de suerte.

“el fantasma que persigue a las mujeres que de alguna y otra manera comienzan a despuntar en su ámbito se hizo presente.”

Estando en la Universidad de Wuppertal esta constelación se redujo a cero y quedó en el pasado. Mi estatus también cambió. Aquí ya no era considerada una “joven promesa” por el simple hecho de que las jóvenes promesas estaban terminando el doctorado a la misma edad en la que yo apenas comenzaba; algo totalmente factible si consideramos que la reforma universitaria europea, mejor conocida como *plan Bolonia*, redujo los tiempos de estudio de licenciatura y maestría de manera drástica.

Por otro lado, también noté que la interacción entre profesor@s y alumn@s, restringida casi exclusivamente a estos espacios universitarios, se llevaba a cabo de manera más horizontal y equitativa. En este sentido, puedo decir que mi experiencia como alumna ha sido la de una persona adulta en proceso de formación, completamente independiente y responsable de sus aciertos y desaciertos, dentro de un espacio seguro para la discusión, la crítica y el abierto desacuerdo.

Claro que también hay elementos perniciosos que se derivan de esta forma de organizar la universidad, como la primacía de la producción académica como medio para medir el aprendizaje y el progreso intelectual; el individualismo y aislamiento que se deriva de estas formas de trabajo, o la forzada figura del “asesor”, que si bien es la primera persona en brindar apoyo en temas burocráticos, jamás interviene en el proceso de gestación de la tesis, quizá para evitar las relaciones de dominación o paternalismo que usualmente se dan entre el aprendiz y el experto.

No puedo negar que por momentos ha sido angustiante encontrarse hasta cierto punto “sola” y “a ciegas”, intentando despejar las preguntas planteadas en el proyecto doctoral y ensayando posibles caminos para su resolución. Ciertamente tuve que ensayar varios comienzos de cero hasta llegar a un planteamiento consciente de sus propios presupuestos, de sus puntos ciegos y de su pertinencia en el horizonte actual de los problemas filosóficos. Sin embargo, en el fondo me alegra no tener que “recibir lecciones” no requeridas por parte de mis “superiores”, ni tener que lidiar con colegas que desestiman mi trabajo por razones misóginas.

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

Con el apoyo de distintas becas nacionales y extranjeras realicé estancias de investigación en la Universidad Complutense Madrid (2012), en la Albert-Ludwigs-Universität de Friburgo (2013) y en la Humboldt Universität de Berlín (2014). A Madrid llegué en pleno verano, recuerdo que el calor era sofocante, la ropa bastante ligera y la gente muy abierta y agradable. Era la primera vez que viajaba a Europa, no tenía muchos contactos, ni mucha idea de lo que me esperaba. Sin embargo, no fue difícil acoplarse. Madrid es algo cercano a nosotros en muchos sentidos. La arquitectura, la comida, la gente.

La experiencia más rica e interesante durante mi estancia, que apenas duró un mes, fue descubrir la ciudad a pie y observar cómo el ambiente se transforma según el cuadrante de la ciudad que uno pise: al pasar por Lavapiés me encontré un pequeño festival callejero de música y comida africana; antes de llegar a ese lugar había pasado algunas horas en el museo Reina Sofía, el cual alberga una colección espectacular de arte contemporáneo y algunos tesoros del arte español. Por la mañana había visitado la Feria del Libro en el Parque del Retiro, pues quería asegurarme de adquirir algunos ejemplares a buen precio. Al caer la noche, mientras me dirigía a casa para descansar, otros salían a apropiarse de las calles. No sabía que Madrid no descansa, que es una ciudad muy viva que despierta con la caída del sol.

Al año siguiente me mudé a Friburgo por cuatro meses, aprovechando la beca de intercambio académico que otorga el Conacyt. Mi cometido principal era certificar el idioma alemán de una vez por todas, así que me inscribí en una escuela de gran prestigio, que, por sus orígenes católicos, ofrecía algunos beneficios a estudiantes latinoamericanos. Era mi primera estancia larga, pero no estaba sola. Otros compañeros de la maestría también se habían mudado a Friburgo por las mismas fechas y con el mismo propósito. De hecho, coincidíamos casi todos los días; por las mañanas en los cursos intensivos, por las tardes en los seminarios de filosofía a los que asistíamos como oyentes.

A diferencia de una ciudad tan ecléctica y cambiante como Madrid, las experiencias que ofrece Friburgo más bien son simples y repetitivas. En lugar de la sorpresa y el descubrimiento, esta pequeña ciudad de estilo medieval

ofrece el placer del reencuentro cotidiano. Quien haya pasado por ahí seguro se ha sentado a las orillas del río Dreisam en un día caluroso; han probado la cerveza artesanal que ofrecen sitios tradicionales como Martinsbräu o Feierling; o ha ordenado un café en el Kolbenkaffee, una cafetería en la que se sirve el mejor expreso de la ciudad, pero se tiene que tomar rápido y de pie, pues es un local tan pequeño que no hay espacio para más de cinco comensales.

El punto culmen de mi estancia fue la excursión que hicimos para visitar la cabaña de Heidegger, ubicada en un pueblo cercano llamado Todnauberg. Era la segunda semana de abril, pero hacía mucho frío y todavía se podían ver los restos de nieve que había dejado el invierno. Después de caminar unos veinte minutos cuesta arriba divisamos la famosa cabaña, tan distinguida de las construcciones vecinas por sus colores particulares: azul con verde.

Ignoramos el letrero que advertía a los visitantes que el recinto era propiedad privada y nos acercamos al monumento; para refrescarnos tomamos agua directamente de la fuente de madera que reposan junto a la cabaña y nos sentamos en las escaleras de la entrada. Desde ahí se observan los Alpes suizos. También se pueden ver la selva negra y un gran valle. La cabaña es muy pequeña. Dividida en dos apenas alcanzaría para administrar una alcoba y una cocinita improvisada. No me imagino cómo se vivía en aquella época en la que se redactó *Ser y tiempo*.

“El señor de avanzada edad nos narró la historia de su fuga hacia la parte oeste de Berlín cavando un túnel en el sótano de su casa. Luego visitamos el lugar preciso de la fuga. En el piso relucían algunas placas doradas con los nombres de aquellos que murieron en el intento.”

El verano siguiente regresé a Europa gracias a una beca para estudiar lengua y cultura alemanas en la Universidad Humboldt. A diferencia de la experiencia

de Friburgo, esta vez me encontraba en una ciudad capital como parte de un programa internacional que reúne a estudiantes de humanidades de distintas partes del mundo. En términos generales ha sido la estancia más bonita, pues, por un lado, mi alemán y el de mis compañeros ya era bastante fluido, así que podíamos relacionarnos de mejor manera entre nosotros. Por otro lado, tenía todos los privilegios que tiene un estudiante regular, como el boleto del transporte público con el que me podría mover a cualquier parte de la ciudad, o el acceso a la biblioteca de la universidad, una de las más hermosas en las que he trabajado.

El programa también incluía actividades culturales, entre las cuales resalta la charla que tuvimos con un habitante de la antigua República Democrática Alemana. El señor de avanzada edad nos narró la historia de su fuga hacia la parte oeste de Berlín cavando un túnel en el sótano de su casa. Luego visitamos el lugar preciso de la fuga. En el piso relucían algunas placas doradas con los nombres de aquellos que murieron en el intento. Precisamente ese contraste fue lo que más me impresionó de Berlín: una ciudad bastante moderna y en constante proceso de renovación que, sin embargo, no deja de transpirar historia por todos sus rincones.

Desde que inicié el programa de doctorado vivo en una localidad ubicada al noreste de Alemania, entre ciudades con gran afluencia económica y cultural como Colonia, Düsseldorf y Dortmund. Se trata de una pequeña ciudad de atmósfera más bien industrial, que se expande a lo largo de un valle surcado por el río Wupper. A diferencia de los pueblitos del sur de Alemania, tan vistosos y alegres, aquí permea cierta distancia e indiferencia dignas de grandes urbes como la Ciudad de México. Todo el mundo parece estar en medio de algo importante, concentrado en sus asuntos, mirando el teléfono, redactando algunos mensajes, escuchando música o leyendo algún libro. Nadie voltea ni saluda, a pesar de que uno se cruza constantemente con caras conocidas. Aunque ciertamente el cuidado de la distancia es considerado una forma de respeto, también refuerza la sensación de extranjería y contribuye a la invisibilización de quienes hemos intentado encajar de alguna manera. Afortunadamente la Universidad de Wuppertal, sede de la última cátedra dedicada expresamente a la fenomenología, se ha convertido en un centro internacional de investigación que cada semestre abre sus puertas a estudiantes y profesores de otras universidades, generando con ello una importante comunidad estudiantil.

En resumen, creo que las estancias cortas con motivo de investigación son una de las fases más generosas de esta profesión, quizá precisamente por eso: porque uno tiene el tiempo contado para realizar actividades tan diversas como satisfacer la curiosidad que despierta una nueva ciudad, terminar los trabajos pendientes, aprender idiomas y quizá forjar nuevas amistades.

La experiencia como residente permanente es distinta en muchos sentidos. En lugar de la premura, la curiosidad y la expectativa que genera el contacto con un nuevo sitio domina la sensación de extranjería en el sentido de estar dislocado y constantemente rebasado por el lenguaje, el clima, y el carácter de sus habitantes, aun después de varios años. No obstante, desde la perspectiva académica, vivir en Alemania han repercutido de manera positiva en mi propuesta original de investigación gracias al amplio acervo bibliotecario en formato impreso y digital, a su actualización constante y al acceso que se tiene a él de manera gratuita, así como a los seminarios y los múltiples eventos organizados por el Archivo Richir, el Centro de Investigación Eugen Fink, el Instituto Martin Heidegger y el Instituto de Filosofía Trascendental.

¿En qué proyecto de investigación trabajas actualmente? ¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Actualmente concluyo la tesis de doctorado, cuyo cometido principal consiste en indagar la correspondencia que existe entre el *estilo* y el *pensar* en el ámbito filosófico, pero se concentra en el caso particular del filósofo alemán Martin Heidegger. Hacer del *estilo* un tema de investigación filosófica no ha sido tarea sencilla, sobre todo porque no se trata de un objeto ni un fenómeno que pueda abordarse con ayuda de disciplinas como la estilística, la hermenéutica o la fenomenología. Con ello no quiero decir que hagan falta descripciones, aclaraciones e interpretaciones sobre el estilo a partir de estas disciplinas, sino que advertida o inadvertidamente todas ellas reproducen la distinción metafísica entre forma y contenido a la hora de abordar el tema. Por el contrario, desde el paradigma abierto por el “giro lingüístico”, que a su vez dio lugar a otros tantos giros (*iconic, medial, performative, decolonial*, etc.), ha sido posible tratar el estilo como un *efecto* derivado del uso específico del lenguaje.

La investigación parte del hecho de que, antes de analizar y comprender el contenido filosófico de un texto, el lector ya ha experimentado su “tono”, su “textura” y su “acento”, a partir de los cuales es posible determinar la unidad, identidad e incluso la originalidad de los escritos filosóficos. Sin embargo, el estilo en tanto *efecto* nunca está del todo presente, sobre todo para el propio autor. Ante esta especie de rehusamiento, que nos impide abordar el tema de manera directa, también ha sido preciso plantear vías de acceso alternativas que nos permitan explicar “el tono de una filosofía” desde sus aristas y periferias. Problemáticas como la relación entre la vida y la obra, la escritura y la oralidad, o incluso cuestiones fácticas de corte editorial se han convertido en elementos clave para esta investigación, pues me han permitido habilitar el concepto de estilo más allá de la representación tradicional.

Ahora bien, si el estilo como *efecto* se experimenta como lo más cercano y lo más lejano al mismo tiempo, desde una perspectiva académica tradicional, también se presenta como lo más irrelevante. El estatus suplementario del tema se debe al hecho de que “tener estilo” en los dos sentidos principales de la frase, a saber, como categoría estético-valorativa y como expresión individual de la “personalidad” es una experiencia relativamente nueva dentro del horizonte histórico de la humanidad, anclada a su vez en la esfera de conciencia histórica. En este sentido, también ha sido necesario restaurar la importancia de este concepto a partir de las coordenadas que proporciona la búsqueda nietzscheana de nuevas formas expresivas para la filosofía, introducidas de manera performativa mediante la puesta en escena del *filósofo como artista*.

Por último, partiendo de la determinación de estilo como *efecto a la distancia*, me propongo especificar cuáles son los efectos que caracterizan el particular estilo heideggeriano. Efectivamente, al establecer un determinado *decir filosófico* mediante la creación de destrucción y conceptos, Heidegger, al igual que Nietzsche, se pone en escena como ejemplo de “lo que se puede hacer con la lengua alemana”, o, mejor dicho: “lo que se puede hacer con el lenguaje en absoluto”.

Sin embargo, los estilos de Heidegger y Nietzsche tienen un efecto diferente en el lector: Nietzsche atrae y seduce desde la distancia. Heidegger en cambio irrita o encanta porque crea una tensión sintáctica en el campo semántico de la filosofía académica. Esto se debe a que el estilo de Heidegger surge de las posibilidades que ofrece el lenguaje ordinario, pero al mismo tiempo actúa en

su contra, escenificándose así como un *antidiscursio* dentro de la discursividad ordinaria de la filosofía. El propósito último de este proyecto consiste precisamente en deshacer la tensión estilística del *antidiscursio* heideggeriano —que ciertamente le ha valido calificativos de todo tipo—, apelando a su firme propósito de superar *la forma del pensamiento metafísico*. Tal forma es, de principio a fin, la lógica: esta sostiene la estructura de la metafísica, mientras que su dominio se manifiesta en la estructura de la gramática y en su uso regulado por la retórica, es decir, en el estilo mismo.

Algunas colaboraciones y obras propias de la autora



Rogelio Laguna



Nació el 23 de enero de 1989, en la Ciudad de México. Institución de adscripción: Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Estudí filosofía gracias a mis profesores de la preparatoria No.1 de la UNAM. Antes de mis clases en el bachillerato ni siquiera sabía que existía la filosofía. Me gustaban casi todas las materias y disfrutaba las clases de química, literatura, historia, francés... tal vez por eso fui de esas personas que tardaron mucho tiempo en decidir qué querían estudiar. Pensé en todo

tipo de carreras: medicina, diseño gráfico, contaduría... La gente me daba consejos como “imagínate cómo quieres verte en cinco, diez años...”. “Has lo que más te guste” “Busca algo en lo que haya trabajo.” Pero, por más que le daba vueltas, no tenía ni idea de qué elegir.

Como tuve una mala experiencia en matemáticas de quinto año decidí irme a área 4. Eso reducía significativamente las opciones, pero estudiar filosofía simplemente no estaba en mi panorama por más que disfrutara las clases de Miguel Arroyo Santander (Doctrinas filosóficas) y de Gabriela Rodríguez (Estética). Como la entonces ENAP (ahora FAD) quedaba cerca de mi casa —vivía en Milpa Alta— decidí que era buena idea estudiar diseño. Así que tomé la optativa de Comunicación visual y me iba haciendo a la idea de que ese sería mi futuro. También decidí inscribir la materia de Estética, pensando que de algo debería servirme para la futura profesión de diseñador.

A mediados de sexto año, la profesora de Estética me dijo que quería hablar conmigo y con algunos otros compañeros. Nos invitó a escribir un ensayo filosófico para el encuentro “Jóvenes hacia la investigación”. Recuerdo haber elegido el tema “¿Cuál es el objeto de estudio de la estética?”. Ella me proporcionó algunos materiales y yo fotocopíé otros en la biblioteca. Llegué a mi casa con un bonche de lecturas que devoré durante un fin de semana.

Las ideas poco a poco tomaban forma y, cuando sentí que tenía la respuesta, escribí de un solo jalón todo el ensayo. Recuerdo haber sentido una inmensa alegría al darle la última revisión e imprimirlo. Cuando llegué a entregarle el texto a mi profesora le dije: —Si esto hacen los filósofos, quiero dedicarme a esto.

La profesora leyó mi ensayo, me alentó a leerlo a mis compañeros. Después se envió a concursar. No gané el primer lugar, pero quedé en segundo sitio. Eso me ayudó a considerar seriamente el seguir por esta ruta.

Aunque conforme se acercaba el momento de inscribir el pase reglamentado seguía teniendo dudas de qué estudiar pues, además de las materias cursadas en la preparatoria, no sabía qué más se hacía en esta área del conocimiento ni cuáles eran las posibilidades laborales. Recuerdo que cuando el profesor Arroyo Santander me evaluó al finalizar el año escolar le dije que quería estudiar filosofía, después de escucharme me dijo “Te voy a poner diez porque te vas a morir de hambre”. Lo que tomé como un gesto de complicidad, y en

esos momentos realmente no me preocupaba morir de hambre. Ya después uno se pregunta por esa clase de cosas. Es posible que esa sea una de las ventajas que tenemos en la juventud: decidir estudiar filosofía sin cargar todos los miedos que los adultos quieren transmitirte por el futuro, aun si es de manera bien intencionada.

Semanas después, cuando estuve frente a la persona que registraba las opciones de estudio estuve todavía tentado a pedir diseño, sin embargo, recuerdo haberle dicho con voz clara: “quiero como primera opción filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras”. En ese momento sentí como si me hubieran quitado de encima un peso gigantesco y me sentí contento. Mis padres no dijeron mucho sobre lo que había decidido estudiar, tal vez porque ellos no entendían muy bien de qué se trataba, aunque con el paso del tiempo se han ido interesando en la filosofía. Poco después ya estaba en la FFyL.

La transición de la preparatoria a la FFyL fue un poco difícil pues me encontré con la exigencia de un nuevo “rigor” académico en la escritura y en las participaciones, frente a la cual temía parecer tonto o incapaz. Tenía compañeros y compañeras que hablaban muy bien, que les era fácil explicarse y que rápidamente llamaban la atención de los profesores.

Pienso que yo más bien pasaba desapercibido y me costaba trabajo expresar con toda claridad lo que quería decir, aunque por fortuna el paso en la Facultad me fue brindando ciertas herramientas.

Había otras dificultades de carácter logístico: Ciudad Universitaria está mucho más lejos de Milpa Alta que la Preparatoria 1. El precio del transporte era significativo, y yo tenía que repartir un presupuesto limitado entre sacar copias, pagar el transporte y comprar el almuerzo. El tráfico era otro problema, durante toda la carrera iba y venía de Milpa Alta en unos autobuses privados que ofrecen un servicio directo entre Ciudad Universitaria y mi delegación. Son más rápidos que el transporte público, pero resultan caros para un estudiante. Además, nunca se sabe cuánto tiempo vas a hacer: podía ser un trayecto de una hora, o podían ser dos horas y media. Si había suerte podías ir leyendo durante ese tiempo o durmiendo. En ese tiempo los celulares no tenían tantas aplicaciones ni redes sociales, así que era fácil concentrarse en alguna lectura.

¿Qué representan para ti las humanidades?

He estado cerca de la filosofía, la historia y la literatura. Aunque me cuesta trabajo dar una respuesta sobre las humanidades en general, considero que para mí estas tienen que ver con construirse un rostro y una identidad; nos hacen personas, como pensaban los antiguos. Además, como ninguna otra área del saber, las humanidades nos muestran las potencias del lenguaje, nos ayudan a valorar el legado del pasado, a imaginar el futuro y nos permiten preguntarnos quiénes podemos ser.

Las humanidades dentro de la academia pueden ser, sin embargo, algo rígidas, porque están constituidas por tradiciones y escuelas de pensamiento; por ejemplo, dentro de filosofía uno se enfrenta a la división “filosofía analítica” o “filosofía continental” y quieren que uno se decida por alguna de ellas. Además, estas disciplinas tienen problemas clásicos muy definidos, y siguen métodos disciplinares difíciles de renovar, por ejemplo, los formatos en los que pensamos expresar nuestras ideas en filosofía han tardado en adaptarse a un mundo digitalizado y conectado por las redes sociales.

Aunque creo que las humanidades cumplen un papel fundamental en la educación universitaria, a veces disfruto mucho encontrarlas fuera de la academia, en su acontecer espontáneo, en el simple gusto de adentrarse con ellas en un libro, en una charla, en la historia de una ciudad, en los museos... Las humanidades en ese acontecer libre son buenas compañeras que se llevan bien con el ocio, con el pensamiento que quiere encontrar rutas más allá de las exigencias de utilidad, producción y practicidad a las que están sujetas las ciencias naturales frecuentemente.

“Aunque creo que las humanidades cumplen un papel fundamental en la educación universitaria, a veces disfruto mucho encontrarlas fuera de la academia, en su acontecer espontáneo, en el simple gusto de adentrarse con ellas en un libro, en una charla, en la historia de una ciudad, en los museos...”

He tenido la suerte de representar a los estudiantes de humanidades tanto en el Consejo Universitario como en el Consejo Académico de Posgrado de la UNAM. Como representante de esta área he sentido que mi responsabilidad es exigir que los planes de estudio de las demás áreas incluyan materias que ayuden a contextualizar, problematizar y dimensionar las perspectivas disciplinares. He buscado, hasta donde ha sido posible, que se incluyan materias de Ética-Bioética, Historia, Expresión escrita, que se proteja el plurilingüismo. No siempre he tenido éxito, pero se ha dado la batalla.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

Tal vez el reto más importante cuando uno se acerca a la filosofía es entender exactamente qué es. Esto se vuelve particularmente difícil cuando tus amigos o familiares preguntan qué vas a estudiar y les contestas que filosofía, y esa conversación puede derivar prácticamente hacia cualquier lugar. Recuerdo la conversación con un taxista que me habló de la magia de los ángeles y de los ovnis cuando le dije que iba a clase a la FFyL. Se tiene la idea de que la filosofía es algún tipo de camino místico que revelará secretos a los iniciados, pero conforme más te acercas a esta disciplina ves que no es exactamente así.

La filosofía más bien nos ayuda a plantear buenas preguntas, analizar los argumentos, trazar propuestas de comprensión de la realidad, pero casi nunca es posible llegar a una respuesta definitiva. Esto les causa sorpresa a mis estudiantes de la Facultad de Derecho cuando les explico que en algunas cosas no podemos decir la última palabra o dar una definición totalizante, y que habrá que seguir pensando las cosas por siempre...

Por otra parte, creo que conocer la filosofía hasta el bachillerato nos da muy poco tiempo para poder entender bien de qué va. En ese primer acercamiento nos maravilla y, al mismo tiempo, nos parece difícil, inaprensible o hasta fastidiosa porque nos exige una dedicación mental que hasta entonces poco hemos ejercitado. En nuestra época de posverdad parece que cualquier opinión cuenta y que todo lo que se diga es válido, y eso hace muy complicado aceptar las restricciones argumentativas que la filosofía nos pide. Además, nuestra

educación, o al menos así fue la mía, tenía que ver más con memorizar y repetir que con analizar profundamente las cosas. Cuando leí mis primeros libros de filosofía pensaba “si yo no estuviera leyendo esto, jamás llegaría a estos pensamientos”, porque jamás nadie había pensado filosóficamente cerca de mí.

Otro reto fundamental es quitarse el miedo de poder decir algo sobre los temas y los autores que aborda la filosofía. Cuando llegas a la facultad de pronto te enteras de que hay numeraciones canónicas, ediciones autorizadas, comentadores de primera y de segunda y que uno no puede llegar a decir lo que sea. Esto a veces dificulta que uno se anime a decir algo. Pero es muy importante atreverse a hablar y a escribir, es la única manera de poder encontrar una voz propia, que cada vez sea más exacta en lo que quiere expresar y decir. Algo que me ayudó mucho fue participar en coloquios estudiantiles y distintos foros, poco a poco le perdí el miedo al micrófono y eso después me ayudó mucho en la labor docente.

¿Y dentro de la filosofía?

Dentro de la filosofía el reto más grande que he tenido, en cuanto a mi formación, es el de obtener una mirada panorámica de todos sus territorios y de todas sus áreas. Frecuentemente salen autores y obras que no conoces, aparecen nuevas preguntas o temas que conviven con temas clásicos y que, a pesar de los siglos, no se han acabado de resolver. Es imposible conocerlo todo, leerlo todo, y así es necesario esforzarse por tener una visión lo más amplia posible.

Otro reto es aprender a escribir filosóficamente, a delimitar las preguntas, y cuando avanzas un poco más el reto es intentar pensar por ti mismo y no repetir nada más el gran catálogo de ideas que otros pensadores han dado en la larga historia de la filosofía. Por supuesto, querer ser originales en filosofía suena fácil cuando apenas estás iniciando la formación, pero conforme avanzas te das cuenta de que es una tarea casi imposible. El “casi”, sin embargo, no cancela del todo la posibilidad de decir algo nuevo y en ese “casi” me quiero enfocar. En mi experiencia he descubierto que aún en

autores tan estudiados como Descartes hay temas, pasajes, rutas que no han sido exploradas. Cuando uno encuentra algo inexplorado no solo es motivo de alegría, sino que casi es una responsabilidad seguir por esa senda.

La cuestión profesional es otro tema, los filósofos más jóvenes casi siempre tenemos a la docencia como salida laboral, pero en muchas ocasiones se trata de una docencia de contratos temporales, que genera pocos ingresos y que demanda mucho tiempo extra al de las clases. He tenido amigos que han desistido de la filosofía ante el horizonte profesional precario o porque no obtienen el reconocimiento que quisieran. Se debe tener mucha paciencia y buscar algunos otros proyectos que apoyen los ingresos. En mi caso esto lo he hecho trabajando en la edición de libros, en corrección de estilo y dando clases de lo que se pueda además de filosofía. La docencia, a pesar de las dificultades, da importantes gratificaciones que compensan un poco las carencias laborales; por ejemplo, cuando ves que tus estudiantes se interesan por los temas que les presentas o cuando te hacen una pregunta que te permite ver otro punto de vista sobre algún tema.

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

Durante la maestría realicé dos estancias de investigación, una en la Universidad de Salamanca, España y otra en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Durante el doctorado realicé estancias en la Universidad de Borgoña, Francia, en la Universidad del Valle en Cali, Colombia y en la Universidad de Barcelona. Estas estancias las pude realizar gracias a las becas de la UNAM y del Conacyt, y de mi tutora, la doctora Laura Benítez, quien me motivó para hablar con una red de cartesianos con los que ella misma ha tenido una interlocución constante a través de décadas.

Las estancias para mí fueron experiencias excepcionales tanto a nivel personal como académico. A nivel académico, tuve la oportunidad de dialogar con tutores de primer nivel, platicar con estudiantes de estos países, conocer las aulas, las bibliotecas y la vida estudiantil. A nivel personal está sobre todo la emoción de conocer otros lugares, de conocer de cerca espacios históricos,

probar la comida local y hacer amigos locales, muchos de los cuales aún conservo. La mayoría de las ciudades a las que viajé son también muy disfrutables y permiten ciertamente pensar otras cosas. Salir a caminar hacia la Universidad en Salamanca, viendo la magnífica catedral es algo invaluable, encontrar la Academia donde Rousseau presentó sus ensayos en Dijon, o tomar un paseo marítimo en Barcelona para aclarar las ideas son sin duda algo que debería de estar al alcance de los estudiantes de nuestra universidad, y para ello debemos defender las becas y los apoyos institucionales.

De las estancias obtuve muchas cosas importantes: encontrar nuevos textos y referencias para mi investigación, poner distancia con mi contexto para pensarlo y verlo desde otra perspectiva, y darme cuenta de que mis profesores me habían formado bien en México, que era capaz de entablar diálogos en un contexto internacional y seguir las ideas de mis interlocutores. Por supuesto que también se observa que los estudiantes en otros lugares cuentan con facilidades que no tenemos: bibliotecas espaciosas con horarios incluso de veinticuatro horas, comedores con comida balanceada y con precios especiales para estudiantes, menos burocracia...

“tomar un paseo marítimo en Barcelona para aclarar las ideas son sin duda algo que debería de estar al alcance de los estudiantes de nuestra universidad, y para ello debemos defender las becas y los apoyos institucionales.”

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Desde hace casi diez años soy profesor de asignatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, donde comencé como ayudante de profesor en 2010. Soy profesor en el Colegio de Filosofía y también en el sistema SUA. Desde hace casi dos años también soy profesor en la Facultad de Derecho de esta misma casa de estudios. Colaboro frecuentemente con la Universidad La Salle, el Tec de Monterrey y otras instituciones educativas.

¿En qué proyecto de investigación trabajas actualmente? ¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Actualmente participo en diversos proyectos, por ejemplo, con la doctora Laura Benítez estamos investigando acerca del papel de las hipótesis en la modernidad; con la doctora Leticia Flores Farfán tenemos un proyecto sobre series de televisión y filosofía, y con la doctora Mónica Gómez estoy en un proyecto sobre el sujeto político contemporáneo. Tengo un proyecto personal que comenzó en el 2013 y al que se han ido sumando colegas profesores y estudiantes, me refiero al Seminario de pensamiento en español.

El Seminario de pensamiento en español busca ser un espacio de diálogo para investigaciones emergentes que quieren ahondar en la tradición filosófica en lengua española. Aunque parecería que esta es una tradición que conocemos y manejamos por ser nuestra lengua materna, lo que descubrí cuando propuse que formáramos este espacio es que muchos de nuestros autores y autoras en lengua española y sus obras son desconocidos, aunque sí conocemos bien a autores que escriben en inglés, francés o alemán.

Este seminario parte del hecho de que si nadie lee lo que se escribe en español lo que hagamos los que pensamos y dialogamos en esta lengua está condenado al olvido y a pasar desapercibido. Entonces, el proyecto busca que sea cotidiano conocer nuestra propia tradición, a los autores que piensan en nuestro contexto y que dialoguemos con ellos. En este seminario han colaborado queridos colegas y estudiantes, entre los que están Carlos Vargas Pacheco, Belinda Ortiz, Alonzo Loza, Mario Alberto Escalante, Sebastián Reyes Tapia, Andrés Inurreta, Carolina Terán, José Manuel Cuéllar, entre muchos otros y otras.

El seminario se reúne desde el 2013 todos los miércoles de cuatro a seis de la tarde —actualmente de manera virtual—. Gracias a este seminario se han podido titular diversos estudiantes por artículo académico. Además, organizamos un curso anual que busca ampliar el estudio de autores y obras en lengua española. Este año estará dedicado al filósofo mexicano Juan Hernández Luna. Como dice un profesor del Colegio de Filosofía al que

admiro “el ninguneo está cabrón”. Nos deslumbramos por todo lo que viene de fuera pero no hemos construido un diálogo entre nosotros, un interés real por leernos entre nosotros y darnos cuenta de lo que podemos pensar juntos. Mi deseo es que el seminario ayude poco a poco a solventar este pendiente.

“Nos deslumbramos por todo lo que viene de fuera pero no hemos construido un diálogo entre nosotros, un interés real por leernos entre nosotros y darnos cuenta de lo que podemos pensar juntos.”

Colaboraciones y obras propias del autor



Bily López



**Nació el 25 de agosto de 1978
en la Ciudad de México.**

**Institución de adscripción: Facultad de Filosofía y Letras,
UNAM**

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Fue un camino entretenido. Como casi cualquier adolescente nacido a finales de los setenta y principios de los ochenta del siglo pasado, estaba muy perdido —y de muchas formas lo sigo estando—. En mi familia no hay tradición

académica. Mi hermano y yo somos de los pocos que hemos estudiado una carrera y nos hemos graduado. No había, digamos, andamiajes previos. De modo que el proceso no fue sencillo.

En mi adolescencia, cuando llegó la hora de comenzar a perfilar una vocación y estudiar, me incliné por la ingeniería, siguiendo los pasos de mi hermano. Así que entré al CECyT 9 del IPN. Aunque las matemáticas me divertían, en dos minutos me di cuenta de que mi vida no estaba ahí. Abandoné el bachillerato y me puse a practicar fisicoculturismo, que al menos me generaba más pasión. Me lo tomé muy en serio. Gané algunas competencias, me certifiqué como entrenador, incluso preparé a algunas personas para competir y también les fue muy bien. Era una vida muy intensa y de mucha disciplina. Pero, bueno, a los dieciocho años se puede soportar lo que sea.

Así —motivado por el ejercicio, las dietas, las competencias y los fármacos—, medicina o nutrición me parecieron una opción más viable para estudiar y profesionalizarme en este sentido, de modo que me matriculé en la preparatoria 9 de la UNAM con esa firme finalidad. Me apasionaba la química, la anatomía y la biología. En mis ratos libres iba a la biblioteca a hojear el *Vademecum* farmacológico, y no hacía más que estudiar, entrenar y comer. Todo el tiempo cargaba una mochila con comida. Era muy jocoso. Ahí conocí también la lógica filosófica y la ética, y me cambiaron por completo la vida. Sobre todo la ética. La lógica era entretenida, pero, después de las matemáticas en la vocacional, era casi un pasatiempo. En cambio, la ética me hizo pensar cosas que nunca había sospechado, tocó fibras muy sensibles, al tiempo que era entretenida y vivificante.

En esa época, la muerte de mi entrenador provocada por el abuso de esteroides fue decisiva, puso todo en crisis, cambió mi rumbo definitivamente. Abandoné mis pretensiones con el entrenamiento y, por ello, con las ciencias biológicas. Entonces me volví de cara a las humanidades, que me ayudaron a pensar diferentes tipos de crisis por las que atravesaba, aquella que tenía que ver con la muerte y la finitud, las vocacionales, las existenciales, las amorosas, las crisis de mis amigos y de mis seres queridos en general, incluso me ayudaron a pensar en crisis que nunca se me había ocurrido advertir como tales. De pronto comencé a hacerme preguntas sobre la existencia que, obvio, sigo sin poder responder, pero que definitivamente me cambiaron la vida.

Cuando anuncié que quería estudiar filosofía, mi familia pegó el grito en el cielo. Ya se sabe, tipo ¡Te vas a morir de hambre!, y cosas por el estilo.

Pertenezco a ese tipo de familias que tienen bien instalado el pensamiento de que estudiar debe “servir” para algo, cuando menos —o sobre todo— para tener un empleo medianamente decente. Presionado por mi hermano, que era como el patriarca, entré a la Facultad de Derecho, como para no abandonar del todo las humanidades, y con la pretensión de ser abogado y así ganarme el derecho a estudiar filosofía —ya que yo pudiera pagarme ese lujo—. La empresa fue un absoluto fracaso. Al parecer no estoy hecho para soportar hacer cosas que no me gustan. En esa licenciatura me entretenían temas como el derecho romano y la teoría del derecho, pero todo lo demás me parecía demasiado rígido e insoportable, así que volví a abandonar los estudios.

Por aquellos días comenzó el movimiento en contra del rector Barnés y la implantación de cuotas en la UNAM. En Derecho era muy aburrido todo eso, así que solo caminé unos pasos y me encontré con estudiantes de filos que eran mucho más alegres y persistentes con el asunto. Fue un momento en verdad apasionante. Aunque yo no tenía idea de nada de lo que pasaba e ignoraba muchísimas cosas —lo sigo haciendo, pero en ese tiempo era de verdad alarmante—, pude sentir que el movimiento estudiantil fue grandioso, al menos en un inicio.

Recuerdo participar en discusiones que se armaban en los jardines, en los salones, en el Ché. En cada rincón de Ciudad Universitaria se discutía el asunto, y fue hermoso. Ya durante la huelga, sin ser miembro de la Facultad de Filosofía y Letras, asistí a algunas asambleas. Me asombró mucho ver a la comunidad estudiantil discutiendo de tú a tú con profesores como Luis Villoro. Me pareció que en ese lugar estaban pasando cosas asombrosas y quería ser parte de ello. Al final el movimiento no terminó de la mejor de las maneras posibles, pero sin duda fue definitorio para muchas cosas positivas. Algunas de las personas que sí estuvieron involucradas fuertemente en él ahora son mis colegas y amigas, y me conmueve mucho todo lo que hicieron por la educación pública —y lo que siguen haciendo todavía.

Así, cuando entré a la facultad, en el año 2000, al fin todo tuvo sentido. Me había retrasado cuatro años lectivos en mis procesos de crisis y desorientación, pero creo que tanto andar perdido promovió que, al llegar a filos, todo estuviera más en firme. Estaba justo donde quería. Aunque al final mi madre me apoyó incondicionalmente para estudiar, permanentemente tuve que ocuparme de

ganar dinero mientras estudiaba, pero eso no impedía que la experiencia fuera una especie de paraíso, todo lo contrario.

Las clases, el profesorado, las discusiones, los congresos, las conferencias, las lecturas, las amistades, las bibliotecas, las bebidas, las sustancias, todo me parecía grandioso en extremo. Incluso los trabajos que iba encontrando me parecían estimulantes, ya fuera como asistente editorial en Taurus, como profesor de inglés o como asistente de Josefina Mac Gregor; no dejaba de aprender y era muy emocionante. Desde el día uno supe que había encontrado mi camino. Encontrarme desde el primer semestre con profesores como Enrique Hülsz, Ricardo Horneffer, Ana María Martínez de la Escalera o Juliana González fue realmente inspirador. Me llenaron de preguntas, de certezas, de inquietudes que aún no me abandonan. Además, casi en cada semestre cursé materias de más —como oyente— solo por el placer de escuchar a otros profesores y profesoras de quienes también aprendí a admirar con profusión, como Alberto Constante y Greta Rivara. Todas esas clases fueron para mí definitorias. Se trata de docentes con una presencia inigualable en el aula.

“Por otra parte, creo que un elemento importantísimo en este proceso de arribar a la filosofía fue la amistad en diferentes registros.”

Por otra parte, creo que un elemento importantísimo en este proceso de arribar a la filosofía fue la amistad en diferentes registros. Desde el inicio trabé amistad con personas muy singulares —en la Facultad hay “para aventar para arriba”—. Con ellas aprendí a leer, a discutir, a ver cine, a hacer preguntas, a ampliar mis horizontes, a amar en diferentes registros, a emborracharnos, a dislocar los sentidos y entregarnos al frenesí del universo, a celebrar la vida.

Aún ahora conservo a la mayoría de esas amistades, aunque muchas de ellas ya no estén dentro de la filosofía académica, solo unas cuantas y muy queridas. Con unas y otras seguimos conectados igual, y seguimos celebrando y problematizando. Por eso me preocupa mucho darme cuenta que, en la actualidad, cada vez son más escasas las amistades entre la comunidad

estudiantil universitaria. No se emborrachan ni discuten un concepto hasta el amanecer, no hacen fiestas, no necean, no padecen juntos el universo, no lo celebran, no deliran juntos. Es muy desconcertante, pero claro que hay muchas condiciones que contribuyen a ello.

Las generaciones actuales están condicionadas a vivir ensimismadas mucho más que otras anteriores. Los trayectos interminables que deben hacer para llegar de sus casas a la universidad, los dispositivos electrónicos que todo lo enajenan, la precaria economía de las familias, la competencia insufrible en la que está instalada la existencia, la inseguridad y la hostilidad de la ciudad, etcétera.

Todo ello, al parecer, les ha expropiado el contacto humano. Es como si no les interesara más la vida del resto de las personas y estuvieran muy angustiadas al interior de ese pernicioso culto al yo que se instala por todas partes. Es terrible. Escasea el tiempo. Siempre se anda de prisa. El espacio para el pensamiento libre y furibundo es muy escaso. No hay espacios de discusión, ni de goce comunitario. No se comparten sus temores, ni sus placeres. Tienen demasiada angustia. Angustia por las clases, angustia por su futuro profesional, por su economía, por la precariedad laboral, por el porvenir en general. Y no es para menos. Tienen razones de sobra. La vida que les hemos heredado es inmundada. El caso es que todo ese cúmulo de factores —que sin duda es más complejo y menos esquemático de lo que aquí menciono— les ha expropiado, en su mayoría, la posibilidad de entablar amistades profundas, entrañables, de esas con las que se puede padecer gozosamente la existencia. El futuro se antoja muy oscuro sin esas amistades. Habría que encontrar la manera de que se reconecten. En fin.

Ya después —para regresar a mi historia— vinieron las depresiones propias del ejercicio filosófico, de los cuestionamientos y los desencantos provocados por el pensamiento mismo. Pero supongo que esto es más común de lo que pareciera. Desde hace tiempo estoy convencido de que quienes nos acercamos a la filosofía tenemos algo de anormal, lo que provoca que haya algo en el mundo y en el cotidiano que no nos satisface, que no nos llena, que nos impide experimentar ciertas formas generales de la felicidad y del reposo contento de sí. Es como una especie de inquietud que nos obliga a mirar todo con sospecha y que, por supuesto, obliga a las demás personas a vernos un poco raro.

La filosofía, en este sentido, es un abismo, pues nos puede ayudar a reinsertarnos en la normalidad, o bien, nos puede mostrar que no hay necesidad de ello, que la normalidad es un invento, que es inconveniente, que hay que desarticularla y producir más singularidades. ¡Al diablo con todo! Y el proceso no es sencillo. Es luminoso porque abre horizontes y alumbra mundos posibles, pero también es profundamente doloroso porque a veces nos mete en procesos de destrucción que deberían experimentarse con suma prudencia. Y nadie nos enseña eso.

Pensar, preguntar, sospechar e investigar, con frecuencia se convierten en labores de alto riesgo. Se trata de pensar de cara al absurdo y al vacío. No siempre se está listo para ello. Por eso Nietzsche advertía que quien no tiene alas no debería construir sus nidos sobre abismos. Entonces, si se quiere persistir en la filosofía, hay que aprender a encontrar esas alas, que pueden salir de uno mismo o estar con las amigas, los amigos, con algún autor o autora, con la pareja, con la familia o en cualquier otro tipo de *pathos*, pero siempre hay que tenerlas a la mano, pues el riesgo de caer es siempre inminente.

Hay un tipo específico de melancolía relativo al ejercicio del pensamiento con el que uno tiene que aprender a vivir y, cuando se pone demasiado violento, es preciso saber cómo afrontarlo. La mayor parte del tiempo no lo sabemos. Para eso son las alas. Recuerdo con precisión tres depresiones fuertes que tuve durante la licenciatura, todas ellas asociadas al sinsentido producido por el pensamiento mismo. Todo estaba “bien”, pero el pensamiento me obligaba a tener un cierto malestar aplastante. Fueron terribles y, lo paradójico, es que fue justo el pensamiento el que me señaló que el camino para salirse de ahí consistía en asumir cierta otra forma de él, que había que experimentar otro camino, no tomárselo tan en serio, dejarlo fluir. De no ser por mis amigos, por mi familia, por mis parejas en cada ocasión, y por autores como Nietzsche o Bataille, e incluso por la literatura, eso habría sido insoportable, intransitable, me habría devastado. La filosofía es un camino de inmensas soledades profundamente pobladas. Hay que saber elegir esas poblaciones.

Pero bueno, todo este ya es otro asunto. Con todo y ello, la filosofía siempre me ha producido diferentes clases de *alegrías*, y eso es lo que me ha mantenido también en el camino. Si la filosofía no me apasionara ni me hiciera feliz, hace tiempo que la habría abandonado, como el resto de las cosas que he emprendido.

¿Qué representan para ti las humanidades?

Son la posibilidad que aún tenemos para no matarnos entre todos. Gracias a Heidegger y a su *Carta sobre el humanismo*, desde muy temprano aprendí a desconfiar de lo humano, del humanismo y las humanidades. Con Nietzsche y su *Humano, demasiado humano*, ni hablar. En toda mi formación de la licenciatura, y aún en una parte de la maestría, aprendí a desconfiar celosamente de las humanidades en la medida en que *lo humano* me parecía algo demasiado contingente, demasiado hipócrita, demasiado vil. Sumando a ello ciertas prácticas académicas de estudiantes y docentes en donde lo que priva es el ego, la prepotencia y la voluntad de dominio, durante todo ese tiempo creí que las humanidades estaban caducas, que había que desaparecerlas, que no había camino. Pero ahora ya no lo pienso así. Es decir, sí tienen algo de caduco y maloliente, pero también me queda claro que no hay que desaparecerlas, sino transformarlas, habitarlas y reconstruirlas como queramos.

Uno de los problemas más fuertes en filosofía es que con frecuencia te enseñan a pensar demasiado en el aire, demasiado conceptualmente. Y luego, sí, sabes mucho de conceptos y de autores, de argumentaciones, de teorías, pero poco de historias, de realidades concretas, de sociedades, de personas. No dejo de pensar que las humanidades en general deben ser vistas con las sospechas de Nietzsche, Heidegger y otros más, pero ahora también sé que las humanidades no solo forman académicos pomposos y arrogantes, o bien instituciones fallidas, así como prácticas hegemónicas y rancias, sino también auténticas comunidades críticas que construyen numerosas formas de resistencia frente a las diferentes maneras de dominación que podemos encontrar en el mundo entero.

“Uno de los problemas más fuertes en filosofía es que con frecuencia te enseñan a pensar demasiado en el aire, demasiado conceptualmente. Y luego, sí, sabes mucho de conceptos y de autores, de argumentaciones, de teorías, pero poco de historias, de realidades concretas, de sociedades, de personas.”

Es decir, sí, el mundo está plagado de personas con una implacable voluntad de dominio; sí, la mayor parte de las instituciones tienen funcionamientos oblicuos que parecen contravenir todo humanismo bienintencionado; sí, también es cierto que el modo de producción capitalista construye subjetividades predatorias cuya única finalidad es la competencia, el triunfo, sin importar sus costos o implicaciones ético-políticas —y muchas de las personas que se dedican a las humanidades no son la excepción—; igualmente hay que tener en cuenta que los sistemas educativos alrededor del mundo funcionan como unas estupendas máquinas disciplinarias que a través de múltiples dispositivos mantienen el ejercicio de la crítica dentro de ciertos márgenes convenientes para el *statu quo*.

Sí, todo eso es cierto, pero también es cierto que al interior de todo ello igualmente se gestan las revueltas y resistencias posibles. Se trata de eso, de la posibilidad. El cultivo de lo que todavía hoy llamamos humanidades es lo que ha posibilitado durante mucho tiempo que haya personas dispuestas a pensar diferente, a actuar diferente, personas que se atreven a sospechar que otro mundo es posible, que otros ejercicios, que otra *praxis* es posible. Y no solo eso, es decir, no solo se han atrevido a pensarlo, sino a hacerlo. Y así es que se han construido a sí mismas, sus relaciones con los otros, con el mundo. Así han construido familias, frentes, comunidades, asociaciones, instituciones, universidades, museos, libros, música, obras de arte, qué sé yo, todo tipo de invenciones posibles. Y es por ello que el mundo no se ha venido abajo por completo.

Hay un cierto tipo de *pathos* que aún se puede encontrar en las humanidades —y no solo en ellas, pero que está relacionado con buscar formas alternas de existencia que se alejen del dominio, la violencia y los autoritarismos— que deberíamos seguir cultivando sin tregua. Los dispositivos de disciplina y control que nos hemos inventado hacen de esto una labor titánica, acaso improbable, pero siempre es posible —a través de la docencia, del arte, de la escritura y de la convivencia, es decir, de nuestra *praxis* política— introducir, al menos, la sospecha de que otra forma de vida es posible. Hay que hacerlo, mostrarlo, contagiarlo. Y las humanidades aún pueden hacerlo, aunque no solo ellas.

Claro está que hay vicios, prácticas, teorías que debemos rebasar, pero eso debemos hacerlo entre todos, y no ocurrirá de un día para otro. Estoy convencido de que es posible. Acaso dentro de muy poco debamos dejar

de hablar de humanismo y humanidades, en tanto tales, como resultado de ciertas necesidades teóricas, éticas y políticas —los desarrollos teóricos más recientes sobre la tecnología, la ecología y la vida así lo dejan ver, pues es necesario abandonar de una vez por todas la figura de lo humano como el centro plenipotenciario dentro de la totalidad de lo ente, como decía Heidegger—. Pero mientras esto no ocurra por completo, y aun ocurriendo, es necesario insistir y persistir en ese impulso crítico, rebelde, creador y en resistencia que ha sostenido una buena parte de las humanidades, cuando menos, a lo largo de todo el siglo pasado

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

Dejar de ser yo. Eso es lo más difícil. Aún no lo logro, y no sé siquiera si sea posible, pero todos los días lo sigo intentando. La cultura, la civilización, el saber, el deber, todo eso es aplastante, pero es lo que nos forma y nos constituye. En sociedades como las nuestras, el culto al yo es implacable. Es muy difícil, desde que se es estudiante, dejar esto a un lado. Es como si todos quisieran destacar, ser los mejores, sacar dieces, ganar premios. Los salones de la facultad, hace veinte años, estaban poblados por diferentes estudiantes que querían destacar a toda costa. Claro, también había quienes eran capaces de proponer discusiones honestas, viscerales, desesperadas, vitales. Y se agradecía mucho. Pero una buena parte alzaba la voz solo para demostrar cuánto habían leído o cómo eran capaces de anular al resto de las otras voces. Con los libros en la mano y la anuencia de las y los docentes, esa es siempre una gran tentación. Seguro lo hice varias veces.

Ahora las cosas con los estudiantes pasan por otros lugares. Supongo que es un asunto generacional. Pero para esas generaciones con las que compartí las aulas como estudiante sí había un impulso confrontativo que podía llegar a ser bastante intimidante, pero también, en ocasiones, estimulante. Ahora todavía pasa, pero pasa menos, según lo veo. Es como si el culto al yo estuviera mostrando una de sus paradojas más perniciosas al generar subjetividades profundamente quebrantadas que, en su solipsismo inducido, no les es dado

alzar la voz, disentir o discutir. Hay ahí un tipo especial de fuerza que aún no descifro. Todo se lo guardan para sí.

“no hay peor enemigo para el pensamiento que sentir que estás compitiendo contra alguien.”

Por otra parte, mi pasado como deportista de competencias me dio un carácter bastante férreo en cuanto a disciplina se refiere. De modo que, cuando compito, me lo tomo demasiado en serio. Entonces, lo que me ha costado más trabajo es eso, abandonar ese carácter competitivo. Pero la academia, la cultura, la civilización, todo eso, lo hacen difícil, muy difícil. Aquí de pronto pareciera que todo se trata de competir y ganar. Se compite para entrar a la universidad, se compite para salir de ella, se compite por una beca, por un trabajo, por un estímulo. Se compite por todo. Y no hay peor enemigo para el pensamiento que sentir que estás compitiendo contra alguien.

Es decir, está el *agon* griego, y está muy bien. La amistad se funda en cierta diferencia de fuerzas de todo tipo. Y la amistad ejercita esas fuerzas. La amistad es también en cierto sentido una rivalidad en la medida en la que te ejercitas, en la medida en que ves al otro y lo admiras, y lo amas y lo respetas, y adoras esa confrontación porque, además de ser bellísima, siempre te permite ir más allá de ti mismo, vencerte, rebasarte. Y hay ahí un *agon* que es —por decirlo de alguna manera— edificante, vivificante, potencializante. No se busca aplastar al otro. No obstante, cuando no hay amistad y lo que priva no es un ejercitamiento, sino la necesidad irrefrenable de pasar por encima del otro, entonces el pensamiento no puede florecer. Se está demasiado obcecado en vencer al rival como para poder pensar con alegría y libertad, como para poder crear un pensamiento danzarín. Se trata de lo que Spinoza llamó *tristeza* y Nietzsche *resentimiento*. El pensamiento que emana de ahí es demasiado triste, violento y resentido como para ser filosófico y vital. No me gusta estar ahí.

Sin duda, esto que digo ahora no me pertenece. Se lo debo todo a mis amigos y amigas. Ellos y ellas son quienes me han permitido moverme de lugar, sin que lo haya logrado del todo. Creo que pensar filosóficamente tiene que

ver en gran medida con la capacidad de desaparecer, de disolverse, de — como decía Deleuze— devenir imperceptible. Y en ese sentido tiene que ver también con una ética y con una política que sean capaces de desprenderse, así sea momentáneamente, de las sucias alegrías del triunfo, de la voluntad de dominio, de la necesidad de hablar mal de los demás para sentir algún tipo de valía personal.

Recientemente concursé por una plaza, y la gané. Para mí fue muy difícil en la medida en la que el concurso *per se* reproducía todas estas lógicas de las que he hablado y renegado. Pero, por otra parte, también quería regresar a mi facultad, trabajar a tiempo completo con mis maestros, con mis colegas y amigos de tantos años, abandonarme a la filosofía en esas aulas que amo con todo mi ser, además de obtener ciertas condiciones laborales. Y el concurso era la única vía de hacerlo. Frente a la paradoja, decidí concursar sin intentar ganar, sin querer pasar por encima de nadie. Solo hice mi mejor esfuerzo, sin querer venderme como el mejor, sin pretender serlo, sin pensar en nadie más.

Gratamente, el proceso me permitió organizar mi trabajo, adquirir claridades teórico-metodológicas que antes no tenía, me permitió un acercamiento muy generoso con mis colegas, proyectar trabajos, hacer planes, vislumbrar futuros. Al terminar las pruebas, yo estaba muy contento con el proceso. Fue muy enriquecedor. Si ganaba, bien. Si no, también. Al terminar el proceso, la comisión decidió que mi trabajo era el que más necesitaba la facultad, y no me queda más que agradecerlo y mandar un saludo fraterno al resto de los y las candidatas, cuyo trabajo admiro y respeto. Al final, mi experiencia dentro de comisiones dictaminadoras, jurados y otros procesos similares me permiten comprender que en estos procesos con frecuencia intervienen un sinnúmero de factores que uno no puede controlar del todo. Así que haber ganado no aumentó ni disminuyó la estimación que tengo sobre mí o sobre nadie, y, de haber perdido, el resultado habría sido el mismo.

Todo esto, claro, no significa que ya esté *en* la filosofía —depende de cómo se asuma esa expresión—. Solo lo he mencionado para ilustrar que, tratando de encaminarme hacia la filosofía, desde la licenciatura hasta ahora, lo más difícil ha sido pelear conmigo mismo para no hacer de la filosofía un ejercicio de poder o, mejor dicho, de dominio sobre nadie más. Eso es tan vil, pero al mismo tiempo tan fácil y tan frecuente, que no hay que dejar de luchar contra ello.

¿Y dentro de la filosofía?

Pensar por mí mismo. Eso de estar “en” la filosofía o “dentro” de ella — insisto— es siempre dudoso, incierto, un poco ambiguo. Y pensar por uno mismo también lo es, pues el pensamiento no tiene *copyright*, siempre está poblado por diferentes otredades. En la medida en la que el pensamiento es lenguaje se advierte de inmediato que es algo común, público, sin exclusividad. Uno es capaz de pensar lo que se puede pensar en los lenguajes que le habitan, los cuales están habitados y conformados por sus propias historias, sus quiebres, sus multiplicidades, sus límites y posibilidades. De modo que, en principio, uno piensa lo que los lenguajes le permiten, lo que las personas, las cosas, los libros, los autores, las historias y las diferentes formas de discursos emitidos en esos lenguajes le posibilitan. Es muy difícil ser original, crear algo nuevo. Creo que nunca se logra al cien por ciento.

“Una buena parte de los egos ilocutivos en filosofía aprende a construirse desde una voz que hace pasar como propia pero que en realidad descansa sobre muchísimas otras voces sin ser capaz de reconocerlo.”

No obstante, no me refiero a la originalidad. Hablo más de honestidad. No deja de ser un tanto contradictorio afirmar que en mi camino a la filosofía he querido dejar de ser yo mismo y ahora decir que quiero pensar por mí mismo, es decir, ser yo mismo, ¿no? En este sentido, cuando digo que quiero pensar por mí mismo no afirmo que quiero construir una efigie de ese *sí mismo* como autor, maestro o intelectual, sino más bien intento construir algo así como un crisol que sea capaz de desaparecer en sus propias emanaciones o ejercicios a partir de problemáticas honestas, auténticas, planteadas —digamos— con probidad.

Una buena parte de los egos ilocutivos en filosofía aprende a construirse desde una voz que hace pasar como propia pero que en realidad descansa

sobre muchísimas otras voces sin ser capaz de reconocerlo. Desde hace mucho tiempo me he preguntado si pensar filosóficamente significa decir solamente lo que dicen otros autores. Creo que no. Pero también creo que es poco probable o fecundo pensar al margen de ellos. El problema, en este sentido, es cómo hacer para pensar con ellos pero más allá de ellos, sin ser solo pantomima o remedo, repetidor, exégeta.

La manera en que he intentado pensar desde hace algún tiempo es pensar con diferentes autores pero desde mis propias problemáticas. Se trata de tener claros mis problemas, y luego echar mano de diferentes herramientas filosóficas producidas por otros autores y autoras para afrontarlos. Suena sencillo, pero, al menos a mí, me ha costado un poco de trabajo. Ahora tengo claro que mis problemas filosóficos siempre han estado relacionados con un campo ético-político-existencial, y que desde ahí he ensayado diferentes vías teórico-metodológicas para afrontarlos, pero no siempre lo he hecho con soltura. Es más, no estoy seguro aún de ya hacerlo con soltura, pero no dejo de intentarlo, creo que eso es importante. Desde hace algún tiempo, al escribir, me parece importante dejar en claro que una teoría o un autor nunca son relevantes por sí mismos, sino por las implicaciones que somos capaces de construir a través de ellos en diferentes horizontes de la existencia.

“Si lo que se piensa como actividad docente solo se enmarca en los linderos del pensamiento riguroso, las teorías y la evaluación, se puede estropear por completo el proceso formativo de casi cualquier estudiante.”

En este sentido, otra dificultad o reto al que me he enfrentado “dentro” de la filosofía ha sido no perder de vista la vida, la existencia. Me gusta mucho el sentido en el que Schopenhauer y Nietzsche critican a la filosofía por ser demasiado abstracta, abstrusa y engreída. Creo que tienen mucha razón. Es decir, el pensamiento abstracto es hermoso y apasionante, pero es muy fácil emocionarse, dejarse atrapar por ello y dejar de percibir lo que se tiene enfrente.

Recuerdo dos situaciones con dolor y un poco de vergüenza. La primera me sucedió casi terminando la maestría. Con el dinero de la beca pude irme de vacaciones a alguna playa de Guerrero. Ahí, en las enramadas, con cerveza en la mano y el agorrome propio del momento, aprendí a intercambiar chascarrillos con el dueño del negocio. Entre broma y broma, me preguntó a qué me dedicaba. Estudio filosofía, contesté orondo. ¿Y eso qué es?, reviró. Le respondí una cosa tan abstracta y académica que, por pudor, he decidido olvidar. Él me miró absorto, no supo qué decir, y solo atinó a asentir con la cabeza. De inmediato sentí la ignominia, un profundo bochorno que no me ha abandonado hasta la fecha por no haber podido comunicarle al señor pescador qué diablos era la filosofía, qué hacía yo auspiciado por sus impuestos. Me sentí un farsante.

La segunda situación, en un registro similar, la viví en la UACM. Ahí pude aprender que para ser profesor no solo basta el conocimiento. Me sentía muy seguro de mí mismo por los grados y la formación con la que contaba, pero ahí, frente a grupo, con una población estudiantil completamente diferente a la de la FFyL de la UNAM —con otras procedencias, otras tradiciones, otros objetivos, así como con diferentes condiciones materiales—, la experiencia resulta muy distinta. Resulta que, para una buena parte de esa población, autores como Kant, Hegel, Aristóteles o Descartes, no representan un interés inmediato o *per se*, como sí ocurre con los estudiantes de muchas otras facultades de filosofía en el país. De modo que el ejercicio filosófico con esa población estudiantil necesita cubrir muchos otros campos más allá de las teorías, los autores, las metodologías, y todo ese registro de lo estrictamente académico, para extenderse a terrenos más vitales y elementales como la empatía, la generosidad, la provocación, el descubrimiento conjunto y la orientación vocacional.

Si lo que se piensa como actividad docente solo se enmarca en los linderos del pensamiento riguroso, las teorías y la evaluación, se puede estropear por completo el proceso formativo de casi cualquier estudiante. Al advertir esto con la comunidad estudiantil de la UACM, me di cuenta de que en la FFyL de la UNAM no es tan distinto, como seguro no lo es en ningún otro lugar. Es decir, con sus propias peculiaridades, pero también es necesario tener un cuidado afectivo con esa —y con toda— comunidad estudiantil. También pesan sobre ellos las arrogancias, los autoritarismos y las descalificaciones que de pronto son tan frecuentes en algunos miembros del cuerpo docente. A partir de todo ello me pregunté muy seriamente qué significa enseñar

filosofía, qué significa ser compañero de pensamiento, cómo hacer que las y los autores no sean murallas infranqueables para las y los estudiantes, que las teorías más intrincadas no les destrocen la autoestima, cómo escribir textos que sean simultáneamente rigurosos y legibles para los y las estudiantes.

Como es de imaginarse, no cuento con respuestas definitivas a estas y otras cuestiones de parecida raigambre, pero sí puedo asegurar que es algo en lo que me ocupo regularmente. Dentro de las aulas, por ejemplo, me esfuerzo mucho en trazar cuidadosamente los problemas vitales que afronta todo concepto filosófico, sus contextos, sus especificidades, pero, sobre todo, sus actualidades, sus incidencias en la existencia; y por ello me esfuerzo mucho en utilizar ejemplos que les sean cercanos, palpables, diáfanos, para que así la teoría les sea significativa, que les provoque algo; alegría, empatía, tristeza, enojo, risa, lo que sea, pero que les sacuda en algún sentido. Con mis tesisas, por otra parte, el proceso consiste no tanto en hacer que se titulen, que escriban una tesis, sino en hacer que el proceso les sea significativo, que se apropien de su pensamiento, que comprendan que lo que está juego en el ejercicio del pensamiento filosófico no es solo una profesión o un grado, sino un estilo de vida.

Estas situaciones me han marcado mucho. A partir de ellas he intentado por todos los medios a mi alcance hacer de la filosofía algo simultáneamente riguroso y comunicable, vinculado siempre con la existencia. He tenido experiencias muy buenas, y otras no tanto, pero lo sigo intentando. El ejercicio de la filosofía se trata de algo que definitivamente necesita rigor conceptual, pero también necesita estar bien afianzado a la tierra, y ser expresado lo más claramente posible. Me parecen farsantes quienes tratan de ser ininteligibles solo para parecer inteligentes.

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

Cuando fui estudiante tuve varias oportunidades de estudiar fuera, pero en cada ocasión tuve la fortuna de estar profundamente enamorado, aunque de diferentes personas en cada ocasión. De modo que, cuando evaluaba la posibilidad de irme me decía a mí mismo “pero si aquí estoy bien a gusto,

aquí está la gente que amo, y la formación que me da la UNAM está por encima de muchas de las posibles estancias en el extranjero”. Así que nunca vi la necesidad. Claro que no subestimo las ventajas de estudiar fuera, de conocer otras personas, otras tierras, de habitar otros idiomas, de trabajar con otras personas. Eso lo he podido hacer después, y es increíble, pero, como estudiante, no lo concreté.

Hace relativamente poco hice una estancia muy breve en España. Fue como una encerrona filosófica con colegas españoles, italianos y mexicanos que aprecio mucho. Fue muy intenso. Mucho trabajo. Mucha discusión. Para mí fue muy significativo porque, cuando lo hice, llevaba ya un tiempo en marcha el Grupo de Investigación Transversal sobre Biopolítica y Necropolítica con el que trabajo en la UACM —con estudiantes y docentes—, y en ese marco pude comprobar que el trabajo que hacíamos en ese seminario no estaba por debajo de lo que otros y otras colegas alrededor del mundo estaban haciendo. Esto fue crucial para nosotros, porque, como grupo, compartíamos problemas, leíamos mucho y planteábamos preguntas cuya magnitud no alcanzábamos a dimensionar. Nosotros lo hacíamos y ya. Y nos divertíamos y lo padecíamos.

Trabajábamos mucho, eso sí. Pero no medíamos su importancia. A los estudiantes en general les cuesta mucho trabajo creer que lo que hacen es realmente importante, que es serio y que vale la pena. A algunos académicos también nos pasa. Al darme cuenta de que las preguntas que hacían los estudiantes de Iztapalapa o Neza tenían la misma potencia y precisión que las que se hacían en Madrid o en Turín, es decir, que estábamos a la altura de lo que se hace en universidades de primer mundo, sentí la necesidad apremiante de ponernos a escribir. Y lo hicimos.

Cuando regresé y les compartí mis impresiones, juntamos voluntades para construir nuestro primer libro, *Nomadismos biopolíticos*, que ya anda por ahí circulando y que creo que vale mucho la pena, pues es el resultado del trabajo, sobre todo, de nuestras y nuestros estudiantes, que en verdad es extraordinario.

Además, viajar es siempre una forma de salir de sí, ¿no es cierto? De modo que salir e instalarte en una ciudad diferente a la habitual, así sea por una o dos semanas, te pone muchas cosas en perspectiva. Esa es una de las cosas que más me gustan de salir a congresos, ya sea en el extranjero o en el interior del país. En muchos sentidos la filosofía es una forma de viaje, de modo que cuando exploras los rincones de nuevas ciudades, estableces rutinas, trayectos,

buscas encuentros o nuevos descubrimientos, pones también en marcha el pensamiento, lo desterritorializas, y eso casi siempre es positivo.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Durante quince años fui profesor-investigador de tiempo completo en la UACM y profesor de asignatura en el Colegio de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Actualmente soy profesor de carrera en esta última institución, y espero poder seguir dando clases en la UACM, toda vez que pueda renegociar con esta otra institución un contrato que no violente la legislación de ninguna de las dos universidades.

¿En qué proyecto de investigación estás actualmente? ¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Estoy en varios, pero quisiera hablar de uno en particular, pues es el que se vincula con el resto. Tiene que ver con la filosofía del lenguaje, pero no solo con ella.

Como decía atrás, desde hace tiempo me he esforzado por tener problemas claros, bien planteados y relativos siempre a la existencia. Las tensiones ontológico-políticas que se tejen al interior del concepto de *experiencia* planteado por Kant y luego discutido por Hegel me parecen, desde hace algunos años, inagotables. No solo porque una buena parte de la posterior tradición filosófica se ha sumado a la discusión, sino porque en esa tensión se pone en juego una específica forma de comprender una posible *ontología de nosotros mismos*, es decir, una forma de dar cuenta de nosotros, de nuestras posibilidades, de nuestros límites y nuestras dificultades. El fondo de este proyecto está ahí, en dos vertientes fundamentales.

Por una parte, se trata de una cuestión eminentemente teórica y vital, se trata de la relación entre lenguaje y existencia, de pensar qué papel juega el lenguaje en nuestras determinaciones ontológicas, éticas, estéticas, políticas, y no solo epistemológicas o de conocimiento. Es decir, se trata de pensar el lenguaje en términos filosófico-existenciales, ¿qué es el lenguaje?, ¿qué produce?, ¿cómo se puede asumir, ejercer?, ¿cómo se puede poner en cuestión?, ¿cuáles son sus posibilidades?, ¿cuáles sus riesgos? Todo esto, claro, más allá de las determinaciones que la filosofía analítica de corte anglosajón ha sabido ver y poner sobre la mesa en términos lógico-epistemológicos.

Por otra parte, se trata de una cuestión académica, disciplinar, acaso pedagógica. Para nadie es un secreto que lo que todavía hoy se comprende como *filosofía del lenguaje* está codificado ampliamente por la filosofía analítica de corte anglosajón. La inmensa mayoría de planes de estudio de filosofía alrededor del mundo, las estanterías de bibliotecas y librerías, los estudiantes de filosofía, etcétera, comprenden como filosofía del lenguaje, exclusivamente, lo que ha realizado la tradición filosófica que se desprende de pensadores como Frege, Russell, Wittgenstein y compañía. Esto tiene muchas formas de explicarse, pero a mí me interesa mostrar que la filosofía del lenguaje no se agota ahí, en esa tradición.

En filosofía, todo el siglo XX fue una explosión de reflexiones en torno al lenguaje. Hermenéutica, lingüística, pragmatismo, estructuralismo, así como diferentes tradiciones híbridas como la arqueología y la deconstrucción, han dicho cosas importantísimas acerca del lenguaje más allá de su aspecto lógico-epistemológico.

Entonces, por un lado, es una investigación teórica respecto de las relaciones entre filosofía, lenguaje y existencia, que busca examinar cuáles son las posibilidades del lenguaje, sus condiciones, sus efectos y sus límites, y, por otro, es una investigación con miras a ampliar la comprensión disciplinar de lo que aún se entiende como *filosofía del lenguaje*.

Para mí es un proyecto muy feliz porque me ha permitido profundizar, a través del lenguaje, en mis pasiones ontológico-político-estéticas con autores como Nietzsche, Heidegger, Foucault y Deleuze, y me ha permitido al mismo tiempo un contacto muy estrecho con los estudiantes de la facultad, en quienes he advertido inmensas inquietudes por explorar filosóficamente el lenguaje más allá de los paradigmas de la lógica y la epistemología. En este sentido, de entre otros proyectos de investigación que tengo entre manos,

ya sean individuales o colectivos, este es uno que aprecio mucho porque en él confluyen diferentes aspectos de mi formación, muy queridos y queridas colegas, numerosos y numerosas estudiantes hambrientas de formas diversas de pensar el lenguaje, así como un impulso furioso por pensar la existencia, junto con el afán incansable de crear nuevas vías para el pensamiento.

“Eso de afanarse en ver, estudiar y ejercer solo los aspectos comunicativos o de verdad en el lenguaje es algo que se ha rebasado desde hace mucho y que incluso puede llegar a ser perjudicial para la existencia.”

Además, pensar el lenguaje y todo lo que en él acontece me ha permitido también replantearme diferentes aspectos de mis relaciones políticas, amistosas y amorosas. Es todo un lío, uno muy entretenido que de pronto pasa por los y las estudiantes, por mis amigos y amigas, pero que llega también hasta las relaciones que tengo con mi esposa y con mi hijo. Me resulta apasionante ir descubriendo, por una parte, la infinita gama de matices lingüísticos que es necesario advertir y construir para que una relación amorosa no colapse sobre sí misma y, por otra parte, las intrincadas elaboraciones que mi hijo realiza *en, con y a través* del lenguaje. En verdad me dejan asombrado.

Por supuesto que las relaciones amorosas y afectivas en muchos sentidos están más allá del lenguaje, pero también es cierto que hay lenguajes secretos que a veces se tejen entre ellas y que es preciso aprender a ver para que florezcan de manera óptima. A veces el lenguaje más efectivo es el de los gruñidos, o de plano el silencio. Eso de afanarse en ver, estudiar y ejercer solo los aspectos comunicativos o de verdad en el lenguaje es algo que se ha rebasado desde hace mucho y que incluso puede llegar a ser perjudicial para la existencia. El lenguaje es mucho más amplio que eso.

En este sentido, este proyecto ha comenzado a cobrar una forma de vida que ha hecho que se conecte casi de manera “natural” con otros proyectos en los que he venido trabajando en los últimos años, como el relacionado con la biopolítica y la necropolítica, que coordino con Alejandra Rivera, y cuyo

nuevo volumen, ya listo para enviarse a dictaminación, lleva el título tentativo de *Narrativas biopolíticas*, pues al interior de la producción de la vida y la muerte

en las sociedades contemporáneas también hay producción discursiva, de relatos y, por supuesto, ciertos usos estratégicos del lenguaje.

O bien, con otro proyecto que sostengo con las colegas del Centro de Estudios sobre la Ciudad de la UACM, en donde hemos comenzado a plantear la necesidad de crear una línea de investigación que se oriente hacia las retóricas y las poéticas de la ciudad, a sus narrativas, a sus discursos. Asimismo, lo que hago en este proyecto me permite vincularme con proyectos y líneas de trabajo de otras colegas y amigas como Rosaura Martínez, María Antonia González, Rebeca Maldonado, Mariflor Aguilar, Teresa Oñate, Ana María Martínez y Erika Lindig, o bien con otros como Sebastián Lomelí, Alberto Constante y José Ezcurdia.

Me gusta mucho trabajar en conjunto. El pensamiento es una fiesta y como tal debe ejercerse. Hay una parte de él claro, un cierto aspecto de su ejercicio, que debe hacerse en la intimidad —Kafka, por ejemplo, decía que nunca se está lo suficientemente solo cuando se escribe—. Pero su gestación, sus provocaciones, sus delirios más profundos y fecundos se hacen siempre en compañía. En fin, diría que por ahí ando.

Algunas colaboraciones y obras propias del autor



Luis Fernando Mendoza Martínez



Nació el 14 de agosto de 1984,
en la Ciudad de México

Institución de adscripción: Profesor de asignatura en
el Departamento de Reflexión Interdisciplinaria de la
Universidad Iberoamericana

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Puedo decir con certeza que mi inclinación a la reflexión filosófica tuvo su comienzo en la preparatoria, cuando mi maestro de Literatura Hispanoamericana, Héctor Enríquez, nos dio las claves para leer e interpretar textos literarios. Y fue a través de la literatura que se despertaron en mí preguntas filosóficas. Antes de esa clase, mi gusto por la lectura era nulo, e incluso me generaba cierta repulsión por experiencias escolares previas. Pero cuando Enríquez nos dio aquella clase, en cuarto de Preparatoria en el CUM (Centro Universitario México), entonces se abrió una senda de la cual no pude salir más. Tengo presente que fue con la lectura de *Niebla* de Miguel de Unamuno que quedé absolutamente sumergido en parajes en los que encontré experiencias y tesoros que a la fecha me acompañan y animan en mi trabajo filosófico.

Después de ese año, Mauricio López Noriega —con quien aún guardo una estrecha relación de amistad, y a quien considero como mi primer educador— nos dio la clase de Literatura Universal en quinto de Preparatoria, con la cual, aquella experiencia del año previo, recibió un impulso decisivo, porque entonces pude ver las conexiones universales de las inquietudes humanas. Leímos *El Ramayana*, libros del Viejo Testamento, *La Odisea*, *El Quijote* de Cervantes, *El Fausto* de Goethe, entre otras, y lo que tengo aún muy presente es que la cuestión humana, la pregunta por la condición humana, tomó en prenda todo el panorama de mi desarrollo vital.

Otro momento decisivo de aquel mismo año fue un ejercicio en equipo, en la clase de Ética, cuando revisábamos a Hegel, en el que los compañeros con quienes yo colaboraba se rompían la cabeza para entender lo que nos decía el gigante suabo. Si bien yo era un neófito para leer en general, y más aún respecto de Hegel, les propuse que me dejaran hacer el ejercicio solo, y que después lo revisáramos en conjunto para ver si de ese modo la cosa se nos hacía más transparente.

En la discusión todos acordaron que lo que había escrito daba algunas pistas, y lo entregamos a la maestra —a la cual, no sobra decir, los grupos trataban con desprecio porque consideraban que su materia era inútil, o una pérdida de tiempo—. En la clase siguiente, con un tono muy serio, la maestra preguntó quién había escrito nuestro texto sobre Hegel, pues le era claro que no se trataba de una labor conjunta, en tanto el estilo era uniforme. Estábamos nerviosos por el tono de la pregunta, pero creímos que lo mejor era decir lo que habíamos hecho: que yo

lo había escrito y que todos lo habíamos revisado. El gesto de la maestra cambió en ese instante, y dijo sosteniendo las hojas en alto: aquí hay filosofía.

Naturalmente, quienes integraban el equipo me hicieron un poco de burla (había dos mujeres y tres hombres en el equipo), pero igualmente expresaron a la maestra que, en todo caso, el trabajo era mío. Después de esa clase, la maestra me pidió si podía exponer a Hegel, Marx y Nietzsche para otros grupos, pues con ello quería dar cuenta de que esos grandes pensadores nos eran accesibles a todos. No sé si esas clases resultaron algo positivo para los demás, pero suscitaron una profunda emoción en mí.

Por influencia familiar, me había imaginado en el mundo del Derecho; mis primos y mi hermano querían dedicarse a ello, por lo cual yo mismo me sentí atraído. Pero para ese entonces, el área a elegir para llegar a Derecho era la número 3, Ciencias Sociales, lo cual a mí no me entusiasmaba en lo más mínimo, pues no se cursaba la materia de Historia de las Doctrinas Filosóficas. Por tanto, decidí meterme al área 4, donde además de esta materia también llevábamos Derecho.

Junto con Historia de México, esas tres materias eran mi único interés en ese momento —la materia de Literatura Latinoamericana me era insoportable por la maestra—, y con el paso del tiempo, todos mis esfuerzos los puse en Historia de las Doctrinas Filosóficas. Fue la única materia del último año de preparatoria en la que estuve despierto en todas las sesiones. Los días de examen implicaban todo un acomodo del salón en torno a quienes teníamos interés en esos asuntos; no éramos más de tres o cuatro personas. Y entonces sucedía que yo elaboraba tres o cuatro exámenes, porque a mis compañeras y compañeros la cosa de la filosofía les resultaba o bien extraña, o bien incomprensible.

En todo caso, yo tenía claro que había en mí dotes para esta clase de actividad, y además me sentía yo mismo haciendo esta clase de reflexiones. Comencé a leer a Nietzsche con más ahínco, aunque me resultó poco motivador para mis intereses; más cercanos, más provocadores, me fueron Kierkegaard, Jaspers y Heidegger. En todo caso, comenzó a haber un conflicto en mí, pues percibía que en el imaginario de la gente que me rodeaba la palabra “filosofía” sonaba extraña, como una invocación a la vagancia, a la inutilidad, a ser un “mariahuano”; esto, naturalmente, no ha cambiado. Pero el efecto que tuvo en mí esa extraña idea sobre la filosofía entre mis cercanos resultó en que me decidiera en un primer momento por el Derecho.

Me propuse ingresar a la Facultad de Derecho de la UNAM —en rigor, nunca me vi en alguna otra universidad de la ciudad, a pesar de las promesas de becas por mi rendimiento académico—, y lo logré en mi primer intento. Comencé mis estudios universitarios en 2002 con entusiasmo, pero siempre me mantuve cerca de lo que yo reconocía ya como mi motor de vida. En las vacaciones de verano previas a entrar a la UNAM, me hice de *Del sentimiento trágico de la vida* de Unamuno y de los cuentos de Edgar Allan Poe. Además, ya en la carrera, en vez de leer textos de Derecho civil o penal, me iba a la biblioteca de la facultad a sacar libros de Eduardo García Máynez, de Luis Recaséns Siches, siempre libros de Filosofía del Derecho. Estos pensadores me resultaban absolutamente fascinantes pues había en ellos la mezcla justa de lo teórico y lo práctico, que había hecho inclinarme personalmente por los estudios en Derecho.



El fruto de ese primer semestre fue que, en la materia de Técnicas de la Investigación Jurídica, presentamos “en equipo” una tesina sobre iusnaturalismo, iuspositivismo y realismo sociológico a partir de García Máynez. Digo entrecomillado lo del equipo porque el trabajo de investigación directo sobre las fuentes y de redacción final lo hice por mi cuenta, mientras que los demás miembros del equipo recolectaron fuentes secundarias pertinentes para la línea de trabajo que había propuesto. Dado que mis compañeros y compañeras no entendían muy bien de qué iba la cosa, ni les interesaba entender, preparé lo que debían exponer de la tesina, respectivamente. No digo esto por presunción, sino para poner de relieve uno de los motivos por

los cuales empecé a desencantarme de lo que veía en aquella facultad: la falta de un interés por una formación integral de los juristas, y la cada vez más dominante tendencia a no ser más que técnicos de los códigos y leyes. No veía ante mí ni junto a mí, en las materias que más me interesaban (de corte teórico), a ningún potencial pensador o pensadora como los que encontré para aquella tesina.

Simplemente veía gente que impartía esas materias, y los asuntos no eran tratados más que como curiosidades.

Para el segundo semestre, mi desencantamiento se hizo patente cuando veía que los profesores solo iban a repetir lo que decían sus libros, razón por la cual dejé de encontrar motivos para entrar a clases. El Derecho era presentado como una cosa estática, ahistórica. Con todo, conservaba el interés en las materias de Bienes y de Historia de las Doctrinas Económicas, pero no por el contenido de las materias, sino porque quienes la impartían, Jorge Mario Magallón Ibarra y César Flores Mancilla, hacían constante referencia a ideas filosóficas, o a motivos literarios. Era como si ellos encarnaran lo que aún era una esperanza para mí.

Sin embargo, un miércoles a las nueve de la mañana, después de la clase Bienes y durante una hora “muerta” que tenía, pude terminar por fin el tratado de Unamuno sobre el sentimiento trágico, y en ese instante me pregunté qué hacía cursando aquella carrera. Fue la primera vez que me planteé seriamente la posibilidad de cambiar el curso de mis estudios a Filosofía. Esta impresión se reforzó cuando pocos días después, César Flores, sin ningún titubeo, me preguntó qué hacía yo estudiando Derecho. Traté de darle una respuesta “sensata”, a la cual respondió con vehemencia que me estaba autoengañando; me dijo que no veía en mí ningún potencial real como litigante, pero sí lo veía en mis reflexiones filosóficas.

Con su singular franqueza me confesó que él mismo no había seguido a su *daimon*, y que esa no escucha le había significado una experiencia que no deseaba para mí. Además, me enfatizó en que nunca le hablé de algún jurista —al menos no más allá de las, así llamadas, “vacas sagradas”—, sino que siempre platicábamos de Wittgenstein, Heidegger, Kant... Así que para él la cosa era clara: no debía traicionarme a mí mismo. Un par de semanas después, me quedé de ver con una amiga íntima, Tania Preciado, para platicar de esta inquietud, y en el café al que habíamos decidido ir estaba un amigo muy cercano, Rodrigo Palomar, quien ya estaba estudiando Filosofía en la Universidad del Claustro de Sor Juana.

Cuando nos saludamos, sin que él tuviera noticia alguna de mis cavilaciones sobre el cambio de carrera, me preguntó: “¿Ya saldrá del closet, mi amigo filósofo?”.

Ahora que vuelvo a pensar en cómo resuena esa pregunta, reconozco que, aun siendo ya estudiantes de filosofía, la intención de filosofar era como si se tratara de un asunto que hay que preservar en lo oculto. Tania y Rodrigo me impulsaron a exponerme tal y como soy.

“Fue en octubre de 2003 que decidí decirles que me cambiaría de carrera. Primero trataron de persuadirme apelando a las dificultades económicas que ello implicaría para mi futuro, pero eso no era algo de peso para mí en ese momento.”

Me tomó algunos meses más decidirme plenamente por el cambio; en los meses de primavera de 2003 que aún iba a clases de Derecho, como no tenía dinero para los libros de filosofía, me refugiaba ora en la biblioteca Antonio Caso, ora en la librería Jaime García Terrés, a leer los textos que soñaba tener en mi librero. Hasta ese momento de mi vida, el dinero que obtenía trabajando con mi papá lo invertía en discos de música. Pero a partir de pasar tiempo en las bibliotecas y librerías de la UNAM, empecé a “llenar el puerquito” para obtener las obras de quienes me inspiraban a hacer el cambio de carrera. *La fe filosófica* y *La filosofía desde el punto de vista de la existencia* de Jaspers, la *Crítica de la razón pura* de Kant e *Hitos* de Heidegger fueron mis primeras adquisiciones.

Después de la Semana Santa de aquel año, si bien yo tenía resuelto el asunto para mis adentros, no había comunicado nada aún a mi familia. Fue en octubre de 2003 que decidí decirles que me cambiaría de carrera. Primero trataron de persuadirme apelando a las dificultades económicas que ello implicaría para mi futuro, pero eso no era algo de peso para mí en ese momento. Luego, si ya estaba muy avanzado, y de manera satisfactoria, en mis estudios jurídicos; finalmente, si no podría terminar primero Derecho y después hacer Filosofía. Nada de esto se me antojaba deseable; la simple idea de permanecer en Derecho me resultaba un sinsentido. No había manera, o al menos yo no hallé el modo, en que pudiera comunicarles esa experiencia íntima que era para mí poder entender los universos que se me abrían, y desde ahí sentir la vida de otra manera. Como era de esperarse, lo tomaron con

resignación en el mejor de los casos; en el peor, alguno me retiró el habla por meses.

El hermano mayor de mi padre, mi tío Juan “el Chino”, entendía un poco más de estas cosas, y fue el único familiar que logró adivinar lo que me impulsaba. Dado que siempre hubo un vínculo muy estrecho entre él y yo —decía que nuestra unión era única, y así lo creo aún—, sabía que lo mío era una decisión a todo o nada. El apoyo de mi tío, que no fue otro que sentarse a hablar conmigo para tratar de filosofar en conjunto, fue un aliento que me ayudó a atravesar el tiempo hasta la publicación del resultado de mi segundo examen de ingreso a la UNAM, ahora a la licenciatura en Filosofía.

Una última señal me hizo pensar que este era para mí el camino correcto. Para esta segunda prueba de ingreso me había preparado considerablemente menos respecto de mi examen de ingreso a Derecho. Pero el resultado que obtuve fue incluso mejor que aquel otro. Ya con conocimiento de haber sido aceptado tras el concurso de ingreso, para comprar mis libros conseguí un empleo provisional de cuatro meses en un taller mecánico en la colonia Portales —siempre estuve familiarizado con la mecánica automotriz por el oficio de mi padre—, hasta que en agosto de 2004 comencé oficialmente mis estudios de Filosofía.

¿Qué representan para ti las humanidades?

No creo que sea cosa sencilla responder a esta pregunta, pues para señalar lo que representan las humanidades para mí es preciso distanciarme de otras concepciones, incluso de aquellas que suponen que hay algo respecto de lo cual se diferencian —algo así como las no-humanidades—. Me parece que hemos conservado este nombre, no sé si con razones, para un conjunto de enfoques, disciplinas y métodos que parecen estar vinculados esencialmente con lo “humano”. Cuando el término fue acuñado en el sentido que preserva oscuramente hasta hoy, es decir, allá por la época renacentista en Europa, la expresión servía para señalar ese tipo de artes y saberes que se encuentran fuera de los estudios de lo divino, y que tienen por objeto a la realidad humana en su carácter terreno, tal y como fue pensada por las culturas griega y latina.

Más tarde, con el surgimiento de las ciencias fisicomatemáticas en la era moderna (s. XVII-XVIII), y con el desprendimiento de las ciencias experimentales durante el s. XIX, bajo el título de Humanidades, se entendió al estudio de todo lo proveniente de la existencia del humano: lenguaje, artes, religión, pero todo ello bajo la extraña etiqueta de expresiones de la “naturaleza” humana. Lo característico de esta etapa de las humanidades, en el mundo europeo y en el resto del planeta a través del dominio colonial, es que son desarrolladas bajo la creencia de que pueden adoptar para sí los métodos de las ciencias naturales. Así, lo humano trató de ser comprendido tal y como se conocen realidades físicas o biológicas. Y no es sino hasta fines del s. XIX que surge la pregunta radical por una posible fundamentación de las ciencias humanas, o ciencias del espíritu, desde una base que les fuera propia y no una mera trasposición e imposición del esquema del conocimiento de lo natural.

Es en esta época que aparece el singular cometido de Wilhelm Dilthey para la elaboración de una nueva idea de Filosofía. En su cometido, el pensador wiesbadense no solo intentó una fundamentación original de las ciencias del espíritu, o humanas, sino que además puso a la vista el hecho de que las ciencias naturales, más allá de toda su exactitud y verificabilidad, son producto del espíritu humano y por ello responden igualmente al modo de ser de la realidad humana en el cosmos. Si se me permite decirlo así, Dilthey divisó que en las ciencias naturales late igualmente el impulso, demasiado humano, de conocernos a nosotros mismos a través de lo que no somos.



Así, una comprensión más a fondo de las ciencias naturales, de qué y cómo conocen, solo podía provenir de un autoconocimiento aún más hondo de la realidad humana, y de aquello que expresa a través del lenguaje, la sociedad, el derecho, la economía, el arte, la religión, la metafísica, e igualmente por medio de las propias ciencias naturales. Es a esta comprensión de las Humanidades a la que me encuentro más cercano, es decir, siguiendo y transformando a Dilthey —quien, por cierto, es un pensador muy poco trabajado desde sí mismo hoy en día en el contexto nacional, a pesar de su peso decisivo, como el de un rey oculto, tanto para los derroteros de la filosofía europea, como también para los de la hispanoamericana.

“Así, una comprensión más a fondo de las ciencias naturales, de qué y cómo conocen, solo podía provenir de un autoconocimiento aún más hondo de la realidad humana.”

Empero, en mi opinión, desde esta noción que aquí solo puedo esbozar, hay que reconocer que la existencia de las humanidades, o al menos de la fuerza que las anima, no es algo que solo se dé en función del objeto de consideración —lo humano—, sino que apunta a una tarea constante de redescubrimiento y visión de conjunto de las conexiones cósmicas e históricas en las que se desenvuelve el acontecer humano. Y en dicha tarea está, a mi parecer, la posibilidad presente y futura de la filosofía. Si hay un significado válido para la expresión humanidades hoy en día, ese significado no puede suponer más la diferencia de unas disciplinas particulares “de lo humano”, frente a otras particulares “sobre la naturaleza”. Esta división ha sido fatal. Tampoco pueden ser pensadas más las humanidades como disciplinas de mayor rango, por una suerte de subordinación del conocimiento de lo no humano a los intereses humanos, pues en el curso de la historia efectiva, esa subordinación ha conducido a la devastación de la realidad que nos soporta.

Lo que puedan ser hoy las humanidades debe partir de la evidencia de que somos, a la vez, seres del universo y seres que nos buscamos hacer nuestro hábitat en ese universo. Humanidades, en este sentido que propongo, es el trabajo para el desarrollo de métodos y técnicas con las cuales podamos echar luz sobre nuestro

puesto en el cosmos, y las posibilidades que ello nos depara. La tarea actual de las humanidades, si son posibles, radica en un elemental procurar no omitir nada de lo dado si queremos ganar claridad sobre nuestra situación cósmica. Actualmente, dadas las terribles consecuencias de nuestra acción antropocéntrica sobre el planeta —y del antropocentrismo se derivan todas las otras formas de centrismo como eurocentrismo, machocentrismo, urbanocentrismo—, no pueden seguir negando las “disciplinas de lo humano” la necesidad de establecer diálogos con las “disciplinas de lo natural”, ni viceversa. Antes bien, como propósito actual y venidero se nos presenta el desafío de volver a desplegar una práctica interdisciplinaria y sinóptica acerca del fenómeno de lo humano en el mundo.

Este propósito puede sonar demasiado difícil de llevar a cabo, pero creo que se funda en un olvido de la vocación filosófica humana, en un olvido de sí de la humanidad respecto del potencial de la filosofía, como ya señalaba Jaspers en el siglo pasado. Este olvido de sí no es algo gratuito en nuestra situación actual, pues el cúmulo de datos del que hay que hacerse cargo en una visión sinóptica es vastísimo, inabarcable por una sola mirada, o desde un rincón privilegiado del mundo. En este sentido, por la formación que domina desde hace tiempo en las academias de filosofía —eminentemente guiadas por la convicción de que la especialización en un autor o en una escuela es una suerte “rigor científico”—, se impone un desafío previo, que es el de sacudirse primero el adormecimiento que supone esa convicción, ya caduca en su productividad de sentido, para entonces volvernos a entregar a una actividad filosófica que, como ya decía Aristóteles, ha de procurar saberlo todo en la medida de lo posible. No se trata aquí de erudición de unos cuantos, sino de saber captar y poner a la vista, en un constante diálogo crítico, las conexiones que brotan de los datos que aportan todos y cada uno de los saberes humanos y sus concepciones del mundo, en la pluralidad de sus orígenes.

Esta idea que señalo implicaría un radical cambio en el currículo de los estudios filosóficos —no así en el resto de las disciplinas, pues es comprensible de suyo que estas, sobre todo las de carácter técnico, precisan abocarse a las necesidades más perentorias—, pues ya no podría consistir más en esa historia lineal que proviene de la filosofía griega y que llega hasta nuestros días. Tampoco tendría más sentido —como de hecho creo que ya no lo tiene, aunque no lo sepamos reconocer— impartir cursos monográficos de autores o autoras; esta especialización pasaría a ser un complemento, no el centro del currículo filosófico. Frente a ello, la formación filosófica tendría que gestarse mediante un adentramiento en los diversos campos del saber y obrar humanos, para entonces hacer brotar desde ahí, con la respectiva comprensión histórica, los problemas perennes sobre qué podemos conocer, qué

podemos hacer, qué nos cabe esperar, y quiénes somos en este universo, el cual cada vez nos muestra con más contundencia que no lo conocemos aún en su medida.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

Como mencioné antes, el reto para mí ha sido el sobreponerme a la creencia tan arraigada en el imaginario popular de que la filosofía es algo inútil, o que no son más que cavilaciones taciturnas. A diferencia de como lo concebía hace algunos años, el obstáculo no lo encuentro en que se quiera asociar a la filosofía con la utilidad —pues estoy convencido de que se trata de una actividad o una actitud útil—, sino en la idea que nos hemos hecho de utilidad, i.e., para qué han de servir las cosas y saberes que producimos. Si en la expresión “utilidad” solo dejamos que resuene su significado económico, fiscal, entonces no tenemos más remedio que encogernos de hombros y reconocer que el filosofar no puede brindar ese rendimiento. Pero si por útil entendemos que se trata de algo que puede beneficiar a la vida de la ciudad, a la vida política y social de las personas, entonces creo que en la filosofía hay un potencial siempre aprovechable. Y digo que se trata de una utilidad social y política, porque no me parece que la filosofía se limite a ser una suerte de terapéutica individual —no digo que no pueda ser terapéutica, sino que no se limita a esto—; creo que además puede fomentar actitudes efectivas de escucha atenta de los otros, y para hacer un ejercicio responsable de la libertad de expresión en lo que concierne a los asuntos de la vida en común. En reiteradas ocasiones, mi maestro y amigo, Ricardo Horneffer, ha insistido en nuestras discusiones que la filosofía es una inclinación amorosa por un pensar conjunto —él usa la expresión *filo-dianoein*—. Si esto lo llevamos al terreno de la vida política, al filosofar podemos intentar confrontarnos de un modo que no es mera diatriba, sino más bien una exploración conjunta de lo que es conveniente para la coexistencia común.

En este sentido, la filosofía puede ser útil a un aprendizaje en la escucha de razones, en la examinación de estas, y en el ejercicio de ofrecer las justificaciones propias. En todo ello, al filosofar se recupera un principio básico de la conversación humana, el del reconocimiento de que uno solo, por sí mismo, nunca tiene una visión acabada de los asuntos que nos ocupan. Para estos tiempos que corren, tan

lentos de la cerrazón propiciada por la potencial traslucidez deformadora de los cercos aritméticos que operan en las redes sociales (fuente dominante de nuestra información sobre el mundo), creo que la filosofía puede ser de ayuda para un acercamiento alternativo hacia los que piensan de modo diverso, incluso opuesto, al nuestro. Los obstáculos de la cerrazón y la polarización no son removidos nunca definitivamente por la filosofía, siguen estando ahí a pesar de ella, pero ella puede explorar vías para sobreponerse a aquellos, para ayudarnos a entendernos a pesar de su persistente resistencia.

¿Y dentro de la filosofía, ¿cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado?

Esta es una pregunta candente, porque invita a desnudarnos, a ver lo que hemos hecho durante mucho tiempo de nuestra profesión y vocación. Retomo algo que dije antes: la especialización. No la entiendo más, no la comparto; intento no practicarla. Cuando nos titulamos y graduamos, no dicen los documentos que seamos licenciados en Aristóteles, Alberto Magno, Descartes, Kant, Idealismo, Fenomenología, sino que somos licenciados, maestros, doctores *en Filosofía*. Dicho de otro modo, podemos pasar nuestros estudios filosóficos como si se tratara de un diplomado, y no como una carrera *universitaria*. Más aún, encontramos en diversos posgrados del país que se ostentan como estudios filosóficos de alto nivel, pero en letra chiquita nos dicen que en realidad están especializados en esto o aquello. Entonces nos enfrentamos a situaciones desilusionantes: como principiante, no eres del todo escuchado y comprendido porque quien escucha tus ideas e inquietudes no habla “tu lenguaje”, sino que solo sabe expresarse en sus propios términos.

Parece que entonces ha quedado sepultada esa experiencia que todos tuvimos de ser alguna vez principiantes. O bien: ya con alguna formación encima, entras a la clase de alguna “eminencia”, pero al provenir de otra perspectiva que le resulta hostil —y es sumamente extraño que como filósofos lo opuesto nos resulte hostil—, inmediatamente carga visceralmente contra el argumento que tratas de exponer. Esto último lo viví más de una vez, sobre todo cuando pretendías validar el argumento de algún pensador de inspiración cristiana —porque ¡ah qué prurito produce la palabra “Dios” en los pasillos y aulas de la facultad en la que me formé!

Estos ejemplos que pongo creo que son desilusiones que emanan del vicio de la especialización, que no es otra cosa que saber mucho de muy poco, o, dicho de otro modo, creer que se tiene un amplio sentido del gusto por solo saborear siempre el mismo platillo. Luego, sobre esta estrecha amplitud, se forman acólitos antes que filósofos, es decir, grupos de gente que, en rigor, solo comparten los mismos gustos, y no la inquietud fundamental por llegar a saberlo todo en la medida de lo posible. A mi parecer, la especialización filosófica es la principal enemiga de la vocación filosófica, y cada una de ellas proyecta un sendero muy distinto en lo que respecta a la práctica profesional. Afortunadamente, mi trabajo con Ricardo Horneffer lo he podido desarrollar siempre con entera libertad, es decir, siempre he experimentado con él la apertura a lo diferente —de lo contrario, me habría encontrado en la penosa situación de no tener quién me dirigiera mis investigaciones de licenciatura y doctorado—. Así, el reto más acuciante en este punto es volver a despertar en nosotros la disposición para filosofar acerca de todo, y con todos, y no solo empeñarnos en esos soliloquios que únicamente reproducen nuestras concepciones previas.

“Estos ejemplos que pongo creo que son desilusiones que emanan del vicio de la especialización, que no es otra cosa que saber mucho de muy poco, o, dicho de otro modo, creer que se tiene un amplio sentido del gusto por solo saborear siempre el mismo platillo.”

Otro reto al que me he enfrentado, y al que se enfrentan los que aún están en plena etapa de formación, es el de hacer valer la calidad de los productos filosóficos de habla hispana, y de manera señalada, los que provienen del contexto nacional. De manera velada, por el colonialismo intelectual imperante en la supuesta “comunidad internacional”, los escritos en español, de suyo, son vistos como algo inferior. Y si a eso se le suma su origen latinoamericano, entonces no eres evaluado desde cero, sino como si empezaras con números negativos. Lo que hoy se considera como “criterios internacionales de calidad” son la cristalización de una discriminación intelectual imperante, y ante la cual nos hemos postrado.

Tampoco nos prestamos un buen servicio como comunidad hispanohablante al intento de sobreponernos a ese mecanismo de exclusión, pues el currículo de las carreras considera como un mero suplemento el aprendizaje de otras lenguas, y de manera señalada, de aquellas que son las dominantes en el contexto actual (inglés, alemán, francés). Y en la mayoría de los casos, las lenguas clásicas también son excluidas de la formación básica. Que los estudiantes de filosofía aprendan esos idiomas es considerado como un mérito, como un esfuerzo extra para salir adelante, para destacar frente a los que no “le echan tantas ganas”. A la luz de esto, no me puedo ya ni siquiera representar la experiencia de aquellas personas que hablan lenguas originarias en nuestro país, y que tratan de dialogar con el pensamiento de origen europeo. En todo caso, estamos aquí ante un mecanismo que precisamente inhibe un componente esencial del diálogo: el esfuerzo compartido por entendernos.

“De manera velada, por el colonialismo intelectual imperante en la supuesta ‘comunidad internacional’, los escritos en español, de suyo, son vistos como algo inferior.”

Lo que vivimos en la filosofía hispanoamericana es que, antes de poder decir lo que pensamos con rigor para todo el mundo, debemos mostrar el carné de que lo podemos expresar en una de esas otras lenguas. No hemos sabido hacer valer como una contribución filosófica de peso que, mucho del pensamiento que se ha producido en inglés, alemán y francés, ha tenido en las comunidades hispanoamericanas un espíritu abierto de recepción e interlocución productiva. Pongo un ejemplo: en la página de presentación de la plaza de investigación de Dilthey (*Dilthey-Forschungsstelle*) en la Universidad de Bochum, se mencionan solo los esfuerzos de traducción de la obra diltheyana al inglés, al francés, al ruso, al portugués, y no hay una sola mención del trabajo pionero de traducción al español que hizo Eugenio Ímaz en la década de 1970. ¿Por qué no hacer valer este trabajo? ¿Es, de veras, algo digno de omitirse? Más allá de los problemas que tenga la organización de los tomos de la traducción de Ímaz, los volúmenes de su trabajo son más que cualquiera de los que hay en otros idiomas, y la traducción es, en sí misma, de calidad.

Pero en la plaza no hallamos una sola palabra sobre esto, ni sobre, como mencioné, el papel decisivo que tuvo su concepción de la historicidad para el desarrollo de la filosofía latinoamericana. Hay un hueco aquí que, respondiendo a la herencia de la realidad de nuestro pensamiento, debemos intentar cubrir con los métodos y herramientas de los que hoy disponemos. Nuestra tarea es, sin duda, el hacernos el lugar que nos corresponde, por mérito propio y en nuestra propia lengua, en las discusiones internacionales; las comunidades de habla inglesa, francesa y alemana deben hacer su propio esfuerzo por entenderse con nosotros. Y lo mismo vale respecto de nuestra posición ante las cosmovisiones originarias: está en nosotros el hacer el esfuerzo por comprenderlas y establecer un genuino diálogo con ellas.

¿Cuál ha sido tu experiencia en estancias académicas?

He tenido un par de salidas al extranjero, en el contexto de mis investigaciones de maestría y doctorado. Afortunadamente, para ambas conté con el apoyo de la administración del Posgrado en Filosofía de la UNAM, y del Conacyt. En las dos ocasiones fui a la Universidad Complutense de Madrid. Gracias a la intervención de Ángel Xolocotzi, pude trabajar bajo la tutoría de Ramón Rodríguez, dentro de su grupo de investigación de Fenomenología y Hermenéutica. Así como Ricardo Horneffer lo fue en mi formación en la UNAM, Ramón Rodríguez fue para mí un doctor-padre en mi estancia en Madrid.

Dada esta situación, mi experiencia allá fue sumamente enriquecedora, pues además del apoyo afectivo de Ramón, pude estar en contacto con investigadores y estudiantes sumamente generosos con sus conocimientos y experiencia, como Alejandro Vigo, Carmen Segura, Luisa Paz Rodríguez, Stefano Cazzanelli, Francois Jaran, Bernhard Obsieger, Francisco de Lara, Guillermo Tirado. Además, pude tener acceso más inmediato a textos que desde México me era imposible conseguir, o que su espera habría retrasado mis pesquisas. Con Ramón y su grupo me sentí en casa —y también la Complutense fue como una patria para mí—, pues encontré esa forma de diálogo que, sobre la base de la vocación filosófica, está abierto a una confrontación sin reservas.

De manera señalada, en mi segunda estancia de un año en el contexto del doctorado, presenté la crítica de Hartmann a la propuesta heideggeriana, la cual no era muy bien valorada y comprendida en el contexto del grupo de Ramón. Sin

embargo, fue precisamente la apertura crítica del grupo para volver a escuchar lo que aparentemente era ya un caso cerrado, lo que promovió que mi propuesta se fortaleciera. Esta experiencia de resistencia, aunada a la postura crítica de mi comité tutor (Ricardo Horneffer, Alberto Constante y Ángel Xolocotzi), fue lo que desencadenó el rigor que busqué y logré en mi disertación.

El fruto de ello fue el premio *Norman Sverdlin* a mi tesis doctoral, por parte de la FFyL de la UNAM, como la mejor del año 2017.

¿Dónde trabajas actualmente?

Colaboro de manera constante en dos instituciones de educación superior, la Universidad Iberoamericana y el Centro Universitario Verbo Encarnado. En este último trabajo desde 2017, en aquella desde 2019. En el CIW imparto la clase de Introducción a la filosofía y Seminario de análisis histórico para diversas carreras; en la UIA, formo parte como profesor de asignatura del Departamento de Reflexión Interdisciplinaria, e imparto las materias de Persona y humanismo y de El problema del mal y la libertad personal. En ambos casos se trata de materias de tronco común, lo cual me obliga a tratar de ser siempre lo más claro posible, pues los estudiantes no se dedican a la filosofía, salvo algunos casos en la UIA.

En todo caso, en el contexto en el que me muevo, mi práctica docente está siempre dirigida a tratar de despertar y fortalecer el ánimo de los estudiantes en lo que respecta a la reflexión filosófica en conjunto. A pesar de lo difícil que es fomentar esta reflexión en un solo semestre para principiantes, las experiencias que he tenido son sumamente gratificantes, pues resulta bello en verdad observar cómo gente que no se atrevía a esta forma de pensamiento, la logra desplegar con rigor y seriedad. Mi labor docente, a la que veo esencial para mi ejercitación filosófica, me hace sentir que siempre estoy en los comienzos. Además de estas materias, por la amistad que me une con Ricardo Horneffer, he colaborado en los dos últimos semestres de invierno-primavera en su cátedra de Metafísica; en la primera ocasión me ocupé de exponer algunas claves del pensamiento de Dilthey en relación con la idea de formación humana, y ahora estamos abordando a Heidegger, igualmente interpretándolo desde la pregunta por la *paideia*.

¿En qué proyectos de investigación trabajas actualmente? ¿Cuáles son los objetivos de estos proyectos?

Desde 2019 colaboro en el proyecto PAPIIT del Seminario de Metafísica de la UNAM, Metafísica y *paideia*, a cargo de Ricardo Horneffer. Además desde el año pasado, con mis amigos César Pineda (UIA-Puebla) y Mario Díaz (UATx), empujados por las condiciones de la pandemia, conformamos el Seminario Interuniversitario de Ontología y Metafísica (SIOM), en el que ofrecemos seminarios gratuitos para todo público a distancia; el primero fue sobre Platón (una introducción tradicional y de divulgación a las nociones de bien, verdad y belleza), y el actual es sobre la lección de 1929/30 de Martin Heidegger, *Los conceptos fundamentales de la metafísica*. Según me lo comunicó, César logró que le aprobaran un proyecto llamado *Cosmografía ontológica. Hacia una heurística filosófica multidisciplinaria* en la UIA-Puebla, y en el que colaboraremos con Mario y más colegas para la recuperación de algunos pensadores y pensadoras del s. XX poco visitados. Además, Zaida Olvera y yo tenemos proyectada una traducción de la obra capital de Helmuth Plessner de 1928, *Die Stufen des Organischen und der Mensch* (*Los estratos de lo orgánico y el humano*). Finalmente, como proyecto personal, está mi postdoctorado, *La transformación ontológica de la Hermenéutica. Wilhelm Dilthey ante la estructura del mundo espiritual y el problema de una comprensión histórica del mundo*.

En realidad, todos los proyectos tienen, en lo que respecta a mis contribuciones, un único hilo conductor, que es el de elaborar una nueva aproximación a la propuesta filosófica de Wilhelm Dilthey. El impulso me viene de descubrir, a través mis estudios de Nicolai Hartmann y su ambiente espiritual, que es el filósofo wiesbadense quien pone en marcha una nueva manera de concebir la realidad de lo histórico, y con ello, impone la necesidad de una nueva concepción de lo que quiere decir *realidad*. Esta aproximación que intento tiene como motivo una recuperación del principio de realismo —existencia de una realidad independiente del conocer humano— que el propio Dilthey reconocía en sus investigaciones sobre la constitución del mundo histórico. También reconoce el filósofo wiesbadense que la realidad espiritual humana está soportada por otros estratos, con los que guarda conexiones. De la resonancia de Dilthey en la ontología de Hartmann, a la que se suma la que hay claramente en el proyecto filosófico de Helmuth Plessner, hay poco conocimiento en nuestra lengua, y quisiera contribuir a avivar la discusión en torno a estas conexiones.

Partiendo de lo anterior, mi colaboración en el proyecto interdisciplinario del Seminario de Metafísica ha consistido en enfatizar el modo según el cual se da la formación histórica del sí mismo, de los individuos, dentro del contexto de una crítica de la razón histórica. Hablamos de formación (*paideia* en griego, *Bildung* en alemán) y no de educación, pues esta es solo una parte de aquella. Así, formación es el concepto que exploramos, desde la Filosofía y la Pedagogía, para aclararnos cómo es que llegamos a ser lo que somos, así como los factores que intervienen en ese proceso, y las implicaciones metafísicas que hay en la idea conductora del proceso de formación. En este contexto, Dilthey nos ha servido para preguntarnos, dentro del proyecto de una crítica de la razón histórica, qué quiere decir que la filosofía propiamente florece como doctrina de la formación humana. La cuestión es: ¿cuál y cómo es la repercusión de la realidad de la filosofía en el mundo si se la entiende como doctrina de formación?

Ya he dicho algo brevemente sobre la colaboración con Mario y César, pero quisiera agregar una observación. Con mis amigos comparto la intención de conformar una red de investigación especializada en los campos de la Metafísica y la Ontología, en la que la comunidad hispanohablante pueda presentar sus ejercicios de pensamiento en estas ramas. De estos ejercicios pretendemos obtener publicaciones colaborativas que puedan ofrecer una escena más amplia y plural de la discusión en torno a la filosofía primera.

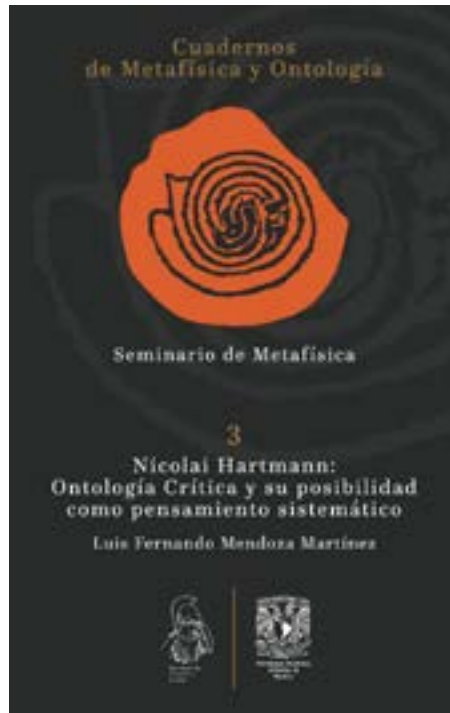
Igualmente, en conexión con el desenvolvimiento del problema de lo histórico en la primera mitad del s. XX, ya desde hace tiempo hemos coincidido Zaida Olvera y yo en que la figura de Plessner ha podido ser poco apreciada, incluso en Europa. Existe un naciente interés por su pensamiento en nuestro idioma, como lo demuestra las recientes traducciones de *Limites de la comunidad* —donde anuncia su proyecto de Antropología Filosófica—, *Poder y naturaleza humana* y *La nación tardía*.

En el contexto actual, en el que hay un interés renovado por las preguntas acerca de la relación de lo humano con la vida, la voz de la obra capital de Plessner —su concepción de la realidad estratificada y la posicionalidad excéntrica del humano en el cosmos— podría prestar buenos servicios al desarrollo de aquellos temas.

Finalmente, volviendo a lo estrictamente personal, me encuentro en una suerte de paso de cangrejo, caminando hacia atrás en mi comprensión del desarrollo de la filosofía alemana de la primera mitad del XX. Tras mis investigaciones en el doctorado, sentí que me faltaban piezas para entender lo que animaba a la Fenomenología, a su transformación hermenéutica, a las discusiones de estas

posturas frente a sus contemporáneas. Pero todas las señales que me saltaban en el camino fueran desde el neokantismo, o desde la Antropología Filosófica, e incluso desde la Teoría de las Categorías y del Raciocionalismo, me remitían a Dilthey. Con este ir hacia atrás no busco reivindicación alguna, sino que deseo poner a la vista una serie de conexiones que hasta ahora nos han quedado ocultas. En la medida en la que las consideremos, podremos también hacernos una mejor idea de cómo repercutieron las expresiones “antropología filosófica”, “historicismo”, “filosofía de los valores”, “concepción del mundo”, entre otras, en el desarrollo de la historia de las ideas en general, y de manera señalada, en América Latina.

Colaboraciones y obra propia del autor



Zaida Verónica Olvera Granados



Nació el 3 de agosto de 1983,
en la Ciudad de México.

Institución de adscripción: Tiempo completo en la
Universidad Autónoma del Estado de Morelos y profesora
de asignatura en la UNAM

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Creo que no llegué a la filosofía, sino que ella llegó a mí a través de varias experiencias infantiles: una vez me paralizó en seco y me detuvo en la calle con un limón en la mano, obligándome a preguntarme por las razones que

me hacían llamar a aquello que llevaba en la mano “limón”. También apareció con la experiencia de la muerte... disfrazada de una punzante pregunta sin respuesta, o al experimentar culpa, acuciándome con la búsqueda de definiciones satisfactorias del bien y del mal.

Seguramente muchas niñas y niños experimentan inclinaciones filosóficas a partir de este tipo de preguntas que remiten a problemas de nuestro quehacer, por ejemplo: fuertes problemas morales o preguntas por el origen del significado, e incluso preguntas sobre las relaciones sociales o políticas —¡he escuchado toda clase de preguntas interesantes de las y los niños!—. También pueden ya atisbar respuestas incipientes, o encontrar formulaciones cada vez más precisas de sus problemas. Creo que es importante reconocer la tendencia a la pregunta en edades tempranas y fomentarla. Aunque suele utilizarse como un cliché, en verdad creo que la curiosidad infantil, de ejercitarse, podría estimular la vena filosófica y dejar el hábito encendido para una vida más atenta a la complejidad de lo real.

Pienso que enseñar a refinar el arte de plantear preguntas es una tarea para todx educador/a. Se puede, así, estimular la curiosidad y atizar la insatisfacción intelectual. Esta es una insatisfacción fértil, creo, pues nos empuja a comprender que nuestra realidad puede vivirse también como un conjunto cada vez más pletórico de relaciones que nos determinan y que contribuimos a determinar. Esta insatisfacción puede conducirnos a la visión espinosista del todo geométrico, y, finalmente, a una ética del *ser con los otros*.

Para regresar al punto..., además de las extrañas experiencias que tenía de niña, otro elemento que me condujo a la filosofía fue que tuve la suerte de tener una hermana mayor que, al llevarme la delantera en todo y desde siempre, ha dejado detrás, para mí, sus experiencias y sus libros. Fue así como dejó tras de sí, para mí, sus libros de filosofía de la preparatoria en mi vida de estudiante de secundaria.

La vieja edición de Porrúa de *Los diálogos* de Platón fue mi primer libro de filosofía. *El Simposio*, mi primera lectura. No entendí gran cosa, por no decir nada, pero definitivamente no me dejó indiferente. Me inquietaba sobre todo el uso de ciertas palabras —en particular el Bien. Desconocía aún las críticas a las preguntas esencialistas del tipo ¿Qué es...? y me obsesionaba por las definiciones. ¡Platón tenía siempre la exasperante elegancia de nunca responderlas!

Entré a la Facultad de Filosofía en Querétaro —lugar donde viví varios años— casi de manera natural, aunque en honor a la verdad debo decir que años antes de entrar a la universidad me empeciné con estudiar biología marina, algo que nunca conseguí.

En realidad, ninguna de las opciones que sugería satisfacía a mi familia: estudiar biología marina hubiera supuesto abandonar Querétaro por Baja California, y estudiar filosofía suponía para ellos mi proscripción de la vida decente o algo por el estilo.

Cuando vi que sería imposible estudiar biología me hice a la idea, sin dificultad alguna, de que entraría a la facultad de filosofía y en cuanto lo comprendí mis años de la preparatoria se convirtieron en una especie de incubación, durante la cual se instauró definitivamente un hábito de lectura de todo lo que caía en mis manos. Por extraño que parezca —o no—, ese hábito significó de manera colateral un desapego de las personas de mi generación. No lamentaba no tener afinidades con mis compañerxs, de hecho, disfrutaba del carácter excepcional que me conferían mis placeres, pero en retrospectiva me parece asombroso que el progresivo aislamiento al que me entregué gustosa provocara tanta perturbación para mis padres e incluso para mis profesores.

Admito que no fui una adolescente fácil —¿quién lo es?—. Pero creo que tampoco era tan grave lo que me ocurría y que la preocupación que generaba mi actitud era un tanto hiperbólica. Tan preocupados estaban mis padres que el hecho de que hubiera entrado a la universidad los reconfortó, creo. El hecho de que la filosofía fuera una carrera que veían con (muchacha) desconfianza era secundario frente al hecho de que iniciaba estudios universitarios. El terror reapareció cuando conocieron a mis nuevos amigos de la facultad.

Siempre sentí que mis padres imaginaron entraría en razón. Tal vez pensaron que a mis diecisiete años prolongaba obstinadamente una adolescencia tardía y que ya se me pasaría. Lamentablemente, mi adolescencia tardía sí pasó, afortunadamente mi amor por la filosofía no y el estudiarla, lejos de convertirla en un objeto distante, confirmó una vocación a la que no he renunciado.

Ahora, el universo en el que me adentré no me parecía tan demandante como esperaba. Y esto no lo digo porque la filosofía me pareciera fácil, sino porque no me sentía satisfecha con algunos profesores a los que reprochaba cierta falta de pasión —aburrimiento, mecanización de la profesión— o cierto conformismo. Lamentaba particularmente la ausencia de una virtud filosófica

que admiro en quien la detecto: la apertura y el conocimiento de diversas e incluso “antagónicas” tradiciones. Me parece muy estéril atascarse en un/a solo autor/a o en oposiciones, como si la filosofía fuera un partido de fútbol en donde estás obligada a irle a un equipo sin antes haber entendido el juego.

Alguna vez una amiga me dijo que esa —la del partido de fútbol— era una actitud demasiado masculina de comprender la filosofía. No sé si la visión agónica es necesariamente masculina, pero encuentro que *la oposición simple*, para hablar con Hegel, puede resultar estéril, y que *la síntesis* y el bricolaje —la síntesis no siempre es armoniosa ni estable— pueden resultar más desafiantes y eventualmente más enriquecedores. Pero esto es precisamente lo difícil. El conocimiento especializado de la obra de un/a autor/a es una parte necesaria de nuestra labor, pero no necesariamente es un fin en sí mismo.

“Me parece muy estéril atascarse en un/a solo autor/a o en oposiciones, como si la filosofía fuera un partido de fútbol en donde estás obligada a irle a un equipo sin antes haber entendido el juego.”

Criticar la hiperespecialización puede parecer extraño cuando quien responde ha trabajado la filosofía hegeliana durante gran parte de su carrera —y la filosofía hegeliana se presta particularmente para este tipo de actitudes sectarias—, pero no me considero sectaria. Aunque me cuesta trabajo, intento ahora darles más voz a mis intuiciones filosóficas que a mis conocimientos especializados.

Esta pregunta es muy importante para mí. Su planteamiento aquí y ahora coincide con una serie de cuestionamientos que he hecho en mis últimas investigaciones. Es realmente una pregunta inquietante y que solo puedo responder aproximativamente señalando varios niveles.

En primer lugar, habría que hablar de las humanidades como la antigua tradición occidental que es. El saber humanista emergió como una especie

de reacción al rígido sistema de las universidades medievales y puede ser considerado globalmente —y saltándome muchos matices— como un giro hacia intereses más *terrenales*. En un principio el saber humanista no fue, sin embargo, la obsesión onanista por el ser humano. Visto en términos más generales, el humanismo renacentista no tenía que ver solo con el estudio de la literatura o con la filosofía liberada de la teología sino con, por ejemplo, el interés y estudio por/de las artes de la guerra, los juegos pirotécnicos, la anatomía, y *con el estudio de la naturaleza*.

En segundo lugar, hay que admitir que hoy en día, tanto en la definición como en la práctica, las humanidades significan casi lo contrario del movimiento al que deben su nombre pues ya no se practican con la apasionada avidez de abarcar, no solo en la teoría sino en la práctica, diversas actividades humanas, incluidas sus prácticas científicas, sino que han limitado su campo de interés a un objeto de estudio comprendido parcialmente: el ser humano como entidad espiritual.



Para aclarar esto último debo aludir a esta famosa diferencia metodológica entre *Natur* y *Geisteswissenschaften*, o ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu. Como se sabe, con Dilthey y Rickert las *Geisteswissenschaften*, o las ciencias del espíritu o de la cultura terminaron por separarse, casi quirúrgicamente, de las *Naturwissenschaften*, o ciencias de la naturaleza. La estructura curricular o la división de facultades en las universidades contemporáneas, incluidas las

mexicanas, sigue obedeciendo también a este binarismo; se le obedece incluso en el diseño arquitectónico de la universidad como espacio físico.

Esta división, si bien comenzó siendo metodológica, ha cobrado por momentos aspectos de división ontológica, me convence cada vez menos, pues creo cada vez menos que se puedan disociar fenómenos “espirituales” de los naturales.

Tengamos en cuenta que la palabra “espiritual” en este contexto no significa “suprasensible” o “supernatural”. Proviene del uso que Herder y Hegel hicieron de dicho concepto en su día. Lo “espiritual”, frente a lo natural, en el propio Hegel, tiene una supremacía inequívoca toda vez que lo espiritual se emparenta con la libertad y la historia humana, mientras que lo natural se emparenta con el determinismo y el estatismo de un mundo sin voluntad ni conciencia.

A partir de aquí, se ha pretendido que hay dos métodos generales de conocimiento, uno para lo espiritual, libre, histórico, y otro para lo determinado, lo cual ha tenido como consecuencia la progresiva disociación entre dos ámbitos de la realidad —aunque Dilthey no suscribiera esta división ontológica—: el ámbito de lo representado y el ámbito de lo vivido; o la realidad objetiva y la realidad subjetiva o intersubjetiva.

Creo que la separación que Dilthey promovió fue, en realidad el efecto de una larga, larguísima tradición cultural que nos ha legado consecuencias ecológicas y sociales atroces. Insistir en un ámbito con márgenes definidos llamado “humanidades” es insistir y perpetuar una actitud mental hacia lo otro —generalmente lo no humano— que no nos favorece y que empobrece nuestra realidad y nuestros discursos. En consecuencia, creo que hablar de “humanidades” como el espacio del saber dedicado al ser humano necesita ponerse en cuestión y es necesario admitir que esta especie no puede entenderse y tratarse al margen de su relación con las otras especies, con su medio, con su espacio, con sus aspectos determinados, con el hecho de que es producto de la evolución, como todas las poblaciones del planeta —por evolución me refiero aquí al concepto darwinista, no hegeliano... y contrariamente a este último, el primero implica la asunción de la interacción entre especies, el medio físico, y el azar—. En otras palabras, las humanidades deben destruir, como sugiere Jean-Marie Schaeffer, la “tesis de la excepción humana”.

Nuestro discurso sobre el ser humano debe estar a la altura de lo que hace el humano. Pero es que no solo hace poesía o conceptos, no solo crea herramientas culturales o habla... también hace ciencia, extermina especies, contamina, lanza objetos que exploran el espacio, en cierta medida se apropia de él, o eso pretende; está expuesto a otras especies con las que convive dentro y fuera de su cuerpo, y por supuesto, enferma, es decir, es un ser más entre seres, *una cosa entre cosas...* O como dice Hegel también —lo que me permite seguir apreciándolo— es que un aspecto de la subjetividad es ser objetividad. Como objetos sujetos al deseo [*Begierde*] de los demás.

“las humanidades deben destruir, como sugiere Jean-Marie Schaeffer, la ‘tesis de la excepción humana’”.

El virus que nos mantiene encerrados en nuestras casas y nos obliga al teletrabajo —o a exponernos en el espacio público porque no tenemos la posibilidad de trabajar a distancia— es un clarísimo ejemplo de lo que quiero decir. Pensar en nuestro aspecto objetivo es pensar en nuestra vulnerabilidad como individuos y como especie.

Creo que la dirección que las humanidades deberían tomar hoy es la dirección crítica. Fomentar la autocritica y la crítica a los discursos que siguen operando bajo la falsa premisa de la ya mencionada tesis de la excepción humana; y la filosofía debería asumir la tarea más singular de diseñar conceptos que nos permitan desarrollar discursos más complejos sobre una realidad de la que el ser humano solo es una parte: una ontología que revitalice el problema de la multitud desde una perspectiva multiespecista, una ontología más cercana a Plessner y a Jonas.

¿Por qué se ha alejado la filosofía de la física, en dónde están los audaces experimentos románticos con la química? ¿cómo integrar en nuestras reflexiones filosóficas las nuevas concepciones de lo orgánico? —¡hay tanto que replantearnos!—. En general, ¿qué ha sucedido con la *Naturphilosophie*? No planteo esta pregunta con el ánimo de retomar las reflexiones puntuales de un Schelling en donde se quedaron. Las ciencias, y nuestra relación con ellas,

han cambiado desde entonces, sin duda. Sin embargo, estoy convencida de que a las humanidades les hace falta una interacción más viva, más curiosa, más despierta, con ellas. Tampoco quiero decir que la filosofía deba convertirse toda en filosofía de la ciencia o que abrace sin crítica un concepto problemático de objetividad. Lo que quiero decir es que deberían de invertirse más esfuerzos filosóficos en la creación de discursos híbridos o en el estudio de la hibridación soterrada de la que una exploración arqueológica de los grandes sistemas filosóficos puede dar cuenta.

En conclusión, me gustaría poner las cosas en términos kantianos: una filosofía —o en conjunto, las humanidades— que solo reflexione sobre el ser humano sin meditar, criticar, conocer, situar a las ciencias y trabajar con ellas, es vacía, y, a su vez, una vida científica sin reflexión, conciencia social, ecológica e histórica es ciega —y peligrosa.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

Además de mis propias limitaciones y el reto permanente de intentar rebasarlas —aunque sea un poco, aunque siempre de manera insuficiente— o de lidiar con ellas y aceptarlas, me vi enfrentada, por ejemplo, al reto de las limitaciones culturales de México.

La filosofía y el camino hacia ella no puede prescindir de estímulos intelectuales, estéticos, literarios, etc., pero tener un bagaje medianamente aceptable para entrar a la universidad no es, pienso, tan fácil para lxs preparatorianxs, y menos en un país en donde el acceso a los libros y a la cultura sigue siendo un lujo. En todo caso, la experiencia de una preparatoria fuera de la CDMX y dentro de ella no es la misma en términos de oferta cultural. Yo siempre lamenté, por ejemplo, no tener al alcance todos los museos de la ciudad. Alguna vez me escapé de Querétaro para ir a un concierto o visitar alguna exposición, pero no era tan fácil.

Mis padres también nos hicieron visitar alguno que otro museo, ¡pero yo quería más!

Trabajar en una librería durante la carrera me permitió hacerme de mucho material, tanto literario como filosófico. Por otro lado, la oferta cultural en Querétaro en aquella época —hace 20 años— no era del todo mala, aunque lamentablemente el acceso nunca podrá compararse al que se tenía y se tiene en la Ciudad de México. El centralismo de este país irradia su malsana influencia hacia todos los ámbitos de la vida.

Hoy en día internet puede paliar algunas carencias de acceso a la cultura, pero es un arma de doble filo.... Y no es una garantía de cultura de calidad: Si bien, sin duda, los libros son ahora más fáciles de conseguir y las películas de ver, la red está saturada de basura. Esto representa un problema cuando no tenemos una educación más selectiva.

Este punto me lleva a otro reto al que me he enfrentado en mi camino a la filosofía y que creo que es un reto permanente para todxs. Me refiero a lucha en contra de lo que con Flaubert llamo nuestra *educación sentimental*, es decir, una permanente puesta en cuestión de ciertos valores culturales que recibimos en nuestras familias, en nuestras escuelas.

En mi caso, me refiero concretamente a caer en la cuenta de la educación machista y conservadora que he recibido. Nos inculcan la gazmoñería y la timidez —en mi caso y seguramente en el de muchas mujeres—. Pero creo que en el plano intelectual se debe hacer el esfuerzo de perderla. ¡El *sapere aude* no es una bobada a la que un tal Kant nos hubiera conminado nada más por que sí! Es una especie de deber en nuestro ámbito, y es un deber que, para poder ser cumplido cabalmente, requiere de un cierto grado de valentía y audacia.

Así, para llegar a la filosofía tuve que alejarme de muchas esferas que me impedían desarrollar esta condición emocional, por llamarla de alguna manera, y me volví muy solitaria e independiente.

Mis padres siempre hicieron esfuerzos para que yo contara con la educación que creyeron que era la mejor para mí, y por suerte para mí, no me limitaron en la búsqueda de más estímulos intelectuales (aunque mi padre alguna vez intentó convencerme de ya no leer tanto a Nietzsche, quien me atraía especialmente durante mi época preparatoria, y aun después), pero sé que si hubiera sido un varón, mis padres me hubieran dejado explorar más libremente por la vida y se hubieran sentido menos temerosos de saberme autónoma.

Tener hijas en este país y educarlas en la libertad física, emocional e intelectual, da mucho miedo. Ganar esa libertad también da miedo, pero creo que es un pasaje necesario. La posibilidad de adquirir experiencias ricas y variadas nos forma, temple nuestro carácter y eso es un aspecto importante para aprender a tomar posición dentro de la filosofía.



¿Y dentro de la filosofía?

La filosofía como carrera universitaria y ámbito laboral tiene muchos encantos y eso es algo que resalta siempre en mi visión retrospectiva y actual de mi experiencia. Percibo los retos que he encontrado al estudiarla como parte de su atractivo. Al ser una carrera vocacional los idiomas que hay que aprender para acercarse mejor a ciertas tradiciones, la disciplina y el rigor al que hay que obligarnos, las lecturas, incluso lo que nos interesa menos, etc., aparecen como aspectos necesarios de algo que me gusta hacer. Sin duda he tenido que estudiar cosas que no me interesan, o tuve que estudiar con personas que tampoco me interesaban nada, solo por no perder mi promedio (en Querétaro no teníamos muchas opciones para cursar materias con otros profesores); y

cuidaba mucho el promedio pues era la opción que tomé desde muy al inicio de mi carrera para titularme porque, por un lado, tenía que trabajar al terminar, y por otro, me sentía muy insatisfecha en esa facultad y no quería permanecer más ahí, a pesar de que, por otro lado, tuve profesores que aprecié muchísimo.

Uno de los mayores retos fue que debía cubrir muchas lagunas en mi deficiente formación de licenciatura, y de cualquier modo los estudios de licenciatura serán siempre insuficientes para quien descubre que la filosofía es un pozo sin fondo. Aquí emergió un reto monumental que fue el acercamiento a la filosofía kantiana. Hegel representó un enigma permanente a lo largo de mi carrera, pero me di cuenta de que para empezar a desentrañarlo debía estudiar a Kant a fondo (¡la remisión a los antecedentes siempre ha sido para mí un tema muy angustioso, porque una nunca acaba!), lo que volvía todo el asunto bastante desesperanzador, sobre todo porque no tenía buenas bases. Mi acercamiento a Kant fue siempre muy tortuoso y difícil porque a él sí que me acerqué sin ninguna guía, arrojándome de bruces en las intrincadas frases de la *Crítica de la Razón Pura*. Fue una larga experiencia llena de terror, a decir verdad, pues nunca estaba segura de comprender realmente. ¡Hegel, comparado con Kant, era mi zona de confort! Pero creo que finalmente aprendí a leerlo... Eso con relación a los retos que me ha impuesto la filosofía.

También me he enfrentado a serios problemas que tienen que ver con lo que mencionaba en la respuesta a la pregunta anterior: algo que percibí con frecuencia desde el inicio de mis estudios hasta finalizar mi última maestría es que las estudiantes mujeres, en promedio, participaban menos que los hombres, y lo hacían con menos seguridad —tanto en México como en otros lugares—. Esto no solo a nivel aula, sino también a nivel de la toma de decisiones en un colectivo. Noto que, por fortuna, eso empieza a cambiar y en México somos cada vez más activas. Personalmente he tenido que luchar contra esas determinaciones impuestas por nuestra tradición, y he luchado en contra de muchos sentimientos de inseguridad propios, o transmitidos y perpetuados en los espacios de aprendizaje en común.

“algo que percibí con frecuencia desde el inicio de mis estudios hasta finalizar mi última maestría es que las estudiantes mujeres,

en promedio, participaban menos que los hombres, y lo hacían con menos seguridad.”

Otro aspecto interesante de aquello que llamé nuestra *educación sentimental* tiene que ver con el hacer y recibir críticas. En México, somos, creo, muy susceptibles. Pienso que en el ámbito filosófico esta *educación sentimental* nos vuelve incapaces de discutir con las pasiones atemperadas, con lo cual una discusión puede volverse conflictiva. No nos atrevemos a la crítica. Y es peor cuando a ello se suma el prejuicio soterrado de no poder criticar igual a hombres y a mujeres.

Mientras que yo lucho por aprender a *amortiguar los golpes* y reaccionar, mi esfuerzo se viene abajo cuando un hombre me critica y los demás hombres creen que quien me critica debería rebajar su comentario.

Los propios colegas creen hacer bien cuando en realidad fomentan una diferencia de trato filosófico en función del género. Mi reto ha sido demostrar que las críticas, de hombres o mujeres, son recibidas de manera ecuánime y son hechas de igual forma.

Por supuesto que hay que aprender a hacer la diferencia entre críticas a los argumentos y críticas *ad feminam*. He conocido a profesores e incluso colegas de mi edad que se han permitido abusivamente emitir comentarios machistas con relación a mis posturas filosóficas, o que incluso las han ignorado, o me han descalificado sin escucharme o leerme. El reto —un gran reto hoy en día— es distinguir entre críticas, aprender a aceptarlas o a evidenciarlas y a denunciarlas si son ataques por ser mujer.

Esto me lleva a ahondar más en un problema que percibo en la universidad en general, pero que en las facultades de filosofía adquiere un poder de descrédito portentoso y que precisamente por ello es un reto. Teóricamente, la filosofía se puede vivir y ejercer en cualquier espacio, pero desde hace más de dos siglos la filosofía tiene una sede importante en las facultades universitarias. Sin embargo, contrariamente al discurso con el que se autopromueven y autojustifican, las facultades de filosofía, tanto desde el ámbito estudiantil como laboral, están lejos de ser esos enclaves de cultura y civilidad en donde la gente piensa, reflexiona, discute racionalmente y respeta la diversidad y, al oír, en general.

La existencia simultánea de, por un lado, análisis de discursos que evidencian y condenan la violencia de género, la violencia laboral, la corrupción, el racismo, etc. y, por el otro, la existencia de esos mismos fenómenos perpetuados por los propios miembros de la academia, e incluso por miembros que dictan cursos sobre estos discursos emancipatorios, ponen gravemente en cuestión la legitimidad de las pretensiones de la filosofía como ámbito del quehacer universitario. El reto de las personas que hacemos filosofía universitaria no tendría que ser ese, pero sin duda las condiciones concretas de nuestra realidad social nos muestran que, en efecto, nuestro reto general como colectivo reside en evitar el descrédito.

En otras palabras, creo que las facultades de filosofía tienen que sobreponerse a esa fatalidad de ser sedes de reproducción de las taras de nuestra sociedad —la violencia, el machismo, el racismo— y deben de convertirse en el aspecto verdaderamente negativo de las problemáticas, es decir, debemos constituir el momento de *interiorización* de estas problemáticas, para aprehenderlas, caracterizarlas, nombrarlas, y neutralizarlas.

Somos una sociedad muy violenta que reproduce sus formas —las de la violencia— a muchos niveles: ¡En los pasillos, salones, inmediaciones de las así llamadas facultades de *humanidades* se han agredido sexualmente a mujeres, y ello se ha querido pasar bajo silencio! ¡Se ataca a colegas, se defienden privilegios de clase, se perpetúa el racismo! Los movimientos feministas de las mujeres organizadas de la facultad de filosofía de la UNAM, aunque no solo de la UNAM sino también de la UAEM, de la BUAP y seguramente de más universidades, han puesto el dedo en la llaga. Por supuesto que el problema es enorme, y afecta todos los ámbitos de nuestra vida social.

La universidad es una entidad que refleja nuestras formas de interacción y, por ello, no es extraño que refleje todas nuestras taras sociales (y sus bondades también, claro). Pero que las humanidades, la filosofía en particular, sea solo un reflejo sin filtro de esa violencia nos deslegitima a todos. Las humanidades se vuelven ridículas cuando las personas que se supone que las enseñan y las personas que se supone que las estudian solapan y perpetúan la estupidez y la violencia —o la mezcla de ambas—. Cuando se toleran conductas irracionales ¿Cómo quedan paradas las bonitas palabras “pensamiento crítico” o “capacidad de reflexión” que se repiten como mantras cuando se promueve y justifica la existencia de la filosofía? ¿Qué cara poner cuando en la facultad de filosofía de la universidad más importante del país —¡Ahora imaginemos

lo que ocurre en aquellas que tienen menos visibilidad!— se cometen actos de barbarie, se toleran actos de barbarie, se silencian actos de barbarie.

Sin duda el reto más difícil que existe en la filosofía en México, y para quienes somos parte de esta comunidad, es este: legitimarse ante sí misma y ante la sociedad, y permanecer insobornable, rompiendo pactos de silencio y señalando, criticando, exponiendo y denunciando la proteica estupidez humana en donde se la detecte.

“Las humanidades se vuelven ridículas cuando las personas que se supone que las enseñan y las personas que se supone que las estudian solapan y perpetúan la estupidez y la violencia.”

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

He realizado varias estancias académicas y todas han sido muy importantes para mi desarrollo filosófico, pero también han formado y determinado profundamente mi vida, mi sensibilidad, mi forma de trabajar y mis expectativas. Lamento profundamente que la tendencia a eliminar la posibilidad de llevar a cabo estancias se esté concretizando en políticas institucionales. Las estancias académicas que he realizado me han hecho más autónoma y me han obligado a adaptarme a entornos muy distintos de vida y de aprendizaje, pero también me han permitido tener acceso a recursos que realmente no tenemos en México. Muchas bibliotecas mexicanas son joyas, pero son muy pocas y no se invierte mucho dinero en ellas. En mis estancias he aprovechado al máximo y he usado infatigablemente bibliotecas extraordinarias con óptimas condiciones para el estudio: silencio obligado, salas privadas de lectura, préstamo interbibliotecario con un sencillo trámite, escáner de libros a la disposición de todos, y ¡Gratis! libros raros disponibles para mí, para préstamo en casa, confianza en los usuarios, ¡facilidades sin límite! En resumen, verdaderos dispositivos para el estudio.

La primera estancia la hice durante mis estudios de maestría en la universidad de Guanajuato con una beca mixta del Conacyt. Fue en Bélgica, en Louvain-la-Neuve. Hice una investigación a cargo de Pierre Destré y tomé clases con Olivier Depré, el traductor al francés de varias obras de juventud de Hegel. Trabajé la mayor parte de mis días en la biblioteca y gracias a los libros que encontré ahí pude escribir mi primer artículo, que publiqué en *Theoria*, la revista del Colegio de Filosofía de la UNAM, sobre la relación de Nietzsche con dos conceptos de Gorgias, el sofista: engaño y kairós.

Enseguida realicé una maestría “itinerante” con el programa Eurofilosofía, de los antiguos programas Erasmus Mundus llamados ahora Erasmus+. Estudié en Toulouse, Wuppertal y Tokio haciendo estancias cortas cada final de semestre en la École Normale Supérieure, en París. Fueron años de aprendizaje filosófico en la más plena libertad vital e intelectual. Conocí a amigos filósofos cuya amistad, espero, durará toda la vida. Aprendí mucho no solo en términos académicos, sino también en relación con los distintos hábitos de estudio de otras tradiciones. En Alemania volví a disfrutar de bibliotecas excepcionales y las bibliotecas en Japón fueron una experiencia del orden de lo alucinatorio. En Japón conocí otra cara del conflicto entre tradiciones no occidentales y la filosofía occidental: la pregunta por lo que caracteriza la filosofía y la distingue de las “sabidurías” locales, el problema de si hay filosofía en Japón o no, el problema de la filiación a ciertas tradiciones filosóficas, los tabúes en torno a la colusión entre intelectuales y conflictos bélicos —el famoso respaldo de algunos miembros de la escuela de Kioto a la política durante la Segunda Guerra Mundial— me hicieron pensar en las relaciones entre política y universidad aquí en México.

Tuve profesoras y profesores extraordinarios, como Manfred Baum, quien en su juventud fue un apasionado hegeliano pero que al final de su vida se decantó por el estudio de Kant. Trabajé asimismo con László Tengelyi, un hombre excepcional, con gran sensibilidad para los estudiantes extranjeros, al ser él mismo un emigrado húngaro ocupando una posición muy prestigiosa en una universidad alemana, y al que desafortunadamente perdimos hace algunos años.

Durante el doctorado en la UNAM, periodo durante el cual conocí a muchas personas valiosísimas para mi vida y con quienes sigo colaborando en proyectos filosóficos, pude hacer también dos estancias. La primera fue con una beca del DAAD en la Humboldt Universität de Berlín, en donde trabajé

sobre Hegel con Franz Knappik, y gracias a la cual pude aprovechar el Grimm-Zentrum, uno de los más recientes y ambiciosos proyectos bibliotecarios en Alemania. Además, gracias, en parte, a otra beca mixta pude pasar un año académico en la New York University, en donde trabajé con John Richardson, especializado en la (problemática) relación de Nietzsche con el darwinismo y en donde aproveché la biblioteca Bobst —la más bella y funcional (todo al mismo tiempo) que haya visitado jamás— al máximo. En esa terrible y seductora ciudad también conocí la biblioteca pública extrauniversitaria más bondadosa y más amable con la ciudadanía lectora: la New York Public Library, en donde se codean, y en cierto grado hasta se confunden, escritores y vagabundos.

La última estancia la hice en la Universidad Autónoma de Madrid. Las bibliotecas españolas no dejaron una gran impresión en mí... (a excepción del Archivo General de Indias, en Sevilla, que es impresionante, pero cuyo uso no es fácil y está muy restringido), pero trabajé con Félix Duque, de cuyo hegelianismo he aprendido mucho. Por fortuna también pude visitar a Tomás Pollán, cuyo feroz antihegelianismo ha representado siempre un contrapeso importante para mi trabajo y cuya amistad ha sido un elemento importantísimo en mi vida y en mi relación con la filosofía desde que inicié mi carrera.

Al escribir esta respuesta descubro que la mayor parte de mis profesores han sido hombres. ¡En Querétaro solo había una mujer profesora y en Guanajuato también! El programa Eurofilosofía contaba realmente con muy pocas mujeres como colaboradoras y en Japón jamás vi a una mujer dar clases. La UNAM es, de alguna manera, una excepción. La filosofía académica ha sido, todavía hasta hace relativamente muy poco, un mundo mayoritariamente masculino, a pesar de que estadísticamente exista una proporción similar de hombres y mujeres que la estudian, y ello no solo en México, sino incluso en Alemania, en donde se presta atención a la paridad de género. Celebro que desde hace algunas décadas eso esté cambiando y me siento contenta de ser parte de ese cambio.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Estoy adscrita a la Universidad Autónoma del Estado de Morelos y soy profesora de asignatura en la UNAM.

¿En qué proyecto de investigación estás actualmente? ¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Tengo varios proyectos en curso. Después de haber trabajado durante muchos años en torno a la filosofía de Hegel y, en general, al idealismo alemán, he decidido enfocarme en temas que considero importantes, por su actualidad, y que derivan de esta rica tradición filosófica.

Junto con el Dr. Jorge Reyes y el Dr. Fernando Huesca tenemos un proyecto que he llamado “Lecturas contemporáneas del idealismo alemán”.

Con el Cuerpo Académico de Estudios Interdisciplinarios sobre Política e Imagen de la UAEM, conformado por la Dra. Araceli Barbosa y los Doctores Sergio Lomelí y Luis Gerena estamos organizando un programa de divulgación del pensamiento filosófico y político sobre la naturaleza apoyándonos en la historia del cine. He tenido la fortuna igualmente de poder incorporarme al proyecto del Dr. Sebastián Lomelí “Estética ambiental: investigación crítica de la representación del medio ambiente y los proyectos artísticos sobre la crisis ecológica”. También colaboro con el Dr. Luis Mendoza en la traducción de la obra de Plessner. Por último, tengo un proyecto para postdoctorado para abordar las metáforas biológicas en la filosofía política.

El proyecto “Lecturas contemporáneas del idealismo alemán” es una propuesta de investigación de tres conceptos que a mi parecer siguen teniendo mucha vigencia en las discusiones contemporáneas y que en su configuración actual poseen, en menor o mayor medida, una huella idealista innegable. Me refiero a los conceptos de Trabajo, Naturaleza y Reconocimiento. Queremos explorar cómo se han discutido estos conceptos en el marxismo, la escuela de Fráncfort o el nuevo “naturalismo” y giro especulativo e incluso el feminismo.

Pienso, además, que los tres conceptos están íntimamente vinculados y que es necesario destejer viejas relaciones conceptuales (como la que existe desde Hegel entre el trabajo y la naturaleza como momento clave de la estructura del Reconocimiento) para revisar y cuestionar la “tesis de la excepción humana” a la que ya me referí en una respuesta anterior. Queremos organizar un seminario permanente, ofrecer seminarios en donde los tres interactuemos y en donde los estudiantes puedan presentar sus trabajos y propuestas de interpretación.

La propuesta del segundo proyecto deriva de la experiencia de investigación que realicé hace dos años. En aquel trabajo me dediqué a explorar los vínculos que el cine de Werner Herzog teje con la tradición del idealismo y del romanticismo alemán, enfocando mi atención en la manera en la que en sus películas se filman paisajes. Esa exploración interdisciplinaria que reunió filosofía, discurso ecológico y estudios cinematográficos me dio mucho oxígeno y me condujo asimismo a la redacción de mi más reciente artículo, en donde exploro el papel que la construcción del paisaje en la pintura de los así llamados “primitivos flamencos” ha tenido en la configuración de nuestra idea actual de espacio autónomo como espacio de contemplación, y el papel que el arte y la cartografía, desde la conquista de América, han tenido en la perpetuación de la idea de espacio como dimensión estática de la realidad.

El proyecto actual con el CA de la UAEM consiste en trabajar con estudiantes de licenciatura, pero posiblemente también con estudiantes de bachillerato, para acercarlos a la discusión filosófica del concepto de Naturaleza. La dimensión política de este concepto es la que más me cautiva. Por el momento, de hecho, me encuentro escribiendo en torno a la idea y al objeto “reserva natural”. Con el proyecto en cuestión la idea es detenernos a analizar imágenes o secuencias cinematográficas para determinar el valor semántico que tiene la naturaleza en el discurso visual. Aquí se pueden analizar desde las viejas películas del cine soviético hasta la historia de la imagen de la naturaleza en las películas de Disney; desde el expresionismo alemán hasta los documentales de National Geographic.

El proyecto de Sebastián Lomelí tiene todavía muchas posibilidades y es aún más interdisciplinar. Queremos trabajar cuerpos de agua en la Ciudad de México y fuera de ella. A mí me gustaría enfocarme en el discurso del paisaje urbano, las reservas naturales de la Ciudad de México y el vínculo entre naturaleza y sociedad.

Con el Dr. Mendoza hemos proyectado la traducción de un libro al que ambos acordamos una importancia capital para la reflexión contemporánea en torno al ser humano y sus vínculos con lo no humano, a saber, el libro de Plessner, *Die Stufen des Organischen und der Mensch* (*Los estratos de lo orgánico y el humano*).

Por último, el proyecto sobre las metáforas biológicas en la filosofía política está organizado a partir de tres conceptos de la filosofía política: Estado, población y diferencia. En la primera parte quiero explorar la perniciosa relación del organicismo decimonónico con la *Staatsbiologie* y explorar las consecuencias del darwinismo y sus conceptos clave en la configuración de la política pública enfocada a las clases empobrecidas. En la segunda etapa quiero examinar, exponer y denunciar la construcción de la política racial y racista en México, hacia el final del porfiriato y principios de la época posrevolucionaria, y presentarla como una herencia más que del positivismo del pseudodarwinismo alemán e inglés.

La tercera parte consistirá en explorar la interacción de categorías de la genética y la biología molecular en el discurso político sobre el multiculturalismo actualmente.

Hay varios momentos en este trabajo e intereses distintos. Lo que lo vertebra es un conjunto de ideas que han determinado mi trabajo y mi manera de concebir la filosofía.

En primer lugar, con esta investigación me interesa refrendar una idea directriz de mi tesis doctoral, a saber, que las ciencias humanas están atravesadas por categorías de otros ámbitos del saber. En aquel trabajo demostré que los conceptos de “fuerza”, “impulso”, “actividad”, “vida” que los filósofos movilizaron en los grandes sistemas del idealismo y el romanticismo alemán para hablar del lenguaje y de la historia se oponían a los discursos mecanicistas y se conectaban, más bien, con el discurso sobre la vida, la epigénesis y el organismo en la nascente ciencia biológica, y con algunos conceptos de la química mística (como los conceptos de reacción, repulsión y afinidad electiva).

En segundo lugar, me interesa explorar la propia categoría de “metáfora biológica”. Por la experiencia de la investigación del doctorado sé que el recurso a imágenes de las ciencias de la vida o de la química no fue motivado por un impulso estético o retórico, sino epistemológico. Por lo anterior, considero que debo determinar en qué medida las metáforas de otros saberes

pesan y determinan el significado de conceptos en discursos políticos. La propia metáfora carga con valores epistémicos y capacidad explicativa que es necesario determinar.

Como mencioné en la respuesta a la pregunta por las humanidades, es necesario mostrar que las divisiones quirúrgicas entre saberes en realidad solo existen en discursos que se refieren a esa división, pero no en los saberes propiamente dichos, y que es necesario mostrar que las humanidades son intensiva y extensivamente más potentes cuando van más allá de ellas mismas.

Algunas colaboraciones y obras propias de la autora

El primer libro *Hegel: ontología, estética y política* nació de una estrecha y amistosa colaboración entre estudiantes de la UNAM y de la UAM-I. He trabajado con la Mtra. Yared Elguera, el Dr. Javier Balladares, el Dr. Fernando Huesca y el Mtro. Ricardo Mendívil desde el inicio de mi doctorado para organizar congresos internacionales dedicados a la filosofía de Hegel. Este libro fue el resultado de todo ese trabajo conjunto.

El segundo libro *Enajenación, modernidad y capitalismo*, que el Dr. Sergio Lomelí y yo hemos coordinado nació de una propuesta por parte del Dr. Lomelí. Con él trabajo desde nuestra simultánea incorporación a la Universidad Autónoma del Estado de Morelos en donde formamos el C.A. Estudios Interdisciplinarios de Política e Imagen.

El tercer libro, *Mística en la filosofía alemana y japonesa* es una traducción que hice hace algún tiempo pero que solo hasta hace poco pudo ver la luz gracias a que la Dra. Rebeca Maldonado me puso en contacto con el editor y de Chisokudō, en Nagoya, el Dr. Jim Heisig.

Ana Carolina Patto Manfredini



Nació el 21 de marzo de 1983, en Taubaté, São Paulo, Brasil

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Por azar, siempre, encuentros azarosos de la vida que me llevaron a la filosofía. Mi primer encuentro con la filosofía fue catastrófico. Yo empezaba la carrera de Historia en la UNESP-Assis (Brasil), teníamos una disciplina obligatoria de filosofía en primer semestre. Yo no sabía absolutamente nada de filosofía, tampoco de historia, era una adolescente educada por MTV, y el profesor que nos tocó no tuvo la sensibilidad de ver eso. Nos dio el texto sobre el esclarecimiento de Kant en la primera clase, me acuerdo ver aquella palabrota en alemán en la pizarra y ya podía verme reprobada en la materia. Para mí era otro idioma, incluso cuando hablaba en portugués, no entendía absolutamente nada. Mi desinterés por la filosofía fue absoluto. Cuando en el último año me apareció una materia optativa de filosofía, opté por otra de políticas.

Terminé mi licenciatura en la ciudad de Assis y me fui a São Paulo para hacer un curso de especialización en organización de archivos, en la Universidad de São Paulo. Después de un corto tiempo, conseguí un trabajo de coordinadora de un centro de documentación histórica en la ciudad de São Caetano, una pequeña ciudad que compone el gran ABC paulista (Santo André, São Caetano y São Bernardo), una región industrializada alrededor de la capital. Era el año de 2006 y conseguí un cuarto para vivir en una casa de amigos, en la misma ciudad de São Paulo. Era un poco lejos del trabajo, pero todo es lejos en esa inmensa ciudad. Tenía que tomar metro, tren, luego caminar. Pero vivía en un lugar muy hermoso de São Paulo. Vivíamos seis personas, eran todos estudiantes menos yo, entre ellas, un amigo que empezaba sus estudios en filosofía.

Platicábamos mucho, y me empecé a interesar por ciertos problemas que parecían tener un diálogo con la filosofía, como la historia oral, memoria, escritura, etc. A esta altura, el trabajo de archivo que tenía ya parecía también ir perdiendo su sentido. El amigo me sugirió ir a escuchar unas clases de oyente en su facultad. Pensé, ¿por qué no? Y creo que fue de las cosas más importantes que me pasaron en la vida. El encuentro fue fulminante, como un rayo. Los profesores eran unos monumentos. Raquel Gazolla de Ética e Ricardo Fabrini de Estética, unos gigantes, no había como no ir a las clases, estaba completamente movilizada, afectada por sus clases. Luego las clases de Introducción a la filosofía con Peter Pál Pelbart, un encuentro azaroso de lo más fructífero.

La intención era tomar un curso sobre Marcuse, pero yo, siempre distraída, entré al salón equivocado, y por vergüenza de salir, decidí quedarme hasta el intervalo. No pude, el tipo era bárbaro, estaba hipnotizada. De ahí cambió todo: ya no quería estudiar historia oral, ni saber de la memoria, quería entender a Deleuze, Guattari, Nietzsche, etc. Y así empezó mi jornada filosófica, con estos encuentros en 2007. Ese fue un año mágico: dejé mi trabajo de archivista, tomé esas clases de oyente, era una rata de congresos, y trabajaba en un hostel (clandestino al principio) que mis amigas abrieron en la casa donde yo vivía (hoy un hostel muy exitoso en São Paulo, el Ô de casa). Mientras tanto, yo me cambié a vivir a otro departamento, muy cerca, y alternaba mi día con las clases de oyente y el trabajo en el hostel.

El choque del encuentro con la filosofía era algo irreversible. No había cómo no seguir adelante. Por suerte, tengo una familia que siempre me ha apoyado

en mis decisiones, y cuando le comuniqué a mi madre que pretendía dejar el trabajo, me apoyó, e incluso dijo que yo andaba muy malhumorada en los últimos tiempos, y que realmente este trabajo no me hacía bien. Yo era muy joven y sentía que tenía el mundo a mis pies, podía todavía hacer muchas cosas. Pero antes de entrar a una carrera de filosofía yo quería viajar. La idea estuvo cocinando en la cabeza durante todo el año de 2007, hasta que en 2008 decidí finalmente partir a México.

México siempre estuvo en mi imaginario, creo que la idea nació en la carrera de Historia. Yo amaba la disciplina de Historia de América, amaba las clases del profesor Beto (Carlos Alberto Barbosa), quien era un gran estudioso de México; era especialista en literatura y fotografía de la época de la Revolución Mexicana. Por estas fechas de 2003 a 2004, yo siempre decía que, si un día hiciera un viaje al exterior, me iría a México. Tenía súper idealizados a los zapatistas, me parecían lo máximo del mundo, “una revolución viva” pensaba yo.

Salí de Brasil en enero de 2008. Los destinos se ampliaron un poco, pasé por Argentina, Bolivia, Perú, y volé a México. Llevaba en la mochila los cinco tomos de *Mil mesetas* (en portugués lo publicaron en fragmentos), que fueron leídos conforme avanzaba el viaje. La intención era regresar a Brasil una vez que ya no hubiera forma de mantenerme, ya que tenía unos ahorros e iba consiguiendo pequeños trabajos a veces. Mi choque cultural no se dio tanto en México sino en Bolivia, país del cual no tenía ninguna referencia, no sabía absolutamente nada. Fue un encuentro fortísimo, me quedé ahí tres meses, hice amigos que mantengo hasta hoy, aprendí a hablar “portuñol” y casi me quedé por ahí. He regresado después y espero poder ir muchas veces. Traigo a Bolivia en el corazón.

Llegué a México en julio, ya hablaba un español básico, tenía un amigo de mis hermanos viviendo por acá, recién llegado a hacer su maestría. Entonces me puse en contacto con él y conocí a algunos extranjeros que estaban estudiando en la ciudad: argentinos, chilenos, colombianos, salvadoreños, etc. Mi mundo los primeros meses fue uno de extranjeros. La verdad siento que vivía en una burbuja, mi primer acento en México no era mexicano sino chileno, de tanto chileno que andaba a mi alrededor. Fue por allá del año 2010, cuando me cambié a vivir al centro de la ciudad, que empecé a convivir con más mexicanos, a probar salsas, tacos y conocer más a la cultura del país.

En cuanto a mi relación con la universidad, todo ocurrió ya desde el principio. Una vez que decidí pasar unos meses en la Ciudad de México, quise ir a conocer la Facultad de Filosofía de la UNAM y ver qué pasaba ahí. Cuando vi todo lo que ofrecía, no dudé más en tomar unas clases de oyente. Y fue muy fácil e informal ese primer encuentro. Vi la lista de materias que se impartían y seleccioné las que me interesaban, fui directamente al salón de clases y le pedí al profesor permiso para asistir. No hice ningún trámite formal. Todos los profesores a quienes yo acudí me aceptaron con mucha simpatía. Tomé clases en la licenciatura y en el posgrado de oyente, creo que en total eran unas ocho materias. No terminé todas, creo que la mitad. Una de ellas, la clase sobre *Vigilar y Castigar*, con el profesor Alberto Constante (hoy un gran amigo, mi querido director de tesis del doctorado), una clase fantástica, quien al final del semestre me dijo: Patto, “¿y por qué no te metes en el posgrado? ¡Y ya dejas de andar ahí pendejeando!”

Claro, tenía toda razón ¿Por qué no? Cuando vi que había becas, muy accesibles, no dudé, me dije: “voy a postular acá para la maestría, y si entro al posgrado, me quedo”. En 2009 postulé para la maestría y para mi fortuna me aceptaron. Y en agosto de ese año ya estaba instalada definitivamente en el sur de la ciudad. El primer año fue una pesadilla: mucha burocracia, papeles, legalización de documentos, traducciones oficiales, visa, y claro, once materias de prerrequisitos (sin beca) para poder comenzar la soñada maestría. Empecé a trabajar de mesera, oficio que me duró cinco años, y aunque tuve beca en la maestría posteriormente, el trabajo complementaba el ingreso. Mi escritura iba mejorando, varios amigos me ayudaban en la corrección, hablaba como podía, participaba de todas clases activamente y terminé mis prerrequisitos con nota máxima en todas materias, y muy contenta de ya tener mi beca finalmente.

El paso de la maestría al doctorado ya estaba casi dado. Con la oferta de becas que tiene el país, no dudé en postularme nuevamente. Este año cumplo trece años en México, y no pienso en regresar tan pronto a Brasil. Mi doctorado terminó en 2019, fue un periodo muy rico en mi vida, dedicado a la investigación casi exclusivamente, me gustó mucho mi trabajo y el acompañamiento que tuve. Pensé en seguir un posdoctorado, pero no tuve mucha suerte hasta ahora en conseguir un lugar y algún profesor o profesora que acoja mi proyecto. Honestamente, los procesos selectivos institucionales me desmotivan mucho, quisiera poder llevar la filosofía a otros lados.

En este momento desarrollo un proyecto independiente de la filosofía, con aquel mismo amigo de 2007, con quien vivía en São Paulo e indirectamente me llevó a la filosofía. Él también ya hizo su maestría, está ahora en un doctorado. Me alegra mucho la revitalización de esa amistad “filosófica”, aunque sea a la distancia, él allá en Sao Paulo y yo acá en México. Nuestro proyecto se llama “filosofía para puercos”. Nuestro mayor propósito es hacer una “filosofía para no filósofos”, además, nos interesa mucho construir un puente entre los filósofos de lengua española y los de lengua portuguesa.

“los procesos selectivos institucionales me desmotivan mucho, quisiera poder llevar la filosofía a otros lados.”

¿Qué representan para ti las humanidades?

Siempre fui más atraída a las humanidades que a las ciencias. El campo de las matemáticas definitivamente no era lo mío, y cuanto más abstracto se hacía el número, menos entendía yo, y más quería distanciarme. La física era algo aterrador con todas esas fórmulas por memorizar y aplicar correctamente. Con los estudios de las letras era diferente. Me encantaban las clases de historia, de geografía, de portugués, etc. Sentía que fluía más. No sé decir qué representan para mí, más allá de esa afinidad inexplicable, esa tendencia que uno tiene a ciertos modos de pensar más que a otros.

Tal vez las humanidades sean un modo de pensar por letras, diferente de un pensamiento científico por números.

Mi filósofo favorito es Gilles Deleuze. No logro explicar por qué él y no otro. Es siempre cuestión de encuentro afectivo, resonancias de ciertos problemas, de cierta filosofía en nosotros. No se trata de encontrar una verdad en un pensamiento sino de encontrar un pensamiento que más te sirva, aquel que más conviene para nuestros propios problemas. Deleuze me cayó como un guante en la mano, todo lo que decía me tocaba profundamente, todo parecía

maravilloso. Claro que mucha cosa no entendía, sigo sin entender, pero otras me parecían obviedades: ¡Claro!, ¡cómo no pensé eso antes!

“cuando leo a Deleuze y veo toda la influencia de las ciencias, la biología, la física, incluso la química, en su filosofía, cuando veo que el pensamiento se da de forma transversal, quisiera haber tenido anteriormente más apertura a ese pensamiento numérico, de las fórmulas y combinaciones.”

Siento con Deleuze algo que él dice de su relación con Spinoza: su filosofía es un viento que nos arrastra. Hoy, cuando leo a Deleuze y veo toda la influencia de las ciencias, la biología, la física, incluso la química, en su filosofía, cuando veo que el pensamiento se da de forma transversal, quisiera haber tenido anteriormente más apertura a ese pensamiento numérico, de las fórmulas y combinaciones. Siento que Deleuze me provocó el deseo al número, me abrí más a esas ideas, hoy me encanta saber sobre el universo, el mundo molecular, la biología... la física me sigue pareciendo compleja, pero ya veo ahí una maravilla. Cuando encuentro pensamientos científicos, los cuales entiendo algo, me quedo en absoluta contemplación, me parece de lo más lindo, de lo más sublime. Todo eso del mundo microscópico y del mundo cósmico es algo que me vuela el cerebro.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

He sido muy afortunada, he tenido becas en mi posgrado, me considero una persona bastante privilegiada, siempre tuve (y sigo teniendo) el apoyo financiero de mi familia cuando el dinero era insuficiente, y creo que no tuve muchos obstáculos en ese camino. Creo que el reto que me encuentro hoy es la estabilidad laboral. Las plazas que se abren son muy raras, muy concurridas, luego siento que quieren una persona joven, pero con un currículo de sesenta años de trabajo. Lo más accesible son clases por asignaturas, pero los pagos son muy bajos, tienes que dar clases en muchos lugares para conseguir lo mínimo para sobrevivir. Incluye en eso todo el desplazamiento por transporte público, en cierta medida la vida cotidiana resulta insostenible.

Doy clases de asignatura en la UNAM, cursos independientes, estoy postulando convocatorias, pero no descarto la posibilidad de hacer otras cosas para conseguir un poco más de estabilidad financiera y laboral. También amo cocinar, es de mis otras pasiones. En la pandemia he vendido botanas brasileñas para amigos, no descarto la posibilidad de abrir un café. Creo que mi gran sueño va en el camino de un centro cultural brasileño: vender comidas, dar clases, hacer un bricolaje de actividades. Tengo muchas ganas de desplazar la filosofía de la academia, siento que hay un yeso enorme ahí, un endurecimiento, una desvitalización. Los congresos y coloquios ni hablar, pocas veces siento aire fresco en estos eventos. Todos muy serios, tristes. ¿Será que una filosofía en la plaza, o en un bar no puede ser también interesante? Son preguntas que me hago últimamente.

«¿Será que una filosofía en la plaza, o en un bar no puede ser también interesante?»

Otro punto que creo vale la pena comentar es que vivimos un momento en que el trabajo en general está en crisis, hay que reinventarlo, reinventar los espacios de trabajo, crear otras lógicas. Por más que tenga mis afinidades con las instituciones educativas, tengo también mis rupturas, no sé si el trabajo académico sería algo que me realizaría completamente. Muchas horas de clases, corregir infinitas tesis, producción en serie de artículos, las jerarquías, la competencia, todo eso veo que es muy desgastante. La cuestión de los pagos muy diferenciado es algo horrible, mientras unos ganan una miseria otros ganan muchísimo, y no es que sean pocos los profesores de asignatura, todo lo contrario. ¿Cuándo les van a dar un puesto digno? Todo eso es muy acomodado al sistema neoliberal. Tal vez sea un poco utópica, pero me gusta pensar otras posibilidades de creación, de espacios de trabajo, de colectivos, ¿Por qué no una cooperativa de filósofos?

¿Y dentro de la filosofía?

Creo que la filosofía alemana siempre fue un reto: Hegel, Kant, Habermas, etc. Sacando a Nietzsche y Walter Benjamin del grupo, la filosofía alemana siempre me ha costado más trabajo que la francesa. Tal vez sea el estilo, la traducción, o la misma forma de ese pensamiento. Siento que el bloqueo tiene que ver con la escritura, la forma de escribir. No significa que la filosofía francesa sea fácil, basta abrir *Mil mesetas* para ver la complejidad del texto. No es cuestión de lo fácil o difícil, sino del estilo de escritura, de los problemas que plantean, o la forma de explicar. Como dice Deleuze: algo pasa y algo no. Con algunas lecturas alemanas, siento que pasa menos. Pero claro, todo puede ser también prejuicio y falta de dedicarme más tiempo a estas lecturas.

Tuve muchos desafíos también porque no hice la licenciatura en filosofía, sino en historia. Aunque haya hecho muchas clases de oyente, clases de prerrequisitos, la maestría, y el doctorado en filosofía, todavía hay cosas que

me son muy ajenas. Hay autores que me cuestan mucho trabajo, como los alemanes que he mencionado.

Quisiera saber con más profundidad de la filosofía clásica —de Aristóteles no sé nada, soy completamente ignorante, y veo que es una filosofía imprescindible—, de los medievales también soy muy pobre de conocimiento; quisiera conocer más a Kant, es un mundo muy grande este de la filosofía. Siento que mi conocimiento de la filosofía es muy limitado, muy especializado, tantito paso la raya ya me siento frente a lo desconocido. No es que eso sea un problema, tal vez. Me gusta la idea de los encuentros que uno va teniendo en la filosofía con otros autores, por accidente, con problemas inesperados, desvíos, etc. Creo que eso es una de las grandes aportaciones de la filosofía de Deleuze: te proporciona los encuentros más inesperados. Estás leyéndolo y cuando ves ya estás buscando mil y unas referencias, ¡cuánta literatura he leído solo porque Deleuze estaba hablando tan lindamente de un personaje! Lo poco que sé de filosofía clásica, fue fruto de encuentros con el pensamiento de Deleuze: los estoicos, la pelea y amor por Platón. O con la misma ciencia que hablé antes: la mecánica cuántica, las ciencias moleculares, etc. Y del arte, entonces, ni hablar, puro encuentro azaroso. Yo creo que un libro debe llevar necesariamente a muchos otros libros, como si cada página te abriera muchas puertas. Cabe en nosotros elegir por cuáles entrar.

Otro reto que me gusta tener siempre a la vista es cuán accesible puede ser un discurso filosófico. Tratar de hacer de la filosofía algo concreto, entendible —en el sentido afectivo, hace sentido—, sacarla de ese lugar que a veces la colocan, ese diálogo entre especialistas. Una filosofía para no filósofos; me encanta esa idea deleuziana. Filosofía mundana, pragmática, herramienta para resolver los problemas de la vida. ¿Cuántas veces escuchamos un filósofo hablar y no entendemos absolutamente nada? Parece que uno debe estudiar mil años para entender alguna cosa de algunos filósofos. Me acuerdo de una filósofa brasileña (Viviane Mosé, una gran pensadora) que en una presentación dijo que la filosofía tiene que, en primer lugar, hacerse entendible; si uno está hablando y nadie está entendiendo, no hay el menor sentido. Y cuando encuentras esos filósofos raros, que se hacen entender, que son de una profundidad, rigor, y a la vez colocan la filosofía en el mundo, sales de la presentación o de la clase maravillado, como si descubrieras la rueda o vieras la película más maravillosa de la vida. La filosofía no es nada abstracta, ni se trata de repetir conceptos.

“Filosofía mundana, pragmática, herramienta para resolver los problemas de la vida.”

La filosofía debe ser concreta, se trata de pensar nuestros encuentros con el mundo, es siempre mundana y actual. Es ahí donde uno se engancha. A cuántas presentaciones filosóficas no fui, de personas que hablaban de la filosofía de Deleuze, ¡y qué lastima! Tan abstracto, tan fuera del mundo, pura repetición de conceptos sin ninguna relación con el mundo. Creo que ahí está un gran trabajo para el profesor de filosofía: ser el generador de encuentros de la filosofía con el mundo, con la vida, con los alumnos y sus problemas.

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

Sí, tuve una estancia de tres meses en Madrid en 2017 durante mis estudios del doctorado, con un apoyo PAEP de la UNAM. Me recibió el doctor Antolín Sánchez Cuervo, en el CSIC. Fue increíble. Antolín, un caballero, muy gentil, amable, dispuesto a ayudar. Me dio la libertad y espacio para mi investigación, yo iba todos los días a las instalaciones de CSIC donde tenía una mesa y silla en una sala compartida con otros investigadores. En la sala éramos, que recuerde, unas seis personas. Dos españoles, más tres extranjeras, y yo, dos de ellas también brasileñas; nos caímos bien de inicio. Una de ella es mi amiga hasta hoy. Con los españoles no hubo mucha onda, el chico era más serio y la chica era bastante arrogante para mi gusto. Fue la primera (y única vez) que tuve un espacio de trabajo, una oficina donde iba a estar ahí horas escribiendo, leyendo. Aunque Madrid no tenga nada que ver con mi proyecto de doctorado (la subjetividad en el pensamiento de Deleuze), fue la puerta de entrada para ir a Europa. Me quedé hospedada en la casa de una española muy linda, increíble persona, en el mero centro de Madrid, así que estuvo de lujo la estancia.

Como era una estancia de tres meses, pensé en aprovechar para buscar libros, visitar archivos, y ver qué me encontraba por ese lado del mar, que de repente pudiera ayudarme en mi investigación. Aproveché también y visité a varios amigos brasileños de la época de la licenciatura, gente que no veía desde hacía más de diez años y que hoy vive en Europa. Fui a Londres, a Berlín, y estuve un mes de mi estancia en Francia, donde visité Toulouse, Blois y Caen, además de París. Me llevaron de paseo por las ciudades, museos, parques y castillos.

Además de muchos libros que traje de Madrid —libros que usé para mi tesis y que nunca habría encontrado acá en México, menos en PDF—, visité el archivo de Félix Guattari en el Institut Mémoire de l'édition contemporaine (IMEC) y me deslumbré con lo que tenían guardado ahí. Un lugar espectacular. El IMEC es el archivo de ediciones contemporáneas, de hecho, es el archivo de muchos pensadores, escritores, cineastas, revistas, o ediciones, todos contemporáneos. Está ahí el archivo de Michel Foucault, el de Jean Wahl, el Jean-Pierre Vernant, así como los de Paul Virilio, Jacques Lacan, Jacques Rancière, Emmanuel Levinas, Jacques Derrida, Louis Althusser, Jean Baudrillard, Cornelius Castoriadis, por citar solamente a los filósofos más conocidos. Deleuze no tenía archivo, por eso no está ahí. Pero sí encontré, para mi sorpresa, todo el archivo de Félix Guattari, y entonces no dudé en programar mi visita.

El archivo se encuentra en la ciudad de Caen, en la región de la Normandía. Antes el archivo estaba en París, pero cambió de sede hace unos años. El lugar es hermoso, el archivo queda en una abadía fuera de la ciudad, y ahí puedes programar el transporte con el propio personal del archivo; dependiendo de la hora en que llegas puedes tomar un colectivo que te lleva hasta allá, si no, en taxi. El archivo abre durante la semana y ofrecen también el servicio de hospedaje. Me pareció la mejor opción, te daban un cuarto y tres comidas diarias y te cobraban cincuenta euros por día.

El archivo estaba en la biblioteca de la abadía, que parecía ser la iglesia antiguamente, una cosa hermosa. La comida rica, el cuarto muy cómodo, y todo el día te quedas consultando los archivos que encargas previa cita. Un paraíso para el investigador. Mi francés es pésimo, estudié algunos años la lengua, hace mucho, puedo entender algunas cosas, más que todo la lectura, pero limitado. Así que lo que me complicaba la vida era que todos los días cambiaba la persona encargada del archivo, entonces mis progresos de

comunicación del día anterior iban agua abajo. Yo hasta mímica hacía. Pero al final lograba comunicarme, como sea. Además, conocí a otros investigadores, a esas alturas, ya sentía que hablaba esperanto. Había gente de todas partes, incluso me topé con un mexicano, un profesor de la UAM que estaba allá consultando el archivo de Foucault. Fue muy lindo, me quedé ahí tres días, vi varios manuscritos de Guattari, su letra, los artículos, saqué copias de portadas de revistas, etc. También fue mi primera visita a Europa, así que toda una experiencia.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Actualmente doy la disciplina de Historia de la Cultura para 2° y 3° año de la licenciatura en el Centro Universitario de Teatro de la UNAM. Hago algunas asesorías de tesis, y participo de cursos de extensión en el 17, Instituto de Estudios Críticos (México). Además, doy cursos independientes y dirijo, junto a mi amigo brasileño, una página web de filosofía (filosofiaparaporcursos.com).

¿En qué proyecto de investigación trabajas actualmente?

¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Oficialmente en ninguno, ya que mis vínculos institucionales son de docente por asignatura. Pero desarrollo de manera independiente una herramienta de pesquisa que pretendo publicar en un futuro próximo.

Mi proyecto mezcla dos experiencias: la del archivo y la de estudiante/investigadora de filosofía. Se trata de un diccionario/plano de clasificación conceptual digital de la obra de Gilles Deleuze. En tanto investigaba su pensamiento, leía sus libros, me daba cuenta de lo disperso que estaban los conceptos, los problemas, los ejemplos. Hice muchos apuntes para saber dónde estaba tal o cual idea, siempre pensando en usarlas de citas, o de referencias bibliográficas para mi tesis de doctorado. Tengo una base de datos con todos

estos materiales y pienso que es considerable. En los estudios de organización de archivos hay una herramienta que se llama plano de clasificación, con ella podemos encontrar un documento o foto entre miles. Todo depende de criterios de organización, localización, etc. ¿No sería lo máximo digitar un concepto de Deleuze y que te aparezcan las principales páginas de los libros donde aparecen, unas citas destacadas, conceptos en simetría con otros conceptos, etc.? Es un proyecto a largo plazo, para ser desarrollado en etapas. La primera, que vengo desplegando lentamente, reúne las obras escritas junto a Guattari. La idea es que una vez la primera etapa esté completa, se pueda ofrecer como un producto y con eso ayudar a financiar ya la segunda etapa, para que fluya con más rapidez.

Viridiana Pérez



Nació el 19 de febrero de 1995, en Puebla, Puebla

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Siempre he pensado que llegué por vocación, una que nadie en mi familia entendía, y es que nadie en mi familia cercana tenía una inclinación por las humanidades.

Los quince años de mi vida educativa los viví en el Centro Escolar Licenciado Miguel Alemán. Cuando cursaba la secundaria, recuerdo que el programa

tenía un sistema de lectura que invitaba a leer; cada bimestre había dos o tres textos que podíamos leer y al finalizar el bimestre había una reflexión sobre este. Eso, además de abonar a la materia de Literatura, daba un punto para la materia que yo eligiera. Creo que desde ahí comenzó mi pasión no solo por la lectura, sino por los grandes pensadores que en ese momento leía. Entre esos textos, hubo dos en particular que me conmovieron. El primero de Platón, *Apología de Sócrates*; el segundo de Ilya Prigogine *El nacimiento del tiempo*. No sabía en realidad qué me había conmovido, y es que tal sentimiento se mueve siempre en el ámbito de lo desconocido, de lo inexplicable. Recuerdo que el segundo texto me causó bastante confusión, creo que en ese momento el hecho de no entender me animaba precisamente a seguir leyendo. Entre diversos textos leí la *Teogonía* de Hesíodo y recuerdo vivamente que cuando mi papá me vio leyéndolo me dijo que era de sus textos favoritos; ese gesto sirvió para que mi padre me diera un montón de libros, no todos de mi interés, porque francamente tenía muchos libros de historia que en realidad no me llamaban mucho.

Pese a que mi papá era ingeniero textil, uno de sus grandes placeres era la lectura; sus gustos eran variopintos, pero la historia y la medicina tenían un lugar especial para él. Era hasta ridícula la cantidad de revistas médicas que coleccionaba, se trataba de revistas desde medicina interna hasta medicina naturista. La salud era una de sus principales preocupaciones. Fue una verdadera lástima que, años más tarde, él enfermara de diabetes, lo cual lo conmovió por completo. Los hombres, por lo que he observado, son mayormente afectados cuando reciben este tipo de noticias. Mi padre fue uno de esos hombres. A raíz de ello, se complicaron otras tantas cosas en su salud; la afectación que sufrió el hígado y el páncreas fue decisiva para el deterioro que todos podíamos observar en él. Esa situación provocó que tanto él como mi madre vivieran en los hospitales.

Mi hermano y yo básicamente nos criamos con mi abuelita Tere, la mamá de mi mamá, quien por cierto jamás dejó que la llamáramos abuela. Decía que era una tontería, pero le parecía muy fuerte la palabra abuela, quizá porque fue abuela siendo muy joven, y al menos el diminutivo la hacía sentir mejor.

Una vez, de la cual pocas veces quisiera acordarme, mi padre estaba en casa. Ya no era nuevo, era un asunto temporal. Él me preguntó cómo iba la escuela, los amigos, la vida. Yo respondí que todo iba bien. Pero él quería hablar. Me preguntó qué es lo que estaba haciendo además de ir a la escuela; me

preguntó también qué es lo que pensaba. No recuerdo qué tanto le dije, pero sí tengo muy presente que aventé al aire, a viva voz: “quiero ser pensadora”, a lo que él respondió: ya lo eres. Esas palabras me hicieron sentir dos cosas: alegría porque sin seguir tan de cerca mis pasos los últimos años, mi padre sabía lo que interesaba y, por tanto, me alentaba y lo apoyaba; tristeza, porque sabía que seguramente no alcanzaría a ver en lo que me convertiría, pero con esas palabras se adelantaba con cierta seguridad.

Después de algunos años, cuando ya estaba cursando la preparatoria, tuve mis primeras clases de filosofía, las cuales me gustaban, pero no tanto como las de literatura. En ese tiempo ya estaba decidida a estudiar filosofía, pero no tardé en sucumbir ante lo atractivo que me parecía la literatura y el teatro. Para ello, influyó la presencia de Pilar Martínez, mi profesora de literatura, quien siempre me animaba a participar y a reflexionar de manera crítica. Ella pensaba en voz alta, y en voz baja, y en silencio. Su pensamiento crítico, sólido y contundente me inspiraba. Por otro lado, las clases de filosofía estaban bien, pero no tanto. Eran clases dispersas y solo se enfocaban en silogismos y tablas de verdad, nunca vi algo que en verdad me cautivara. Ahora que escribo esto, me doy cuenta de que no se trataba de decidirme entre estudiar filosofía o literatura; se trataba de que estaba interesada en las humanidades.

En el último año de preparatoria, pese a mis dudas y al ambiente en donde todo mi alrededor estaba volcado en la incertidumbre de qué estudiar, en dónde y por qué, mi decisión estaba tomada y decidida. Mi madre no lo entendía, de hecho, desde la secundaria, cuando yo expresé mi interés por la filosofía, ella esperaba que cambiara de opinión conforme creciera, conforme viviera y experimentara otras materias de interés. Mi padre sí lo entendía, él era un hombre que dejaba-ser, así, simplemente. Cuando se lo dije la primera vez, me apoyó; cuando se lo dije la segunda vez, me apoyó; cuando se lo dije la séptima vez, me apoyó. Cuando se lo dije la última vez, me apoyó. Recuerdo que esa última vez, un tanto imprudente de mi parte, y él, con la calma que lo caracterizaba, me dijo que quizá no sería un camino fácil por la situación que se avecinaba, pero que lo tenía que llevar a cabo, pese a todo. Él estaba convencido de mis intuiciones y sabía que eso me haría feliz. Él murió en enero de 2013. Su partida no fue inesperada, pero aún así, para mi hermano y para mí, era un mundo nuevo al que nos teníamos que enfrentar.

Recuerdo que, con la muerte de mi padre, y yo, a punto de terminar la preparatoria en verano, surgían las preguntas a voces de mi familia “cercana”

sobre qué es lo que haría terminando la escuela, básicamente porque ya no estaba mi papá. Yo siempre he diferenciado quiénes son mi familia, es decir, mi hermano, mi abuela y mi mamá, y quiénes integran la familia cercana, mis tías, tíos, primos. A veces esta última es la que más duro critica, pero la que no aporta nada. En todo caso, mi respuesta ante sus interrogantes fue: voy a estudiar filosofía. Nadie estaba convencido, pero lo más importante para mí es que yo lo estaba. Creo que la idea romántica que tenía mi familia cercana de la filosofía venía dada a raíz de un tío que se había dedicado a la filosofía, al cual solo conocí una vez cuando era muy pequeña. Se trata de un profesor que no necesariamente vivía de dar clases o de la investigación, sino que provenía de una familia que le permitía ver a la filosofía como un pasatiempo.

Tiempo después, cuando llegó el momento de presentar el examen en la Universidad de Puebla —la cual era mi única opción—, ese día en particular sentí la angustia que todos los jóvenes pasamos, la angustia de perder el examen y, principalmente, de saber que en mi caso no había otra opción ni de universidad, ni de carrera. No podía siquiera pensar en otra institución porque ante la situación me resultaba imposible mudarme a otra ciudad; de licenciatura, porque estaba convencida que quería filosofía. Afortunadamente pasé el examen y con ello gané la oportunidad de estudiar lo que de manera genuina quise desde el principio.

Cuando llegué por primera vez a la Facultad de Filosofía y Letras, el primer día tuve una mala experiencia, una profesora que, más que eso, parecía una mujer prepotente, egoísta y hasta cierto punto frustrada, parecía que odiaba dar clases. Paradójicamente, para mi sorpresa, se trataba de una profesora muy joven, no era filósofa, pero impartía una clase de tronco común, algo así como Desarrollo humano y social. Decía que nos quitáramos esa idea de que la filosofía sirve para algo; de que la filosofía es la ciencia de todas las ciencias; para ella la filosofía era un grupito de gente que se sentía superior porque podían leer textos muy “sofisticados”. Además, nos dijo que se había enterado de que muy pocos inscritos en filosofía llegaban a titularse, principalmente por la traba que significaba la materia de lógica. El problema: la siguiente materia que tenía, seguida de la suya, era Lógica. Tiempo después me enteré de que no era una profesora de la Facultad, y eso me dio paz, pero también reconocí que en nuestro paso por la carrera siempre habrá profesores que, en vez de alentar, solo van a transmitir su frustración.

Justamente la materia de Lógica la impartía y la sigue impartiendo el profesor Juan Manuel Campos, quien, como siempre lo he dicho, es quien marcó mi andar en la filosofía; él trazó el camino al compartirme el rigor y la disciplina que requiere el pensamiento. Fueron buenos tiempos, tiempos maravillosos. Al inicio me interesaban muchas cosas, una de ellas era el problema de la muerte y el tiempo, curiosamente uno de mis primeros trabajos fue sobre el “ser de cara a la muerte” que plantea Martin Heidegger.

Claro que en el primer semestre no tenía mucha idea del tema, pero me esforcé por entender algo al menos.

Sin embargo, sería hasta después que llegaría a mi formación la figura de Silva Durán Payán, una profesora que me inspiró en todo sentido. Nunca, hasta el momento, he vuelto a experimentar una presencia como la de Silvia, amante de la filosofía, amante de la belleza y el arte, amante de la docencia. Era el tipo de profesora que deseo que todo estudiante de filosofía tenga en su camino, al menos una vez. Con ella comencé el verdadero trabajo de pensar filosóficamente. En uno de sus cursos, recuerdo, leímos *La intuición del instante* de Bachelard, un texto que, considero, delineó lo que posteriormente trabajé en mi tesis de licenciatura, a saber, el fenómeno del instante. Curioso es que con Silvia me inicié en la reflexión fenomenológica de corte estética, y semestres después, trabajé en el área de fenomenología con el profesor Ángel Xolocotzi a partir de una serie de proyectos para jóvenes investigadores.

Se trataba de becas cuatrimestrales para incentivar la investigación a nivel licenciatura, lo cual, además de brindarme las herramientas suficientes para desenvolverme desde la mitad de la carrera en pequeños proyectos de investigación con el apoyo de un profesor investigador, y apoyarme económicamente, trabajar en esos proyectos hizo que conociera a quien hasta la fecha es mi gran amigo y con quien todavía comparto este amor por la filosofía: Jorge Díaz.

A partir de ese momento, es decir, a mediados de la carrera, comencé con una carga absurda de trabajo, absurda porque era muy joven para comprender que, aunque yo me quisiera comer el mundo, la verdad es que no iba a poder. En ese entonces cursaba ocho materias, un proyecto por cuatrimestre y dos idiomas, francés y alemán. Al principio no estaba mal, el primer cuatrimestre salí “ílesa”; siempre me he considerado una persona organizada y disciplinada, pero tan solo transportarme de la Facultad de Filosofía a la Facultad de Lenguas era algo que comenzaba a cansarme, mis horarios en la universidad

eran de ocho de la mañana a nueve de la noche. Por lo que, al llegar a casa, medio leía, medio estudiaba, medio dormía, y es que después comprendí que la filosofía lleva su tiempo, es una disciplina totalmente temporal. Cuando me di cuenta de que esa carga de trabajo me estaba rebasando fue porque ya me sentía frustrada, al principio pensé que era la carrera, las materias de ese momento, los profesores, los autores que veía; pero solo se trataba de unas metas que no eran realistas. Finalmente, abandoné francés, no pude presentarme a la certificación porque me quedé dormida.

Ahora pienso con cierta melancolía todos los buenos y los malos ratos que pasé en la carrera. El camino, tal cual me lo advirtió mi padre, no fue fácil, pero me concentré en estudiar y en dedicarle todo mi tiempo y mi energía a la carrera. En el fondo, esa era la única manera de agradecerle a mi abuelita todo el apoyo que me brindó no solo para estudiar la carrera que decidí, sino porque siempre me alentaba a seguir adelante, por muy nublado que el camino se tornara. Sin ella, lo más seguro es que hoy no estaría escribiendo estas líneas.

“Ahora pienso con cierta melancolía todos los buenos y los malos ratos que pasé en la carrera. El camino, tal cual me lo advirtió mi padre, no fue fácil, pero me concentré en estudiar y en dedicarle todo mi tiempo y mi energía a la carrera.”

¿Qué representan para ti las humanidades?

Una forma de pensar crítica y panorámica. A lo largo de mi camino por las humanidades, que es más bien corto, me he dado cuenta de que se trata de una forma de pensar comunitaria y, a la vez, solitaria. También se trata de una de las tantas formas de pensar repudiadas por gran parte de las sociedades

contemporáneas. Sociedades en donde el capitalismo lo ha abarcado todo, lo ha devastado todo. Nos queda claro que, a partir de la pandemia, las sociedades contemporáneas han mostrado su verdadera cara. Vemos los noticieros, los artículos en los periódicos digitales, toda la avalancha de información a cada segundo; basta con hacer *slide down* o *swipe up* para que la información se actualice, se nos muestre la novedad.

Curioso es que al inicio de la pandemia una serie de pensadores —filósofos en su mayoría— reflexionaron sobre las consecuencias de la crisis sanitaria y un posible diagnóstico de lo que se avecinaba; Agamben llegó a afirmar que se trataba de un golpe al capitalismo, el cual vería el inicio de su fin. Curioso es también que con la crisis sanitaria lo único que ha sucedido es que el capitalismo ha tomado mayor fuerza.

En este sentido, ¿qué representan para mí las humanidades? Un gran reto sin una meta específica. Y es que las humanidades no tienen una meta específica, el pensamiento por sí mismo no tiene una meta. Las metas se van construyendo, si acaso, a partir de la *episteme* en la que nos ha tocado vivir, tal cual lo enfatizara Michel Foucault en *Las palabras y las cosas*. El gran reto que tienen las humanidades consiste en plantear y replantear las formas discursivas en las que nos hemos movido hasta el momento, pues a diferencia de las ciencias que intentan pensar unilateralmente, las humanidades intentan pensar de manera panorámica, de una manera que yo llamaría hasta cierto punto ambiciosa, ya que, si bien los humanistas pensamos siempre desde una trinchera —llámese filosofía, historia, artes— finalmente intentamos abarcar distintos puntos de vista y ponerlos sobre la lupa de la reflexión crítica.

No quiero traer a colación lo que las humanidades deberían aportar a las sociedades contemporáneas en términos de reformas políticas, reformas económicas justas, ni algo por el estilo; quiero hablar de algo que particularmente me ha tocado, precisamente, porque mi formación humanística y filosófica me obligan a pensar histórica y epocalmente.

Hace unas semanas leía un artículo sobre salud mental, esta enfocada en los adolescentes y su vida durante la pandemia. Escalofríos me dieron no solo las cifras desmedidas de suicidios, que eso de por sí ya está para llorar, sino los comentarios al artículo, la polémica que se desató a partir de este. Muchos de los que, supongo, eran padres, salieron a decir que “esta generación de cristal” no aguanta nada; que esta generación no ha pasado verdaderos trabajos; que el nuevo fenómeno de exteriorizar los sentimientos se estaba saliendo de las

manos. Comprendo que la falta de reflexión puede llevar a las personas a un grado de incoherencia, al punto de olvidar que muchos de los problemas a lo largo de la historia han sido generacionales. Lo grave es que hay jóvenes que se están quitando la vida no solo por la presión social, sino porque la salud mental ha sido dejada de lado, tanto por el lado de las ciencias, como por el lado de las humanidades. Baste escuchar a muchos de estos llamados humanistas mofarse de la mal llamada “generación de cristal”. ¿A caso en su momento no todos hemos padecido en cierto grado desordenes mentales, así como tristeza, ansiedad o miedo?

Pienso tan solo en el reciente artículo que escribió Byung-Chul Han y que salió en el diario *El País* bajo el título “Teletrabajo, zoom y depresión”, en donde el filósofo surcoreano hace hincapié en la salud mental, los trastornos que ha desencadenado la pandemia y la carga apabullante de trabajo en la que estamos inmersos a partir del teletrabajo.

Su propuesta surge de algo que el pensador ya ha criticado en otros textos: pensar que el dolor es de débiles.

Si la salud mental ha sido dejada como un tema secundario de las ciencias, considero que las humanidades en este momento deberían de estar enfocadas en discutir sobre el tema y en abrir perspectivas críticas que piensen justamente lo que yace de fondo.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

Superar mis propios miedos, mis propios fantasmas, mis obstáculos. Llegar a la filosofía no ha sido en camino recto. Sabemos que la vida no se transita por un camino recto. En primer lugar, uno de los retos más importantes para comenzar fue resolver de cierta forma la cuestión económica. Antes de entrar a la universidad trabajé en una repostería, el tiempo que debía trabajar era poco y básicamente quería ahorrar dinero para la universidad. La preocupación llegó cuando me di cuenta de que ese dinero ahorrado no sería suficiente ni siquiera para poder vivir el primer semestre de la carrera. Pero mi abuela siempre estuvo ahí, no solo me brindó la comodidad de estudiar sin

trabajar, me apoyó en todo sentido. Claro, yo crecí con ella, ella me conocía mejor que nadie. Conocía mis miedos, mis angustias, mis alegrías. Ella y solo ella me podía brindar la protección y el sostén que esos momentos decisivos en mi vida necesitaba. Pese a los comentarios de sus hijos y nietos, ella nunca dejó de creer en mí. Yo me llegué a sentir fatal en algún punto; sentir que ella no tenía que cargar con la responsabilidad que yo implicaba era una cuestión que me atormentaba.

Los primeros años de la carrera concursé por diversas becas, las cuales, por alguna extraña razón nunca ganaba. Por dos años consecutivos gané becas a la excelencia en especie, es decir, becas de cinco mil pesos en la librería universitaria, lo cual siempre era gratificante. Casi para terminar la carrera, finalmente, obtuve dos becas importantes: la beca de excelencia de la BUAP y la beca de asistente de investigador nivel III del Conacyt. Eso hizo que pudiera independizarme hasta cierto punto de mi abue, y de esa manera seguir mi camino sola. Eso implicó mayores responsabilidades, ya no estaba dedicada solo a mis estudios, tenía que trabajar en asuntos académicos y técnicos de un investigador, el profesor Xolocotzi; ello me permitió desarrollarme en otros ámbitos, tanto en saber usar una plataforma del SNI, como a mantener una agenda académica y colaborar en la revisión de textos filosóficos.

En esos tiempos, antes y durante la carrera, pasaron muchas cosas juntas que a veces me impedían ver claridad y sentido a lo que estaba haciendo. Nunca dudé de mi pasión por la filosofía, pero de vez en cuando llegaban esos pensamientos que me cuestionaban ¿Qué estoy haciendo y para dónde voy? No fueron tiempos fáciles, pero tampoco equiparables a los momentos que estamos viviendo ahora. Todo estudiante vive momentos críticos durante la carrera, pueden surgir dudas y problemas de todo tipo, pero lo importante es no perder el rumbo. Yo, por ejemplo, siempre he pensado que estudiar filosofía es una forma de vivir y múltiples formas de pensar. Si ahora sigo recorriendo este camino, es porque la filosofía me ha mantenido en el temple.

¿Y dentro de la filosofía?

Desde que inicié la carrera, hasta ahora que curso el doctorado, he tenido un sinfín de facetas. Llegó un momento en que puse en duda mi propia idea de

filosofía. Y es que creo que dentro de la filosofía y de la academia, que son dos cosas distintas, a veces uno sucumbe a ciertas propuestas, a ciertas dudas, inclusive a ciertos modos de pensar.

Recuerdo que terminé la licenciatura casi en tiempo récord, ni mi familia ni mis amigos comprendían por qué mi actitud siempre era contrarreloj, parecía que siempre iba corriendo por la vida; y no sé, siempre he pensado que mi mayor miedo es perder el tiempo, pienso que, si no hago las cosas hoy, quizá mañana ya no pueda. Yo terminé la licenciatura en primavera 2017 y en verano del mismo año ya estaba dentro de la maestría. Fue un tiempo en el que no me di tiempo, pero creo que el hecho de enfrentarme tan pronto a un nuevo panorama hizo que me dejara influenciar por ideas que rondaban en el ambiente académico; tenía que ver con la actualidad y el carácter pragmático que debía tener la filosofía. Es decir, todo lo que yo había trabajado hasta el momento, esto es, el fenómeno del tiempo en Aristóteles y Heidegger; así como el proyecto del *Kairós* y el *Ereignis* en el pensar ontológico heideggeriano, no eran formas de abonar novedad al terreno filosófico “actual”.



Comencé a preocuparme por mi quehacer en la filosofía, a despreciar el trabajo que realizaba, a cuestionarme otros modos de incidir en ella; incluso llegó un punto de la crisis en el que pensaba que lo peor que le pudo haber pasado a la filosofía —a mi idea de filosofía— era la academia, lo cual era una contradicción: yo estaba cursando la maestría para obtener un título académico. Creo que haber estado muy cerca al ámbito académico desde un

inicio me hacía cuestionarme por dicho quehacer y a replantearme lo que buscaba genuinamente en la filosofía. Mis intereses no estaban volcados a coleccionar títulos universitarios, pero reconocí también que la academia representaba una forma de trabajar y de situarme en la propia disciplina.

En ese tiempo no solo yo pasaba por esa crisis, mis amigos cercanos eran el sustento que me mantenía a flote y yo el de ellos. Muchos nos sentíamos cansados y hasta cierto punto decepcionados, porque tanto las humanidades como la filosofía en general debían cambiar su discurso; ya no se trababa de pensar los problemas fundamentales, sino de problemas que surgieron a partir de los cambios a los estatutos de Conacyt. En pocas palabras, las humanidades, si querían sobrevivir, tendrían que entrar, como todo, al ámbito de lo que sirve a la sociedad, lo que produce conocimiento aplicable. Sin duda estar en todo ese ambiente bajaba mucho los ánimos de todos nosotros que nos dedicábamos a nuestras investigaciones filosóficas poco útiles a la sociedad.

Hasta la fecha seguimos pensando que las humanidades deben alzar la voz, no solo por su autonomía, sino porque la utilidad ha sido tergiversada con algo que debe servir tangiblemente, como si el pensamiento por sí solo no fuera ya una forma de protesta y de acción, una acción mucho más contundente. Esta errónea interpretación de utilidad ha surgido de la idea que está en el centro del pensamiento contemporáneo: producción. Entre mayor producción, mayor ganancia. Si las humanidades no producen algo para este sistema, quedan fuera. Pero tanto producción como rendimiento no son sino las formas en las que las sociedades nos invitan a participar activamente en el bucle que ello mismo desencadena. Yo me pregunto si acaso esa utilidad no es el síntoma propio de la inutilidad y de la pérdida del verdadero sentido de aplicación. Las humanidades, por tanto, no deberían ser útiles, sino aplicables.

“Esta vez que puedo pensar retrospectivamente, considero que la crisis por la que atravesé hace algunos años constituye un problema al cual me voy a enfrentar constantemente, porque la sociedad parece estar peleada con la supervivencia de las humanidades.”

Para los que estamos dentro de la filosofía, uno de los grandes retos será no solo luchar contra los estereotipos con los cuales ya nos etiquetan, sino demostrar que la filosofía no se agota en una supuesta inutilidad, ni tampoco se agota en la academia. Si la academia vive es por el pensar mismo, no por la autonomía de esta. Y si la sociedad necesita utilidad de la filosofía, no surgirá bajo los términos que ella impone.

Esta vez que puedo pensar retrospectivamente, considero que la crisis por la que atravesé hace algunos años constituye un problema al cual me voy a enfrentar constantemente, porque la sociedad parece estar peleada con la supervivencia de las humanidades; y también porque existen múltiples formas de hacer filosofía, en ello yace su grandeza.

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

Sí. En Friburgo, Alemania. Desde 2018, en el tercer semestre de la maestría, yo estaba ansiosa por irme de estancia. La maestría, así como cualquier posgrado que esté dentro de Padrón Nacional de Posgrados de Calidad (PNPC) del Conacyt, da la posibilidad de una estancia académica por un tiempo máximo de seis meses. La maestría consta de cuatro semestres; yo cursé todas mis materias en tres para que el cuarto y último quedara libre y pudiera irme de estancia. Fue, sin duda, una buena elección, aunque ese tercer semestre haya sido el peor. Se trataba de cursar cinco materias de forma presencial que prácticamente me imposibilitaban trabajar de lleno en mi investigación. El punto es que desde mediados de septiembre de 2018 comencé a ver la posibilidad de irme con el profesor Gander a Friburgo. Para ello hablé con el Profesor Xolocotzi, mi director de tesis, quien me pidió un avance sólido de mi investigación para poder ir; además, me dijo que para las becas mixtas faltaba mucho tiempo. Eso, antes que desanimarme, me impulsó a trabajar a marchas forzadas en ese avance que debía entregar.

Pero el problema no se agotaba en eso, el verdadero problema en ese momento no era el avance, era que mi asesor tenía razón, faltaba casi medio año para postular a las becas mixtas, con el riesgo de que no salieran a tiempo,

o simplemente no salieran. Entre tantas cosas que debía hacer y que debía cumplir, decidí irme sin beca, me fui únicamente con mis ahorros que, sinceramente, no eran muchos para pasar una estancia en Friburgo, una de las ciudades más costosas de Alemania, pero me arriesgué. Curioso, porque no suelo ser una persona que toma las decisiones a la ligera, pero era un deseo que tenía, además de que era la oportunidad para hablar el idioma que llevaba estudiando los últimos cinco años de mi vida.

Cuando llegué a Alemania no todo fue color carmín, recuerdo que los primeros días yo vivía el sueño, me enfrentaba a una realidad extraña y llena de emociones. Esos primeros días todo me parecía algo nuevo, el lugar donde vivía, el vocabulario tan extraño que hasta ese momento desconocía, la universidad, la biblioteca, las rutas del tranvía, entre muchas otras.

Por fin había llegado el momento de internarme en la cultura; siento que, si bien llegué a la cultura alemana a partir de la filosofía, los últimos años de cursos y clases no solo del idioma, sino de la cultura alemana en general, me mostraron un panorama que me causaba fascinación. Lo difícil vino cuando ya no se trataba de la novedad de los primeros días, sino de trabajar en la investigación por la que estaba en Friburgo. Recuerdo que todo era perfecto, los tiempos, los planes y hasta el clima. Yo llegué a Alemania el 30 de diciembre de 2018, decidí llegar en pleno invierno porque mi propósito era estudiar, y era consciente de que el clima me permitiría concentrarme en mi tarea. Además de hacer la investigación, tuve la oportunidad de tomar un curso intensivo de alemán en el *Sprachenkolleg für ausländische Studierende*. Mi mayor tiempo giraba en torno al idioma y a mi investigación. Tuve la fortuna de vivir con Lukas Klose, un alemán muy paciente y amigable que me abrió las puertas de su casa durante toda mi estancia. La casa estaba un poco alejada del centro de Friburgo, pero fue un gran lugar, es un gran lugar.

Pese a que tenía todo lo bueno que me rodeaba, todo eso representaba mucha presión para mí; había días en que nada, ni por error, rompía con la rutina en la cual me encontraba. Había días en los que Lukas me decía dos palabras y no era capaz de entender ni la primera. Cabe resaltar que en el lugar donde viví, Waltershofen, la mayoría de la gente habla un dialecto alemán, lo que complicaba de cierto modo mi comprensión. Pero debo decir que todas esas personas que conocí en ese pequeño sitio me hicieron sentir parte de ellos. Pese a todo, esos momentos de completa soledad, de completa presión, forjaron mi carácter en muy poco tiempo.

En el mes de enero pude entrevistarme con el Profesor Gander, quien me recibió amablemente. Le hablé sobre mi proyecto y me recomendó algunas fuentes bibliográficas; me preguntó también sobre el propósito de mi estancia además de terminar mi investigación de la maestría. Mi respuesta fue que estaba interesada en postular para el doctorado en Friburgo, lo cual fue impertinente de mi parte, porque no tenía bien definido mi proyecto doctoral. Para mi suerte, el profesor no tenía tiempo de discutir sobre el asunto y me dio cita para otra ocasión, lo cual me dio tiempo para pensar.

Lo peor de mi estancia vendría unos días después. Entre la presión que vivía por lo poco que avanzaba en mi investigación a causa de lo demandante que resultaba el curso intensivo de alemán, y además pensar en una propuesta doctoral antes de que la estancia se acabara, mi salud se veía un poco debilitada, tenía insomnios y muy poca hambre durante el día. En una ocasión, al llegar de un día bastante largo, sentí mucho dolor en el cuero cabelludo. Al inicio lo asocié con el frío, comenzaba febrero, mes que todos habían pronosticado como el peor del invierno, y supuse que era eso. Mi sorpresa fue que perdí un gran mechón de cabello solo por acariciarlo. No sabía qué había sucedido, sentía miedo y me encontraba completamente sola, pero tampoco comuniqué nada a nadie.

Después de eso que me afectó, tenía que salir adelante y así lo hice. Mi investigación avanzaba y por fin comenzaba a delimitar el problema para el doctorado. Considero que mi estancia no solo me permitió apreciar un escenario filosófico diferente, sino que fue ahí donde determiné uno de los caminos que quiero recorrer en la filosofía. De alguna manera, el rigor y la experiencia me dieron bases sólidas para el trabajo que ahora mismo estoy desarrollando. Al final decidí no estudiar el doctorado de tiempo completo en Friburgo, pero sí logré entablar un convenio de doble titulación, en el cual trabajo actualmente. De hecho, en el mismo año, 2019, regresé a Friburgo para comenzar con algunos trámites para la universidad.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Actualmente no estoy adscrita en una institución como docente o investigadora. He colaborado en algunas clases de la Licenciatura en Filosofía

de la BUAP; este semestre de primavera impartí una materia sobre Estética como profesora colaboradora.

¿En qué proyecto de investigación trabajas actualmente? ¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Bastantes conocidos son los reproches a Heidegger por la carencia de una ética, o por la poca seriedad con la que trata el problema del cuerpo, inclusive por la “ausencia” de un pensamiento político, entre muchos otros. Justamente lo que acabo de enumerar sería aquello que el propio pensador de Friburgo cuestionaría, en tanto que la filosofía no puede ser un asunto temático.

Una de las tantas críticas que lleva a cabo Heidegger a la metafísica consiste en demostrar la estructura temática en la que han sido cuestionados los problemas alrededor de la historia de la filosofía, empezando por que la verdad no es exclusivamente asunto de la lógica, ni lo bueno de la ética, ni lo bello de la estética.

En mi proyecto doctoral me dedico a pensar el problema de la estética, fenómeno que, al igual que la ética, supuestamente no fue tematizado por el filósofo.

El problema que implica hablar de una estética heideggeriana hunde sus raíces en que la estética pertenece, según nuestro autor, al ámbito metafísico de tratar al arte como mera expresión y representación subjetiva de la sensibilidad. Ante ello, no solo la metafísica debe ser superada, sino que a la par, le estética misma. Lo cual no significa que Heidegger no tenga un proyecto estético.

Su apuesta consiste, originariamente, en refundar el proyecto de la estética confrontándola con la propia metafísica. Esta refundación tiene que ver con la fundación del Ser en relación con el problema del arte, ya que la obra de arte fue pensada a partir de su ser imagen, ser exhibida, presente; lo cual deja de lado el ser de la obra que no *consiste* en ser presente, sino *com-ponente*. Esta funda el espacio al abrirlo y en tal apertura se afirma siendo ella misma y nada más.

De esta manera, si es necesaria una fundación del Ser, resultará necesario que el arte, en tanto que el modo en que la verdad del Ser se devela, sea precisamente la fundación del Ser y no el fundamento de la sensibilidad. En todo caso, la fundación del Ser surge del ámbito histórico, en donde el arte juega un papel fundamental

“Mi objetivo principal es defender un proyecto estético en el pensamiento heideggeriano, diferenciando el concepto de estética que está en juego.”

Mi investigación consiste en sustentar que la propuesta estética de Martin Heidegger tiene una clave interpretativa que podemos rastrear desde la crítica a la metafísica, pero que no logra ver la luz en las tematizaciones sobre el arte, sino en el interior del proyecto ontológico de la verdad del Ser. Mi hipótesis temprana busca demostrar que la refundación de la estética apunta a una problematización que cobra vigencia en lo que se conoce como el fin del arte, que más bien, en el pensamiento heideggeriano se entendería como el fin de la estética.

El fenómeno del arte ha sido uno de los problemas más revisados y trabajados del autor. Hacer esta investigación lleva un doble reto; por un lado, aportar algo nuevo en el problema; por otro, la tarea de un investigación panorámica y completa del asunto, tomando en consideración que la obra integral de Heidegger, la cual consta de 102 volúmenes, está a punto de publicarse en su totalidad. Para esto, es necesario entender que la cuestión del arte no se agota en textos específicos, se encuentra al interior de todo un proyecto filosófico.

Mi objetivo principal es defender un proyecto estético en el pensamiento heideggeriano, diferenciando el concepto de estética que está en juego.

No se trata más de una teoría pura de la sensibilidad, sino precisamente de desmantelar dicho imaginario.

El panorama desde el cual parto tiene que ver con la crítica que Heidegger hace a la época técnica contemporánea, en donde la necesidad del arte parece no tener ya ninguna justificación desde el punto de vista de los criterios de “actualidad” y “realidad”. El problema de fondo no es la importancia del arte en la época técnica y su función ideológica, sino si para nosotros y nuestra época el arte sigue siendo importante y necesario. De ahí el intento por pensar si con todo el escenario que nos presenta Heidegger, es posible hablar de una estética diferente y, si es así, en qué condiciones se inserta en la propuesta del filósofo alemán. Esto además de proporcionar una clave de lectura diferente, abonaría a una nueva vía de interpretación del llamado pensar ontológico.

Algunas colaboraciones y obras propias de la autora



César Alberto Pineda



Nació el 7 de febrero de 1987

En Naucalpan, Estado de México.

Institución de adscripción: Universidad Iberoamericana
Puebla

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Supongo que desde niño hubo algo que me atrajo a la filosofía, sin que yo supiera formalmente nada de ella. Desde que tengo memoria me he sentido interesado por ir más allá de lo evidente, es decir, más allá de lo que todo mundo consideraba como normal, bueno y común, para preguntarme por

qué las cosas son así y no de otro modo. ¿Pudo ser todo de otra manera o todo lo que vemos forma parte de una inevitable cadena de sucesos?

Muchas veces estas inquietudes, más que pensamientos formales, se expresaban como intuiciones o sensaciones. Por ejemplo, cuando tenía aproximadamente ocho años, recuerdo que estaba fascinado por las explicaciones sobre el origen y evolución del universo; algún día, mientras veía un documental relacionado con el tema, se mencionó la posibilidad de que el universo fuera infinito. Esa idea, por alguna extraña razón, no me dejó dormir esa noche. Recuerdo que intenté concebir qué significaba que algo, el universo, fuera infinito: sin principio ni fin, algo que, por más que se lo recorriera de un lugar a otro, no tendría un límite. Sentí algo parecido a los escalofríos, pero no era una sensación física sino mental, acaso espiritual. Solo recuerdo que, con algo parecido al miedo, me oculté bajo las cobijas hasta que, eventualmente, el sueño me atrapó.

Pensando en retrospectiva, quizás ese miedo o vértigo que sentí fue algo parecido a lo que debieron experimentar los inquisidores de Giordano Bruno, aquel gran pensador del infinito. ¿Pero qué tienen de escalofríos o atemorizantes ideas como la del infinito? Tal vez que nos ponen frente a nuestra propia insignificancia y finitud, frente a un cierto absurdo y nulidad de todo cuanto podamos hacer y emprender. Esa es una cuestión que me acompañó en la adolescencia, y probablemente hasta la fecha: ¿todo lo que hacemos está condenado a la insignificancia y al absurdo? ¿O la esperanza de ir más allá de ese absurdo y hacer algo significativo no es más que una arbitrariedad humana, basada en falsas ilusiones sobre nosotros mismos y el mundo?

Mientras esas preguntas aún se formaban sin ser completamente verbalizadas, en algún momento, cuando tenía aproximadamente doce o trece años, encontré en los libros viejos, que mis padres habían leído en su época escolar, algunos nombres como Sartre, Camus, Hesse. En particular recuerdo *El muro* y *La náusea* de Sartre. Aún sin entender nada de aquellas páginas – probablemente no había nada que entender –, recuerdo la sensación; era algo muy similar al vértigo que había experimentado antes frente a la idea de lo infinito, pero en esta ocasión había palabras de por medio, había nombres, historias involucradas con ello.

Por esa misma época –cuando aún no había internet para buscar de inmediato información sobre cualquier cosa– encontré el nombre de Sartre en una

enciclopedia; era la sección de Filosofía, en un subcapítulo que llevaba la etiqueta de *existencialismo*. Allí se mencionaban otros nombres que llamaron mi atención: Nietzsche, Kierkegaard, Unamuno, entre otros. Aún no sabía nada con precisión sobre la filosofía, ni que era una especie de carrera escolar que uno podía estudiar, pero comenzaba a quedarme claro que afrontaba algunas preguntas como las que me inquietaban.

«¿Todo lo que hacemos está condenado a la insignificancia y al absurdo? ¿O la esperanza de ir más allá de ese absurdo y hacer algo significativo no es más que una arbitrariedad humana, basada en falsas ilusiones sobre nosotros mismos y el mundo?»

Ya en la preparatoria, aún sin profundizar demasiado, me apropié de la palabra *existencialismo* sin mucho rigor, pero era una palabra mía a final de cuentas, con la cual, de algún modo, le daba sentido al vacío que presentía en el mundo. Me gustaba, pues, pensarme a mí mismo como *existencialista*, con toda la pretensión e inocente ignorancia de aquella edad, unos quince años. Al saber esto, una amiga –quien compartía mi gusto por ir más allá, por conocer nueva música, cine, autores– me prestó un libro que tenía en su casa, la *Gaya ciencia* de Nietzsche. Ahora me doy cuenta de que no entendía nada de lo que Nietzsche decía, pero en ese momento no lo sabía, creía entender algo. Lo importante es que, en medio de la confusión y ambigüedad, un estado anímico comenzaba a tomar forma, lo describiría de este modo: a la vez el gusto, el vértigo y el temor de mirar el mundo desde la distancia, desde lo alto o desde abajo, pero en todo caso lejos de lo habitual. Y podía causar temor porque todo lo que antes era valioso e importante –poseer cosas, ser bien visto por los demás, estudiar, trabajar, producir, ser útil– comenzaba a diluirse y parecer absurdo. ¿A cambio de qué estaba dejando todo eso atrás? A cambio de lo que parecía ser una *nada*.

Entonces llegó un momento que había esperado con cierta emoción. Si no recuerdo mal, fue en el quinto semestre de la preparatoria: tener clase de

Filosofía. Comenzó siendo estimulante y terminó por ser una decepción. Teníamos una buena profesora que había estudiado Filosofía, y se notaba su pasión por el área. Trabajábamos a partir de un libro de texto que, hoy pienso, era bastante escueto, pero la mejor parte era cuando, después de leer algunos fragmentos del libro, hacíamos preguntas al respecto; recuerdo el gusto y el placer que sentía al tratar de responder preguntas como: *¿Cuál es el arjé de las cosas? ¿En qué consiste el devenir de Heráclito? ¿Por qué, según Parménides, el ser tiene que ser continuo?* Desde el punto de vista escolar, fue lo que más disfruté de aquel periodo, casi todo lo demás me parecía superfluo.

Sin embargo, el gusto duró poco. La profesora, quien tenía ya algunos meses de embarazo, debió ausentarse de la escuela; entonces tuvimos que continuar la asignatura con otra profesora, quien antes nos había dado clases de Formación cívica. Era abogada o administradora, no recuerdo bien, pero era evidente que no sabía nada de filosofía; la clase se convirtió en una aburrida repetición y memorización de conceptos que no nos decían nada, ni a mí ni a ninguno de mis compañeros. Tuve que padecer lo que muchos otros estudiantes de bachillerato padecen, que es, desafortunadamente, algo muy común: tener una clase impartida por alguien que no tiene el perfil profesiográfico adecuado. Es una de las principales razones por la cuales los estudiantes terminan por odiar algunas áreas de conocimiento, no solo la filosofía.

No obstante, por lo poco que sabía, estaba enterado de que esta área era más que eso. En esos mismos días llegó el momento de decidir qué carrera universitaria estudiar. Por supuesto, la filosofía era una de mis primeras opciones; pero también pasaban por mi mente la física, en la cual había tenido buenas calificaciones y que disfrutaba igualmente por su capacidad explicativa, hasta remontarse a la pregunta por el origen del universo; igualmente psicología me gustaba porque ahondaba en el misterio de la mente humana; pero también me gustaban las artes y prácticamente todos los procesos creativos, especialmente la literatura, la pintura y el cine. Aún hoy me pregunto por qué debemos renunciar a cultivar tantas áreas para especializarnos solo en una cosa.

Por si fuera poco, sobre la opción de filosofía pesaba el conocido estigma: *¿De qué vas a trabajar? ¿De qué vas a vivir?* Aunque mis padres no querían imponerme ni prohibirme directamente nada, sutilmente me insinuaban esas preguntas. Traté de encontrar la opción en la que tuviese que renunciar a menos intereses y opté por comunicación, en la FES Acatlán. Fui aceptado en el examen de

ingreso a la UNAM —en ese momento no sabía lo afortunado que era—. No hay modo de saber si estudiar comunicación fue una buena o mala decisión, porque no viviremos los otros mundos posibles que vamos descartando con cada elección. Disfruté la carrera, sin duda, y al terminarla trabajé un tiempo en actividades relacionadas con el área, pero hacia el quinto semestre (de nueve), habiendo pasado por materias más reflexivas como Epistemología y Teoría social, me di cuenta de que me sentiría incompleto toda la vida si no profundizaba en lo que realmente me apasionaba.

Entonces ingresé la solicitud de cursar una licenciatura simultánea, Filosofía, esta vez en Ciudad Universitaria. Y para poder terminar las dos, opté por estudiar la segunda en el Sistema de Universidad Abierta (SUA). Cuando lo pienso en retrospectiva, no dejo de asombrarme y de sentirme agradecido por las posibilidades que nos da la universidad nacional. En la primera ocasión, no procedió el trámite por falta de cupo. Al año siguiente volví a intentarlo, pero el resultado fue el mismo. Ya me había resignado a no estudiar filosofía, incluso había preparado una especie de plan autodidacta para estudiarla por mi cuenta, reuniendo los libros que pudiera, incluso en PDF —hoy me doy cuenta de que hay muchos jóvenes en esa situación, les apasiona genuinamente la filosofía, pero por una razón u otra no pueden o no se atreven a estudiarla, y muchos buscan opciones intermedias, como el ser autodidacta.

Al terminar mi penúltimo semestre de comunicación, casi por casualidad vi que el trámite estaba abierto una vez más, y lo ingresé por tercera ocasión, prácticamente sin esperanza alguna, casi lo hice por inercia. Tan poca esperanza tenía que olvidé revisar el resultado después. Pero en algún momento, cuando entré al sistema para ver mi historial de calificaciones, por curiosidad entré a ver los resultados, recuerdo que estuve a punto de no hacerlo. Esta vez había sido aceptado. Mi felicidad fue incluso mayor que la primera vez que fui aceptado en la UNAM. Así, aunque oficialmente se trataba de una *carrera simultánea*, en la práctica la estudié con un semestre de descanso después de comunicación, lo cual, sin planearlo, me dio tiempo para conseguir un trabajo con el cual podría asumir los gastos de la segunda carrera.

Aunque, por supuesto, hubiese deseado ser un estudiante de tiempo completo en el sistema escolarizado, mi paso por el sistema abierto fue sumamente gratificante. Como yo, la mayoría de los alumnos en SUA habían estudiado otra carrera y tenían otros trabajos. En suma, eran personas adultas, maduras, apasionadas por estar allí, y eso enriquecía el ambiente. Entre mis amigos del

SUA había músicos, médicos, ingenieros, actores, artistas; solo me quejo de que no haya durado más ese tiempo. Recuerdo que me impresionó gratamente el ambiente de libertad, diálogo y tolerancia que primaba en la Facultad de Filosofía y Letras; esa libertad nunca la he vuelto a experimentar en ningún otro lado, dentro o fuera de la UNAM. Era como una isla de excepción en medio de un mundo determinista y anquilosado, la sentía como una pequeña Atenas en medio de la nada —con sus propios problemas, como Atenas.

Ya en la carrera, sin duda fue crucial el haber tenido en el primer semestre a profesores como Leticia Flores Farfán y Crescenciano Grave. Sus clases no solo fueron significativas desde el punto de vista teórico, sino que me reafirmaron la sensación de que estaba donde debía estar. La profesora Leticia —les llamaré por su nombre personal con todo el cariño que se tiene a los grandes maestros— nos contagió su pasión por los griegos y su mirada crítica de la filosofía; y por su parte, Crescenciano impactaba por la seriedad y profundidad con la que se adentraba lo mismo en Platón que en Nietzsche.

El único problema era que en sistema abierto solo se tiene una clase de una hora a la semana, a manera de asesoría y orientación temática; pero al mismo tiempo hay una ventaja en ello: obliga al estudiante a continuar por su cuenta, tiene que buscar, leer, investigar, ir formando su propio camino. Esto me hace pensar en los alumnos que hoy, en medio de la pandemia, anhelan volver a las clases presenciales y pasar más tiempo con sus profesores y compañeros. Sin duda se extraña, pero es también un reto para continuar por cuenta propia, formarse uno mismo sin la presencia de maestros guías, tutores.

En suma, el paso por la licenciatura me confirmó qué era lo que realmente buscaba, y decidí buscar el modo de dedicarme de lleno a la filosofía; cualquier otra vía probablemente me habría hecho infeliz. Para que algún día fuese posible, quizá, vivir de la filosofía, sabía que debía estudiar también el posgrado. Después de algunas dificultades y tropiezos —a los que volveré más adelante—, entré a la maestría con un proyecto sobre Heidegger y la técnica. En ese momento, cuando uno necesita, más allá de la genuina pasión, ganar en rigor conceptual y profundidad de pensamiento, fue crucial la intervención de otros dos profesores: Alberto Constante y Ricardo Horneffer, mi trabajo académico de hoy sería impensable sin ellos. Además de su amistad e indudable calidad humana, lo cual ya es valiosísimo por sí solo, de Alberto aprendí a depurar mi trabajo conceptual con más cuidado, evitando ambigüedades y medias tintas; en los seminarios de Ricardo, que se

convirtieron en un segundo hogar, aprendí a conservar el corazón de la vida filosófica, la genuina pasión por pensar.

Después decidí continuar mi estudio de Heidegger en el doctorado. Por ello me mudé a Puebla, donde me asesoró el profesor Ángel Xolocotzi, en la BUAP, cuyo trabajo no solo se caracteriza por el rigor temático y metodológico para abordar la obra heideggeriana, sino que conserva aquel elemento esencial de la filosofía, la pasión y el temple anímico. Eso me recuerda una afirmación de Heidegger, y que Ángel cita frecuentemente: *Si falta el temple fundamental, todo se convierte en un tableteo forzado de conceptos y cáscaras verbales.*

Diría que ese es el gran reto, sobre todo en el posgrado, aunque también para la filosofía en general: lograr rigurosidad en los conceptos, pero sin perder lo que nos condujo desde un inicio a la reflexión filosófica, una cierta emoción, un temple anímico que no necesariamente es algo que se viva como *agradable* o *desagradable*, aunque sin duda puede llegar a ser tanto angustiante como esperanzador. En mi caso, profesores como los que he mencionado se caracterizan justamente por mantenerse en ese balance.



¿Qué representan para ti las humanidades?

Es una palabra polisémica y a veces problemática. Pero en general me remite a dos ideas, y ambas me parecen de lo más noble y admirable que podemos hacer. Por un lado, pienso en actividades que llevan a la existencia humana más allá de la pura subsistencia material y biológica, es decir, más allá del encadenamiento a la satisfacción de necesidades del tipo que sean; al ir más allá de la necesidad abren la posibilidad de algo más, algo que podría ser descrito con la palabra libertad. Son actividades que realizamos no por necesidad, sino por el libre impulso que lleva a conocer y crear.

Sin embargo, llegar a tener esa libertad no es nada sencillo. Como seres vivos y materiales que somos, pertenecemos a un mundo causal, gobernado principalmente por leyes de necesidad. Si la libertad existe en el universo, es tan solo como un ínfimo margen de excepción. En parte, la filosofía y las humanidades representan un esfuerzo por llegar y mantenerse en ese margen. Pero solo se llega allí después de una ardua lucha, en la cual se busca sobreponerse a las necesidades. Esa lucha no siempre es *justa* ni *equilibrada*. Por ejemplo, para que en la antigua Grecia un puñado de hombres pudiese ser libre para la creación y el pensamiento, era necesario que la enorme mayoría del resto de la población estuviese encadenado a actividades *necesarias* y *serviles*. Como señaló Hegel en su *Filosofía de la historia*, la gran singularidad del mundo griego consistió en que *algunos* hombres llegaron a ser libres, pero el sentido de la historia consiste en que *todos* puedan serlo. Por mi parte, ignoro si tan alto ideal, a pesar de su inigualable belleza, es posible en realidad; más bien dudo de que todos los seres humanos lleguen a desearlo alguna vez.

“al ir más allá de la necesidad abren la posibilidad de algo más, algo que podría ser descrito con la palabra libertad.”

Esa lucha se repite, a una menor escala, en nuestras vidas cotidianas, quizá sobre todo en la edad universitaria, cuando estamos formando nuestro

propio camino, pero aún dependemos materialmente de factores ajenos a nosotros. Un estudiante de humanidades le pide pocas cosas a la vida: el tiempo y la oportunidad para leer, para pensar, para escribir, para crear. Sin embargo, el mundo se resiste a entregar tanpreciado bien: nos exige tener una vivienda, medios de transporte —a muchos les toma, como en mi caso, dos o hasta tres horas para ir y venir de la universidad—, dinero para comprar libros —nada baratos para un estudiante—, para comer, para pagar un buen curso de idiomas, para tener una computadora y conexión a internet. La libertad de pensamiento no es un simple ideal abstracto que esté flotando en el aire y que podamos solamente tomar sin apoyarnos sobre nada físico.

Esto me recuerda la vida de Sor Juana Inés de la Cruz, una de nuestras más grandes humanistas. Ella tan solo pedía que la dejaran en paz para dedicarse a leer y escribir, no quería nada más —me vienen a la mente sus versos: *¿En perseguirme, mundo, qué intereses?* — Pero debió luchar contra todo factor para ganarse algunos momentos de creatividad, y al final de su vida, al parecer obligada, debió renunciar finalmente a las letras. Pero entonces me pregunto: si Sor Juana hubiese nacido en cuna de oro, hija de una rica familia, aun contando con todo su talento e inteligencia natural, ¿habría sido lo mismo que fue? Me parece que la más alta libertad de vida y pensamiento no es algo que se herede o se compre, no se puede nacer con ello ni en las condiciones más favorables. Es inevitablemente el resultado de una lucha, en la cual no siempre se gana. ¿Cuántas vidas se han apagado, incluso sin dejar huella, en el intento de pensar, decir y crear?

Así, me parece que las llamadas humanidades tienen dos sentidos: son la libertad ganada, el derecho a pensar y a crear, pero también representan la pugna para llegar ahí. Por otro lado, implican la posibilidad de entablar un diálogo con grandes mentes de todas las épocas de la humanidad: filósofos, poetas, historiadores, políticos, artistas. En cierto modo, se trata de la posibilidad de crear una comunidad libre y pensante más allá del tiempo y el espacio. Cuando ingresamos a dicha comunidad, podemos interrogar a personajes tan diversos como Esquilo, Tucídides, Platón, Virgilio, Sor Juana. Es una conversación viva y perenne, en la cual la soledad y frialdad del mundo —con el cual luchábamos antes— queda redimida, pues se puede pertenecer a una comunidad de seres humanos libres, puede ser una segunda *patria*, o en realidad la primera, pues quizás es la verdadera procedencia y destino del ser humano.

Por ello, aunque pueda sonar idealista o absurdo, diría que, en el fondo, el origen del ser humano es el porvenir. En realidad, somos extranjeros y expatriados en este mundo de necesidades, utilidades y finalidades. De ahí que no conciba un nombre más adecuado para las *humanidades*, pues con ellas entablamos relación con lo más propio y digno de nuestra condición humana.

Espero no estar violentando las interpretaciones, ni forzar coincidencias donde no las hay, pero sospecho que esa *región libre* a la cual pertenece el fondo de nuestra humanidad ha sido tematizada de múltiples formas a lo largo de la historia de la filosofía y la literatura. En parte, la *República* de Platón es una de las más bellas descripciones de ese mundo; la *ciudad de Dios* tematizada por Leibniz al final de su *Monadología*, habitada por la comunidad espiritual de los seres humanos, me parece otra aproximación, otro avistamiento de la misma *región*. Por supuesto que aquí son necesarios muchos matices, muchos reparos y comillas, pues todo se vuelve materia de debate: ¿Qué es el ser humano? ¿Qué entendemos por libertad? ¿Acaso no hay múltiples maneras de ser libres y de ser humanos? Pero tan solo el hecho de preguntar, de poder debatir y dialogar, me parece la señal más elocuente de que pertenecemos a ese *reino de la libertad*. Me parece también que es el reino en el cual pensaban aquellos tres amigos en Tübingen, cada uno a su modo: Hölderlin, Hegel y Schelling.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

Como contaba antes, al terminar la preparatoria y tener que decidir la carrera que estudiaría, tenía varias opciones. Me era relativamente claro que filosofía es la actividad que más disfrutaría. Claro que en ese momento uno no sospecha que no se trata solamente de un mero goce estético, sino que también conlleva el medirse con textos ásperos, fríos, muchos de ellos carentes de todo sentido retórico y belleza literaria; pero eso también es la filosofía, la frialdad de los conceptos y la argumentación. Tal vez ese sea uno de los primeros problemas que podemos enfrentar como estudiantes. Estamos muy pobremente formados para tener una disciplina de lectura y razonamiento, lo primero contra lo que hay que luchar es nuestra propia educación, también contra ciertos hábitos y tendencias culturales.

Aunque en el jardín de niños o en la primaria nos enseñan a decodificar letras, pienso que no necesariamente aprendemos a leer, es decir, a hilar las complejas conexiones significativas que están presentes en un texto, sea de manera expresa o tácita. Y la lectura es la materia prima de la filosofía, tal como se practica actualmente; claro, la filosofía dialéctica, de carácter más oral, como la que conoció la Grecia clásica, también es posible, pero una vez más estamos frente a algo que no sabemos hacer y a lo que estamos muy poco habituados: dialogar. He ahí dos cosas que no sabemos hacer, tan sencillas, y todo se opone a que nos adentremos en ellas: leer y dialogar.

Pensemos en todo lo que se opone a la lectura, por hablar tan solo de circunstancias contextuales. Comencemos por el lugar para leer. Las opciones naturales son el propio hogar o una biblioteca. Pero en casa está el ajetreo de la familia, el eterno ruido de fondo de la televisión contra la cual debe competir todo el tiempo nuestra capacidad de concentración, a veces también el ruido de las discusiones familiares, o el ruido de la música de los vecinos, estridente y a todo volumen. A menos que se viva en una enorme casa, con todas las condiciones adecuadas, con una amplia y adecuada biblioteca familiar, esos problemas no se podrán evitar. Pero este último no es mi caso, como estoy seguro de que tampoco es el de la mayoría de los estudiantes; mi casa era cómoda, pero pequeña, en un fraccionamiento tranquilo, pero lleno de gente, a dos horas de distancia de Ciudad Universitaria —y eso, gracias a que por esos años entró en funciones el tren suburbano que conecta el Estado de México con el norte de la Ciudad—. Pero esta combinación da como resultado mucho ruido, ruido y más ruido; pocas cosas hay más difíciles de hallar en nuestras ciudades que un momento de calma y silencio auténtico. Hoy, en medio de una pandemia, cuando muchos estudiantes de todos los niveles están en casa tratando de aprender algo, vuelven a enfrentar esto, quizá de manera más vehemente: estudiar en medio de las discusiones familiares, de la falta de internet o de una computadora adecuada, del ruido de la televisión que proviene de otra habitación, porque los hermanos, los padres o los abuelos no pueden vivir sin ello.

Uno podría alejarse a un bosque, a un parque solitario para leer, tratando de emular las anécdotas románticas que se cuentan de personajes como Heidegger o Hölderlin, pero siendo francos, en nuestras ciudades todos los espacios están repletos, inclusive las pocas áreas verdes que persisten aún, y alejarse a un lugar solitario es más bien desaconsejable por la inseguridad. Pensemos ahora en las bibliotecas; para empezar, tenemos pocas, y las que

tenemos son incómodas, apretadas y ruidosas. Eso también forma parte de la inercia cultural que mencionaba antes; incluso en las bibliotecas de la universidad, donde uno esperaría encontrar calma, vuelve a aparecer aquel ajetreo mundano, ruidos de celular, cuchicheos de conversaciones, sea de los mismos estudiantes o de los trabajadores de la biblioteca, a veces incluso está allí la comida, porque claro, tampoco tenemos espacios dignos y adecuados para comer, y si los hay, evidentemente se saturan pronto o son caros. A veces me pregunto, no sin tristeza, si no hay algo de absurdo en tratar de cultivar el pensamiento y las humanidades en este contexto.

“Todo pensador y creador es una planta de su tierra, para bien y para mal; si nuestro suelo es ese ruido y esa agitación, tendremos que pensar desde ellos, contra ellos.”

Además, en mi caso, ya para mi segunda carrera, que era filosofía, debía trabajar, eso significaba que incluso el tiempo para la biblioteca era un lujo que pocas veces me podía dar. Entonces debí hacer lo que muchos otros estudiantes tienen que hacer: exprimir el tiempo al máximo, aprovechar las cuatro horas diarias, ida y vuelta, que uno pasa en el transporte y leer allí mismo, en el metro, en el tren, en el camión. Claro que esas no son las mejores circunstancias para la lectura, una vez más está el ruido, el tumulto, el cansancio. Por ello, si queremos emular a esos pensadores y poetas de la calma, formados junto al río y el bosque, o en la biblioteca —como el estereotipo que nos han presentado de Heidegger, aunque tampoco hay que olvidar que esos pensadores también debieron enfrentar el horror de la guerra, con todo lo que ello implica— nos equivocaremos de manera atroz. Todo pensador y creador es una planta de su tierra, para bien y para mal; si nuestro suelo es ese ruido y esa agitación, tendremos que pensar desde ellos, contra ellos.

Recuerdo que cuando le di a mi madre la noticia de que me habían aceptado para una carrera simultánea, filosofía, su semblante se puso serio y, sin felicitar me, pero tampoco sin disuadir me, me dijo que ella ya había pagado la primera carrera, así que si quería seguir estudiando debía costearlo yo mismo;

y me refiero a ella porque, aunque mi padre también vivía con nosotros, en lo que respecta a las responsabilidades materiales y, sobre todo, al apoyo para la escuela, desde hacía cierto tiempo se había desentendido. Mi madre me dijo que techo y comida en casa no me faltarían, podía contar con eso, pero yo debía cubrir todo lo demás: libros, transporte, fotocopias, café —tan indispensable—, comida en medio del trabajo y la escuela. Por ello debí buscar empleo; afortunadamente mi primera carrera me sirvió y comencé a trabajar como reportero en la gaceta institucional de la FES Cuautitlán —esta Facultad no solo me dio mi primer trabajo formal, sino que también fue la primera que, después, me dio la oportunidad de comenzar a dar clases a nivel licenciatura.

Por supuesto que las actividades complementarias, como meter cursos de idiomas a un nivel más especializado, resultaban imposibles en ese momento por el tiempo y por el dinero. Afortunadamente había hecho algunas bases en el tiempo en que estudié comunicación en la FES Acatlán, allí perfeccioné mi inglés, estudié francés y portugués —otra de las cosas por las cuales la UNAM es increíble, esos cursos tenían un costo muy bajo, accesible para los estudiantes—. El problema es que, cuando uno quiere llegar a un nivel alto en un idioma extranjero, los cursos que ofrece la universidad dejan de ser la mejor opción, es preciso ingresar a los institutos especializados, que son incosteables para un estudiante a quien sus padres no le resuelven todo. Y no me quejo de mis padres, siempre han sido buenas personas y nunca me faltó nada de lo esencial con ellos. Gracias a mi padre, mi infancia estuvo llena de música y libros, aunque después se convirtió más bien en una presencia ausente; y gracias a mi madre nunca debí preocuparme por lo fundamental para vivir. Pero debo confesar que en lo que respecta a construir un camino libre en el pensamiento, siempre me sentí más bien solo, con más obstáculos que apoyos a mi alrededor.

A veces miraba, no sin cierta tristeza, cómo otros estudiantes —no siempre los más apasionados ni talentosos— recibían todo el apoyo de sus padres para pagar un buen curso de idiomas, una estancia en el extranjero, o simplemente para comprar libros. Sin embargo, también me pregunto si no es esencial e inevitable que ese salto a la libertad del pensamiento se dé en solitario, sin apoyarse en nadie más. Como dije antes, si Sor Juana hubiese tenido allanado todo el camino frente a sí, sin tener que vencer ninguna resistencia, probablemente hoy no sabríamos nada de ella. Aunque seguramente suena maniqueo y reduccionista, en todo este recorrido hacia la Filosofía noto, una y otra vez, una lucha fundamental entre lo que podría denominar el reino de

la necesidad y el reino de la libertad —o la *gracia*, para emplear la expresión de Leibniz—. La necesidad nos impone tener que comer, dormir, respirar, trabajar, pero a veces llegamos a presentir que hay algo más alto y digno que todo eso.

Esa tensión entre necesidad y libertad la vivimos desde que tenemos que escoger una ocupación o carrera. Prácticamente todos los que se han sentido inclinados hacia las humanidades y las artes lo han vivido: cuando están evaluando sus opciones vocacionales inevitablemente surge la pregunta de los padres, de los tíos, los abuelos, *¿de qué vas a vivir? ¿Podrás encontrar trabajo?* Esas cuestiones también pesaron sobre mí, por eso no tuve el atrevimiento, al menos en primera instancia, de estudiar filosofía, y decidí ingresar a comunicación, que tampoco es la carrea con las mejores salidas laborales. En retrospectiva, aunque me hubiese gustado desde un inicio estudiar filosofía de tiempo completo, quizá no me arrepiento de haber estudiado otra licenciatura primero, la cual me permitió trabajar y, con eso, poder afrontar aquel reino de la necesidad; a pesar de las adversidades, gané en madurez, disciplina y templanza, algo que seguramente no hubiera tenido de haber ingresado a filosofía desde los diecisiete años —al SUA entré ya de veintiuno, y terminé la segunda licenciatura a los veinticuatro.

Pero en medio de esas dificultades, comenzó a quedarme claro que la filosofía implica algo que parece un crimen, a veces penalizado y perseguido por el mundo habitual: sustraerse del ruido, del ajetreo, de la frenética persecución de lo útil, urgente y necesario. Ese conflicto no ha cesado con el paso del tiempo, más bien se ha intensificado: uno debe trabajar, comer, producir, prácticamente hay que justificar el haber venido al mundo. Afortunadamente, al terminar la licenciatura en Filosofía pude comenzar a dar algunas clases en preparatoria, y posteriormente en licenciatura, y para ello fue de mucha ayuda mi primera carrera.

En la docencia encontré no solo una vía laboral, sino una vocación que en realidad había tenido desde muchos años antes; creo que en el fondo nunca me imaginé haciendo otra cosa. Supongo que influyó el que varios miembros de mi familia, incluyendo a mi madre y mi abuela, se dedicaban a la docencia desde hacía mucho tiempo. Me da gusto pensar que pertenezco a una familia de profesoras y profesores. Pero la docencia es, después de todo, también un trabajo, y eso implica ciertos parámetros prácticos y utilitarios, quizá especialmente a nivel bachillerato —elaborar reportes escolares, planeaciones y

formatos que la mayoría de las veces son simples formalismos burocráticos—. En algunas de las escuelas por las que pasé parece ser más importante el cumplir con indicadores y llenar formatos que la auténtica formación de los estudiantes; a veces lleva más tiempo y es más desgastante eso, el llenar reportes, formularios, calificaciones, que propiamente dar una clase bien pensada, comprometida y apasionada. Hay ciertos contextos en los que la burocracia termina por asfixiar la genuina pasión docente.

Eso conlleva problemas propios de la actividad filosófica en el contexto escolar. La escuela, en todos sus niveles, se convierte en otro escenario de esa dialéctica entre necesidad y libertad. Los estudiantes que asisten a las aulas están allí principalmente por necesidad, obligados por sus padres o para tener un buen trabajo en el futuro; sin embargo, para la mayoría de ellos es también el único contexto en el cual podrán asomarse a algo que vaya más allá de la necesidad. Y es aquí donde la docencia adquiere todo su sentido y pertinencia. No se trata de que todos los alumnos sean filósofos —de hecho, en lo personal, tratándose de alumnos en edad de bachillerato, no suelo incitarlos directamente a que estudien filosofía, ese es un riesgo que cada uno debe tomar por convicción propia—, pero sí es la mejor oportunidad para formar en ellos todo lo que antes incluía en el ámbito de lo que nos hace libres: el pensamiento, la lectura, la creatividad, el diálogo. Para muchos de ellos, que también provienen de contextos marcados por la necesidad, la escuela será, quizá, con suerte, el único lugar en el que recibirán un empujón hacia la libertad. Por eso, difícilmente puedo pensar en una profesión u oficio más gratificante que la docencia. Es una manera, directa o indirecta, de contribuir a ensanchar las fronteras de aquel reino de la libertad.

¿Y dentro de la filosofía?

A menos que se tenga mucho dinero o que se haya heredado una fortuna significativa, uno no puede dedicarse simplemente a leer, aprender y conocer. Hay que trabajar para ganarse ese derecho, el problema es que el trabajo, así sea uno tan noble como la docencia, pronto comienza a consumir el tiempo y la energía que uno esperaba destinar al aprendizaje. Por supuesto, no se trata de la docencia por sí sola, todo lo contrario, el diálogo en el aula es uno de

los momentos más gratificantes en la vida personal y laboral. El problema es que la labor docente no se reduce a ese dichoso momento; como casi toda otra actividad del mundo contemporáneo, la escuela ha sido atrapada por la exigencia de productividad y eficiencia, eso implica, entre otras cosas, trabajar con más alumnos en menos tiempo, *hacer más con menos*, cumplir con indicadores, evaluaciones, evidencias. Pero el diálogo profundo y de calidad requiere demora, rodeos, titubeos, todo aquello para lo cual no hay lugar en el actual mundo de la productividad.

Además, para complicar las cosas en mi caso, eventualmente decidí casarme, a los veintiséis años, justo en la época en la que estaba buscando ingresar a la maestría. A los veintisiete tuve a mi primera hija, única hasta ahora. Pero eso cambia por completo la jugada de la vida. Ahora, con mayor razón que antes, debía preocuparme por trabajar y vivir de manera digna —comienzan a ser importantes cosas que antes, en una vida solitaria e individual, no importaban tanto, como buscar un lugar tranquilo donde vivir, tener una buena alimentación—. Esto, por supuesto, afianza el vínculo con el mundo de la necesidad. Por ello, en lo que respecta al otro reino, el de la libertad, parecería ser una mala decisión. Pero debo decir que no me arrepiento, la necesidad también me hizo esforzarme para salir adelante, para buscar mejores trabajos, y eso me dio más disciplina, responsabilidad y temple para afrontar momentos complicados.

Igual que las otras veces, me pregunto si hubiese estado mejor en mi vida personal si no las tuviera a ellas, y concluyo que probablemente no. Estando solo, quizá me habría conformado con un trabajo cualquiera, no habría buscado más y estaría encerrado conmigo mismo. El tener una familia propia me ha generado esto: salir del encierro de mí mismo, sentir que la vida tiene sentido por y para alguien más, en suma, me ha abierto al mundo. Y en esa apertura, el ideal de libertad que antes esgrimía deja de ser solamente un trazo abstracto y comienza a tomar forma *en este mundo*, en la vida diaria, en las relaciones con los demás.

Claro que no siempre es fácil; a veces desearía tener todo el tiempo disponible para leer, escribir y pensar. Pero también recuerdo la soledad que sentía antes de ellas, cuando todo se reducía a la escuela o al trabajo, y a las ocasionales salidas con los amigos, pero siempre faltaba algo. Esa soledad, que puede llegar a ser paralizante, ya no está gracias a ellas. Mi esposa y mi hija me han acompañado desde que comencé la maestría, y luego el doctorado, los cuales

estudié al mismo tiempo que trabajaba dando algunas clases. Ha sido un reto enorme, digno de un equilibrista: mantener a flote lo familiar, lo laboral y lo filosófico, porque que cada una de estas tres esferas exige tiempo de calidad. A veces mi hija, que puede llegar a verme todo un día frente a una computadora o, si soy más afortunado, frente a un libro, me reclama por no tener tiempo para estar más con ella. No me queda más respuesta ni consuelo que responderle que es para que no nos falte nada.

El detalle está en que, para vivir de manera medianamente decorosa con una familia, si uno se dedica a la labor docente, es preciso llenarse de horas-clase, y eso implica, además del tiempo que se pasa frente a grupo, muchas horas invertidas en la planeación, evaluación de trabajos, reportes burocráticos. No es que eso sea malo por sí solo, el problema es que el día tiene veinticuatro horas, de las cuales se recomienda dormir unas cuantas. El tiempo para el pensamiento y el diálogo con esas grandes mentes de otras épocas poco a poco se va reduciendo hasta llegar a ser, con suerte, un par de horas a la semana. Por ejemplo, el semestre pasado —la segunda mitad de 2020, en medio de la pandemia—, periodo en el que tuve la mayor carga de grupos hasta ahora, entre todas mis clases —trabajo para cuatro lugares distintos, doy algunas horas en bachillerato, otras en licenciatura presencial y virtual, además de diseñar el contenido de algunas asignaturas para ser impartidas *on line*— llegué a contabilizar que trabajé, en diversas modalidades, con más de 400 alumnos.

El reto para que todo ese tiempo, con tantos alumnos, no se convierta en una monótona repetición de ideas prefabricadas, es tener un genuino diálogo con ellos. Solo así lo que podría ser una carga aplastante se convierte en un aliciente: surge la posibilidad de aquel otro modo de filosofar, el que surge de la conversación viva, fuera de los libros. Por supuesto, espero que llegue un día en el que pueda dedicarme, con toda mi atención y entusiasmo, a un grupo más reducido de alumnos, sin que ello signifique renunciar a un salario digno. Diría que ese es el gran reto, no solo para mí, sino para cualquiera que se dedique *de oficio* a la filosofía en su ámbito académico y escolar. Uno tiene que elegir la mayoría de las veces entre trabajar mucho para poder vivir o tener el tiempo para pensar, leer y escribir. Por ello, en este medio, todos buscan desesperadamente una plaza docente de tiempo completo, porque hipotéticamente esa es la circunstancia que permitiría lograr el mejor balance entre trabajo y tiempo.

Sin embargo, quienes tienen un tiempo completo vuelven a tener la necesidad de saturarse de trabajo: ahora deben publicar, investigar, exponer, escribir a marchas forzadas para mantener o mejorar su situación. Una vez más la exigencia de producción y efectividad. En realidad, el tiempo sencillo y sereno que uno se toma para pensar, para meditar e interrogarse, es el bien más raro y escaso de este mundo.

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

Sí, durante el doctorado, que realicé en la BUAP, hice una estancia de investigación en la Universidad de Friburgo, en Alemania. Prácticamente todas las experiencias que obtuve fueron constructivas y alentadoras, aunque no exentas de algunas dificultades. Por ejemplo, hubo un fin de semana en el que me fui en autobús, que era la opción más económica, a París, para encontrarme con un amigo. De regreso, debía tomar otro autobús en Estrasburgo, con horario previamente asignado, para volver a Friburgo. Pero en el trayecto debió suceder algún accidente, la autopista estaba a vuelta de rueda; a la hora en la que se suponía que debía estar abordando el otro autobús, estaba a unos 15 kilómetros de distancia, aún atascado en el tráfico. En ese momento me puse muy nervioso, si perdía el autobús estaría varado en una ciudad muy bella, pero completamente desconocida y, peor aún, sin mucho dinero disponible. ¿Dónde pasaría la noche? ¿Cómo haría para regresar a Friburgo?

En una parada que hicimos, me acerqué para preguntarle al conductor qué opciones tenía, si el boleto que había comprado sería válido para otro autobús. El conductor era francés, yo sabía francés y entendía lo que él decía, pero con los nervios que tenía no pude hilar palabra alguna, estaba completamente bloqueado. Entonces comencé a preguntarle en inglés, que conozco mejor y que, seguramente debido a que lo estudié desde niño, resistía mejor el embate de los nervios. Pero entonces el conductor me preguntó: “¿qué no hablas europeo?”. De momento no entendí a que se refería, y continué con mis preguntas. “¿De dónde eres, eres árabe?” Me preguntó, todo en francés. “Si no me hablas en europeo no te puedo ayudar, aquí nada de inglés”. Ya después, con calma, comprendí que su actitud se debía a ciertas rencillas

con Inglaterra, el *brexit* y la distancia que en años recientes han tomado los británicos con respecto a Europa. En todos lados se cuecen habas, como dicen. Afortunadamente, llegué a Estrasburgo antes que el otro autobús, que también venía sumamente retrasado. Al final todo terminó bien, pero me sentí completamente solo en ese momento.

El hecho de estar solo, rodeado por desconocidos, sabiendo que la gente a la que uno le importa está cruzando un océano es una experiencia desconcertante, pero enriquecedora. Aunque es un lugar común decirlo, no deja de ser verdad que en esos viajes y en esas circunstancias uno se encuentra a sí mismo. Algo similar al episodio de Estrasburgo sucedió cuando fui a Messkirch, el pueblo natal de Heidegger, en donde además me había inscrito a una *Summerschool* sobre el autor de *Ser y tiempo*. Se trata de una pequeña localidad sin una estación de tren —lo cual, en Alemania, es sinónimo de un lugar recóndito y alejado—. Desde Friburgo pregunté cómo se podía llegar a Messkirch, pero absolutamente nadie pudo decirme con certeza. La mejor manera que encontré para llegar fue tomar un autobús a Stockach, en donde, de acuerdo con información que encontré por internet, debía salir un autobús a Messkirch —aproximadamente a media hora de distancia en carretera.

Cuando llegué y pregunté a la gente, tampoco sabían exactamente cómo llegar a Messkirch, algunos sabían que debía salir un autobús, pero no sabían si ese día, para colmo sábado, pasaba ni a qué hora. Finalmente encontré la información en uno de los cronogramas pegados en la estación, con letras pequeñas decía que los sábados pasaba un autobús solamente dos veces en el día, el primero habría salido en la mañana, y solo faltaba otra corrida dentro de unas tres de horas. El problema era que, dado que la gente no me pudo confirmar nada y que no sabían en absoluto nada de ese autobús, no estaba seguro si realmente pasaría. No me quedó más remedio que esperar esas horas, con un sentimiento similar al de Estrasburgo, pensando qué haría si ese autobús no llegaba; lo peor era que al día siguiente era domingo, y en Alemania todo se detiene los domingos; por otro lado, como tenía agendado permanecer en Messkirch varios días, ya no tenía alojamiento pagado en Friburgo, no tenía a dónde regresar.

En esos momentos solo pensaba en lo reconfortante que es tener amigos o familia cerca, un lugar al cual poder llegar, un teléfono al cual llamar, en suma, un hogar. Afortunadamente, el autobús llegó puntual, confirmé que en Alemania si algo está escrito así va a suceder. Eso sí, los días que pasé en

Messkirch fueron increíbles; durante el tiempo que duró la *Summerschool* pude dialogar con colegas de diversos países. Pude conversar más detenidamente en inglés, alemán, francés y portugués, y pude constatar que realmente cada una de esas lenguas, incluyendo al español, que pude hablar con colegas de Sevilla, constituye un mundo propio, con un temple anímico único. Sin duda, el lenguaje nos define más de lo que sospechamos.

Por otro lado, independientemente de los bellos recuerdos y anécdotas que ello implica, el hecho de poder observar y sentir el entorno en el que surgió un pensador –sea Heidegger o cualquier otro–, permite dimensionar la filosofía de un modo más amplio y comprensivo. Incluso podría decir que algunos conceptos teóricos se clarifican con tal experiencia. Por ejemplo, cuando fuimos a Todtnauberg, a la famosa cabaña de Heidegger, Alfred Denker –director del Archivo Heidegger en Messkirch, encargado también de dirigir ese pequeño viaje– me hizo notar que el habitar tan reiterado por Heidegger no se refiere a conceptos teóricos, sino que estaba allí frente a nosotros, entre la vegetación, en los caminos abiertos por las personas en su vida diaria, en el repicar de las campanas en Messkirch. Por ello, señaló Alfred, Heidegger no aceptó la cátedra que le ofrecieron en Berlín, habría renunciado al suelo que lo nutría –pienso también en aquel Sócrates que nunca quiso abandonar Atenas.

Pude constatar directamente que el pensamiento filosófico no es una mera abstracción, sino que, dicho metafóricamente, es una planta inconcebible sin la tierra desde la cual germina y a la cual vuelve al final. Eso me resultó más claro mientras veía la austera lápida de Heidegger, en el pequeño panteón de Messkirch, adornada solamente por una estrella en la parte superior. Con toda seguridad es la estrella aludida en *Aus der Erfahrung des Denkens* y en algunos otros momentos de su obra: *Auf einen Stern zugehen, nur dieses*, encaminarse a una estrella, solo eso. Quizá esa estrella es una representación más de lo que buscamos quienes nos acercamos a la filosofía.



¿Dónde estás trabajando actualmente?

En la Universidad Iberoamericana Puebla. Dentro de la licenciatura en Literatura y Filosofía imparto asignaturas de Ontología y Filosofía iberoamericana; también algunas materias departamentales –en las que coinciden alumnos de varias carreras– como Hermenéutica y Teoría del conocimiento.

Igualmente doy clases de Filosofía, Ética, Lógica y Etimologías en un colegio jesuita, a nivel bachillerato, en el Instituto Oriente de Puebla.

También tengo algunas asignaturas virtuales, como Ética, Hermenéutica, Teoría del conocimiento e inclusive Fotografía –sí, me sirvió de algo estudiar Comunicación– para la licenciatura en Diseño y Comunicación Visual a

Distancia, impartida por la FES Cuautitlán de la UNAM. Eventualmente, también desarrollo contenidos para asignaturas *on line* de otras escuelas.

¿En qué proyecto de investigación trabajas actualmente?

¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Junto con mis amigos y colegas Luis Fernando Mendoza, de la Universidad Iberoamericana, y Mario Díaz, de la Universidad Autónoma de Tlaxcala, comenzamos hace aproximadamente un año el Seminario Interuniversitario de Ontología y Metafísica, en el cual buscamos la convergencia de varios proyectos de investigación originados en las instituciones participantes.

Además, recientemente aprobaron en la Universidad Iberoamericana Puebla un proyecto de investigación que estaré coordinando, lleva por título “Cosmografía ontológica. Hacia una heurística filosófica multidisciplinaria”.

El objetivo del Seminario Interuniversitario es crear una red de investigación entre varias instituciones para tratar de romper la endogamia escolar que a veces impera en las universidades. Lo concebimos como un proyecto vinculante en el que puedan coincidir diversas líneas de investigación; como parte de esto, buscamos poner de relieve que la ontología, lejos de ser una reflexión abstracta separada de la realidad concreta, está directamente vinculada con los modos que tenemos de actuar en el mundo y de relacionarnos con los demás. Por ello, esperamos también que las actividades del seminario generen un trabajo multidisciplinario, en el que la filosofía pueda volver a entablar un diálogo fructífero con las ciencias naturales y humanas.

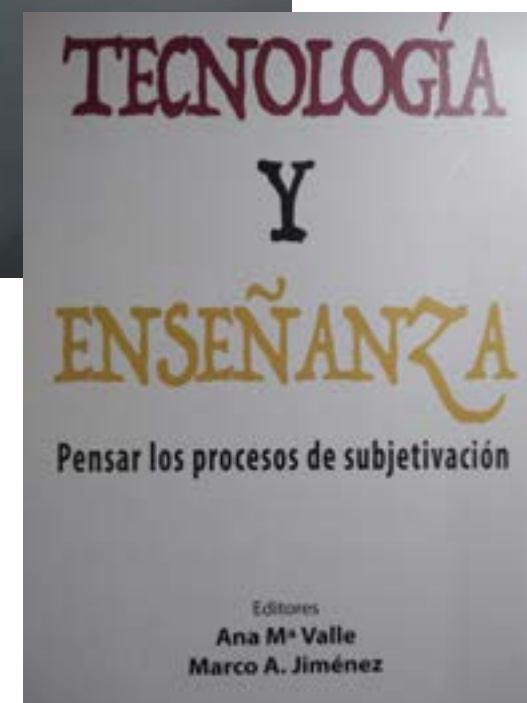
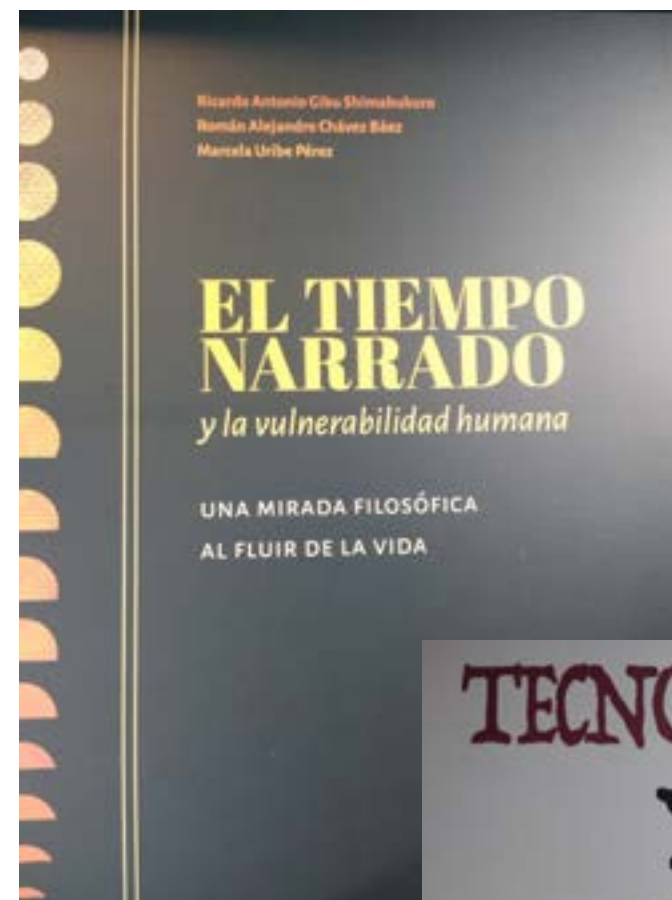
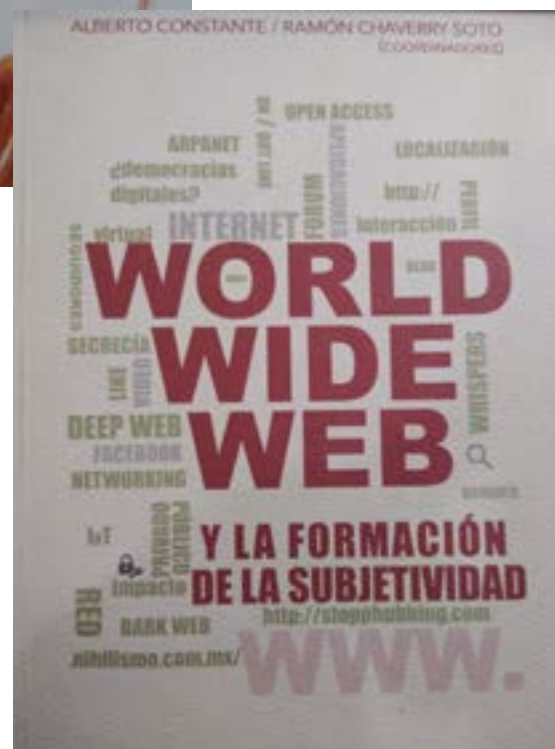
Desde esta perspectiva hemos realizado dos seminarios virtuales, abiertos al público en general, de modo que personas provenientes de muy diversas instituciones y con perfiles académicos diversos puedan enriquecer las actividades realizadas. En nuestro primer evento, dedicamos un seminario al pensamiento de Platón; pudimos constatar, por el gran recibimiento y concurrencia, que hay un gran interés por acercarse a los pensadores clásicos, pero faltan vías de acceso que sean a la vez rigurosas y abiertas a diversos perfiles. El segundo fue dedicado a *Los conceptos fundamentales de la metafísica* de

Martin Heidegger, un curso en el que el filósofo alemán, entre otras cosas, entabla un diálogo problemático y fructífero con la biología. En ambos casos hemos reunido profesores e investigadores de diversas universidades del país.

Por su parte, el proyecto “Cosmografía ontológica” tiene una inquietud similar: retomar la reflexión ontológica para vincularla con líneas de investigación relacionadas con diversas áreas de estudio, como la literatura, la comunicación, los procesos educativos o el derecho. La idea central del proyecto consiste en que las maneras que tenemos de relacionarnos con el mundo —nuestras costumbres, leyes, expectativas e instituciones— están directamente relacionadas con el mundo en que, dicho con términos de Heidegger, los entes se nos desocultan. Por ejemplo, si el conjunto de lo ente se nos muestra como materia disponible y calculable, nuestras relaciones con las cosas y con las personas tendrán una tesitura muy similar; no debería sorprendernos que hoy miremos a los demás seres humanos como un recurso del cual nos podemos servir para luego desecharlo. Pero lo anterior también es válido en sentido inverso: nuestras relaciones mundanas configuran, a su vez, el modo que tenemos de concebir lo ente. La idea de mundo en su conjunto se configura en esa especie de círculo hermenéutico. Y lo que pretende la cosmografía ontológica es describir precisamente ese círculo.

Espero que en el futuro cercano ambos proyectos sirvan como punto de partida para consolidar y vincular otras actividades de investigación al interior de las universidades involucradas, de modo que podamos contribuir en la docencia, investigación y difusión de la filosofía, todo esto en torno a lo que Foucault llamaría una ontología del presente.

Colaboraciones y obras propias del autor



Leonardo Ramos-Umaña



**Nació el 15 de abril de 1986
en Miraflores, Colombia**

Institución de adscripción: UNAM-UP

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía? ¿Qué representan para ti las humanidades?

Respondo, si se me permite, las dos preguntas a la vez, ya se verá en qué modo. Recién terminé la preparatoria, sabía que quería estudiar algo relacionado con humanidades, algo como idiomas. Mi padre, con buenas intenciones, pero con pésimos métodos, intentó convencerme de que estudiara medicina. Él era

un cazavampiros —no, papá no era émulo de Van Helsing, sino que cazaba al temible murciélago vampiro, principal transmisor de la rabia a humanos y otros animales—, labor en la cual ganaba poco y lo explotaban mucho, y su sueño era un futuro mejor para su hijo. Su intención, repito, no era mala. Sí lo fue su estrategia para persuadirme: me dio dos opciones, o estudiar medicina pudiendo contar con su apoyo económico o estudiar humanidades, pero sin esperar ni un centavo de su parte. Como en otras ocasiones, mi decisión lo decepcionó.

Total que solo tuve a mi madre para pagarme la universidad, algo extremadamente difícil para una profesora de una escuela pública en un país infinitamente ingrato con los maestros. Por eso, mi primera opción fue la universidad pública. No logré entrar. Decepcionado y sin alternativas, le hice saber a mi madre mi resolución de tomar un semestre sabático. Fueron muchos los argumentos que esgrimí, pero todos chocaron con su intransigencia resumida en una frase lapidaria: “no admito vagos en mi casa”.

Me encomendó el trabajo desesperado de buscar la licenciatura que me interesaba en alguna universidad privada, a ver en cuál podría inscribirme. Así lo hice. Al cabo de unos días, le entregué un manojo de folletos de distintas universidades con sus licenciaturas y sus costos. Mamá, antes de que eso de ser abuela la volviera extremadamente blanda, no era una persona que dijera las cosas con guantes de seda: echó un vistazo a los costos y, sin preámbulos ni emblecos eufemísticos, me hizo saber que la opción de pagarme mi licenciatura en idiomas, en la universidad que fuera, era imposible. Luego se sinceró sobre cuánto podía pagar al semestre, con lo cual quedaron por fuera todas las licenciaturas disponibles... todas menos una: filosofía, en una universidad barata —en todos los sentidos de la palabra— en el centro de la ciudad.

De manera enérgica, rechacé la opción. Y vaya que me sentía justificado: la filosofía me importaba un carajo... o, corrijo, me importaba un carajo saber qué era la filosofía, porque el hecho es que, después de dos años de haberla llevado en preparatoria yo, como el buen Sócrates, solo sabía que sabía nada. La razón de esto era sencilla: gracias a unos pésimos profesores, filosofía había sido la peor asignatura que había cursado hasta ese momento, y sí que había fuertes candidatas a ganar ese título... curiosamente, todas las relacionadas con humanidades.

“Nunca olvidaré que mi maestra de segundo de prepa nos pidió que ese año leyésemos *Cien años de soledad*, pero el cura rector la desautorizó alegando que su fuerte carga sexual sería deletérea para jovencitos quinceañeros.”

Pero, claro, tenía sentido: si las humanidades siembran y cultivan el pensamiento crítico, ¿para qué impartirlas debidamente en uno de los países más desiguales, violentos y corruptos del mundo? Si conocer el pasado te ayuda a entender de dónde venimos, en dónde estamos e, incluso, para dónde vamos, ¿para qué unas buenas clases de historia? Si aprender a apreciar el arte te abre horizontes de satisfacción personal al margen de los goces más animales, ¿para qué unas buenas clases de educación artística?

Sí llevábamos clase de ética, siguiendo un método ciento por ciento intelectualista socrático, como debe ser dada su probada eficacia desde hace 2400 años: cada dos semanas, nos veíamos dos horas en el salón de clase para aprendernos de memoria las definiciones de “tolerancia”, “respeto”, “honestidad” y un largo etcétera. ¿Para qué más, para qué agregar la práctica a la teoría? Si yo sé que X es bueno, necesariamente haré X; si yo sé que Y es malo, necesariamente no haré Y. ¿Hay verdad más indubitable que esta? Ah, sí, de vez en cuando iba la psicóloga a advertirnos que no esnifáramos éxtasis (*sic*), que para emborracharnos había que esperar a los dieciocho años y que el cigarrillo amarilleaba los dientes.

Honor a la verdad, casi todas las maestras de literatura sí hacían un esfuerzo, pero era poco lo que podían lograr maniatadas y amordazadas. Nunca olvidaré que mi maestra de segundo de prepa nos pidió que ese año leyésemos *Cien años de soledad*, pero el cura rector la desautorizó alegando que su fuerte carga sexual sería deletérea para jovencitos quinceañeros. Bien hecho, padrecito, ¡cómo se le ocurre a esa vieja puerca tratar de corromper nuestras castas almitas! Y ni que leer a García Márquez valiese la pena. En vez de ese mamotreto, ese año leímos *¿Quién se ha llevado mi queso?*, una joya del género de autoayuda que los intelectuales desprecian porque son una caterva de resentidos y amargados, *El*

alquimista del Borges brasileiro y algún libro de Carlos Cuauhtémoc Sánchez, no recuerdo cuál, pero es lo mismo, todos son igual de buenos. Dizque *Cien años de soledad*, ¡puff! De la que nos libró el cura rector.

Por eso los antiguos espíritus del mal no tardaron en enfilarse contra ese santo varón. ¿Alguna vez les conté de qué lo acusó un niño dos años después de que me gradué, y dos adolescentes doce años después, uno de ellos en su carta de suicidio? ¿No? Pues no hay nada que contar, que un juez una y otra vez declaró inocente a ese protohombre, nuestro padrecito salvador. A esto hemos llegado en este mundo abyecto: niños y adolescentes depravados que fantasean con sacerdotes que los tocan, que los besan y otras cosas que me impide nombrar la decencia y luego quieren llamar la atención ventilando tales depravaciones. ¡Degenerados! Seguro fueron niños y jóvenes que sí leyeron *Cien años de soledad*.

Las clases de religión eran otra maravilla: las más de las veces, el tiempo de clase era para aprendernos de memoria el Catecismo y el examen, por supuesto, consistía en recitarlo con el menor número posible de faltas. Sin embargo, y estas eran mis clases favoritas, a veces el padre ponía en la tele fragmentos de videos musicales de rock para mostrarnos a aquellos adoradores de Satán, o ponía pedazos de canciones al revés para que escucháramos con nuestros propios oídos los mensajes que sus esbirros intentaban meternos subliminalmente. Una vez el padre llegó con una bolsa de caramelos y repartió uno a cada estudiante. Cuando cada quien comió el suyo, el padre nos pidió que agarráramos con una mano un extremo de la envoltura y con la otra el otro y que empezáramos a jalarlo procurando que se estirase sin romperse. ¡Entonces lo vimos! ¡En la envoltura se formaba un 666! Por algo dice el Evangelio: Satán es ἄρχων τοῦ κόσμου τούτου ¡gobernante de este mundo!

El camino al infierno está sembrado de unos árboles altos y esqueléticos que dan, a modo de frutos, los caramelos que he mencionado junto a manzanas de Sodoma y en cuyas ramas superiores unos pájaros parecidos a pavorreales cantan, a todo dar, música del degenerado sexual de David Bowie o del drogadicto vocalista de Nirvana y, por si usted no entiende el idioma de los civilizados, también entonan canciones de los más taimados, como las de la supuestamente inofensiva Shakira. ¿Sabías que, si pones una de las canciones de su primer disco al revés, puedes escuchar claritito “Satán me hizo reina, obedeceré”? Por

eso, cada vez que en alguna fiesta ponen a la satánica esa y los “chavorrucos” empiezan a cantarla a coro, yo recito la Letanía Lauretana, uno nunca sabe. —Ya, en serio, ¿no les parece que la Letanía Lauretana es bellísima? Yo la sigo recitando en momentos de ocio y sigue cautivándome su cadencia hipnótica.

¿Por qué les empecé a hablar de mis clases de religión? Ah, sí: como tenía un buen nivel de inglés, porque eso sí me lo enseñaron bien —no como las otras humanidades, las inútiles—, pasaba tardes completas escuchando los CD del descreído de mi hermano, tratando de descryptar los mensajes subliminales en sus canciones y, cuando ya no le pude encontrar más mensajes ocultos a Michael Jackson, empecé a ahorrar para comprar CD de rock pesado y seguir desenmascarando a Lucifer. Es curioso, pero de ahí me viene el interés y gusto por leer entre líneas, por diseccionar algo, por darle mil vueltas a un texto hasta extraer su mensaje oculto. Hoy sigo acercándome así a un escrito filosófico, como el detective que debe resolver un misterio, tratando de reunir las piezas dispersas aquí y allá, entre prosas malas o pésimas, hasta lograr reconstruir el argumento. De ahí surgió la semilla para que fuese posible todo lo que fue y será. Raros son los caminos del Señor.

El caso es que, y perdonará el lector la digresión, por eso respondí “ni loco estudiaré filosofía, mejor me tomo un semestre sabático”. Pero, ya lo saben, mi madre no admitía vagos bajo su techo, incluso me espetó que preferible tener un filósofo en casa. Perdónenla porque no sabía lo que decía.

“Qué se le va a hacer: la filosofía, bien enseñada, es seductora en extremo, hasta para las mentes más renuentes.”

Entonces, eso: empecé a estudiar filosofía porque fue lo único que pudo pagar mi madre, obligado por ella porque no admitía vagos en casa y convencido de que iba a ser algo temporal, cosa de un semestre, máximo dos, en lo que lograba entrar a la universidad pública para estudiar lo que de verdad deseaba. Y sí entré a la universidad pública, un año después, y sí me inscribí en lo que de verdad deseaba, pero en ese momento ya no era idiomas, era filosofía. Qué se le va a hacer: la filosofía, bien enseñada, es seductora en extremo, hasta para las mentes más renuentes. Bastó un año escuchando hablar Platón y Aristóteles para que yo quedara irremediabilmente

enganchado. Basta con un pequeño esfuerzo de parte del lector para que aquellas obras, escritas hace más de dos milenios, lo interpielen, lo confronten, lo cuestionen, y eso siempre es una oportunidad para hacerse mejor.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

Quizás uno de mis mayores retos de camino a la filosofía sucedió recién me gradué del doctorado, cuando tuve que enfrentarme a lo mismo que miles de jóvenes, afuera y dentro de nuestro país: las pocas y, entre esas pocas, pésimas opciones laborales. Para aquel entonces ya llevaba varios años viviendo en México; gracias a las becas que había ganado en ese tiempo me había independizado económicamente de mi madre y, no solo eso, sino que, invadido de un optimismo mal fundamentado, la había convencido de traer a mi hermana menor a vivir conmigo. Sin embargo, la beca se acabó, los pocos ahorros también, y ninguna de las más de treinta universidades a las que envié mi CV me había llamado. Llegaron los apuros económicos, las llamadas intimidatorias de los bancos por un préstamo con el que palié la situación los primeros meses, las disculpas a mi casera por mis impagos, la alacena y el refrigerador vacíos. Es verdad lo que dicen: tú eres capaz de aguantar hambre, pero de lo que no es de hacer pasar por lo mismo a alguien que quieres. Había convencido a mi madre de traer a vivir a mi hermana alegando que su hermano doctor podría darle un mejor futuro y, en vez de eso, la tenía viviendo en una zona fea e insegura de la ciudad, comiendo arroz con pasta y tortillas a diario porque no alcanzaba para más.

Por aquellos días me enteré de una vacante en una de las editoriales más importantes de México. Me postulé. Al cabo de unas semanas me llamaron para informarme que no me habían dado el trabajo para el cual me había postulado, pero sí uno mejor: me contrataban como director de área. En mi vida, pocas conversaciones telefónicas tan extrañas como esa. Aclaro que no fue gracias a mi experiencia o preparación en el ámbito —tenía ninguna de ambas—, sino porque mis jefes vieron la posibilidad de capitalizar mi título de doctor en filosofía a la hora de hacer presentaciones y negociaciones con libreros, profesores y distribuidores. Ya llevaba meses endeudado, literalmente durmiendo en el suelo porque había vendido mi colchón para salir de algún apuro del mes, contando cada centavo. Por eso no puedo describir lo que sentí cuando recibí mi primera quincena. Nunca olvidaré aquella sensación,

había un aura de irrealidad en todos esos números (positivos) en mi cuenta bancaria. Incluso, recuerdo haber experimentado una especie *sui generis* de angustia al no saber en qué gastar tanto dinero. Por supuesto, muy pronto encontré en qué hacerlo, ya sabía Platón que el deseo humano es como un barril sin fondo y nunca se llena, sin importar cuánto le echas.

Entonces sucedió: mucho más rápido de lo que cualquiera pudiese imaginarlo, me vino el hastío de la vida. Pongámoslo en latín para que suene más profundo y el lector se lleve una mejor impresión de mí de la que merezco: *taedium vitae ad nauseam*. Ni la oficina privada, ni el puesto directivo que no me correspondía en justicia, ni las tarjetas de presentación elegantes, ni el dineral cada quincena, ni siquiera el 30% de descuento en los libros que me diera la gana bastaron. *Taedium vitae ad nauseam*. Fue en aquellos días fríos y furiosos que entendí qué era aquello a lo que me quería dedicar en esta vida y, sobre todo, tuve la certeza, con una cierta dosis de espanto, de que jamás lograría ser feliz si osaba dedicarme a algo distinto.

Luego de unos pocos meses en aquel trabajo, me convertí en una Penélope oficinista: un día escribía mi carta de renuncia y la borraba al siguiente, al otro día nuevamente la redactaba, pero el día después la volvía a eliminar, y así durante semanas.

Cuando la asfixia fue imposible de soportar, desobedecí el consejo de absolutamente todas las personas a quienes les había consultado y le entregué mi carta de renuncia a mi jefa. Ella tuvo que leerla un par de veces para creer lo que allí decía. Dejó la hoja sobre el escritorio y, con un tono que era a la vez de sorpresa y de rabia, me exigió que le explicase por qué renunciaba. Le respondí que solo quería dedicarme a enseñar filosofía. El ambiente en su oficina era todo menos festivo, pero, después de mi respuesta, mi jefa soltó una carcajada entre burlona y sorprendida. Recuerdo el modo tan particular en que me miraba, como quien contempla a un conocido hacer el ridículo de su vida —así, igualito, me la imagino mirándome mientras respondo a esta entrevista.

Un poco más tranquila, me dijo que yo era o el tipo más valiente o el más estúpido que había conocido. Le respondí, con el corazón en la mano y los ojos ahogados en lágrimas, que sospechaba —y temía— que lo segundo. Aceptó mi renuncia. Como despedida, me regaló un plumón azul para pizarrón

y, con cierta dosis de socarronería, me deseó que pronto hallara un lugar donde pudiera usarlo. Nuevamente sentí un frío en los huesos y un vacío en el vientre: en efecto, podrían pasar muchos meses antes de que lograra hallar una universidad que me pagase por usar ese plumón para pizarrón frente a unos estudiantes. Pero ella no contaba y, sinceramente, yo tampoco, con que dos personas me extenderían la mano: Ricardo Salles y Héctor Zagal. Empecé siendo profesor adjunto de ambos y, al cabo de unos años, pude convertirme en su colega.

Los menciono por su nombre porque nunca podré terminar de agradecerles a ambos por haberme apoyado en aquel momento, porque no fue un trabajo lo que me ayudaron a conseguir, fue aquello sin lo cual mi vida no merecería ser vivida.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado dentro de la filosofía? ¿Y dentro de la filosofía?

En el salón de clase, todos los días me enfrento a uno de los retos más difíciles, pero que más me ha dejado (acaso porque lo que más vale la pena suele ser lo que implica más esfuerzo): hacer accesible la filosofía a todos. Aunque sí doy clase a estudiantes de la licenciatura y maestría en filosofía, también lo hago a no filósofos. Fue un reto enorme que nunca me he arrepentido de haber aceptado, porque en las facultades de filosofía tenemos intereses afines, un bagaje cultural común, un léxico que solo nosotros entendemos, incluso chistes que solo a nosotros nos hacen gracia y que celebramos con nuestra risa más intelectualoide.

“No es tanto que haya una conspiración mundial para marginar a la filosofía del espacio público, de la discusión política, sino que quienes la ejercen llevan décadas marginándose, escondiéndose, haciéndole ascos a los profanos.”

Pero salir de esa burbuja (eso es lo que es) y enfrentarse a estudiantes ajenos a todo lo anterior es nada sencillo. Aristóteles decía que saber es saber enseñarlo, es decir, realmente has entendido algo cuando eres capaz de explicarlo claramente, y aquí habría que agregar que explicarlo claramente a quien sea. Aunque viejo, no me he desembarazado de uno que otro idealismo, y creo firmemente en que el profesional en filosofía tiene un compromiso social, un rol público, y es compartir sus saberes, buscar que tengan algún impacto positivo en la realidad. No es tanto que haya una conspiración mundial para marginar a la filosofía del espacio público, de la discusión política, sino que quienes la ejercen llevan décadas marginándose, escondiéndose, haciéndole ascos a los profanos. Los perjudicados por ello hemos sido todos. Es simplemente imposible cultivar mejores seres humanos sin filosofía y, en general, sin humanidades.

Estamos en mora de hacer obligatorias estas asignaturas en todos los niveles educativos, de hacer obligatorio un tronco común de humanidades para todas las licenciaturas, en todas las universidades. Por supuesto, eso no basta: hay que hacer un esfuerzo máximo por impartirlas de la mejor manera. Docente no debe ser aquel que no encontró otra salida laboral; docente no debe ser aquel que, rebosante de buenismo, va a clases a hacerse compinche de sus estudiantes; docente no debe ser aquel que va a adoctrinar, a dogmatizar. Solo puede ser docente quien ejerce su labor partiendo de la conciencia de que en sus manos está una labor fundamental para la sociedad y más rápido deberían sacar a un profesor negligente que a un médico que mata a sus pacientes. Mi madre muchas veces me lo advirtió: uno no se dedica a la docencia por dinero, sino por amor. Acaso ella se refería al amor a la profesión, pero yo no puedo sino entenderlo como amor a la humanidad. Viejo, pero sigo sin lograr curar de algunos idealismos. Ojalá los años o las perversas dinámicas de la vida universitaria me los quiten pronto.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Actualmente me dedico a varias cosas. En primer lugar, soy profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y también en la Universidad Panamericana, tanto a nivel licenciatura como maestría. Segundo, alterno dichas labores investigando y escribiendo artículos, porque —quizá— se puede ser buen investigador sin ser docente, pero no se puede ser buen docente

sin ser investigador. Mucho menos se puede hacer filosofía sin un mínimo de conocimientos filológicos e históricos. Pensando en esto último, hace no mucho realicé una estancia posdoctoral en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM bajo la asesoría de Omar Álvarez Salas. Fruto de ese trabajo en un futuro cercano habrán de aparecer algunos artículos sobre ética aristotélica y estoica.

Tercero, aquel reto de hacer accesible la filosofía para todos del que hablé hace un momento también lo encaro desde otra trinchera: escribo libros de texto para las asignaturas de Filosofía y Ética para las preparatorias mexicanas. ¿Cómo le explicas Kant a unos adolescentes a los que solo les interesan las redes sociales? ¿Cómo les haces cercano Marcuse a jóvenes que solo quieren tener el último modelo de celular y comprar ropa de marca? ¿Cómo les explicas que de la querella entre la Iglesia Católica y Galileo Galilei podemos aprender un montón? ¿Cómo logras que todo lo anterior y demás protagonistas en la historia de la filosofía logren tener un impacto en sus vidas? Es, insisto, un reto increíblemente exigente.

Ya lo dije: saber es saber enseñarlo, es decir, pones a prueba cuánto sabes realmente cada que intentas explicar claramente algo, y a veces no queda más remedio que ponerte a estudiar de nuevo lo que creías saber muy bien. Enseñando es cuando más aprendo. Además, en estos libros el conocimiento no basta, hace falta una alta dosis de creatividad, de imaginación. Se trata, entonces, de escribir un texto legible sin dolor, que explique las doctrinas filosóficas con una claridad meridiana y que, además, demuestre a la filosofía como cotidiana, como inmediata. ¡Por eso es tan gratificante! Por supuesto, no todo es perfecto. Por ejemplo, para las universidades como para el SNI vale mil veces más un soso artículo que leerán cuatro gatos (máxime si es en inglés, *of course*) que un libro que ayudará a educar a un país, a formar a una futura generación.

Además, a veces los editores te hacen la vida imposible esgrimiendo las razones más descabelladas... no, mentiras, por favor tachen eso último, ¡los editores son lo mejor!



¿En qué proyecto de investigación estás actualmente? ¿Podrías explicarnos los objetivos de este?

Respondo las dos preguntas juntas por su evidente relación. A partir de 2020, y tratando de actuar estoicamente de cara al encierro propiciado por la pandemia del coronavirus, junto con un grupo de colegas y amigos de distintas universidades (a saberse cuál más ñoño), fundamos un grupo de investigación dedicado a la lectura y el análisis de textos de ética antigua. Estos grupos no me son extraños. Viví en Pamplona (España) un par de años, dedicado a una estancia de investigación (una experiencia cuyo impacto me es imposible exagerar, no solo por lo académico, sino también en lo personal). Allí estuve en un seminario de lectura de textos filosóficos directamente desde el griego antiguo que en su momento dirigió mi maestro Alejandro G. Vigo. En México también estuve, de manera intermitente porque siempre he sido un discípulo rebelde, en un seminario con iguales características, dirigido por Ricardo Salles. Sin embargo, nuestro propio grupo busca algo ligeramente distinto: no se trata de un seminario de traducción directa, sino de lectura en español, análisis y discusión. Es verdad que sí estamos constantemente cotejando la traducción con el griego original y, en caso de que haga falta, hacemos la traducción nosotros mismos. Sin embargo, ese no es su principal objetivo, sino crear y mantener un espacio en el cual se pueda analizar con rigor y a detalle textos filosóficos (literalmente: línea por línea), pero que logre ser, a la vez, un espacio accesible a especialistas y no especialistas por igual.

Hacer filosofía con rigor, pero accesible a todos. Quizá suena raro, pero, repito, quienes nos dedicamos profesionalmente a la filosofía, especialmente quienes nos dedicamos a ética, tenemos que hacer un esfuerzo por sacar al quehacer filosófico de la burbuja de las facultades. En Grecia y Roma el filosofar siempre se entendió como una herramienta para hacer(nos) mejores humanos, pero nosotros la hemos reducido a material de clase y cantera de *papers*. Nada más contrario a su espíritu primigenio que hablarla de manera abstracta y abstrusa, solo para unos cuantos “elegidos”, como si fuera nuestro modo de sentirnos superiores, de sentirnos exclusivos. Mayoritariamente, se habla de filosofía de manera acartonada, se escribe filosofía con una sosería crasa. Por eso, en el grupo la filosofía se explica de tal manera que la entienda tanto el experto como el neófito. Y esa es parte de la riqueza del grupo, tener a abogados, médicos o amas de casa discutiendo cómo podemos aprovechar

¿Qué es ser filósofo? Miradas de una juventud filosófica

de la ética aristotélica. Y, como en otros grupos de ese tipo, la prisa no es una prioridad: inauguramos el grupo con el propósito de leer la *Ética Endemia* de Aristóteles, estamos seguros de que podrá tomarnos varios años terminar de hacerlo y estamos a gusto con ese panorama. *Ars longa, vita brevis*.

Colaboraciones y obras propias del autor



Alejandra Rivera Quintero



Nació el 14 de marzo de 1982
en la Ciudad de México.

Institución de adscripción: Universidad Autónoma de la
Ciudad de México

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Mi llegada a la disciplina filosófica fue más bien por un camino lateral: la psicología. Por ello, aun a la fecha no estoy segura de haber llegado por

completo a la filosofía y aunque, a decir verdad, nunca logré sentirme del todo parte del gremio psicológico, podría afirmar que llegué primero a la psicología y que después la filosofía llegó a mí para salvarme. No me gustaría que esto les parezca una frase forjada desde el lugar común, así que contaré el proceso completo, desde el principio.

Mis padres formaron parte de esa generación que, sin concluir una carrera profesional, pudo acceder a un mundo laboral garantizado y desde ahí forjar un futuro para su progenie. Mucho más pronto que yo a su edad, ellos lograron asentarse, comprar un auto, obtener la hipoteca de una casa y costear la crianza de cuatro vástagos. En el camino —y ya con hijos de por medio— mi madre decidió continuar con sus estudios, primero de secundaria y preparatoria e incluso avanzó algunos semestres de la licenciatura en administración en la UNAM, pero abandonó la carrera justo cuando se embarazó de mí. Esa experiencia académica hizo de mi madre una convencida de que la educación universitaria era necesaria para alcanzar una vida plena y esa convicción la intentó transmitir a sus hijos. Aunque todos mis hermanos realizaron estudios universitarios, solamente uno concluyó su formación profesional como neurólogo pediatra. Los otros dos encontraron sus propios caminos lejos de la vida académica y, por fortuna, cada uno en su ramo —uno en la industria constructora y otro en medios de comunicación— ha alcanzado su realización sin sentirse en deuda con el *deber ser* instaurado por las dinámicas sociales que anteponen lo profesional a lo personal.

Como sea, desde muy temprano en mi infancia tuve consciencia de que existía algo que se llamaba universidad y de que en sus recintos se estudiaban cosas distintas y complejas. Aunado a ello, mi propia casa se encontraba a tan solo unos pasos de lo que hoy es la FES Iztacala, que desde pequeña solía frecuentar para jugar en sus jardines y canchas.

Para satisfacción de mi familia, mi hermano ingresó a la carrera de medicina en esa facultad, y eso mismo me hizo vivir más de cerca el contexto universitario, pues solía acompañarlo para diferentes labores —luego yo, varios años después, cursaría ahí la licenciatura en psicología—. De aquella época infantil recuerdo particularmente el bullicio de los estudiantes frente al campus. Era como si siempre estuvieran festejando algo, bromeando entre ellos, pasándola bien mientras esperaban en la fila de las fotocopias o mientras compraban algo de comer entre clase y clase. Aquel mundo me maravillaba, me generaba asombro y me seducía profundamente, quizá no tanto por lo que se estudiaba

ahí mismo, sino por el tipo de personas que habitaba los pasillos y las aulas de esa facultad.

Cuando por alguna razón visitaba las instalaciones universitarias o sus alrededores, encontraba que los estudiantes de cada carrera tenían talentos distintos: los de medicina me parecían los más conspicuos. Parvadas de estudiantes con batas blancas, siempre apresurados y cargando libros tremendamente gruesos de aquí para allá. Los estudiantes de odontología y optometría eran más reservados, igual que los de enfermería, pero entre ellos también se notaba ese soberbio agobio de saberse, junto con los médicos, futuros guardianes de la salud. En otra parte estaban los estudiantes de biología. A ellos los recuerdo mucho más desfachados, pues no rondaban los pasillos con batas blancas, sino más bien con sus botas puestas y cargando mochilas enormes, justo antes de subir a los camiones que los llevaban a sus prácticas de campo.

Mi mente infantil podía comprender a qué se podrían dedicar todas esas personas, pero dentro de esos grupos de estudiantes me resultaba profundamente intrigante un tipo en particular: los estudiantes de psicología. No tenía una idea clara de qué era lo que hacían, pero la zona en donde se encontraban sus aulas estaba siempre repleta de una fauna misteriosa, mucho más extrovertida e interesante que el resto de estudiantes de aquella facultad, o al menos yo los codificaba de un modo distinto, como bichos raros dentro de un mundo ya de por sí lleno de asombros.

Acaso en aquella época, y gracias a la biblioteca familiar, tuve un contacto primigenio con la psicología (aunque para ser más precisa, fue con el psicoanálisis). Por causas que no quedan del todo claras, en uno de los libreros de mi hogar se encontraba un libro que desde muy pequeña ejercía sobre mí un poder hipnótico, probablemente por el nombre que llevaba. *La interpretación de los sueños* era el título de aquel ejemplar con pasta dura y negra, que por cierto, aún conservo conmigo. Tuvieron que pasar algunos años (y bastante horas de trabajo en el diván) para alcanzar a comprender cabalmente de qué se trataba aquella obra, quién la había escrito y por qué era importante para el pensamiento contemporáneo. Pero en aquel entonces, lejos estaba yo de entender qué hacían los psicólogos y más bien me forjé una opinión basada en los prejuicios de mi entorno: los psicólogos son personas que estudian a los locos porque ellos mismos están algo locos. Y de la filosofía mejor ni

hablar. No tenía noticia de su quehacer ni contacto directo con nadie que me hablara de ella, ni para bien ni para mal.

Mi primer contacto consciente y significativo tanto con la filosofía como con la psicología ocurrió hasta la preparatoria. Fue a través de las clases de Lógica y Ética que la filosofía se me apareció como un campo de saber específico. Antes de eso, la referencia más precisa que tenía de la filosofía es que era algo que habían inventado en Grecia algunos cientos de años antes de Cristo. Mi profesor de Lógica era un hombre muy anciano y prácticamente sordo. No lo recuerdo como un gran educador, pero al menos logró explicarnos algo de las tablas de verdad y acercarnos a la lectura de un par de clásicos: algunos *Diálogos* de Platón y fragmentos del *Órganon* de Aristóteles. Luego, en Ética, la cosa se puso más divertida y ocasionalmente más reflexiva. La profesora que impartía esa clase era del tipo de personas que daba puntos a los estudiantes por ir a ver obras de teatro. He de reconocer que gracias a ello pude ver una buena puesta en escena de *Edipo Rey*. También recuerdo que nos proyectó *Cosmos* de Carl Sagan en el auditorio y empezó a hacer preguntas raras, tipo: ¿cuál es nuestra razón de ser en el universo?, y ¿Por qué tenemos consciencia de nuestra existencia y de la existencia del mundo en el que habitamos?

“En esos cursos aprendí que no era cierto que la psicología se encargara de estudiar la locura, ni tampoco era prerequisite de ingreso estar algo loco.”

En el último año de la preparatoria había que escoger un área. A decir verdad, yo hubiera preferido cursar las materias del área de humanidades, ciencias sociales o artes. Sin embargo, la presión de mis padres por hacer la misma carrera que mi hermano me condujo a elegir el área químico-biológica. Ese año fue clave para mi vida, pues efectivamente estuve a punto de escoger medicina, pero llevar la materia de psicología y la optativa de higiene mental me hicieron cambiar de opinión. En esos cursos aprendí que no era cierto que la psicología se encargara de estudiar la locura, ni tampoco era prerequisite de ingreso estar algo loco (noción que, además, empecé a examinar con

fascinación desde aquella época), sino que se trataba de una profesión que mantenía diálogos con las disciplinas biológicas, con las ciencias sociales y con la filosofía. Ello me hizo dar un giro drástico en los planes, lo cual resultó, como era de suponerse, inesperado y alarmante para mis padres. Por si fuera poco, en ese último año de la preparatoria sucedió la huelga de 1999 en la UNAM.

En el furor de la huelga, además de compartir las angustias sobre el devenir de la educación pública y la incertidumbre del propio futuro académico, los estudiantes compartíamos libros, autores y problemas que, por lo menos para mí, resultaron ser definitorios. Por esos años conocí *El Anticristo* y *Así habló Zaratustra*, de Nietzsche. Eran libros que llevaba conmigo para leer en el camión y en el metro, junto con algunas obras de Freud, que ya para ese entonces era uno de mis autores más entrañables. También por aquella época escuché hablar de Marx y Engels, pues en las asambleas y marchas por la educación pública y gratuita se nos instaba a la toma de consciencia de clase.



La huelga culminó nueve meses después y, en un clima todavía bastante revuelto, retomamos cursos en las escuelas y facultades. Instalada ya como estudiante de psicología, me enfrenté a un mundo académico intenso y rico en discusiones. La carrera en psicología en Iztacala estaba, en aquellos años, mucho más orientada al enfoque conductista. En los primeros semestres había que lograr condicionar ratas y pichones para entender los modelos de condicionamiento operante. Se nos insistía en que lo que hacíamos en

los laboratorios era ciencia. Aunque todo aquello era fascinante, también me resultaba, hasta cierto punto, insuficiente. Comencé a sospechar que la psicología era solamente una pieza en un rompecabezas que necesitaba ensamblar.

Entonces, la búsqueda de docentes que abordaran las asignaturas desde otros enfoques resultó apremiante y, para llegar a esas clases, había que buscar orientación con estudiantes de semestres más avanzados. Así, en los cursos de las profesoras y profesores disidentes del conductismo, y más aún, en las pláticas en las jardinerías, en las fiestas, en los cafés y en las reuniones éticas, conocí a personas que compartían las ansias por explorar caminos divergentes a la psicología.

En esas charlas nos compartíamos toda clase de literatura, pero recuerdo sobre todo el impacto de los textos de Schopenhauer y Nietzsche, de Sartre y de Beauvoir, de Bataille y de Derrida; fueron sus libros los que inauguraron mi biblioteca personal. Sin embargo, mi verdadero cisma ocurrió cuando leí por primera vez la *Historia de la locura* de Michel Foucault en una clase de psicoanálisis; ahí mi mundo se puso de cabeza. Fue como si todo aquello que le había cuestionado previamente al saber psicológico tomara, por primera vez, una forma ordenada en mi mente. Ese libro tuvo una fuerza propulsora en mi formación y me llevó a considerar seriamente empezar desde cero, a no dar por hecho que la psicología era una ciencia, sino un posicionamiento ante problemas que nos hemos inventado.

Cuando concluí mis estudios y me titulé, atravesé por cierta crisis vocacional. Era demasiado joven e inexperta para dedicarme de lleno al único ámbito de la psicología que me atraía: la clínica. No contaba con un consultorio propio, así que tenía que compartir el espacio con colegas; al mismo tiempo, la afluencia de pacientes no era del todo consistente (en su mayoría, mis pacientes eran niños y adolescentes, pues la gente adulta no suele confiar en que una veinteañera sea capaz de brindarles cualquier clase de orientación psicológica), lo cual hacía complicado pagar la renta. Opté entonces por combinar la clínica con la psicología organizacional y solicité trabajo en el área de recursos humanos de una empresa. Aquello terminó siendo la cosa más deprimente que pude experimentar. Mi labor consistía en aplicar pruebas psicométricas y hacer entrevistas para la selección de personal, así como brindar cursos de motivación e integración en el trabajo. Verme a mí misma en condición de oficinista fue verdaderamente triste. No podía soportar el

ambiente, la deslealtad de la propia empresa hacia sus empleados, los chismes de oficina, la competencia entre compañeros por el bono de productividad y de puntualidad, ni todas esas cosas que se viven en un empleo de esos que exigen “ponerte la camiseta” para que te puedan explotar mejor, así que al poco tiempo renuncié.

Por fortuna, acaso un mes después de esa desastrosa experiencia laboral, pude encontrar trabajo en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, primero como asistente académica y algunos años después, como docente. Fue en ese espacio en donde me reconecté con la vida universitaria, con las discusiones de los profesores en las aulas, con las charlas de estudiantes en las jardinerías y pasillos y, en fin, con la efervescencia del pensamiento que se suscita en los recintos universitarios. Regresar al contexto académico me resultó vivificante y desafiante; sin embargo, y aun a pesar de haber encontrado un trabajo en el que me podría haber seguido desarrollando profesionalmente como psicóloga, la sospecha que albergaba en torno a que la psicología no era suficiente para responder las dudas vitales que me acosaban ya para ese entonces era una certeza, y por ello decidí estudiar un posgrado.

Era claro para mí: si quería ordenar las piezas del rompecabezas, tenía que buscar respuestas en otra parte. Precisamente, el lugar en donde todas las piezas confluían era la filosofía. No puedo negar que iniciarme en un ámbito que conocía de forma fragmentaria y superficial me resultaba angustiante. Había leído textos filosóficos en la licenciatura, pero sin duda, no los suficientes. Al final del día, la historia de la psicología como ciencia moderna no rebasa los doscientos años, mientras que la historia de la filosofía abarca más de dos milenios.

Pero, sobre todo, tenía consciencia plena de que especializarse en una disciplina distinta a la de origen representa retos formativos que se deben ir zanjando sobre la marcha. Cuando finalmente decidí inscribirme en un posgrado de filosofía, la Universidad Iberoamericana me pareció una opción atractiva. El programa de estudios estaba mucho más perfilado hacia la filosofía moderna y contemporánea, y en particular, a la estética, la hermenéutica y la fenomenología. Según mi perspectiva, esas áreas se podían ensamblar mucho mejor con los intereses y con las preguntas que dejé abiertas en mi tesis de licenciatura.

Transitar por el posgrado significó para mí un reto tremendo; primero, porque mi forma de abordar los problemas del pensamiento estaba dada

desde lo concreto de la experiencia con sujetos y no desde lo abstracto de los conceptos mismos; y, en segundo lugar, porque el discurso filosófico es un saber por igual fascinante y avasallante, lo cual muy fácilmente le hace suponer a algunas personas que la tradición de pensamiento a la que se afilia es la mejor, la única que vale la pena de ser estudiada o la más verdadera entre todas las demás. Avanzar sobre esas arenas movedizas siendo además extranjera de la disciplina me exigió un esfuerzo mayor, pues el andamiaje filosófico que adquirí previo al posgrado lo construí en diálogo con la psicología, a veces de forma autodidacta y, por ende, sin el rigor y la erudición que podía advertir en mis colegas dentro del posgrado, pero al mismo tiempo, esa extranjería también me permitía situar problemas que desde una mirada enteramente teórica pasaban inadvertidos.

La maestría en filosofía me permitió ensayar en las aulas formas de responder a mis preguntas más genuinas sobre un conjunto de problemas que giraban en torno a la cultura, al deseo, a la imagen y a la subjetividad. No obstante, mi trayecto en el posgrado no estuvo exento de obstáculos y debo admitir que al comienzo me llegué a sentir intimidada por el nivel de exigencia de los cursos.

Mucha gente suele dar por hecho que las universidades privadas son más laxas con sus estudiantes, o parten del prejuicio de que pagar la colegiatura es garantía para aprobar las materias. He de decir que en la Universidad Iberoamericana no ocurre eso. El claustro académico del departamento de filosofía es riguroso y exigente; de igual manera, la mayoría de sus estudiantes —por lo menos en el posgrado de filosofía— se toman muy en serio sus estudios e, incluso, pueden llegar a ser muy competitivos entre sí.

Como egresada del posgrado en filosofía de la Iberoamericana puedo afirmar que esa rigurosidad académica (que en un primer momento me llegó a parecer fastidiosa y frustrante) me resultó bastante provechosa, pues me condujo a trabajar con mucha mayor profundidad las ideas, los argumentos y los conceptos con los que de ordinario construía mis planteamientos. Poco a poco, en las discusiones dentro de las aulas y al momento de presentar trabajos finales fui aprendiendo que cuestionar y criticar son ejercicios constitutivos de la filosofía, aunque, hay que decirlo, también conocí colegas dentro del posgrado que más que cuestionar o criticar, buscaban atacar o descalificar en la interlocución.

Debido a lo anterior, muchas veces llegué a sentirme cohibida al momento de exponer una idea o sostener una argumentación en las aulas del posgrado,

sobre todo cuando se trataba de posicionarme frente a un autor o una teoría que recién comenzaba a comprender. De algún modo tuve que hacerle frente a mis inseguridades, pues ellas mismas me estaban conduciendo a postergar la escritura de mi tesis y a desconfiar al respecto de mi propio futuro en la filosofía.

Primero, de forma individual, me propuse dedicarle más tiempo y más empeño a mi proyecto de investigación, comencé a hacer lecturas más precisas de los textos imprescindibles para mi proyecto, asistí a todos los eventos académicos en los que se discutían los temas que estaba trabajando y consulté tantas veces me fue posible a mi director de tesis y a mis lectores. En segundo lugar, busqué otros ámbitos académicos de discusión más allá de la Ibero, y en ese sentido, la UACM (el espacio académico en el que ya para ese entonces me desarrollaba como docente) me posibilitó encuentros muy afortunados con colegas y estudiantes formados en la filosofía y en otras disciplinas convergentes.

De tal suerte, los ejercicios filosóficos que me resultaron más significativos en aquella época —y a través de los cuales me fue posible remontar mis inseguridades— no los experimenté en los salones de clase de la maestría, sino en los seminarios de investigación y en los grupos de trabajo en los que participé dentro y fuera de la universidad. Sobre todo, los grupos de investigación sobre *Cuerpos, pasiones y deseos* en la UACM y el seminario sobre *Violencia y espectáculo* del Centro de Estudios Genealógicos se convirtieron en verdaderos oasis durante una época en la que mi cuestionamiento más serio consistía en saber si debía o no continuar insistiendo en la filosofía.

A partir de ese momento, y gracias al acompañamiento generoso de colegas y estudiantes que se reunían cada semana a discutir, a problematizar, a compartir sus escritos y a socializar con el resto de participantes sus más profundas inquietudes filosóficas (todo ello de forma bastante libre y autónoma; es decir, sin que intermediara un crédito curricular, sin que hubiese de por medio una constancia o puntos entregables a las instituciones), algo en mi persona comenzó a aflorar. Me comencé a arrojar con mucha más confianza a las discusiones, empecé a cuestionar con más libertad a mis colegas cuando algún planteamiento no me quedaba claro, arranqué a experimentar nuevas formas de escritura en mi tesis y, en síntesis, me atreví a filosofar. Llegado el momento, presenté mi examen de grado y con ello concluí una primera fase de trabajo filosófico que me condujo a plantear la constitución subjetiva del

voyeur en un doble derrotero, desde la filosofía y desde el psicoanálisis.

No he sido la clase de persona que, de inmediato, una vez concluido un grado académico transita al otro y después al que le sigue. De hecho, dejé pasar un tiempo después de haber culminado la maestría para continuar con los estudios doctorales. Ello se debió, en primera instancia, a que mi trabajo en la UACM me exigía muchísima atención. En aquellos años se suscitó un conflicto universitario que se tradujo en un paro, en la salida de una rectora y posteriormente, en la reconducción de la vida institucional a través del Consejo Universitario, del que en aquel entonces formaba parte. Al terminar ese encargo me volqué a concretar algunos proyectos de investigación dentro de la UACM y después vino mi primer sabático.

Justamente fue en ese periodo cuando comencé a hacer planes para ingresar a un doctorado. En algún momento, entre 2015 y 2016, coqueteé con la idea de hacer un posgrado en historia del arte, pues mi tesis de maestría conectaba con algunas cuestiones vinculadas con las críticas contemporáneas del arte; sin embargo, tenía también presente que dentro de la filosofía había cosas que me apasionaban y que debía seguir desarrollando, particularmente en lo relativo al estudio del biopoder, la biopolítica y la necropolítica.

En 2014 inicié, junto con colegas y estudiantes, el *Grupo de Investigación Transversal sobre Biopolítica y Necropolítica* de la UACM y durante los primeros años de trabajo logramos concretar discusiones y cuestionamientos profundos en torno a los fenómenos contemporáneos que disciplinan, controlan y administran la vida y la muerte en nuestro contexto. Esos temas se convirtieron en mi más profunda pasión teórica y se constituyeron como elementos nodales en mi actividad académica. Justo en esa época conocí a profesoras y profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM que, ya sea en charlas informales o a través de congresos y coloquios, me invitaron a hacer lecturas críticas en torno a esas temáticas y me infundieron los ánimos para ingresar al doctorado.

En 2017 entré al programa de posgrado de filosofía en la UNAM y allí, en sus aulas, en los seminarios de investigación, al interior de los grupos de trabajo en los que participo y, en fin, en las ricas y variadas discusiones que se pueden establecer entre colegas, amistades y profesores, he logrado comprender que la filosofía es una labor que se hace mejor en colectivo. Recorrer el camino de la filosofía no solo consiste en escuchar el saber erudito de las maestras y los maestros, tampoco se trata solamente de ser un receptáculo de la información

contenida en los libros y mucho menos significa producir un *paper* tras otro sin encontrar un compromiso genuino con las problemáticas de la realidad que nos asedian.

La filosofía es mucho más que eso y no se llega a ella por otra vía sino a través de la puesta en juego de la palabra y el pensamiento propios.

A la vuelta de los años, debo decir que he sido muy afortunada al coincidir con personas capaces de hacer de la filosofía una cosa viva, una máquina de guerra que se usa en conjunto para hacerle frente a las preguntas vitales que nos acosan, también en conjunto. Así, puedo afirmar que yo no llegué a la filosofía, sino que la filosofía llegó a mí para salvarme de la angustia que producen los abismos de la condición humana, y aunque cada tanto me dejo caer dentro de los propios abismos filosóficos —que, no lo puedo negar, suelen ser profundos y ominosos—, he aprendido que, dentro de ellos, siguiendo a Hölderlin, crece también lo que salva.

¿Qué representan para ti las humanidades?

Las humanidades, desde mi perspectiva profesional y académica, representan un conjunto de discursos y prácticas que tienen una doble función: por un parte, cuestionar los fundamentos de lo que en el devenir del pensamiento se ha concebido como aquello que nos hace humanos y, por otra, incidir en la continua configuración y reconfiguración de aquello que la humanidad debe proyectar como un legado al porvenir. Quizá por ello las humanidades siempre deben ponerse a sí mismas en cuestión, pues no parece haber absolutos cuando se trata de establecer los principios a los que debería responder el proyecto de lo humano.

Por otra parte, no me resulta fácil responder esta pregunta sin aludir a las reflexiones de Foucault al respecto de la arqueología de las ciencias humanas. Eso que llamamos como humanidades en el argot académico son, sobre todo, discursos que han constituido al ser humano como un objeto de estudio y, aunque se podría decir que el problema de lo humano siempre ha estado en el marco de la discusión de saberes tan primordiales como la filosofía, hoy en día las humanidades se proyectan como un conjunto de disciplinas —en

apariencia diferenciadas— que examinan las dimensiones culturales, sociales, políticas, comunicativas y comportamentales de los seres humanos.

En esos términos, hacer una taxonomía de las humanidades siempre resulta un tanto artificial, puesto que nunca es del todo preciso en qué momento un ámbito de estudio —digamos, por ejemplo, el comportamiento— deja de ser un objeto de análisis en la dimensión psíquica individual y comienza a explicarse como un fenómeno de índole social o cultural. Esa indeterminación ocasionalmente ha llegado a suscitar pugnas académicas que dividen el trabajo intelectual de acuerdo con la parcela de realidad que se pretenda estudiar. Sobre esta distribución social del trabajo científico, muchas personas buscan legitimar el derecho “ganado” por una disciplina u otra para incidir sobre objetos de estudio con arreglo a un solo enfoque o perspectiva disciplinar.

En las últimas décadas, investigadoras e investigadores en humanidades han propiciado diálogos más horizontales y fluidos entre las disciplinas y, desde mi perspectiva, las humanidades han marcado pautas relevantes para generar horizontes de multidisciplinariedad y transdisciplinariedad, no solo entre las humanidades mismas, sino también con respecto a disciplinas que de ordinario se piensan separadas de ellas. Hoy en día, los trabajos transdisciplinarios se multiplican y hemos visto cómo dentro de ámbitos como los ecofeminismos o el bioarte, por poner un par de ejemplos, se propician diálogos teóricos e innovaciones metodológicas sumamente trascendentes para la reflexión filosófica.

Desde los ecofeminismos se ha puesto a debate la relación entre naturaleza-género y la explotación capitalista basada en el dominio patriarcal; por otra parte, en el ámbito del bioarte se suelen explorar los linderos de las ciencias, la tecnología y el arte, lo cual suscita cuestionamientos de diversa índole en términos de los alcances éticos, estéticos y epistemológicos de este tipo de prácticas; pero más allá de las prácticas concretas, el bioarte ha contribuido a la problematización ontológica de conceptos tales como naturaleza y artificialidad, así como sobre las formas en las que los seres humanos participan de esta división ontológica.

En estos ámbitos, las nociones de posthumanismo y transhumanismo adquieren múltiples sentidos que precisan ponerse a debate. Es un hecho que los avances científicos y tecnológicos —particularmente en las últimas décadas— han impactado favorablemente en nuestras vidas: la creación de nuevas vacunas, los trasplantes de órganos, las terapias genéticas y el desarrollo

de tecnologías aplicadas a la agroindustria son solamente algunos ejemplos de ello, pero las caras negativas de estos mismos fenómenos se dejan ver con brutalidad cuando repasamos la historia de abusos y devastación que ha dejado a su paso esa forma de progreso.

En última instancia, nos debe resultar un asunto digno de atención que la tecnología se perfila a ser un nuevo dios al que se le rinde tributo ciego; es un asunto urgente elucidar desde las humanidades hasta qué punto nuestro entusiasmo por los progresos tecnológicos nos está conduciendo a perpetuar usos instrumentales de la naturaleza y de los seres vivos, incluidos dentro de ellos nosotros mismos. Por otro lado, en un sentido opuesto, también nos conviene preguntar si las interpretaciones esencialistas de la naturaleza contribuyen a un cambio de perspectiva en torno a nuestra responsabilidad compartida en la construcción de los espacios que habitamos junto con otros seres humanos y otras formas de vida, o si en su defecto, estas perspectivas trazan caminos dicotómicos que romantizan el estado de naturaleza y asumen que las tecnologías humanas representan indefectiblemente una amenaza que es preferible evitar.

Precisamente, la importancia de las humanidades en una época como la que estamos viviendo reside, a mi parecer, en la necesidad de revalorar el papel de lo humano radicado en las nociones de posthumanismo y transhumanismo, pues está en juego el porvenir no solo de nuestra especie, sino de la vida en su conjunto. Considero que por ello es necesario volcarnos a un examen concienzudo del humanismo como condición de posibilidad. Ello, sin duda, representa retos, pues la historia reciente nos ha dejado en claro que los ideales del renacimiento y de la modernidad son insuficientes al momento de plantear un humanismo que no se asuma a la manera de un antropocentrismo basado en una racionalidad instrumental y utilitaria; a mi parecer, es apremiante reconsiderar los valores asociados al humanismo en la época contemporánea, quizá no para renunciar a ellos, sino para transfigurarlos y debatirlos desde una mirada crítica, plural y actualizada con respecto a las paradojas y retos de nuestros tiempos. Por ende, las humanidades —y dentro de ellas, especialmente la filosofía— tienen un papel central en el cuestionamiento de los alcances y los límites de los saberes científicos y del impacto de los desarrollos tecnológicos en el planeta, pues si estos se llevan al margen de una reflexión filosófica sobre lo humano, o en otros términos, cuando estos saberes y prácticas se ponen al servicio de fines económicos y políticos en forma descarnada, corremos el riesgo de traicionar a la razón misma y deshumanizarnos.

En ese mismo orden de ideas, considero que la bioética representa una herramienta indispensable para la reflexión sobre la ciencia y la tecnología desde una perspectiva transdisciplinar, crítica y humanizante, pues se halla a la vanguardia del análisis filosófico de las implicaciones y los alcances del saber científico-tecnológico dispuesto sobre los seres vivos, la salud, la alimentación, los ecosistemas, el cambio climático y las crisis ambientales, nuestra relación con animales no humanos, etcétera.

Ello no significa que sea tarea exclusiva de la bioética reflexionar e intentar dar respuestas a estas y otras problemáticas pues, me parece, desde la ontología, la hermenéutica, la estética, la filosofía del lenguaje, la filosofía política y, en síntesis, desde todos los enfoques y todas las vertientes filosóficas, hay aportaciones relevantes que hacer para dar respuesta a las interrogantes del sentido de lo humano de cara a las crisis propias de una época que hemos aprendido a llamar antropoceno. El llamado de la filosofía, en ese sentido, es irrenunciable y hoy más que nunca se nos hace patente la urgencia de poner en juego la razón y la imaginación.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

El camino a la filosofía es un sendero que no he dejado de recorrer, sin embargo, los obstáculos en este andar durante mis primeros años de formación profesional tuvieron un factor en común: todos ellos eran prejuicios basados en estereotipos y falacias enunciadas desde el lugar común.

En primera instancia, escuché más de una vez que la filosofía era una profesión poco redituable. Para decirlo en términos llanos, muchas personas me dijeron que, si estudiaba filosofía, me iba a morir de hambre. “La filosofía no deja *cash*, no deja *money*, mejor estudia otra cosa que sí deje y toma la filosofía como pasatiempo”, “ya, en serio, ¿para qué sirve la filosofía?, ¿cómo le vas a hacer para ganarte la vida si nada más quieres dedicarte a leer?” y “para qué quieres estudiar filosofía si aquí (trabajando como asistente) vas a aprender más”, fueron palabras proferidas por amistades, familiares y compañeros de trabajo. Por supuesto, ninguna de esas personas tenía contacto directo con la filosofía o bien, debido a sus experiencias académicas, la miraban con desdén

y con recelo, como una profesión menor que no tiene realmente una función relevante dentro de la sociedad.

A decir verdad, cosas muy similares me dijeron cuando decidí estudiar psicología, algunos años antes de decidirme a estudiar filosofía en el posgrado. Volver a escuchar esas sentencias no resultó ser novedad, pero me confrontó con el hecho de que socialmente, la profesión filosófica sigue siendo poco valorada y prejuizada. Incluso, algunos compañeros de licenciatura (en masculino, porque recuerdo que todos ellos eran hombres) me recomendaron optar por un posgrado en psicología porque, según su perspectiva, me iba a resultar más sencillo encontrar un ámbito de especialización rentable en la psicoterapia infantil, en la psicología educativa o en la psicología del desarrollo. “Al fin y al cabo –decían ellos– es más fácil que las mujeres psicólogas encuentren trabajo como educadoras y que las contraten en escuelas primarias públicas y privadas”.

Ahora bien, no es caso extraordinario (o por lo menos no lo fue para mí y para algunos colegas de mi generación) que una persona formada en otra disciplina encuentre vasos comunicantes entre su profesión inicial y la filosofía como ámbito de especialidad. Sin embargo, resonaba un rumor entre un par de compañeros (de nueva cuenta, hombres) que me adelantaban una o dos generaciones en la licenciatura y que habían sido seleccionados para ingresar al posgrado en filosofía en la UNAM: el profesorado de la Facultad de Filosofía y Letras es inclemente, mucho más cuando se trata de evaluar a estudiantes provenientes de otras facultades. El primer paso –decían– es sobrevivir a la tradición analítica. Ahí, la psicología se traduce, si se corre con suerte, en filosofía de la mente. Pero si no posees un dominio absoluto de lógica, no hay futuro posible en el posgrado. El siguiente paso –reiteraban– es llegar verdaderamente a la filosofía continental, demostrar erudición sobre los clásicos, descubrir a los medievales, asumir a los renacentistas, comprender el sentido absoluto de los modernos y luego, renunciar a todo para volcarte a la posmodernidad (perspectiva que en la primera década del siglo XXI era la vanguardia académica todavía). Todo ello sin conocer a nadie, sin asidero alguno, solamente con la referencia de que, siendo La Facultad (así, con mayúsculas), tendrías que vértelas con tu suerte si tu estirpe no era puramente filosófica.

Quizás esos rumores hicieron demasiada mella en mí pues, de entrada, estudiar la maestría en filosofía en la UNAM no fue mi primera opción. No puedo decir

que me arrepiento de ello, pues la Universidad Iberoamericana me ofreció un espacio de convergencia con mi profesión inicial y con mis inquietudes filosóficas más genuinas; todo ello sin abandonar el rigor disciplinario propio de una maestría; sin embargo, asumo que fue una equivocación forjarme una opinión de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM a través de la experiencia de otras personas. Hoy por hoy puedo reconocer que la Facultad de Filosofía es un lugar entrañable, no solamente en términos espaciales, sino también en lo que respecta a los seres que la habitan.

Claro está, al igual que cualquier otra institución, dentro de ella existen tensiones, se hacen visibles las contradicciones, no está exenta de sus propias dinámicas de poder y de intereses cuestionables y, para decirlo en breve, no es una institución perfecta. Pero ninguna institución —educativa o de otra índole— lo es. Aún con ello, a pesar de sus contradicciones y de sus tensiones, la siento mía, me siento en ella. En otras palabras, la Facultad de Filosofía y Letras para mí es, a pesar de todo, un espacio de posibilidades. Y no, para nada se parece a eso que me contaron que era.

¿Y dentro de la filosofía?

A la vuelta de los años, y desmontando algunos de los prejuicios de los que hablé líneas atrás, he descubierto que la filosofía no es un lugar al que se llega, sino que es un camino que se elige y sobre el que se requiere mucho andar. En primer lugar, he de decir que, a la fecha, afortunadamente, no he muerto de hambre. Es verdad que el ámbito laboral dentro de la filosofía es limitado, pero no por ello lleva consigo el estigma del fracaso. Sucede desde hace ya varias décadas que las garantías laborales a futuro no están dadas en función de la profesión elegida, y eso es una desgracia, pero no es un destino irrevocable para aquellas personas que se decantan por la vocación filosófica. El reto mayor consiste, por lo menos desde mi perspectiva, en comprender que la filosofía no es un camino que se elige para alcanzar la felicidad entendida en términos utilitarios. En buena medida, la filosofía no es garante de nada, no da respuestas acabadas y tampoco puede ser vista como la vía que nos llevará, paso a paso, a la pretendida racionalidad universal.

Tuvo que pasar un tiempo para darme cuenta de que la filosofía, más que

respuestas, nos enseña a hacer preguntas de todo tipo. Creo que un buen filósofo, una buena filósofa, es una persona inquisitiva. Es cierto que esa cualidad no es fomentada únicamente en este campo profesional, pues en cada disciplina se ensayan formas de elaborar cuestionamientos sobre la realidad y, a su vez, se establecen métodos para resolver esas preguntas.

De lo que hablo es de otra cosa. Se trata más bien de una actitud, de una disposición singular que conduce a cuestionar el estado de las cosas y a renunciar a las certezas que en cada época y contexto se constituyen como verdades acabadas. Por ello me cuesta trabajo denominarme a mí misma y a otras personas con licenciaturas, maestrías y doctorados, como filósofas. No. Estudiar filosofía no hace a las personas filósofas y, dicho sea de paso, tener un acervo inagotable de citas grandilocuentes que proferir a la menor provocación tampoco es garantía de un pensamiento filosófico. En todo caso, ese es uno de los estereotipos con los que cierta forma academicista de la filosofía comulga y mediante el cual un tipo particular de personas, desde sus inseguridades, busca ponerse por encima de las circunstancias para no comprometer su pensamiento en las cuestiones de la realidad que nos interpelan a dialogar en conjunto, más allá de las tradiciones filosóficas en las que cada cual se atrinchera y, por supuesto, más allá de la propia disciplina que nos agrupa.

Vinculado con lo anterior, creo que uno de mis mayores retos profesionales tiene que ver con enseñar filosofía a personas que no están en contacto directo con la disciplina. Soy profesora universitaria desde hace trece años, y desde que comencé en la docencia he tenido que buscar maneras de enseñar contenidos filosóficos a estudiantes cuya vocación profesional se encuentra en otra parte, ya sea en la psicología, en la promoción de la salud, en las ciencias sociales, y más recientemente, en los estudios sobre la ciudad.

Ello, por un lado, me resulta emocionante porque con mucha frecuencia me encuentro con estudiantes que por primera vez en su trayectoria académica se aproximan de forma directa a un libro o un artículo filosófico a partir de mis clases. Sin duda, eso me ha permitido brindarles referentes que les pueden resultar novedosos, complejos, e incluso confrontadores; pero al mismo tiempo, ese mismo papel me ha hecho sentir agobiada en más de una ocasión, pues hace evidente la ausencia de referentes filosóficos previos, tanto a nivel medio superior como dentro de las formaciones profesionales y de posgrado en las que ejerzo la docencia.

Lo que quiero decir no es que sea reprochable que un estudiante no conozca a los autores que yo conozco, ni que no haya leído los libros que yo leí a su edad, tampoco significa que en cada materia dentro de las universidades se deba revisar de manera obligada una perspectiva filosófica en lugar de otra. A lo que me refiero, es decir, la fuente de mi angustia es la superficialidad y la timidez con las que desde hace varias décadas se abordan aspectos vinculados con la filosofía, tanto en el bachillerato como en los contenidos curriculares universitarios en su amplio espectro. Es como si dentro de los programas académicos se tratase de brindar una versión edulcorada de la filosofía que, a falta de una reflexión profunda, se vuelve accesoria y superflua.

Aunado a lo anterior, en la lógica de competitividad laboral de las áreas profesionales en las que me he desarrollado como docente, pareciese ser que lo más importante es que las y los profesionistas sepan hacer *algo* en concreto, sin cuestionarse por qué lo hacen, para qué lo hacen o con base en qué fundamento (gnoseológico, epistemológico, ético o político) lo hacen. Es decir, hay una exigencia social y económica que le impone a las universidades —da lo mismo si son públicas o privadas— egresar en el menor tiempo posible profesionistas capacitados técnicamente, hiperespecializados, con un espíritu competitivo, bien dispuestos a trabajar bajo presión en condiciones desventajosas y que, de preferencia, hablen más de dos idiomas.



Ahí, me parece, es donde mi reto como profesora y como estudiante de filosofía se hace patente pues, por un lado, tengo una deuda con las profesoras y profesores que me abrieron el paso hacia la filosofía. Estoy segura de que ellas y ellos experimentaron también la desazón de encontrarse con estudiantes que pasan de largo cualquier referente filosófico con tal de llegar lo antes posible a donde está la acción profesional. A ellas y a ellos les reconozco su dedicación docente y la pasión que, no sé precisamente cómo ni cuándo, me contagiaron. Pero, por otra parte, yo misma he sido —y, de alguna manera, sigo siendo— estudiante de filosofía y comprendo a la perfección lo complicado que puede ser enfrentarse a un mundo laboral que exige formas de materializar saberes en concreto y que encuentra poco rentables las tareas de reflexionar, de preguntar y de hacer —como diría John L. Austin— cosas con palabras y, por supuesto, con el pensamiento. Por ello mismo es que insisto en la filosofía como vocación: porque hace falta, porque nuestra época nos exige no abandonarla y porque sus senderos, aunque angustiosos e inciertos, nos ayudan a ensanchar la experiencia vital de las generaciones que siguen.

Finalmente, quiero hablar de una cuestión delicada dentro de la academia, no solo en el contexto filosófico, sino en una dimensión general. Dentro de la filosofía, la voz de las mujeres es continuamente acallada, sobajada o, en palabras amables, colocada en un segundo término. Basta como ejemplo la reducida introducción de contenidos teóricos producidos por mujeres dentro de los programas académicos. Si se corre con suerte, en las unidades de estudio de los cursos y seminarios de filosofía en licenciatura se examina la obra de Santa Teresa, de María Zambrano, de Rosa Luxemburgo, de Hannah Arendt o de Judith Butler, por mencionar a las más visitadas. No ha sido sino en recientes fechas, a partir de los movimientos feministas, que se ha hecho patente la necesidad de revisar los contenidos de las asignaturas para dar cabida a los planteamientos filosóficos de aquellas mujeres que inveteradamente habían sido desplazadas hacia un segundo plano en la historia de la filosofía.

Este giro es bastante reciente y es significativo dentro de la academia, pues busca reivindicar la participación de las mujeres en la historia del pensamiento filosófico. Pero, por otra parte, las mujeres dentro de la academia hoy en día continuamos experimentando condiciones desventajosas al momento de llevar a cabo nuestras labores como docentes, como investigadoras y como trabajadoras en el ámbito universitario. En términos personales, quisiera obviar la cantidad de veces que escuché decir, incluso con benevolencia, que las mujeres no han sido capaces de participar plenamente en el desarrollo del

pensamiento filosófico porque tienen a su cargo las tareas de reproducción de la familia y de cuidado del hogar. Quisiera también olvidar todas las veces que escuché decir que las mujeres fueron las amantes, las esposas, las sirvientas, las aprendices, las patrocinadoras, las fuentes de inspiración o las causas de tribulación de los filósofos varones a lo largo de la historia. Quisiera, por último, olvidar completamente las veces que me dijeron que mejor debía dedicarme a otra cosa y no a la academia, porque determinados ámbitos se me iban a dar más fácilmente, así, nada más, por ser mujer. Incluso, olvidándome de todo ello, es difícil pasar por alto que mis colegas mujeres tienen que esforzarse y exigirse el doble o el triple que mis colegas hombres para rendir laboralmente y cumplir con las exigencias institucionales propias de la vida académica, al tiempo que sortean con las demandas familiares y personales que se les imponen.

“Dentro de la filosofía, la voz de las mujeres es continuamente acallada, sobajada o, en palabras amables, colocada en un segundo término. Basta como ejemplo la reducida introducción de contenidos teóricos producidos por mujeres dentro de los programas académicos.”

Yo misma he tenido que ajustar mis tiempos, sobre todo a partir de la pandemia, para combinar mis horas de docencia universitaria, dividir el tiempo para mi investigación doctoral y mantenerme activa en los proyectos de investigación en los que participo, todo ello sin descuidar las clases virtuales y la crianza de un hijo pequeño. Confieso que enunciarlo así me resulta un poco vergonzoso, pues reconozco que mis circunstancias no son las más difíciles ni las más complicadas en comparación con las de otras mujeres dentro y fuera de la academia. Mi pareja también se dedica a la filosofía, es profesor universitario y participamos en espacios académicos comunes desde hace diez años. Por supuesto, sé que tengo condiciones privilegiadas porque mi pareja comparte conmigo las pasiones filosóficas, respeta mi trabajo docente, me impulsa a realizarlo mejor y no “me ayuda” con las labores domésticas y de crianza, sino que las realiza como parte de sus deberes.

Pero incluso, siendo él y yo colegas, he visto cómo algunas personas se maravillan cuando él lleva a nuestro hijo a sus clases, mientras que cuando yo lo llevo, a esas mismas personas les resulta de lo más común y no les parece para nada extraordinario. También ha llegado a pasar que hay quienes se asombran si él declina una invitación a participar en un congreso fuera de la ciudad y yo acepto asistir a ese mismo evento, pues ello implica que yo estaré lejos de nuestro hijo y él se quedará a cargo de su cuidado. Lo que queda decir al respecto es que también dentro del ámbito académico filosófico se hace evidente la necesidad de cuestionar ese orden patriarcal que a las mujeres nos dimensiona en espacios diferenciados, nos mide con diferentes raseros y nos exige hacer todo esto y más, sonrientes, agradecidas y sin quejarnos.

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

No tuve esa experiencia durante mi formación en la filosofía. Mi propia condición laboral y personal me lo impidió. Curiosamente, no lo siento como una falta, pues como estudiante de posgrado en la UNAM he participado en grupos transdisciplinarios gracias a los cuales he tenido contacto con investigadoras e investigadores de otras instituciones a nivel nacional e internacional. Desde el 2017 formo parte del grupo de investigación A+C, coordinado por la Dra. María Antonia González Valerio. Ahí he tenido la oportunidad de conocer investigadores, investigadoras y artistas visitantes; en el diálogo con sus ideas, ya sea en el marco del seminario de investigación, los coloquios, congresos y exposiciones artísticas organizadas por este grupo, he podido contrastar experiencias académicas y enriquecer mi propia perspectiva en lo que corresponde a mi investigación doctoral.

También desde 2017 participo en el grupo de investigación sobre psicoanálisis y filosofía como fronteras de lo político, dirigido por la Dra. Rosaura Martínez Ruiz; en los coloquios organizados por su grupo de investigación también he podido generar vínculos académicos con investigadoras e investigadores que trabajan en otras instituciones y que me han permitido reconectarme con el psicoanálisis desde una perspectiva crítica. Recientemente me he integrado a dos grupos de trabajo, uno de ellos coordinado por el Dr. Alberto Constante

y el otro por el Dr. Sebastián Lomelí; a ambos profesores les admiro y les guardo mucho afecto, pues con ellos siempre es posible mantener diálogos filosóficos sumamente enriquecedores y los proyectos que coordinan me alientan a seguir aprendiendo.

Por otro lado, como parte del *Grupo de Investigación Transversal sobre Biopolítica y Necropolítica* de la UACM he tenido la oportunidad de presentar nuestro trabajo en coloquios y congresos nacionales en Chihuahua, Culiacán, Estado de México, Morelia, Morelos, Puebla San Cristóbal de las Casas y Tlaxcala, y fuera del país, en Bogotá, en Manizales y en Boston. Derivado de ello, investigadoras e investigadores de otras instituciones se han interesado en generar vínculos académicos con nuestro grupo. En el marco de nuestros coloquios, en 2018 invitamos a un artista sudafricano a una estancia de investigación durante un mes, y en 2019 organizamos un *workshop* con una investigadora de la London School of Economics. Y finalmente, en el marco del seminario de investigación del grupo, durante los mismos años recibimos en estancias de investigación a dos estudiantes de posgrado provenientes de Colombia.

Debo decir que dentro de mis planes a futuro se encuentra realizar una estancia posdoctoral o tal vez una estancia sabática fuera de México, pero por el momento me resulta prioritario consolidar los proyectos que tengo en marcha dentro de la universidad con la que me encuentro vinculada laboralmente.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Desde el 2008 soy profesora investigadora de tiempo completo en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Formo parte de la planta académica del Centro de Estudios sobre la Ciudad e imparto cursos a nivel licenciatura y posgrado dentro del Colegio de Ciencias y Humanidades de dicha institución. Las áreas en las que me he especializado en la docencia son bioética, metodología de la investigación y psicología social.

¿En qué proyecto de investigación estás actualmente? ¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

En los últimos años me he concentrado en dos proyectos de investigación. Como he señalado hace algunas líneas, desde 2014 y hasta la fecha coordino, junto con el Dr. Bily López y la Dra. Teresa McKelligan Sánchez, el *Grupo de Investigación Transversal sobre Biopolítica y Necropolítica* de la UACM. En dicho proyecto participan estudiantes, investigadoras e investigadores de diversas disciplinas que en su mayoría provienen de distintas instituciones. Por otro lado, desde 2017 realizo una investigación doctoral que a lo largo del tiempo se ha ido modificando, pero que en términos generales gira en torno a la relación biopolítica-ciudad. La investigación se titula “*Bíos y Polis: la actualidad del biopoder y la biopolítica en los discursos sobre la vida y la ciudad*”.

El *Grupo de Investigación Transversal sobre Biopolítica y Necropolítica* de la UACM ha tenido distintos objetivos a lo largo de los años, pero en términos generales, desde el principio hemos mantenido un interés filosófico que gira en torno a fenómenos asociados con la violencia, el poder, la vida y el cuerpo. Cuando nos conformamos como grupo de investigación, comenzamos analizando la noción de comunidad en un sentido filosófico, sociológico y político, con el fin de situar los paradigmas inmunitarios operantes dentro de las instituciones universitarias.

Ello nos condujo a problematizar, en un trazo más amplio, las dimensiones de la vida en relación con el poder soberano. Eventualmente, nos decantamos al estudio de fenómenos contemporáneos asociados con las políticas de vida y muerte que imperan en nuestro contexto, todo ello a partir del enfoque del biopoder y la soberanía. Así pues, exploramos desde una perspectiva transversal fenómenos tales como la desaparición forzada, el racismo, la guerra contra el narcotráfico o los ataques terroristas, por mencionar algunos ejemplos; desde aproximaciones en las que convergen cuestionamientos, planteamientos y críticas provenientes de la filosofía, la sociología, la economía, la biología, la historia y las artes.

En estos años hemos realizado cuatro coloquios de investigación y nos hemos vinculado con investigadores e investigadoras en ciencias, humanidades y artes, tanto a nivel nacional como internacional. Tenemos una antología de

textos publicada por la UACM y otra más que se encuentra en preparación. Hemos formado recursos humanos en investigación especializados en el enfoque de la biopolítica y la necropolítica a nivel licenciatura y posgrado y, finalmente, mantenemos vínculos de trabajo y colaboración con redes, grupos y asociaciones de investigadores, tales como el Centro de Estudios Genealógicos, el Seminario ESCUE sobre Necropolítica en América Latina y la Red Temática de Estudios Humanísticos sobre Cultura, Violencia y Poder.

Con respecto a mi investigación doctoral, de manera sucinta puedo destacar que el objetivo primordial consiste en examinar los conceptos de vida y ciudad a través de los discursos contemporáneos dados dentro de la biología y el urbanismo para situar sus mutuas implicaciones y, de esta forma, brindar una comprensión actualizada de la biopolítica que nos permita identificar la manera en la que esos discursos se manifiestan en lo que hoy en día se concibe como ciudad. La investigación sigue en curso y aunque algunos de los elementos e ideas desde las que partí han tenido que replantearse y ajustarse (cosa que es natural dentro de los propios procesos investigativos), considero que es fundamental seguir problematizando las nociones de biopoder y biopolítica, sobre todo, en vistas de que la pandemia que actualmente estamos atravesando hace mucho más evidentes los dispositivos de poder que se configuran en la ciudad y frente a los cuales debemos mantenernos atentos.

Algunas colaboraciones de la autora



Arturo Romero Contreras



**Nació el 18 de febrero de 1978
en la Ciudad de México.**

**Institución de adscripción: Facultad de Filosofía y Letras,
BUAP**

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

En 1999 estalló la huelga en la UNAM. Yo me encontraba en quinto semestre de psicología. Me había quedado por razones puramente pragmáticas.

Comenzó la división: entre administración y estudiantes, entre profesores y estudiantes, entre estudiantes. En un principio todo era relativamente claro: cuotas o no cuotas. Pero incluso si uno decía que no, la pregunta no se dejaba responder fuera de un entorno. La UNAM, lo sabemos, tiene la capacidad de escenificar en su territorio conflictos nacionales *a su modo*.

En una película de Alexander Kluge, un actor es interrogado sobre su papel en una tragedia: *¿Cómo puede actuar con esa esperanza en los ojos en el primer acto, cuando como actor conoce el resultado fatídico del tercero?; porque en el primer acto no conozco el desenlace; ¿quiere decir que en el primer acto otro resultado sería posible?; absolutamente*. Y así es la UNAM, una caja de Petri donde la historia podría ir de otro modo. *Podría*. Ese otro modo se llamó la huelga de '99, con sus asambleas, con su Consejo General de Huelga, con el espectro del '68, del CEU y del Congreso Universitario del '90. Cada movimiento social arrastra la cola de cometa de los anteriores y contrae las deudas de los futuros.

“Los movimientos politizan, invocan momentos históricos, grandes nombres y grandes ideas. Y tomé todo eso en serio. Absolutamente en serio.”

Pero había algo más: estaban en puerta las primeras elecciones que podían echar al PRI del poder. No era posible en 1988, por las razones que conocemos. Y estaba también el espíritu del zapatismo, que había recorrido el país convirtiéndose en un relevo político de la decepcionante política electoral y de la muy anunciada “transición a la democracia”. Eso fue la huelga de 1999: un rayo político donde parecía condensarse la última oportunidad. Pero la situación era desesperada: los zapatistas no confiaban en las elecciones, el PRD no confiaba en el PAN, la izquierda no sabía si debía confiar, el estudiantado no confiaba en el estudiantado. Fue en ese borde entre posibilidades contendientes, pero en desconocimiento recíproco, ahí donde parecía el comienzo del fin, pero donde no parecía que nada nuevo fuese a comenzar, que tomé en serio la filosofía.

Había tomado cursos por aquí y por allá, había asistido como oyente a Filosofía y Letras, había leído a Nietzsche como todo adolescente, pero nada más. Los

movimientos politizan, invocan momentos históricos, grandes nombres y grandes ideas. Y tomé todo eso en serio. Absolutamente en serio. A nosotros nos tocaba históricamente el momento de la farsa, la enésima representación de la misma escena. Y, sin embargo, la tomamos en serio porque, como aquel actor, en este primer acto todo parecía posible. Aun ahora no lo desmiento.

Con ignorancia de adolescente tardío y de psicólogo científico, me puse a buscar, es decir, a leer.

Confieso nunca haber sido posmoderno. Y es que lo que privaba entre estudiantes politizados era una mezcla de marxismo y constructivismo posmoderno radical. Todo es construcción, pero aquí se juega la verdad histórica, decían. Era una combinación extravagante, que a su modo se acoplaba a la tensión entre la política del movimiento social y la política institucional. Durante los nueve meses de la huelga leí por mi cuenta lo que pude y asistí a un diplomado en filosofía contemporánea en la UAEM. Mientras, seguía yendo a las cada vez más decepcionantes asambleas de mi facultad. ¿Qué era yo? ¿Un militante? No. ¿Un defensor de la institución? Tampoco. Admiraba a los líderes, quería querer el movimiento, pero todo me era indigesto, tan emocionante como desesperanzador. ¿Era eso un acontecimiento? ¿Eso era la izquierda? ¿Eso era la política? ¿Era así como se “participaba” en el destino? La pregunta por la naturaleza y destino de la *comunidad política* se me había impuesto obsesivamente, pero no fuera de las *múltiples* relaciones *determinadas* de todo tipo: institucionales, científicas, de método, etc. Considero que la pregunta por el ser es una pregunta por el espacio-tiempo común determinado y complejo (que en su momento llamé “complexus”), lo que nos coloca en el centro de la ontología. Adelanto algo: al lado de Sabina, mi esposa, y otros compañeros entrañables en Berlín (de varias partes del mundo) me convencería de la necesaria relación tripartita (que va de ida y vuelta constantemente) entre filosofía (especialmente metafísica y ontología), ciencia empírica (“naturales” y “humanas”) y movilización. Eso exigiría desplazarse en diferentes registros y niveles, saltar entre y conectar las islas de un archipiélago de experiencias, y dedicar una intempestiva paciencia a reflexionar en un tiempo de urgencias y de “problemas” muy determinados.

Cuando acabó la huelga, crucé el circuito y fui a pedir informes para estudiar la maestría en filosofía. Fui rechazado, pero me condicionaron con el estudio de prerrequisitos. Estudié dos años de prerrequisitos y me metí a todas las clases que pude. Estudié otro diplomado en psicoanálisis lacaniano. Decían

que ahí se encontraba la antifilosofía, que era el más digno sucesor de la filosofía. Pero eso no me convenció. Estaba seguro de que la filosofía todavía se reservaba algo. Al final, entregué las notas aprobatorias y entré a la maestría con un proyecto sobre Hegel. Tenía que ser Hegel. Era el gozne entre épocas, el último filósofo sistemático y el enemigo contra el cual toda la filosofía contemporánea debía disparar y contra quien medía su radicalidad. Y todos los contemporáneos que me interesaban eran, por diversas razones, hegelianos antihegelianos: Lacan, Bataille, Derrida, Deleuze, Adorno.

Pensador del Estado (en la filosofía del derecho) y de la revolución (en la fenomenología del espíritu), de la negatividad salvaje y de la negación determinada. Artesano del concepto, pero también maquínico, paciente y frenético, abismo de la filosofía y confianza desmesurada en el automovimiento del pensar. Mi tesis fue sobre el “tránsito” entre los escritos de juventud (*El espíritu del cristianismo y su destino* y *La positividad de la religión cristiana*) a la *Fenomenología del Espíritu*, el paso de la confianza en la vida y el amor, con un cargado escepticismo respecto a las instituciones, a la aceptación de la muerte, la mediación y la distancia respecto a una pretendida existencia radiante. El último semestre fui a España a estudiar con Félix Duque, para entender su mamotréctica *Era de la crítica*, y, sobre todo, reconstruir el haz de acontecimientos políticos, sociales e intelectuales que habían producido en cincuenta años el relámpago de la filosofía clásica alemana. No leí otra cosa fuera de la filosofía clásica alemana. Félix, tremendamente generoso. Pero lo vi tan poco como vería a mi tutor de doctorado. Con todo, fue mi paso por la “universidad europea”. En la globalización eso ya no importa. Cualquiera puede estar en cualquier lugar. Ya no existe Roma.

Al final de mi estancia solo una cosa era clara: mía era la generación del final. Final de la filosofía. Final de la historia. El tiempo del fin de los tiempos. Y también del fin del fin. Es decir, que no solo todo había acabado, sino que incluso hablar del fin era una empresa en bancarrota. Nietzsche, Freud, Marx eran lugar común. La sospecha, moneda corriente. La exterioridad, el interior de nuestra intemperie. Nada por delante. Los que nos precedieron habían hecho la revolución y la revolución se había desandado ella misma. Qué insulso tirarle piedras a la moral, qué trivial transgredir las costumbres, qué poca monta hacer un performance ansioso de escándalo, qué pereza hablar del final de la filosofía y del comienzo del pensar. Y, ¿para qué echarle en cara a Dios su ausencia? No, Dios no ha muerto, es que nunca vivió. Nada nunca

terminó, ni tampoco comenzó. Nadie, nunca, nada: la invocación de nuestros tiempos.

¿Qué sentido tendría entonces un nuevo comienzo? El final del final era el ocaso de la filosofía del tiempo y sus obsesiones: el origen, el final, la agonía, la muerte, el renacimiento, la repetición, la novedad. Comenzaba el tiempo del desierto, del *espacio* y lo que pudiéramos encontrar y recuperar en él. Nada terminó ni comenzó con mi generación. Pero con todo, seguíamos ahí, junto con todos los problemas sociales, políticos, económicos, existenciales y sus impostergables urgencias. Quizás mucho más que en cualquier otra época. Tras el final todo seguía ahí. Por tanto, nuestra era la condición de estar en medio, no en alguno de los extremos (el inicio o el final), aunque sí en la inminencia de la extinción y en los tiempos del agotamiento.

Había que convertirse en *scouts* que recomenzaran a olfatear el espacio circundante y su topología. Ya no era asunto de quién estaba arriba y quién abajo (todos circulábamos por un poder y todos éramos de maneras diferentes, esclavos), ni tampoco del adentro y del afuera (de la escuela, la iglesia, la universidad, el estado), todas las fronteras, todos los bordes, estaban en conmoción y todas nuestras rosas de los vientos se encontraban desvencijadas. La transgresión en un territorio era el conformismo en otro, la posmodernidad, otro gran relato, la locura, en quiebra como para ofrecer un préstamo al porvenir. ¿Cuál adentro, cuál, afuera, si vivimos en fuego cruzado? El tema de la soberanía se superponía al tema del libre mercado. Había que hacerlo todo de nuevo, pero ¿cómo hacerlo con este nihilismo a cuestas!? ¿De dónde sacaríamos las fuerzas si el futuro había dejado de ser lo que había sido recientemente, una radiante promesa?

A nuestra generación fueron legados tres conceptos: *nada*, *sustracción* y *posibilidad*. No hay nada (lo que acostumbramos llamar nihilismo), absolutamente nada (eterno, duradero, cierto, último), pero al mismo tiempo, esa nada, era la salvación, la oportunidad (el acontecimiento mismo) de recomenzarlo todo (para tener “otro inicio”) sustrayéndose (evitando toda positividad, lo que lográbamos con la perpetua deconstrucción de los conceptos de la “metafísica”) a todo lo presente (un fracaso de todo sistema conceptual, político, social y, sobre todo, una cárcel), a toda posibilidad actual (es decir, lo que nos dice el mundo que se puede hacer en él). Y esto convertía lo posible,

en el sentido de opciones a la mano, en la *gran Posibilidad*, en donde todo sería (abstractamente) posible (triumfo de lo posible sobre lo real y lo efectivo).

Pero otros dos nombres: *diferencia* y su heredero, el de *multiplicidad*, reclamarían una nueva positividad, donde lo posible mora *entre las cosas* (en sus nexos, en sus relaciones, intersticios, y no en la sustracción o en el vacío), donde nada comienza sin recomenzar (y donde muchas cosas deben recomenzar, no solamente una: el llamado “occidente”), donde los extremos son muchos (muchos inicios, muchos finales, muchas tramas históricas entrelazadas, en suma, *mestizaje*), donde lo nuevo (que llamamos, con inspiración científica “propiedades emergentes”) no surge de un acontecimiento milagroso (el becerro de oro de una época sin fuerzas), sino de la interacción de las cosas (y de la paciente escucha y el esfuerzo). Para nosotros la “determinación” y lo “presente” en general debían perder su carácter de cárcel y ser pensados de otro modo, con otra lógica, otro tiempo, otro espacio.

Cuando se relata el ingreso a la filosofía, como a cualquier otro campo, se cuenta con distancia retrospectiva y los elementos necesarios de ficción para tratar de reconstruir lo que entonces era un mar de confusiones y unas cuantas corazonadas. Había más bien curiosidad desbocada, narcisismo, ansiedad y una monumental necesidad que me salvó de dejarlo todo tantas veces. He relatado una historia hecha de pedazos que flotan por ahí en la memoria y que ahora uno con el hilo de una coherencia inventada recientemente, pero que no es menos real. Sin embargo, hay que decir que incluso tras el doctorado y el programa de trabajo que comenzaba a delinear, no se termina por hacer filosofía sino hasta que se le enseña. Ahí se prueban la consistencia, la claridad, la materia de reflexión y el talante de la voz. Ahí surgen las preguntas agudas, las dudas fértiles. Incalculable lo que se les debe a los y las estudiantes con los que uno tiene el privilegio de compartir unas horas a la semana.

¿Qué representan para ti las humanidades?

Me asumo parte de una época antihumanista, pero también con un espíritu hostil a la posmodernidad (y su “muerte del hombre”). Esto significa una distancia no tanto de planteamientos del Renacimiento, cuanto de las

invocaciones de la humanidad en términos morales o normativos y de cierto dominio disciplinar universitario que se abroga también una superioridad (no menos gratuita que la auto-atribuida superioridad de los “científicos duros”). Las humanidades tienen como su patrimonio el canon occidental: letras clásicas y modernas (letras, en general), historia, artes (occidentales) y filosofía. En ellas se refugia, evidentemente, una rica tradición de la que formamos parte. Pero la disimulada asociación entre occidente y la humanidad que supone la vuelve un instrumento ideológico fácil.

La autocritica de las humanidades no suele quedarse en ella, sino más bien migra a disciplinas más dudosas, como los estudios culturales. Los estudios culturales son el resultado de la autocritica no asimilada de las humanidades, una disciplina a la medida de tiempos modernos, nutrida selectiva y asistemáticamente de ese campo cultural. Pero esta actitud de las humanidades no puede ser asimilada al corpus que se resguarda ahí: no se entiende absolutamente nada del presente, en occidente, oriente o donde sea, si se desconoce aquel. Las humanidades recobran su potencia cuando y si se asumen no como una producción *originaria* de occidente, sino, para decirlo con Nietzsche, como el resultado *digestivo* de su encuentro con otras civilizaciones. Una lectura atenta permite encontrar hilos que remiten a todos los encuentros y desencuentros de occidente y lo sosiegan respecto a su delirio de originariedad y de su obsesión con los inicios o comienzos. No por ello es preferible la crítica trivial que identifica a occidente sin más, con dominación (patriarcal, colonial y capitalista) y que, invirtiendo los términos, busca lo virginal y lo moralmente deseable en esa otra orilla, “la nuestra”.

El *mestizaje* filosófico es la única actitud que hace viables las humanidades; hace posible tanto el cuidado de una tradición (hecha de tradiciones asimiladas e incluyendo ella misma el desacuerdo y múltiples fibras, bifurcaciones, caminos abandonados, retornos, unificaciones, etc.) como aquella actitud de autocritica (esa apertura a otras orillas) sin la cual no es posible ni una crítica al capitalismo, ni al patriarcado, ni al colonialismo... ni a la metafísica, por cierto. Pero de la misma manera que el estudio de la cultura debe incluir la crítica al concepto mismo de cultura y reconocer, como dice Benjamin, su barbarie, las humanidades deben también contribuir a desmontar el último de sus refugios: el antropocentrismo.

Lo criticable no es el prefijo “anthropos”, sino lo que le sigue: el “centrismo”. Es la base de todo narcisismo: territorial, cultural, de especie. Dos conceptos,

por encima de todo, debemos al siglo XX: otro y multiplicidad. Otra lengua, otra cultura, otro discurso, lo otro de la lengua, del discurso y la cultura. Y desde luego: muchas lenguas, muchas culturas, muchos discursos y, especialmente: muchos otros y otras, es decir, no *una* o *la* diferencia (no la primera, ni la diferencia en sí, ni la diferencia originaria, ni siquiera la llamada “ontológica” o la “*différance*”) sino *diferentes diferencias*, diferentes espacios. Pero tampoco multiplicidades puras, sin estructura, o planas, sino más que *sobredeterminadas*, *sobreestructuradas*. Ni tampoco pura diseminación, pura divergencia, pura deriva, sino también *encuentros* aleatorios y luego *cultivados*, pequeños territorios comunes, entrelazos no-triviales en espacios que nunca abandonan su carácter tenso. La mejor imagen aquí son los espacios dinámicos con muchos atractores (extraños), que se tensan y se distienden y que exigen que todos sus habitantes no pleguemos, nos repleguemos o nos despleguemos estratégicamente.

“Entre tanto, mientras la comunidad científica sea mayoritariamente fisicalista y reduccionista; los humanistas, mandarines de la cultura occidental; y la filosofía, mera historia de la filosofía, solamente ganará ese pequeño engendro posmoderno que son los estudios culturales.”

Esto hace que la filosofía se torne, como ya lo fuera en Platón, una ciencia de la división; me explico, una interrogación de, por y en los límites. Esto exige asumir la incómoda proximidad de las ciencias respecto a las humanidades y que hay territorios teóricos y conceptuales cuyas fronteras están y seguirán en disputas irresolubles. Por ello mismo resulta urgente que los humanistas sepan de ciencia, porque así pueden argumentar mejor contra todas las formas de naturalismo fisicalista que tantos científicos utilizan como si fueran “datos”, sin reconocer que se trata de *argumentos filosóficos* (usualmente malos). Entre tanto, mientras la comunidad científica sea mayoritariamente fisicalista y reduccionista; los humanistas, mandarines de la cultura occidental; y la filosofía, *mera* historia de la filosofía, solamente ganará ese pequeño engendro posmoderno que son los estudios culturales.

El problema, desde luego, no reside en lo que los estudios culturales “son”, sino lo que representan y lo que suplantán: lo que ellos no son (y nosotros creemos que son). Como mero “síntoma”, ellos nos muestran el colapso del territorio de las humanidades, a un puñado de temas “actuales” y de “problemas”. Nuestra época no es metafísica ni postmetafísica, es ambas de manera indecible. En ella estamos obligados a trabajar por “problemas”, de manera concreta, en contextos determinados y, *al mismo tiempo*, a buscar nuevos marcos de pensamiento genérico, no fundamentales, sino transversales; no esenciales, sino comunicantes. Los problemas concretos responden a la urgencia, pero son también hechos constituidos, los grandes esquemas son potencias, que deben probarse en espacios determinados.

La principal acusación contra las humanidades hoy consiste en su *inutilidad*. No podemos estar más de acuerdo con ello. El problema consiste precisamente en que todo *sirve*, todo está a *disposición* de algún procedimiento frenético de *producción*. La seducción capitalista nos exige valorizar el valor, potenciar las potencias, en suma, a incrementar de manera creciente (de manera geométrica, diríamos) la producción, las fuerzas, la inteligencia. El punto no es la eficiencia, ni siquiera la producción masiva, sino el incremento exponencial. El PIB debe crecer. Las capacidades de procesamiento de las máquinas deben crecer. Ello exige reducir los tiempos de producción y acortar las distancias para que las materias y la información esté siempre cerca, a disposición.

El colapso del tiempo y el espacio es la *velocidad*, pero también la *conectividad simple, inmediata*. El siguiente elemento es la elementariedad y modularidad: disponer de piezas (homogéneas o compatibles) que puedan ser combinadas, ensambladas y desensambladas, divididas, configuradas y reconfiguradas, diseñadas, no importa si se trata de átomos, genes, piezas de una maquinaria, palabras, deseos, cuerpos o pensamientos. Es la lógica que operaba en las fábricas de alfileres que describe Adam Smith, es la lógica del taylorismo, de la ingeniería social, del diseño genético, de los programas de puntuación en la academia. Las humanidades representan un *contramovimiento*: la lentitud. Aprender alemán, griego, latín o cualquier lengua, y leer sus producciones textuales es un trabajo paciente que prohíbe toda satisfacción *inmediata*. No son herramientas, sino procesos de formación. Es un modo de darse forma, en contra del conformarse propio de la inmediatez. La filosofía requiere también un penoso camino que reserva aburrimiento, desesperación, incompreensión, frustración. Todo ello se paga, pero no con la moneda de la utilidad. La retribución, si se quiere, consiste en el ensanchamiento del mundo, en el

entrenamiento del oído para escuchar frecuencias sutiles y concomitantes, en la capacidad de producir ensambles inesperados. Las humanidades producen un complejo y extenso espacio de mediaciones lingüísticas, de pensamientos y sensibilidades. La sensibilidad y el entendimiento están sujetos a un largo entrenamiento. De ello son guardianes las humanidades.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía? ¿Y dentro de la filosofía?

El camino a la filosofía es siempre ya la filosofía misma, aunque sea en un terreno extraño. Los problemas han sido claramente los mismos. El reto más importante siempre fue soportar alguna letra escarlata: de no ser filósofo de origen o de ser demasiado filósofo o de ser demasiado heterogéneo. En México, el siglo XX nos presenta la historia de la profesionalización de la filosofía. Esta tiene dos lados. Por un lado, permitió construir una *institución* que sirviera de taller, de casa refugio y de encuentro de pensamientos. La magnífica historia de ese experimento llevado adelante por mexicanos y españoles en los años del exilio dejó una tradición intelectual, seminarios, una colección de traducciones de textos clásicos y contemporáneos, bibliotecas y, sobre todo, profesoras y profesores con los que nos formamos. Pero, a la larga, produjo también esta demacrada academia que vive mayoritariamente de *filolo-filosofía*, automatismos, discusiones irrelevantes y bajo la conocida máxima de “publish or perish”. Publicar o morir. Es un simple criterio de productividad. El obrero se medía por la cantidad de trabajo abstracto realizado por unidad de tiempo. El trabajador intelectual se mide también por un sistema de puntos que refleja cantidad de trabajo por unidad de tiempo. Cuántas clases, cuántos artículos, cuántos libros, cuántas tesis dirigidas, cuántas patentes. El tema importa y no importa. Importa apegarse a una línea de investigación y a partir de ahí, convertirse en punto de referencia, en el experto, capaz de cosechar la mayor cantidad de citas. La lucha por el reconocimiento significa aquí la lucha por ser citado. Quien cita es esclavo. Quien es citado, amo.

¿Quién dijo todo esto? Todos. Y nadie en particular. Son las cosas que se hacen, se dicen. Sí, están consignadas en políticas universitarias y de gobierno en todo el mundo, pero no se deben a alguien en particular, al igual que nadie

inventó el capitalismo, el trueque o los chistes. El que escribió la política pública no la inventó, simplemente le prestó voz a una presión que ya existía. Solemos hablar de “el sistema”, de “los de arriba”, los “amos”. Pero todos, amos y esclavos trabajamos para el mismo amo invisible. ¿Y de dónde sale este? De nosotros mismos. Sobre todo, de otras generaciones y sus acciones. Algún día se hicieron las cosas por primera vez, antes de volverse un mecanismo de repetición. Y se quedaron. El infierno son las decisiones de los otros y de nosotros en otros tiempos. ¿Cómo es eso? Las producciones humanas tienen una triple propiedad: a) son siempre y necesariamente parciales, unilaterales (siempre resuelven un problema inmediato), ciegas al gran contexto presente y potencial en el que cosecharán sus efectos (llamamos a esto el inconsciente); b) se objetivan en máquinas y procedimientos al punto que adquieren una cuasi vida propia (su objetividad impide que puedan modificarse los productos al ritmo de las modulaciones de la subjetividad, pero, al mismo tiempo, es por esa estabilidad de lo objetivo que lo subjetivo obtiene insistencia y consistencia, es decir, realidad efectiva); c) están constituidas por contradicciones o limitaciones internas (inestabilidades, paradojas, límites, inconsistencias, incompletudes) que impiden un funcionamiento sin fricciones u oscilaciones.

En la academia nos preciamos de pensar libremente, de decidir nuestros temas. Pero, así como hay un mercado de productos alimenticios, hay un mercado de las ideas y las opiniones. Elegimos tan poco nuestros temas como los consumidores sus productos en el mundo cerrado de un supermercado. Solo hacemos filosofía cuando *producimos* el tema sobre la base de lo que disponemos y no cuando “elegimos” un tema. Hacemos filosofía cuando enlazamos ese tema con todos los contextos donde ello posee consecuencias. La filosofía “hace cuerpo” cuando puede producir agentes capaces de efectos entre otros cuerpos (y en el suyo mismo). No cuando coloniza, sino cuando colabora en la modelación de los cuerpos de otro modo: trátase de cuerpos conceptuales, de cuerpos biológicos, de cuerpos sociales, etc. Por ello se habla de la universidad como de la fábrica. Pero nunca nada está plenamente conquistado. Y son hipócritas los que condenan a la universidad desde la universidad, lo mismo que quienes condenan al Estado desde su condición de ciudadanos y ciudadanas.

Es la universidad la que da los elementos para criticarla, así como es el Estado (con sus contradicciones y tensiones internas) lo que hace posible *exigirle* algo. Nada más pobre que dividir el mundo en opresores y oprimidos, sin aceptar hasta dónde los opresores son oprimidos con su propia opresión y los

oprimidos reproducen la opresión en cualquier contexto posible. Antes que, con la libertad, soñamos con poder dominar a alguien más en contrapago a nuestra propia dominación. Nada más elemental que no reconocer las contradicciones del propio “sistema”, al igual que el hecho de que ninguna dominación es absoluta. Si lo fuera, no sería dominación, sino que seríamos absorbidos, fagocitados en el orden. Pero toda relación con el orden es problemática precisamente porque: a) tenemos experiencia del desorden (como exterior relativo); b) hay más de un orden (más de una lógica, más de un espacio) y c) un mismo orden siempre podría ser, en principio, distinto.

Es verdad que aborrecemos el sistema de premios y castigos que nos pone a trabajar para un orden dudoso. Pero al mismo tiempo, mordemos el anzuelo de los premios y del prestigio, mientras seguimos compitiendo *realmente* entre nosotros por los recursos, las plazas (incluso sin saber contra quiénes). Esto se traduce en dinero y en poder que sutilmente genera un ambiente cortesano en la universidad. Digamos solamente que no se cree con la cabeza, sino con los actos, de modo que nosotros, aunque no creamos en nada de esto, lo hacemos de facto, objetivamente. Dejaremos de creer en el momento en que digamos no. Pero si debemos decir que no en cierto punto, si debemos decir basta, al día siguiente debemos *reemplazar* lo abolido con algo *positivo*. Lo que nos ocupa entonces es qué sería esa academia que no funcionara como una fábrica de trabajadores intelectuales abstractos (que producen tanto que nadie tiene tiempo de leer; imaginemos la gran cantidad de cosas que no serán leídas nunca por nadie).

“Cuando habló la academia y nos dijo que estábamos desnudos, nos cubrimos con citas y pies de página. Ahora vestimos trajes hechos de aparatos críticos.”

Difícil, hasta el punto del cansancio y el fastidio, ha sido el nunca logrado reconocimiento de la comunidad filosófica, específicamente, de sus clubes. Siempre demasiado psicólogo para la filosofía, demasiado filósofo para la psicología; muy poco lacaniano y demasiado digresivo a la vez; continental

contaminado de filosofía analítica y poco riguroso para exponer la secuencia argumental. Todo esto se me dijo y se sigue diciendo, porque forma parte de la institución que llamamos facultad de filosofía, sin importar la universidad. Se perdió, sin duda alguna, lo salvaje de los años anteriores a la profesionalización: el derecho de hablar desde cualquier disciplina, de asociar los pensadores o pensamientos aparentemente más disímiles, de expresarse sin tanto pudor. Cuando habló la academia y nos dijo que estábamos desnudos, nos cubrimos con citas y pies de página. Ahora vestimos trajes hechos de aparatos críticos. Y quien no conoce la *Husserliana* LXXXIX o la nota donde Hegel refuta todo su sistema, no debería ni siquiera hablar.

Dormimos con el enemigo. Somos siempre y en todo momento, para nosotros, el peor de ellos. Nombremos al más insigne: el narcisismo. Nada más seductor, nada más adictivo que el mundo de los propios pensamientos. También ahí donde parecen tormentosos. No hay mayor adicción que aquella al pensamiento propio. De todas las dificultades en filosofía, la que siempre me encuentra, una y otra vez es esa. Intoxicarse con los pensamientos propios. Trabajar en soledad. Delirar con lo grande. Todos los días lucho para ganar un milímetro de distancia respecto a lo que supuestamente soy; o por ver eso diseminado en otras personas y otras cosas. Atender a lo que urge y no lo que me urge, pensar con otros de manera decidida (y por reflejo, como de todos modos lo hacemos).

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

Realicé una estancia académica en la Universidad Autónoma de Madrid, con Félix Duque, en el último semestre de la maestría. El doctorado lo hice en la Universidad Libre de Berlín, en Alemania, donde viví siete años. El posdoctorado lo hice en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, en París. Oficialmente. Porque las estancias no se hacen en las universidades, sino, sobre todo, en las ciudades. La estancia en Madrid fue la primera. Ciudad tremendamente hermosa. Viví con un comunista derrotado. Me refiero a un comunista derrotado desde adentro, de esos que fueron triturados hasta el tuétano y que militaron después en el nihilismo. Fue parte de mi formación, la

asignatura que tomaba todas las noches después de regresar de la biblioteca. Se volvió un amigo entrañable que me visitó después en México. Se quedó unos días en mi casa, en la CDMX, con su pareja, para luego irse a Oaxaca con el fin de hablar directamente con los maestros de la APPO (Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca), que se habían levantado hacía no mucho. Después de eso nos comunicábamos por correo electrónico los asuntos políticos de España y México. Un buen día su corazón no pudo más y se detuvo, antes de que nos pudiésemos ver de nuevo. No dejé muchos amigos. Quizá todos fueron en torno a Jorge. Ninguno de la universidad.

Estudié, pues, en Madrid, más que en la UAM, porque también me (entro) metí a clases en la Complutense, y a husmear y leer en las librerías de novedades y de viejo. Me metí a los museos y a donde pude. Descubrí, como Colón, la estatua de Agustín Lara en Lavapiés. Aunque eso sí, todo lo hice solo. Siempre tuve a madrileños por malos anfitriones, dentro y fuera de la universidad. Luego pensé que era mi torpeza social. Pero no era sino el fantasma de una viejísima relación colonial. Quizá ni el término de racismo ni el de resentimiento alcancen a captar ese tufo que se llega a respirar tan constantemente. Conocí el trabajo inmenso de los españoles en la traducción, recepción crítica y elaboración del idealismo alemán y del marxismo.

Después de la estancia en Madrid trabajé intensamente en mi tesis de maestría. Si mal no recuerdo, el trabajo se llamó “Vida y muerte del espíritu, de los escritos de juventud a la Fenomenología del Espíritu”. En los largos prerrequisitos y a lo largo de la maestría había tenido la gran oportunidad de leer a muchos alemanes: Heidegger, Husserl, Hegel, Kant, Marx y a muchos franceses: Derrida, Lacan, Bataille, Badiou. Había tenido magníficos profesores. Lazos y Kant, Palencia o Guerra y Hegel, Horneffer y Heidegger, Xolocotzi y Husserl, Martínez de la Escalera y Derrida, Rabinovich y Lévinas, Bolívar Echeverría y Adorno y Benjamin, Dussel y Marx. Pero la seducción alemana ganó. Además, España había representado más un encuentro con la filosofía teutona que con la peninsular. ¿Y por qué Berlín? No queríamos ir a la provincia. No queríamos encerrarnos en algún rincón del mundo a leer. Éramos decididamente ciudadanos.

Mi alemán era todavía muy incipiente. No conocía a nadie allá. Nunca había estado en Alemania. Pero con la “seguridad” de dos becas del DAAD (la de mi esposa y la mía) nada más importó. No me interesaba la universidad propiamente. No tenía interés en volverme experto en nada ni nadie. Iba

con las manos vacías. Ambos queríamos ir a Berlín. ¿Por qué Berlín? Puedo decirlo retrospectivamente. Entonces, solamente pensaba genéricamente en Alemania como la última cima de la filosofía, antes de que todo se desmoronara. Alemania era la cima y la ruina. Por ella habían caminado una fallida república, el nazismo y el comunismo. Era la tierra de mis pasiones musicales: Beethoven, Brahms, Mendelssohn, Schubert, Mahler: ¡maravilloso romanticismo! Y también el país de nuestro querido amigo Andreas, que nos había enseñado alemán de la mano de Kafka y Schiller. ¿Cómo no delirar con todo eso? Además, iba de la mano de Sabina ¿cómo equivocarse con eso!?

Yo me fui a la *Libre de Berlín* (la FU) —la de occidente—, ella a la *Humboldt* —la de oriente. La suya había sido la de Hegel y Schelling y en la escalinata principal se podía leer la tesis XI de Feuerbach escrita por Marx. La mía, la de Kennedy, en principio, y después la del 68 alemán, la de Rudy Dutschke. Sin tener idea de las universidades en Berlín, sin contactos académicos y sin un tutor “ideal”, escribí a todos cuantos pude. Solo uno respondió y estaba en la FU. Lo más fascinante de la universidad fueron sus bibliotecas. Respecto a la gente, amabilidad sí, pero la aceptación allá tiene, como primer requerimiento, un nivel bastante alto de la lengua, que no llegaría sino varios años después. Mi tutor fue Andreas Arndt, un gran conocedor de Hegel y Marx. Había escrito su disertación doctoral sobre Lenin. Dudaba de la famosa “inversión” de aquel por este último. Yo iba con un proyecto sobre la filosofía positiva en Schelling y las posibles resonancias en el concepto de lo real en Lacan. Andreas era escéptico del plan, no muy versado en Lacan, pero más que competente para interrogarme. Siempre fue duro. Fui a su coloquio de doctorando solamente durante un año, el último en realidad. Durante los otros seis nos vimos unas cinco veces. No más. Él era así y yo también. Esa es la historia en la que me hice un camino: lecturas solitarias, el almuerzo en un “*tupper*” en los *lockers* de la biblioteca, vergüenza por no poder expresarme en alemán como en el castellano. Más adelante encontré refugio con otro profesor, Hans Feger, quien me acogió en su seminario de filosofía y literatura, y donde tuve oportunidad de confrontar mis ideas. Pero en realidad casi todo sucedió en las calles de Berlín.

Ahí no ha terminado la guerra y el muro sigue en pie. Está en el aire. Y literalmente en los edificios. Muchos de ellos se dejaron intactos tras la guerra, llenos de agujeros de bala. Para que nadie olvidara. Los pisos están llenos de placas con los nombres de deportados a campos de concentración. Para que nadie olvidara. El muro, por más que su último fragmento se haya vuelto una

atracción turística, todavía se adivina como cicatriz a lo largo de la ciudad. Al lado de la heroica Puerta de Brandemburgo, está el memorial judío. Para que nadie olvidara. Y también está la sombra de la Alemania Oriental, la DDR, con sus francotiradores, su policía secreta, la STASI y su prisión, que todavía se puede visitar, y cuya visita guiada está en manos de un expresidiario suyo. La ciudad está duplicada: hay dos universidades, dos grandes zoológicos, dos edificios administrativos. Uno de oriente, otro de occidente. Cuando llegué, estaban demoliendo el último edificio que era símbolo y orgullo de oriente, el *Palast der Republik*, sede del gobierno. Después construyeron un castillo prusiano con sabor a Disneylandia.

Ahí estaba la filosofía, sin duda, pero en la ciudad, no en la universidad. Es lo mismo en México. La filosofía ya no vive en aquellas, aunque exista todavía la magnífica posibilidad de practicarla en sus muros y con sus recursos. Afortunadamente. Por ahora. Berlín es delirante. En todos sus aspectos. Es una ciudad sin centro. O es muchas ciudades: al menos dos y las que se hicieron dentro de ellas. Es Europa antes de Europa, Europa contra Europa y Europa después de Europa. Todo lo que ha pasado y pasa en ella es llevado hasta el extremo. Es ciudad de okupas y experimentadores en todo, de *punks* que se rompen la cara con los policías en la estación de metro *Kottbusser Tor* el primero de mayo. Es ciudad de extraordinarias bibliotecas. De extraordinarios museos. Extraordinarias salas de concierto en las que se podía escuchar a Barenboim (y sus versiones de Beethoven al aire libre, por ejemplo) o a Rattle o atestiguar los locos montajes de obras de Wagner. Recuerdo la puesta en escena de *Rienzi*, donde el tribuno romano era vestido como Hitler (se trataba de una de las piezas favoritas del Führer) en un escenario construido como un búnker. Es el estilo que terminó dominando en Bayreuth ante un personaje tan alemán y problemático como Wagner. Como *todo* lo alemán después de 1945. Pero eso sí, hay mucho arte. Exhibiciones, estrenos. Sabina cantó con el coro de su universidad Carmen (de Bizet) y Juan Damaceno (de Taneiev).

A la mitad de nuestra estancia me tocó una breve huelga estudiantil en la FU. Protestaban contra los resultados del *Plan de Bolonia*, reforma educativa efectuada en toda Europa, que había convertido sus universidades en una maquila a la medida de las necesidades laborales de la Unión Europea. Mis colegas alemanes de filosofía habían tenido que cursar rápidamente los cursos introductorios para especializarse en algún autor o tema. Vivían atormentados por la velocidad exigida y la carga de trabajo, sin siquiera tener asegurado un sitio en el mercado de trabajo. Las depresiones, las manías y las psicosis

estaban a la orden del día, junto con los más usuales “trastornos” obsesivo-compulsivos y de déficit de atención. Fui a las asambleas. Una plenaria tuvo como invitado a David Harvey. En un momento preguntó ¿Qué quieren? Y hubo silencio. Solamente un: “...pero esto no”. También me estuve, aunque muy marginalmente, en la réplica europea del *Occupy Wall Street* y la proclama contra el 1%. En el teatro de Berlín oriental, la icónica *Volksbühne*, fui al evento “Sobre la idea del comunismo”, con Zizek, Badiou y Negri como ponentes principales. Estaban en Berlín todo el tiempo ellos y los otros, los “contemporáneos”: Nancy, Zizek, Badiou, Rancière, Butler, pero *casi* nunca en la universidad. Más bien los convocaban institutos culturales privados o museos. Sin esta dimensión política probablemente me habría disuelto en mis pensamientos.

Era bastante claro que Berlín era un sitio contradictorio: por un lado, todo apuntaba al fin y la muerte, lo que hacía eco con el llamado final de la filosofía, la muerte de Dios y del hombre o el final de la historia. El gran sueño europeo había acabado ahí. También el comunismo, con la caída del muro. Por el otro, Berlín era la capital de la nueva Europa (de la Unión -económica- Europea), su gran potencia económica y cultural, el sitio de encuentro de gente de todo el mundo, caja de Petri para los experimentos más insólitos. Berlín no es gloriosa. No es la gran capital de Europa central. Para muchos alemanes huele mal. Es onerosa para el erario. Sus “monumentos” son los restos del comunismo, como la torre de televisión (*Fernsehturm*), las estatuas de Marx y Engels o de la guerra, como el muro de Berlín, el punto de cruce entre los dos Berlines (*Checkpoint Charlie*) o el aeropuerto de *Tempelhof* (usado por los nazis y luego como puente aéreo por los aliados) que se convertiría en un gigantesco parque público.

Pues eso con la ciudad y la universidad. Pero algo no andaba. Yo había dejado Comala porque me habían dicho que el padre venía de Europa. Había llegado a la Comala europea. Una ciudad que no sabía que estaba muerta. Pero si Berlín vivía, era con el cuerpo y las energías que le prestábamos sus habitantes. Si uno no moría realmente en el intento. Desterrado voluntariamente y errando en calles siniestras. Enterrado entre libros que a su vez enterraban la filosofía. Con la voz soterrada, por el mal alemán y el entrecortado balbuceo filosófico. Tenía una situación de que el *élan vital* se me escapaba. La pesadez del aire se agravaba por la falta de amigos, incluso de compañeros en la universidad. Y se agravaba más por haber encallado en el narcisismo del lobo solitario. Sí,

pregunté mucho y, sobre todo, escuché con avidez, pero siempre, debido a cierta imposibilidad de hablar.

Todo el tiempo hacía mi diálogo interior en alemán, para no dejar de practicar. Escribía varias tesis en la cabeza (y de facto tiré al menos dos, unas 500 páginas en total). También daba clases silenciosas. Respondía a interrogatorios imaginarios. No dejaba de hablar. En alemán. Mientras tanto, la tesis, en una deriva completa, como todas las tesis hasta que se le somete con un punto y se les acaba. Hablar y pensar, hablar y pensar, solitariamente. Hice eso obsesivamente, hasta que comencé a comerme el tiempo de la noche y luego de la cordura. Sin tregua y sin dormir, mi cabeza se esclavizó a mis pensamientos, mientras mi cuerpo se iba mermando, hasta que hubo que parar. *Detenerse completamente*. Regresé con mi esposa a México por un mes. Para comer sol, tamales y gente querida. De regreso tuve que cambiarlo todo. La filosofía es el territorio que camino con todo mi deseo; pero es evidente que nadie lo puede colonizar, dar por acabado o iniciado, dibujar finalmente su frontera. Pero hay otros territorios. Esa fue la única y gran enseñanza de haber perdido la razón por un periodo. Que hay más de un territorio infinito. Y no siempre están en paz entre sí.

Las cosas cambian. Es evidente. Lo más evidente del mundo. Tanto, que no hay que explicarlo, sino lo contrario: ¿por qué las cosas duran, por qué insistir, persistir y resistir cuando todo indica que es mejor lo contrario? ¿Por qué continuar entonces sin el soporte de un automatismo y sin aquel mandato sembrado en mí desde antes de nacer? ¿Por qué regresar a Berlín, por qué seguir en esa ciudad fantasmagórica, por qué seguir en ese voto de silencio autoimpuesto? ¿Para qué filosofía? ¿Para qué el grado de don doctor? El samsara, ese infierno de la repetición autodestructiva según la mirada budista es claramente la tarea en la que se trabaja más ciega y arduamente. Había que ser fiel a esa detención, pero al mismo tiempo continuar. ¿Cómo regresar a un lugar, sin regresar al mismo sitio? ¿Era posible hacer como ese personaje de Chesterton que saliendo de Inglaterra en su avión y, tras un extravío del norte, volvió a aterrizar en el mismo lugar sin saberlo, de tal modo que todo le parecía nuevo y fascinante? Había que hacerlo todo de otro modo sin la obsesión por cambiar, cultivar el empeño sin empeñar la vida en el camino, la disciplina sin disciplinamiento. Pero nunca café sin café. La salida fue cierto cultivo del cuerpo y una cambiante relación con la política, todo ello rodeado de amigos.

En 2011 salió Javier Sicilia a las calles por el asesinato de su hijo. Recorrió el país en el llamado Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad. Las palabras zapatistas se dejaban reconocer fácilmente. En Berlín hicimos una marcha espejo; desde la Columna de la Victoria (la *Siegessäule*, desde donde el ángel de Wim Wenders veía a los humanos) a la Puerta de Brandemburgo. México me había alcanzado. Había dejado que me alcanzara. De ahí nos fuimos a *La Pulquería*, un restaurante de mexicanos en el barrio de Kreuzberg, donde yo vivía y decidimos formar un grupo. Entonces sí: desatamos las discusiones y las amistades y las marchas y los plantones y los conversatorios. La criminalidad organizada, la continuidad legalidad-ilegalidad, la guerra sucia en México, los 68 en el mundo.

Extraño: nos reunimos en Alemania con activistas y periodistas que nunca topamos en México: de Oaxaca a Guerrero y Coahuila, sacerdotes, estudiantes universitarios y normalistas, periodistas de Juárez, perseguidos, refugiados. Cuánta ignorancia la mía. Cuánta estupidez. Cuán pequeño mi mundo. El tema de las armas alemanas que habían aparecido en Iguala había sido un escándalo en los medios teutones. Nos enlazamos entonces con periodistas mexicanos y alemanes, parlamentarios y grupos sociales de ambos lados, colectivos de toda suerte. Era eso: articular lo heterogéneo, producir pequeñas intersecciones que lograran producir un espacio de continuidades no-simples, traducir textos todo el tiempo: entre lenguas, entre clases, entre geografías. Abrimos círculos de discusión política y lectura de textos en la fundación *Rosa Luxemburg Stiftung* (brazo social del partido político *Die Linke*). Quizás el hito fue la participación en un evento de la fundación *Heinrich Böll Stiftung* (del *Partido Verde* alemán) sobre crimen organizado en México, donde estuvieron periodistas y cronistas de Guerrero, Oaxaca y Ciudad Juárez y un sacerdote, el magnífico Obispo Raúl Vera. Sobre todo, él, con quien caminamos y hablamos largamente. Participábamos frecuentemente como grupo en los programas de televisión de la Deutsche Welle dedicados a México. Cada uno tenía su proyecto: algunos, investigación empírica (armas, drogas, transgénicos, glifosato, mineras), otros, filosofía (marxismo, posmarxismo, paramarxismo), otros, directamente la militancia (marchas, entrevistas, enlaces con colectivos). Fue explosivo porque éramos tres cosas al mismo tiempo, un nudo borromeo, si se quiere. México vía Berlín, Berlín vía México y de ahí, todos los trazos posibles. Ahí estaban los aliados, desperdigados y sin reconocerse —sin reconocernos. Alemanes, mexicanos, latinoamericanos, hindúes, polacos, norteamericanos, hombres y mujeres. No hay terreno

común, desde luego, solamente islas de encuentro y todos los puentes que unos y otros, con las escasas fuerzas que nos quedan, logramos hacer.

De ahí salieron todos los entrañables, fuera y dentro de la universidad. Todo cambió. En filosofía, como en política, como en todo, el desacuerdo es inevitable. No hay comunidad sin puentes, pero tampoco sin obstrucciones. *Es lo real mismo*: el otro que no concuerda conmigo o que no cede o que no me entiende, como yo mismo para tantos otros. Solemos separar la dominación del feliz encuentro con la alteridad, lo cierto es que no hay dominación general sin la pequeña dominación que ejercemos todos entre todos, recíprocamente, y que va de la micro a la macrofísica del poder, de ida y vuelta: de la cama a la fábrica. Somos víctimas y policías. Recordemos que los ojos de ningún Estado alcanzan para espiar a sus ciudadanos, hacen falta los halcones de cada esquina. Eso somos en la cotidianidad.

No era la todopoderosa SS la que encontraba los judíos, eran los vecinos los que los denunciaban o los entregaban. Y fueron también algunos vecinos los que los ocultaron de los ojos nazis. Fue allá que vi el filme *El amor en los tiempos del odio* (*Musíme si pomábat*, de Jan Hřebejk), una magnífica tragifarsa sobre el poder de la desidentificación, incluida la militante. Con el tiempo los enfrentamientos son inevitables (y constituyen la vitalidad misma de los grupos). Unos se van, otros se quedan. Por mil razones. Acabé la tesis. Un mamotreto titulado *Pensar la presencia de otro modo, tiempo, espacio y lógica tras el final de la filosofía*. Fue el resultado de la experiencia del agotamiento, la muerte y el fracaso *proprios*, de occidente, de la filosofía, y ese atisbo (que no la mera aspiración) de otra cosa. Ahí donde se hablaba del final, especialmente en Heidegger, en la deconstrucción derridiana, en el psicoanálisis lacaniano, se había depositado ya otro esquema de pensamiento: diferencial y múltiple, pero que también hacía posible un sutil entrelazamiento entre las islas del archipiélago tardomoderno, que operaba sin la unidad. Este pensamiento del entrelazo de espacios era el resultado reflexivo de las experiencias de vinculación política. El tiempo del final había sido, él mismo, demasiado angosto para juzgar lo que terminaba y lo que debía comenzar. Habiendo conmovido la lógica binaria, del adentro y del afuera, habiéndose multiplicado las lógicas, habiéndose desgarrado las matemáticas, ¿qué podía significar lo otro o el afuera, sino un conjunto de otros y de afueras, es decir de espacios? Las delimitaciones entre lo filosófico y lo no-filosófico, lo cultural y lo natural, no eran ya simples herencias metafísicas que debían reconducir a una huida y originaria diferencia; había más bien múltiples y determinadas diferencias

distribuidas en diferentes contextos entrelazados, donde la pregunta era por las continuidades y las discontinuidades y no por los “grandes cortes”.

Trabajamos para costearnos la vida los últimos días allá: las becas se habían acabado y los ahorros, mermado. Todavía antes de partir: 43 horas por los 43 en tiendas de campaña frente a la embajada. Luego nos fuimos a Francia, al posdoctorado. Del grupo otros tantos regresaron a México. Otros se quedaron allá, Alemania o Europa. Los grupos se disuelven. Está bien. Pero en este caso, su impronta, no lo hará.

Tras el doctorado, hice una estancia posdoctoral en París, en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS). París tiene más capas de Berlín, es más vieja. Todo se resume en el largo camino que comienza en el Louvre y el Jardín de Tullerías y que acaba en La Défense, pasando por la Plaza de la Concordia y el Arco del Triunfo y los Campos Elíseos. A diferencia de los alemanes, que construyen y (los) destruyen hasta las cenizas, Francia tiene esa extraña capacidad de integrar sus épocas. Los convulsos años tras el estallido de 1789 que jalnearon Francia entre repúblicas e imperios, parecen plenamente integrados en sus calles y gobiernos. Lo que hoy Francia no quiere que quepa, como el resto de Europa, son los migrantes. París es bellísima y huele a orines. Es insoportablemente burguesa y nido de revolución tras revolución. Ahí fui a estudiar matemáticas, especialmente topología con Luciano Boi, un discípulo de René Thom. Intrigado por las posibilidades del pensamiento formal en Badiou, en Lacan y en Deleuze, fui a estudiar, sin más formación matemática que la autodidacta, superficies topológicas, nudos, topología algebraica. Al menos lo que puede entender un filósofo al respecto. Ahí también descubrí la teoría de categorías con Stéphan Dugowson. Tomé clases con Lazaratto y Alliez, los cachorros de Deleuze y asistí a los abarrotados seminarios de Badiou en el Teatro de la Comuna. Fue poco tiempo comparado con Berlín.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Actualmente soy profesor e investigador en la FFyL de la BUAP y coordino el programa de Maestría en Filosofía. En la mitad de la estancia en París era evidente que mi esposa y yo queríamos regresar a México. Era momento de

buscar un sitio para el retorno. LA UNAM no era opción. Habiendo estado ocho años lejos y sin haber mantenido contacto, había que descartarla. Los conocidos de ahí me dijeron lo mismo. Arturo Aguirre, entrañable amigo hecho en los tiempos de la UNAM y que nos había visitado en Berlín, me habló de Puebla. Lo hizo Ángel Xolocotzi, profesor de la maestría y también querido amigo. Había posibilidad de regresar por medio del programa de repatriación de Conacyt, donde todos aquellos que han estudiado en el extranjero (de todas las áreas) compiten por el financiamiento que pagará su sueldo por un año en alguna institución pública mexicana. Hice los trámites y obtuve la repatriación. Puebla nos acogió magníficamente. Llegamos a una ciudad hermosa y la FFyL de la BUAP se mostró enormemente generosa. Los colegas también, cálidos sin excepción. El espacio era inédito: colegas nuevos y conocidos, fuera de la UNAM, con una intensa vida académica. El relativamente nuevo posgrado estaba todavía por hacerse y los proyectos de investigación de docencia y de toda índole fueron (y hasta la fecha son) siempre apoyados.

¿En qué proyecto de investigación estás actualmente? ¿Cuáles son sus objetivos?

Actualmente trabajo en un proyecto de investigación de varias etapas, pero que puede condensarse en las siguientes ideas:

1. La filosofía es posible. Exige transformarse en una filosofía no solo del tiempo, del tiempo-espacio. Requiere nuevamente del esfuerzo, paciencia y filigrana del concepto como momento positivo, frente al momento de mera negatividad y deconstrucción. Requiere una reivindicación de la naturaleza, frente al giro lingüístico y cierta filosofía trascendental del “acceso” al mundo.
2. La filosofía ha privilegiado, desde el siglo XVII hasta Bergson y Heidegger, el tiempo por sobre el espacio. La obra cumbre del siglo XX es *Ser y Tiempo*, no Ser, Tiempo y Espacio. Esta decisión responde a un *subjetivismo* histórico, implícito o explícito. Desde Kant, el tiempo ha estado relacionado con el sentido interno, la subjetividad, la imaginación y la productividad, mientras que el

espacio se ha limitado al sentido externo y a las construcciones geométricas. El estructuralismo reivindica la dimensión espacial en filosofía y las ciencias humanas precisamente a partir del concepto de *estructura*, que es la articulación de varios elementos simultáneos ordenados de cierta forma, por encima de la mera secuencia y del sentido. Como movimiento filosófico el estructuralismo define sus conceptos fundamentales a partir de ideas tomadas de la matemática contemporánea. La diferencia deleuziana se inspira en la geometría de Riemann y los pliegues en la topología diferencial; la indecidibilidad de Derrida, en los teoremas de incompletud de Gödel; la notación lacaniana, en el álgebra abstracta y sus diagramas en la teoría de grafos y la topología; la teoría de la multiplicidad de Badiou, en la teoría de conjuntos, etc. Pero en el estructuralismo suele pesar más el espíritu algebraico que el topológico, el discontinuo, que el continuo y, de manera decidida, el conjuntista, por sobre el categórico. Incluso ahí donde el *continuum* y el infinito juegan un papel central, suelen acabar subordinados a la teoría de conjuntos (ese *neotomismo*) o, bien, perdidos en una trivialidad de lo amorfo o una plana e indiferente diferencia.

3. Lo que hoy se exige es una filosofía de espacio equiparable a la filosofía del tiempo que dominó desde el siglo XVIII la filosofía occidental capaz de pensar la multiplicidad de manera múltiple (múltiples multiplicidades, múltiples espacios, múltiples tiempos, múltiples mundos, múltiples órdenes de presentación), de manera estructurada (no hay multiplicidades puras), sin una última instancia (todo se decide en el nivel de análisis, por lo que no hay nada esencialmente continuo, ni esencial discontinuo) y, en un mundo *multiconexo* (hay múltiples universos, pero interconectados, formando un único mundo). Pero si una filosofía del espacio es una filosofía de las formas y estructuras del mundo, se entiende que el concepto incluye tanto al tiempo (o tiempos), como al espacio (o espacios) en su sentido más corriente, así como sus entrelazos en figuras que podríamos llamar “cronotopos”.
4. Para ello la matemática nos presta un gran servicio, gracias a su *vecindad* con la filosofía, un universo conceptual geométrico que va del análisis a la topología y a la teoría de topos. No se trata de construir una filosofía dogmática (en el sentido kantiano del término) donde reflexionemos de manera “pura” sobre el ser a partir de meros conceptos, sin la mácula de lo que efectivamente sucede en tal o cual universo. Mucho

menos confiamos en la matemática como la “ciencia” del ser. Una consideración sobre el ser, como la que aquí también avanzamos, se sirve de conceptos matemáticos más por ser *conceptos* que por ser matemáticos. En otras palabras, asignar los términos matemáticos a los ontológicos es una decisión puramente filosófica. Si la reflexión filosófica sobre el tiempo dio su lugar a la *posibilidad* en el seno del ser (frente a la presencia) por medio de un acceso a la *indeterminación originaria*, el espacio es el marco por excelencia para pensar el afuera y la exterioridad en general, la simultánea multitud de perspectivas y, sobre todo, el *entrelazamiento* de estas últimas. Si el tiempo piensa lo posible antes de “caer” en alguna determinación, el espacio será el campo de las determinaciones múltiples, donde lo posible existe de forma inmanente gracias a las relaciones y como una posibilidad que remite al origen o al porvenir. Aquí mismo hay otros órdenes. Para resumir esto en algunas fórmulas: se trata de pesar la simultaneidad de lo no-simultáneo, o la continuidad no-simple de lo diverso, o el entrelazamiento complejo de los mundos. Aquí hay siempre más de un espacio (o contexto, si se quiere o categoría, siguiendo la terminología matemática), pero también y de manera central, *más de una diferencia*. No solo hay diferencias que hacen la diferencia, sino *conjuntos de diferencias entrelazadas* en la construcción de mundos que a su vez se entrelazan por diferentes regiones, de diferentes modos, en diferentes niveles y escalas. En este sentido, somos fieles a Platón, quien define a la filosofía (la dialéctica) como una *ciencia de la división*. La división es el nombre de aquello que discierne, de forma continua o discontinua; entre las cosas, entre conjuntos de cosas, entre niveles, entre cosas y no-cosas. Históricamente son la lógica y la matemática las que nos han enseñado a discernir los espacios conceptuales y de la verdad. Pero hemos quedado presos de *una* matemática y *una* lógica. La revolución categórica, que cuestiona la prioridad de la teoría de conjuntos y las lógicas no-clásicas, se convierten en la red que nos permite estructurar la experiencia de manera diversa.

5. Pero si existe este mundo complejo, siempre ecualizado y ecualizable, continuo-discontinuo (como nos permite pensarlo la topología algebraica), estratificado y referido a sí mismo (con *feedback*, autorreferencia y *loops*), entonces requerimos un diferenciado *aparataje* que nos permita *recorrerlo*. La filosofía produce entonces mapas. No mapas de territorios, sino mapas de mapas. Y los ensambla en atlas.

Pero, como todo mapa, lo esencial consiste en elegir los detalles; se conservan las distancias o las formas, se deforma tal región, pero no aquella. Esta elección es y siempre será ético-política. En este sentido no se trata de la *mera militancia* (la cual no rebasa nunca lo que Hegel llama el “lenguaje de la convicción”), de la adopción de un punto de vista, incluso de una ontología que pretenda una última instancia, un último espacio, un tope por arriba o por abajo. La tarea consiste siempre en separarse de la certeza inmediata que da la existencia (los sentidos, la filiación familiar, política, ideológica, identitaria), para después multiplicar los puntos de vista (diseminar las miradas más allá de todo dualismo), con el fin de producir después composiciones, atlas de miradas múltiples y simultáneas. El pensamiento del espacio se corresponde con una crítica al subjetivismo y al antropocentrismo, sin por ello ceder a un naturalismo de corte fisicalista o reduccionista. El pensamiento del espacio, en cuanto afirma una multitud de espacios, es necesariamente pluralista. Pero en cuanto que piensa el entrelazo de los espacios, es, necesariamente, relacional, vinculante y concreto. Para desarrollar de manera articulada este pensamiento, la teoría de categorías presta un servicio singular a la filosofía. Le permite pensar de manera radicalmente relacional y horizontal, pero no arbitraria. Los entes *son* su *modo de expresarse* en otros entes: $E_1 \longrightarrow E_2$. Es decir, las cosas dependen del “morfismo” (aquí la flecha) que las conecta con otras cosas. Las cosas no tienen propiedades, sino potencias que se muestran sobre otras cosas. Pero las cosas forman estructuras, es decir, órdenes, como secuencias, campos, superficies, redes. Estas pequeñas colecciones estructuradas de objetos y relaciones inducen otras propiedades tal que hacen posibles pequeños universos o “categorías”, para hablar el lenguaje de cierta matemática. Dichos universos se entrelazan a su vez con otros universos, produciendo intrincadas relaciones, produciendo diversos niveles y perspectivas. Ahora, un universo puede colapsarse en un punto en un diagrama y un punto puede desplegar su riqueza interna, precisamente porque no hay última instancia. Aquí notamos que, a diferencia de una filosofía obsesionada por los conjuntos, no hay “múltiples puros”, sino siempre múltiples estructurados, múltiples de diversas clases (múltiples múltiples). Y a diferencia de una filosofía de *la* diferencia, aquí se trata de una filosofía de *las* diferencias, en plural. Finalmente, en contraste con cierto perspectivismo, aquí no se trata meramente de multiplicar

las visiones, de desbordar no sé qué límites (¡primero habría que elegir uno!), de diseminar caóticamente las interpretaciones, sino de pensar sus delicados entrelazos, sus trenzas y sus reflejos mutuos (pero no simétricos). La teoría de categorías es particularmente inspiradora en cuanto nos permite pensar relaciones entre dominios divergentes, sin suponer ni un denominador común, ni una totalidad omniabarcante. La filosofía “primera”, se convierte en filosofía *transversal* o *diagonal* a los registros o modos o regiones ontológicas, *heterárquica*, en vez de jerárquica.

6. ¿Qué objetivo nos proponernos con todo esto? Primero, continuar el descentramiento subjetivo y antropológico que ha formado el pensamiento al menos occidental (pero no solo), pero aceptando que solamente en “nosotros” puede expresarse ello. Este argumento toma la forma de un quiasmo en donde constantemente nos colocamos en el mapa que hacemos del mundo. Eso exige reivindicar suplementariamente a cualquier fenomenología trascendental, una filosofía de la naturaleza, donde la inteligencia es inscrita, sin por ello ser reducida. Deben entonces complicarse *todas* las fronteras simples: entre la materia y el espíritu, entre lo vivo y lo no-vivo, entre lo inteligente y lo no-inteligente, lo inteligente y lo parlante, etc. Segundo, no podemos intervenir en ningún respecto nuestra condición sin un mapa. Los mapas son el modo de orientarnos por el pensamiento y la práctica. Sobre ellos tomamos decisiones, realizamos experimentos, hacemos proyecciones, deformaciones. La fe abstracta en lo posible y los milagrosos acontecimientos de la vida deben hacer sitio al trabajo concreto, determinado y estratégico *ceñido* a los *diferentes territorios* donde se despliegan los diferentes *trayectos* (convergentes, divergentes, paralelos y de toda clase) por donde *circulan* las ideas, los pensamientos, los actos, las palabras, los cuerpos, etc., (cada universo con sus propios objetos y relaciones). Estos espacios de circulación son determinantes en toda consideración teórica, como política, porque nos proporcionan los terrenos de juego, sus elementos y sus reglas. En términos abiertamente políticos nos conciernen menos la resistencia, la insurgencia y la transgresión (pues ellos suceden de suyo), que “el día después de la revolución”, es decir, la digestión de las diferencias irreductibles, el procesamiento del conflicto, la vida de la institución, que intenta hacer composable la vida en común de lo heterogéneo. Quizá así logremos dar un paso adelante contra el

nihilismo social y político que se sigue de cierto pensamiento de la temporalidad, el cual privilegia por encima de todo las posibilidades abstractas de la existencia y el futuro como horizonte irrealizable, demostrando siempre su desprecio a lo determinado, negándole, por cierto, su potencia propia y sus derechos de independencia y autonomía. Tercero, con el pensamiento matemático proseguimos el trabajo comenzado por el estructuralismo (y sus herederos) de renovar la *conceptualidad* filosófica, en vez de permanecer en el momento negativo de su deconstrucción, puesta en duda, sospecha o “derivación” del ser y el pensar a partir de magmas originarios indeterminados (donde todo es *de jure* posible, pero *de facto* y concretamente, nada). Este elemento conceptual positivo es imprescindible para captar los rasgos del mundo mínimos para orientarnos en él, sin lo cual no hay estrategia de intervención posible. Lo más trivial es el devenir, es lo que podemos siempre constatar, *asumir*. Lo que nos interpela es lo duradero (estabilidad dinámica), el darse una forma (morfogénesis) común (lo que hemos llamado universalidad) en común (lo que hemos llamado participación), donde no rige el principio de totalidad, sino de conectividad en un mundo esencialmente heterogéneo (pero ni arbitrario ni inconmensurable).

Colaboraciones y obra propia del autor

<https://buap-mx.academia.edu/ArturoRomeroContreras>

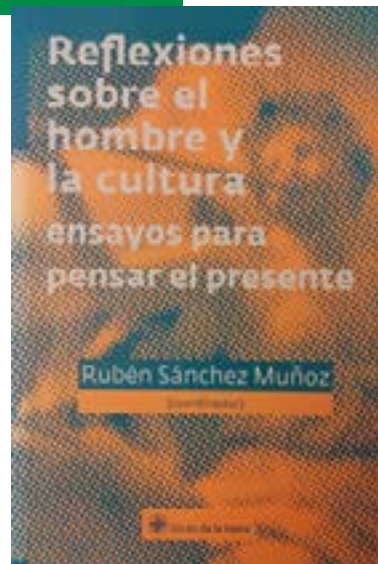
<https://www.researchgate.net/profile/Arturo-Romero-Contreras>

<https://www.youtube.com/channel/UCZO9IEWudZpJVBcgUPwNTKw>

Columna semanal en el diario e-consulta

<https://www.e-consulta.com/autores/Arturo%20Romero%20Contreras>





- *Pensar el presente de otro modo; tiempo, espacio y lógica tras el final de la filosofía* (Metzler, 2019).

Libros y revistas en coedición

- Con Hans Feger. *De Gruyter*. En prensa.
- Con Citlali Reynoso. Editor invitado para el dossier *Avatares de la Forma I y II*, Revista Tópicos del Seminario Vols. 42 y 43.

Contribuciones de capítulos en libros

- *Del espacio a la espacialidad: espacio social y político* (con Sabina Morales Rosas). Biblos, 2020.
- *Espacios de la izquierda filosófica contemporánea: metafísica, fascismo y capitalismo. Reflexiones sobre el pensamiento francés contemporáneo y el neoliberalismo*. Del Lirio, 2020.
- *Ser y Tiempo y la diferencia ontológica*. Biblos, 2019.
- *Apuntes para pensar la fenomenología husserliana en clave contemporánea*. ACD, 2019.
- *Consideraciones sobre naturaleza y cultura: postestructuralismo, idealismo trascendental y romanticismo*. Del Lirio, 2018.
- *¿Qué significa reconfigurar la memoria política? Una interpretación fenomenológica del tiempo y el espacio social*. (Con Sabina Morales Rosas). Voces de la tierra, Gobierno del Estado de Veracruz, 2016.

Carolina Terán Hinojosa



**Nació el 14 de junio de 1985
En la Ciudad de México**

**Institución de adscripción: Facultad de filosofía y Letras,
UNAM**

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Hasta hace pocos años todavía pensaba que la elección de carrera había sido un error de juicio, tal vez debido a la incertidumbre del porvenir y a la soberbia de pensar que tenía toda una vida para elegir lo que verdaderamente me apasionaba. Todavía cuando terminé la maestría, pensaba que mi inscripción a la licenciatura había sido la manera en la que llegué a la filosofía: por accidente y como un estado transitorio mientras entendía qué estaba pasando en mi vida a los dieciocho años. En aquel momento tenía claras cuáles eran las cosas que verdaderamente me apasionaban y, dado que eran tantas, no podía vislumbrar claramente a cuál de ellas dedicaría mi vida profesionalmente.

“Para mí y mi familia la historia era distinta: teníamos la ilusión de entrar a la universidad pública y gratuita porque era la única forma de ‘salir adelante’, de aventajar a generaciones y generaciones de ancestros cuyos nombres e historias se perdieron en la brutalidad y en la miseria resultantes del colonialismo, las guerras, las revoluciones, la violencia del narco, la trata de mujeres.”

Puedo decir que mi formación en la preparatoria había transcurrido rápida, casi precipitadamente. La razón es que entré a la ENP 6 justo algunos meses después de que terminó la huelga de 1999 y el calendario escolar corría a marchas forzadas para regularizarse. Tengo el recuerdo de que, en ese momento, entrar a la UNAM no representaba para la mayoría de las familias mexicanas el mismo orgullo y expectativa de progreso que representa hoy. Creo que mucha gente había adoptado demasiado pronto el mito de que nueve meses de huelga acabaron con la calidad y el prestigio de la educación brindada por nuestra máxima casa de estudios. Para mí y mi familia la historia era distinta:

teníamos la ilusión de entrar a la universidad pública y gratuita porque era la única forma de “salir adelante”, de aventajar a generaciones y generaciones de ancestros cuyos nombres e historias se perdieron en la brutalidad y en la miseria resultantes del colonialismo, las guerras, las revoluciones, la violencia del narco, la trata de mujeres, etc.

Entrar a la UNAM significó para mí, más que un honor y un orgullo, la única posibilidad de concebir un futuro en el cual pudiera ser nombrada y pudiera nombrar a mi familia. Es por todo esto que, quizás, en ese momento no me preocupaba del plan exacto; más bien, gozaba con la idea de que un plan era posible.

Apenas había entrado a la preparatoria y, debido a la premura con la que el año escolar se reducía a la mitad del tiempo reglamentario, desarrollé pronto mis primeras pasiones: me gustaba dibujar, tenía una obsesión con los payasos y el mal, y pasaba largas tardes aprendiendo las proporciones áureas en un libro de dibujo. También había descubierto la facilidad con la que mi cuerpo se acostumbraba y disfrutaba el entrenamiento físico de la danza: comencé estudiando a los dieciséis años los principios de ballet y de la técnica Graham en los talleres libres de danza, de la UNAM. Además de esto era una apasionada de los idiomas: aunque el inglés era la lengua extranjera que había aprendido precariamente en la secundaria, no dudé en comenzar el italiano, y después latín y griego. Podía pasar horas repasando las declinaciones y estudiando vocabulario. No veía ninguna de estas actividades como pasatiempos o entretenimientos lúdicos. De hecho, amaba tanto hacer cada una de esas cosas e imaginaba una vida que combinara las artes escénicas, las lenguas muertas y el dibujo. Como decía antes, el plan no era muy exacto, pero las condiciones estaban ahí, podía acaecer la fortuna de desarrollar todas o cualquiera de estas exitosamente, y lo único que faltaba era tiempo para entender cómo armonizar todos mis intereses.

No obstante, los tres años de preparatoria se redujeron a poco más de dos, momento en el que por fin la UNAM había retomado los tiempos escolares después de la convulsión del 99. Gracias al beneficio del pase reglamentario, la elección de carrera era inminente. No cabía duda de que debía ser algo relacionado con las artes y humanidades porque claramente me fui encausando durante la preparatoria a esa área. En mi casa nunca hubo objeciones al respecto. Mi mamá tenía la ilusión de que sus hijas estudiaran, de que nunca dependiéramos del azar que acompaña la falta de educación y,

por ende, de oportunidades laborales. Cuando empecé a plantearme como primera opción la carrera de filosofía solo podía pensar en que todas las cosas que me apasionaban se articulaban únicamente porque el desarrollo óptimo de todas ellas no podía darse sin la agudeza del pensamiento crítico. Un razonamiento tan obtuso fue lo que dio lugar a la adopción de filosofía como primera opción, seguida de letras clásicas y de historia.

Hace unos años, al repasar ese momento, persistía la sensación de que llegué a la filosofía porque representaba para mí un estado de indeterminación, un periodo que me permitiría seguir estudiando y tener la templanza para tomar la decisión correcta sobre aquello a lo que dedicaría mi vida. Y ciertamente vivía con pesar esa idea: no había llegado a la filosofía por una genuina vocación indagadora, por un llamado innato que se presentó en mi niñez; no había sido la niña resoluta y perspicaz que a los seis años se preguntó por el origen del cosmos o por la naturaleza del mal. Al escuchar de otros compañeros que estas eran las historias de su gloriosa llegada a la filosofía, quedaba fija en mí la idea de que era yo una filósofa por accidente, y como lo accidental no es causa de nada, dice Aristóteles, no era yo una filósofa más que por el título universitario que me certificaba como “Licenciada en filosofía”.

La impresión pesimista que tuve hace algunos años sobre mis motivaciones para estudiar filosofía cambió cuando comencé el doctorado. Acceder al programa de doctorado, publicar y colaborar en proyectos de investigación, fueron algunos momentos estimulantes en mi proceso formativo. Me dieron una perspectiva distinta de cómo había llegado y cómo he permanecido en la filosofía. Creo que en mi narrativa había dado poca importancia al impulso fundamental de que estudiar filosofía significaba seguir un modo de vida, caracterizado por el énfasis en la formación del pensamiento crítico y el perenne estado de indagación.

Probablemente en el momento en que escogí a la filosofía como carrera y profesión, se trató de una indagación sobre mí misma, sobre el camino que habría de seguir en toda una vida. Quería entender y dar orden a la dispersión y diletancia con la que vivía mis tempranos veintes. Pero a lo largo de los años he ido entendiendo que, si bien las circunstancias en las que llegué no fueron las que en general se espera que converjan para perseguir un proyecto de vida, fueron ideales para emprender un camino en el que las certezas van ganando terreno a la par que las incertidumbres se incrementan. Por ello, creo que estas situaciones han favorecido mi quehacer filosófico, pues más

que ir acumulando respuestas, doctrinas y sistemas, la filosofía es para mí la exploración de la duda, el cuestionamiento y la crítica ante todo relato del mundo. A diferencia de esos años en los que creí que lo accidentado de mi elección de carrera envilecía mi quehacer filosófico, hoy entiendo que vivir con la incertidumbre me ha permitido resistir el adoctrinamiento, cualquiera que este sea: tanto el que se sustenta en la ciega fe de los mandamientos de una religión, como el que pretende remontarse a los principios de lo que es, supuestamente inaccesibles al cuestionamiento por ser principios y por ser el fundamento del cuestionar mismo.

Este cuestionamiento a veces alcanza incluso a mi propia reconsideración sobre cómo llegué a la filosofía: ¿Este es quizás un relato que me cuento para sanar un error?, ¿un intento de justificar una mala elección de juventud y de ver la cara amable del azar por el que he dedicado mi vida a la filosofía? Ciertamente he considerado esta posibilidad y no puedo negar que la filosofía ha implicado e implica hoy en día esforzarme y resistir a la idea de que “esto no es para mí”, de que “no tengo una vocación innata”, de que “no disfruto haciendo filosofía”. Pero creo que, justamente, enfrentarme a esa perspectiva, y al afán de persistir me confirma que la filosofía no es una actividad cómoda o que implica puro deleite. Tampoco estoy defendiendo que el dolor y el sufrimiento son sus características esenciales, pero sí he entendido a lo largo de estos años que, como cualquier profesión, el filosofar no conlleva únicamente la satisfacción de dedicarnos todo el tiempo a lo que nos gusta, y realizar aquellas cosas que “se nos dan naturalmente”. También son necesarios el esfuerzo, el trabajo continuo, y sobre todo la tolerancia al error, al fracaso y a los múltiples intentos.

Hoy puedo decir sin vergüenza que llegué a la filosofía por accidente, en un estado de dispersión e incertidumbre sobre el futuro. Pero la filosofía me capturó, pues gracias a ella todas las preguntas e inquietudes juveniles se han convertido, por el esfuerzo, el trabajo y la persistencia en problemas a los que dedico mi vida y por los que he desarrollado una vocación.

¿Qué representan para ti las humanidades?

Como antes explicaba, durante mi niñez y adolescencia nunca imaginé que yo me dedicaría profesionalmente a la filosofía. Probablemente estaba más inclinada a las artes, pero tampoco sabía con certeza cómo sería la práctica profesional en ese ámbito. En mi familia, pertenezco a la primera generación de mujeres que pudo acceder a la educación superior y en mi contexto social no tenía ninguna referente, ningún pariente o amiga, que ejerciera alguna profesión relacionada con las artes y humanidades. No podemos negar que muchos de los ideales profesionales que generamos en la niñez se deben al ejemplo de alguien que conocemos o con quien interactuamos. En mi caso, no hubo un ejemplo de esta naturaleza; en este sentido, dedicarme a las artes o a las humanidades nunca fue algo concebible o realizable. Ciertamente, mi mamá tenía claro que mis hermanas y yo teníamos que ir a la universidad, esa era la meta en mi casa. Se esforzó mucho por darnos una educación y bienestar, pero pasó muchas dificultades al encargarse ella sola de nuestra crianza. Las humanidades no figuraban en mi hogar más que de forma aleatoria, gracias a la currícula de la educación básica gratuita. Cuando empecé a interesarme por la literatura y la historia durante la adolescencia, mi mundo se transformó.

Mi hermana mayor logró entrar a la UNAM y nos comenzó a llevar a conciertos y al teatro. Escuchábamos Radio UNAM y asistíamos a los ciclos de cine en las salas del Centro Cultural Universitario. A veces nos quedábamos al cine-debate y escuchábamos de autores, filósofos, literatos, historiadores, etc., que despertaban el ansia por conocer más y también la angustia de no saber, de no haber leído las obras más importantes de la literatura universal y de no tener tiempo para engullir tanta cultura y conocimiento.

A esa edad, las humanidades representaron para mí el despertar del letargo que significaba estudiar porque mi madre nos instaba a salir de la precariedad económica. Ya no se trataba solamente de ir a la escuela para cumplir con la obligación: había un universo de conocimientos y entrar a la UNAM era el camino para acceder a él. Hace veinte años que pasé el examen de admisión a la UNAM. Ingresar no significó solamente recibir la matrícula, sino la oportunidad y el privilegio de recibir una formación integral, en la que las humanidades jugaron el rol central que cambió mi perspectiva de lo que podía ser y lograr por medio del estudio.

Tal vez hasta antes de ser universitaria pensaba muy estrechamente mi mundo. Además de que los estudios universitarios eran algo más o menos inalcanzable, imaginaba que, de poder estudiar, elegiría una modesta carrera que me permitiera un ingreso suficiente para vivir y hacer las cosas que normalmente hacen las personas, como casarse, tener hijos, dedicarse medio tiempo a la vida profesional y la otra mitad a cuidar de la casa y la familia. Pronto dejé este esquema atrás, porque fue en la universidad donde conocí la teoría feminista, entendí que parte de la imposibilidad de visualizar un mundo más allá de la reproducción tenía que ver con el sexismo y la violencia que particularmente sufrimos las mujeres. Entendí gracias a las humanidades que debido a las desigualdades causadas por las expectativas de género nunca había conocido a una mujer en mi familia que se hubiera realizado profesional e intelectualmente antes que dedicarse obligatoriamente a tener y criar una familia. En este sentido, las humanidades me dieron la capacidad crítica de entender mi realidad más allá de los límites impuestos por los prejuicios y roles que históricamente afectan a las mujeres.

“Pronto dejé este esquema atrás, porque fue en la universidad donde conocí la teoría feminista, entendí que parte de la imposibilidad de visualizar un mundo más allá de la reproducción tenía que ver con el sexismo y la violencia que particularmente sufrimos las mujeres.”

La UNAM me ha dado tantas cosas: pude estudiar cuatro lenguas extranjeras y tener las bases de otras tres; me permitió practicar deportes y entrenarme en la danza; me dio una carrera en humanidades, la posibilidad de ser docente en la misma área y de dedicar mi vida a un quehacer que creo fundamental para abrir los horizontes de nuevas generaciones que habitan un mundo cada vez más hostil para el desarrollo del pensamiento crítico.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

Creo que las dificultades de orden económico fueron, durante mi niñez y adolescencia, aspectos que causaron la poca definición que tenía respecto a cualquier plan de vida. No saber si al día siguiente habrá suficiente dinero para la comida y el transporte hacia la escuela, impide el desarrollo de expectativas vocacionales. Cuando escucho que el llamado a la vida filosófica se manifestó para la mayoría de mis compañeros desde la niñez, en una suerte de revelación mística por la que plantearon las preguntas sobre la muerte o el origen de todas las cosas, no puedo evitar pensar que sin la satisfacción de las necesidades básicas es poco probable que surjan los cuestionamientos trascendentales de la filosofía. Como los propios filósofos griegos observaron desde los inicios de la filosofía, el ocio es un requisito básico de la actividad teórica.

Ya en la carrera, el primer reto que enfrenté fue de orden académico. Nuestra profesión requiere de largos periodos de concentración y ensimismamiento para la lectura y análisis de textos altamente complejos; así como también para la producción escrita de razonamientos claros y bien articulados. Dichas tareas solo se pueden llevar a cabo con la implementación de una metodología clara, en la que la disciplina, la organización y el cálculo de tiempos son aspectos esenciales. Desgraciadamente nada de esto lo sabía yo al ingresar a la facultad y el impacto emocional fue importante.

Aunado a ello, la mayor parte de los textos que leí en primer semestre tal vez estaban fuera de las posibilidades reales de que una estudiante sin la suficiente instrucción metodológica, y el bagaje mínimo de cultura filosófica, entendiera y se entusiasmara con las ideas filosóficas ahí vertidas. Más bien, quise abandonar cuanto antes una carrera que exigía ya el dominio de tres lenguas modernas, una erudición gestada más de diez años atrás, una educación básica de primer nivel y, la genialidad natural que yo no poseía.

Porque, claro, genialidad era lo que faltaba para responder positivamente a los estímulos que nos presentaban en algunas clases de primer semestre. Por ejemplo, en clase de Metodología de la investigación la profesora designó como lectura obligatoria *Ser y Tiempo* y en Ética el profesor diseñó un interesante programa donde entrecruzaba la *Fundamentación de la metafísica* de

las costumbres con el debate entre comunitaristas y liberalistas, explicado por Habermas en un complejo texto, cuyo título ha quedado enterrado con los dolorosos recuerdos de absoluta perplejidad y sensación de pequeñez de los primeros semestres.

Todavía recuerdo el vértigo de ese primer semestre. Me sentía feliz porque al fin era universitaria, pero quería escapar de la sensación de que me había equivocado. De que había entrado a una carrera cuyos requisitos mínimos no reunía y en la que nunca podría tener éxito. Por estas circunstancias, el reto más importante de este periodo fue enfrentar la depresión que en esos días no era fácilmente identificable. Sin una terapia en forma, enfrenté mis emociones de derrota y vacuidad con materias que aprendía y ejecutaba fácilmente: aprender idiomas y bailar. Asimismo, los espacios e instituciones de Ciudad Universitaria fueron una gran motivación para no desertar de la carrera. Tener acceso en un mismo campus al entonces Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras, a los gimnasios, a la alberca, al salón José Limón y a espacios tan emblemáticos como el espacio escultórico y el Centro Cultural Universitario, fue un verdadero incentivo para aferrarme a la vida universitaria.



En retrospectiva parece, sin duda, que me quedé en filosofía por beneficios extraños a esta noble carrera. Sin embargo, creo que durante ese periodo la universidad me brindó una formación integral y una serie de experiencias que complementaron mi formación profesional en filosofía. En otras palabras, todos esos elementos me dotaron de un lecho de conocimientos y capacidades gracias a las cuales permanecí en filosofía y convertí en oportunidades lo que en un inicio parecían insalvables dificultades académicas.

Un reto más que debo mencionar es que durante toda mi trayectoria académica he lidiado con las dificultades vinculadas a las tareas cotidianas, específicamente a las tareas domésticas, que exigen inversión de tiempo y energía física. Alguna vez escuché a un compañero de la maestría narrar amargamente lo difícil que era para él haberse independizado y llevar a la par las labores asociadas a la investigación y a la escritura de una tesis. Narraba la problemática de dedicarse a las labores de limpieza y preparación de alimentos, al mismo tiempo que era necesario destinar horas al estudio y a la escritura. En ese momento me di cuenta de que nunca me había percatado de toda esa circunstancia como una variable que afectó mi desempeño profesional. Tal vez, no lo había hecho porque desde niña fui educada para llevar a cabo tareas domésticas como si se tratara de algo connatural a mi persona. No podía desentenderme de esas tareas y advertirlas como un fardo extra a mis labores como estudiante. No estoy segura de que este problema afecte únicamente a las mujeres que nos dedicamos a la filosofía, pero es muy probable que las estadísticas de permanencia en la carrera y de titulación reflejen las desigualdades que enfrentamos las mujeres por roles sexistas que normalizan poner por delante del desarrollo académico y profesional el cuidado de la imagen propia y las labores domésticas. Al desarrollar una perspectiva de cómo la desigualdad debida al género atraviesa todos los ámbitos de nuestro desarrollo personal, entendí que además de los retos académicos y las dificultades económicas, era preciso sobrellevar el sexismo normalizado en el ámbito familiar pero también en el académico.

¿Y dentro de la filosofía?

Dentro de la filosofía siempre me sentí atraída por los temas que parecían marginales a los grandes problemas y preguntas filosóficas que articulan

la historia de la filosofía occidental. El supuesto divorcio entre retórica y filosofía me apasionó desde los primeros semestres de la carrera. Descubrí los estudios que reconsideraban el papel de los sofistas en el desarrollo de la filosofía mediante la revisión de diversas evidencias textuales. Me interesaba entender el periodo de definición de las preguntas y problemas centrales de la filosofía y cómo las críticas desde la teoría de la persuasión se desarrollan en documentos subestimados como el *Tratado sobre el no ser*, atribuido a Gorgias de Leontino. Esto significó trabajar durante mucho tiempo en los márgenes del canon y lidiar con la idea de que el fenómeno de la persuasión retórica no era un tópico verdaderamente filosófico.

En este mismo sentido, me acerqué posteriormente a temas relacionados con feminismo y género. Se tiende a pensar que son asuntos lejanos a los grandes problemas de metafísica, epistemología, ética, etc. Por lo cual, uno de los retos que me he visto obligada a enfrentar es la continua justificación de la relevancia filosófica de mis intereses. Es común que miembros de la academia demeriten la pertinencia de formular preguntas como: ¿Existen sesgos sexistas en el desarrollo de la actividad teórica relacionada con la filosofía? ¿Hay sesgos por género que afectan nuestra metodología en la investigación filosófica? Pero sobre todo ¿La historia de la filosofía, así como la construcción del canon, se ha visto afectada por una retórica sexista? Este tipo de preguntas incomoda a personas formadas en una tradición filosófica que caracteriza la teoría y el pensamiento crítico como actividades abstraídas del contexto histórico, cultural, situado, etc. Y, como el sexo sería parte de las condiciones contextuales y situadas de los cuerpos, no tendríamos por qué considerar que una doctrina filosófica sobre el bien y la virtud, sobre qué es el conocimiento y cómo conocemos, o sobre qué es la identidad y qué es la persona, da importancia al sexo, ni de quien teoriza, ni de aquellos sobre los que teoriza. Incluso hay quienes cuestionan si acaso el sexo designa alguna realidad biológica que pudiéramos determinar lógica y ontológicamente. Desde mi perspectiva, más allá de discutir qué clase de ente lequía es el sexo, lo que me parece claro es que el sexo importa. El sexo ha importado a los filósofos desde la antigüedad clásica griega. De modo que las preconcepciones no revisadas sobre los sexos pueden manifestarse en la desigual valoración que se hace, desde la perspectiva de Aristóteles, por ejemplo, de la capacidad que tiene una mujer de lograr la excelencia moral o intelectual.

“Es común que miembros de la academia demeriten la pertinencia de formular preguntas como: ¿Existen sesgos sexistas en el desarrollo de la actividad teórica relacionada con la filosofía? ¿Hay sesgos por género que afectan nuestra metodología en la investigación filosófica? Pero sobre todo ¿La historia de la filosofía, así como la construcción del canon, se ha visto afectada por una retórica sexista?”

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

No he tenido una estancia académica relacionada con filosofía. Pero sí tuve la oportunidad de pasar un año en Francia en un programa de formación como asistente de profesor de lengua. Enseñaba español en un liceo y en una escuela de educación primaria. Esta fue mi primera experiencia laboral en el ramo de la docencia y tengo la seguridad de que me brindó herramientas pedagógicas muy útiles para enfrentarme a grupos de todas las edades, pues tuve la difícil tarea de enseñar a niños de entre nueve y diecisiete años. De hecho, todo este episodio sucedió en un momento de mi vida donde creí haber terminado con la filosofía.

Estaba a mitad de la maestría cuando supe del programa de Asistentes de lengua en Francia. Yo estudiaba francés y me iba muy bien; en contraste, en los seminarios del posgrado, rodeada de tanta gente capaz e inteligentísima, siempre me quedaba con la impresión de que había nulos resultados pese a los esfuerzos y trabajo. Por otra parte, dado que siempre me había ido bien con los idiomas, buscaba desde hacía tiempo programas o becas en el extranjero.

Durante la maestría había buscado contactar a un grupo de trabajo sobre retórica en Francia, pero al final no se pudo concretar la comunicación y también debía considerar el monto de la beca que en ese tiempo nos

brindaba la UNAM, la cual permitía una vida muy precaria en el extranjero y yo tenía que contribuir, además, con la manutención de mi casa en México. El programa de asistentes, por otro lado, brindaba muchísimas facilidades económicas: el gobierno de México pagaba el viaje redondo y nos daba un apoyo para mantenernos en lo que recibíamos nuestro primer sueldo; por su parte, el gobierno francés nos pagaba en euros y nos daba alojamiento gratuito y otras oportunidades porque llegábamos a Francia como empleados del Ministerio de Educación Francés. Cuando se publicó la convocatoria yo estaba terminando la maestría y el proceso de selección del programa de asistentes tardaría todavía unos meses, por lo cual calculé con mucha exactitud los tiempos y pude realizar mi examen de grado un día antes de tomar el avión a Francia.

Debo decir que, aunque disfruté haciendo mi tesis de maestría y concluí la formación con moderada satisfacción, sentí una gran liberación al terminar el examen y tener en puerta mi primer viaje al extranjero. En realidad, yo no había conocido muchos lugares ni de mi país, y los viajes siempre se hacían en familia y para visitar a la familia. Así que además de ser la primera vez que visitaría tan lejanos territorios, era la primera vez que viajaría sola y viviría sola. Esta oportunidad parecía traer tantos cambios en mi vida que fácilmente me convencí de que probablemente también mi afán sin resultados en la filosofía había terminado.



Llegué a la campiña francesa durante el otoño. No me habían asignado un destino glamuroso como París o Lyon, que era lo que todos los jóvenes compañeros buscaban de esas estancias, una gran ciudad para conocer gente y hacer la fiesta. Me asignaron un par de escuelas a las afueras de Lyon, en un pueblo de nombre común en Francia: Belleville, una ciudad en la región conocida como Beaujolais, de antigua tradición vinícola. Es la primera vez que viví en el campo, rodeada de naturaleza y de un aire limpiísimo. ¿Será normal sentir tanto apego por una brevísima etapa de la vida? A veces idealizamos esos momentos porque seleccionamos muy bien las delicias del vino, la comida, y los bellos lugares que conocimos, pero dejamos de lado la angustia y la incertidumbre de estar completamente sola en el extranjero.

Viví momentos a los que me apego mucho, conocí gente de muchos países, viajé mucho y pude practicar los idiomas que había aprendido en la escuela. Esta temporada en Francia me hizo imaginar el futuro de otro modo: perdí muchos temores y comencé a proyectar el futuro de otro modo. Pese a que pensé el viaje significaría terminar con filosofía, ese tiempo me brindó vivencias preciosas sin las cuales las reflexiones teóricas en torno al género, al clasismo y al sexismo, a veces pueden parecer vacías. Cuando regresé de Francia, sabía que quería estar en filosofía, que tenía que seguir estudiando y que podría dedicarme profesionalmente a la filosofía.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Me desempeño como profesora de asignatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, en el Colegio de Filosofía. Doy las materias de Historia de la Filosofía I y Textos Filosóficos I. También he tenido la oportunidad de impartir la nueva materia requisito Género, violencia y ética comunitaria. Por otro lado, imparto clases de Historia, Ética y Filosofía del lenguaje en la Universidad Católica Lumen Gentium. En ambos escenarios, tanto en el ramo de la educación pública como en la privada, mi práctica docente se ha ido enriqueciendo con el intercambio y la buena comunicación que tiendo a establecer con mis grupos.

Comencé dando clase en la UNAM, primero como ayudante y después como titular. En mi etapa de formación como ayudante, entendí que era fundamental

mantener vínculos horizontales con el estudiantado. La horizontalidad para mí implica honestidad y absoluta transparencia respecto a los conocimientos que poseo y que les puedo brindar a mis estudiantes, pero también con relación a mis limitaciones y todo aquello que ignoro. Fomento muchísimo la participación del grupo y las intervenciones críticas. Insisto frecuentemente en que mis clases no son espacios de adoctrinamiento o de revelación de la verdad. Prefiero que las notas distintivas de cada sesión sean la disidencia y el diálogo. Ciertamente, he notado que para muchos alumnos mi estilo resulta un tanto desenfadado o ligero y no encuentran en mí una autoridad y la tácita jerarquía que adviene con el desconocimiento de sus nombres. Creo que, debido a mi pasado e historia, uno de los hábitos que más procuro es nombrar a las personas, y eso crea confianza y aligera el temor de tomar la palabra.

Debo advertir que, en ocasiones, mi ánimo de eliminar las barreras de la autoridad y la jerarquía, aunado a que aparento una edad menor, han llegado a dificultar mi práctica. Es común, sobre todo cuando el grupo se compone mayormente por hombres, que se ponga en tela de juicio mis palabras o decisiones para conducir el desarrollo de la clase. A lo largo de los años, he ido aprendiendo cómo lidiar con este fenómeno y acepto que es parte de mi labor normalizar la situación de que una mujer joven puede estar al frente de la clase, con la capacidad de enseñar y los ánimos de implementar una pedagogía crítica de las estructuras jerárquicas y despóticas.

¿En qué proyecto de investigación estás actualmente?

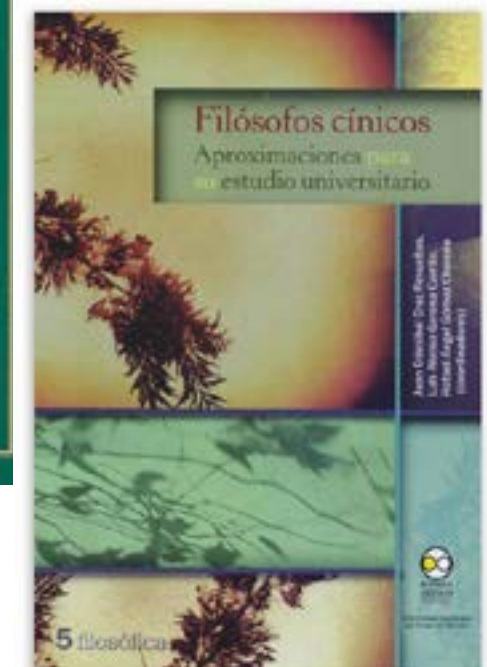
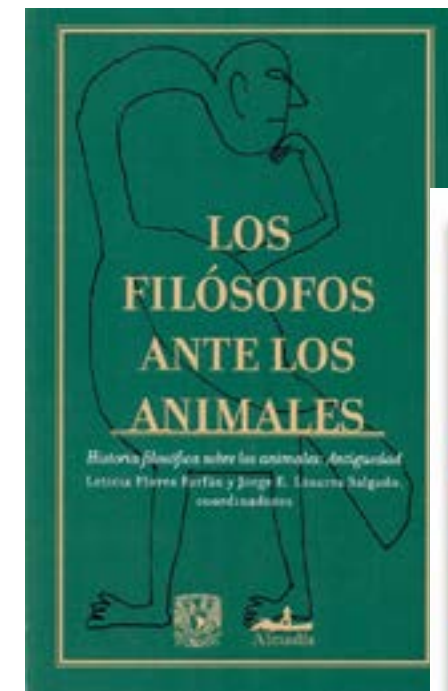
¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Actualmente escribo mi tesis de doctorado: *Retóricas de lo femenino en el corpus aristotélico*, donde recojo las caracterizaciones sobre el sexo femenino y la mujer en la filosofía de Aristóteles. Participo también en un proyecto de jóvenes investigadores llamado “El sujeto político en el mundo contemporáneo”.

El proyecto se centra en analizar desde diversas perspectivas críticas qué es el sujeto moderno y cómo la caracterización de este impacta en la configuración de la agencia individual y colectiva. Mediante la discusión de la configuración

del sujeto moderno y el estudio de los sucesos históricos a través de los cuales se va gestando, se proponen nuevos modos de entender cómo se construye el sujeto político. Mi aproximación al tema se realiza desde la crítica feminista a las nociones asexuadas de la subjetividad, ya sea como sustancia o como sujeto de conocimiento. En otras palabras, me interesa cuestionar la idea de que el sujeto y la subjetividad son nociones cuya tematización queda exenta del sexo. Así, quiero explorar la idea de que el sujeto de conocimiento es un sujeto situado, donde parte fundamental de la situación desde la cual conoce y se define como sujeto es el sexo.

Algunas colaboraciones de la autora



María Valeria Sonna



**Nació el 21 de enero de 1981,
en Córdoba, Argentina**

**Institución de adscripción: Facultad de Filosofía y Letras,
Universidad Nacional Autónoma de México**

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Llegué a la filosofía gracias a mi abuelo. De niña me encantaba sentarme sobre sus rodillas a escuchar historias sobre los presocráticos y sus teorías sobre la vida y el cosmos, sobre Platón y su mundo de ideas. Era ingeniero

electromecánico y trabajaba con aviones, nada más lejos de la filosofía, una pensaría. Pero tenía una formación fuerte en humanidades y una suerte de sueño frustrado por no haberse dedicado a la filosofía. Nunca supe por qué no lo hizo, supongo que habrá pensado que no era un buen camino si quería sostener una familia. Era un gran lector de los filósofos de la modernidad, especialmente de Kant y Descartes. Ante todo, un racionalista idealista, supongo que por eso nunca vi en su biblioteca autores como Hume o Hegel. Quizás haya sido a causa de su influencia que me llevó tanto tiempo llegar a las lecturas que realmente me convocaban. No fue hasta luego de haber obtenido mi título de grado que entendí que me sentía más cómoda con el pensamiento empirista inmanentista de Deleuze. Muchas veces, tal vez por pragmatismo, o tal vez por falta de información, terminamos trabajando temas que no nos apasionan o en los que nuestra voz no está presente. Por suerte, mi abuelo era también un gran admirador de los griegos. Y como él tenía una gran afición a contar historias, me crié entre cuentos filosóficos que de niña no me parecían muy diferentes al resto de los relatos de fantasías de las historias infantiles. Quizás, entonces, debería decir que no fue una elección. Pero eso no me preocupa. Si yo elegí a la filosofía o si ella me eligió a mí, quién sabe. Ahora, después de haber transitado mi propio camino, puedo encontrar mil razones. La filosofía es mi forma de vida y no podría imaginar vivir de otra manera, aunque no fue un camino fácil.

Mi padre se opuso desde el primer momento. Le preocupaba mucho qué iba a hacer, cómo iba a mantenerme. Agradezco a mi madre, que logró convencerlo. Mis primeros años como estudiante fueron hermosos, todo era nuevo y mi entusiasmo no se agotaba. Pero con el tiempo eso cambió y me costó mucho recibirme, tuve una crisis vocacional muy fuerte. Abandoné la carrera y comencé el Traductorado de Francés. Luego tuve que empezar a trabajar para poder mantenerme y todo esto hizo que por un buen tiempo ni siquiera pensara en retomar la carrera. Aunque nunca abandoné la filosofía. Seguí leyendo y estudiando por mi cuenta los temas que me interesaban. Cuando cobré conciencia de la potencia de ese deseo, finalmente tomé la decisión de terminar.

¿Qué representan para ti las humanidades?

Las humanidades representan para mí el bastión del pensamiento crítico. Aunque otras disciplinas, como las ciencias naturales o las ciencias duras tengan un rol casi protagónico en los cambios de paradigma a lo largo de la historia, necesitan estar acompañadas de una reflexión crítica para no convertirse en dogma, y eso corresponde a las humanidades. Aunque también la filosofía puede convertirse en dogma, y creo que ese es el riesgo más grande que presentan los nuevos modos de producción. Porque restringen el pensamiento, demandan productos genéricos de estilo normalizado.

“Mis primeros años como estudiante fueron hermosos, todo era nuevo y mi entusiasmo no se agotaba. Pero con el tiempo eso cambió y me costó mucho recibirme, tuve una crisis vocacional muy fuerte.”

Además, el sistema de producción exige que uno produzca ajustándose a tiempos que no respetan el proceso creativo ni el proceso de reflexión. Estos requieren tiempos largos y por sobre todo, que una pueda mantenerse flexible. Por eso creo que lo único que puede salvarnos de la naturalización de los procesos de dominación, que se han vuelto tan eficientes a través del uso de la tecnología y de la colonización mediática, es la reflexión y el cuestionamiento. Una genealogía de la historia, que indague en el contexto, pero por sobre todo la motivación que da lugar a los procesos y los mecanismos de producción, que nunca es explícita. Esto nos permite preguntarnos qué estamos haciendo y para qué; qué discursos reproducimos, a qué ideas prestamos cuerpo y si eso es realmente lo que pensamos y sentimos.

Esto solo pueden enseñarlo las humanidades, y por supuesto, como decía Sócrates, el autoexamen. Para esto nos viene muy bien el psicoanálisis.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has tenido enfrentado en tu camino a la filosofía?

Cuando estaba en el tercer año de la carrera hubo una crisis política muy grande en la Argentina, que terminó con el presidente abandonando la Casa Rosada. Hay una imagen icónica que lo muestra huyendo en su helicóptero, abajo la ciudad estaba en llamas. Los dos años siguientes fueron de profunda crisis económica y la facultad cerró casi durante un año. Se suspendieron las mesas de examen y tuve que recurrir muchas materias. Esta turbulencia me afectó. Me costó un gran esfuerzo retomar el ritmo, e incluso me llevó a cuestionar mi vocación. Como dije antes, dejé la carrera y comencé otra. Pasaron un par de años hasta que tomé la decisión de terminarla. A eso se le sumaba el hecho de que tenía que trabajar para mantenerme y las opciones que tenía no eran muchas.

“Me di cuenta de que las subjetividades allí representadas no me convocaban porque los textos que estudiábamos no me hablaban a mí, no hablaban de mi cuerpo sino de un cuerpo abstracto y modelado sobre la masculinidad.”

Otro obstáculo que a muchas mujeres nos toca atravesar es la predominancia masculina en los programas y en el entorno mismo de las instituciones. Ahora quizás las cosas hayan cambiado, pero cuando yo era estudiante mis profesores eran en su mayoría hombres y en los programas casi no había bibliografía de textos producidos por mujeres, ni pensar en estudiar a una filósofa. Mucho más tarde en mi vida pude ver que esto fue también un fuerte motivo de crisis vocacional. Me di cuenta de que las subjetividades allí representadas no me convocaban porque los textos que estudiábamos no me hablaban a mí, no hablaban de mi cuerpo sino de un cuerpo abstracto y modelado sobre la masculinidad.

Otra dificultad que cabe mencionar es la falta de recursos. En mi época de estudiante era notable la diferencia que había en el presupuesto que manejaban otras carreras, como la Facultad de Económicas, por ejemplo, y la pobreza que

se vivía en ese momento en la Facultad de Filosofía en Córdoba. No teníamos ni papel higiénico en los baños. Esto también desalienta al estudiantado, porque las bibliotecas no están bien equipadas en términos de bibliografía o incluso con las condiciones edilicias necesarias para estudiar. Yo tenía muchos compañeros y compañeras que no tenían en sus casas un espacio tranquilo, a veces no tenían ni computadora en su casa. En la facultad no había recursos para esas personas y eventualmente terminaron abandonando.

El reto principal, creo, fue el poder hacer de la filosofía una profesión, poder insertarme laboralmente en la universidad y en las instituciones académicas. Especialmente porque son procesos que llevan mucho tiempo y cuando a una le urge el dinero para poder mantenerse, no se hace fácil.

¿Y dentro de la filosofía?

Dentro de la filosofía el reto más importante ha sido poder mantenerme flexible en el marco de cierta tendencia a la cristalización y mecanización de los dispositivos de interpretación de los textos filosóficos. Siempre es más fácil recorrer los caminos más transitados, y es muy difícil cuando una se propone hacer algo nuevo. Mi sensación es que constantemente estoy tratando de desaprender los formatos adquiridos, haciendo un esfuerzo por complejizar la manera en la que formulo mis preguntas.

En mi caso particular, me dedico a la filosofía antigua, pero me interesa especialmente el lugar que ella ocupa en el debate posestructuralista. Me ha costado encontrar un lugar a causa de ello.

Para los helenistas, cualquier apropiación filosófica de la antigüedad carece de interés por su carácter anacrónico, y a los debates filosóficos más contemporáneos solo les interesa la rigurosidad filológica e histórica en una cuota muy pequeña. Algo tan sencillo como querer hablar del Platón de Gilles Deleuze, por ejemplo, me ha costado un esfuerzo muy grande, sobre todo al momento de someter mis artículos a revisión. Me cuesta encontrar revistas y algunas me tienen más de un año esperando porque no disponen de referatos para lo que escribo. Atribuyo estas dificultades mayormente a los criterios de producción académica.

Por un lado, tiene que ver con los criterios de excelencia para la producción, que son más cuantitativos que cualitativos. Esto a veces repercute de manera negativa sobre los resultados porque no respeta los tiempos largos, propios del proceso de reflexión y de creación. Esto quizás se deba a una tendencia a la mecanización y homogeneización de los criterios de selección para la financiación. Si una persona tiene que evaluar un montón de candidatos para una beca, es más fácil ver cuántos artículos publicó y qué índice tiene la revista, más que analizar el contenido de los artículos. Asimismo, es un problema que estos modelos de evaluación estén exportados de las ciencias duras, donde la investigación se desarrolla de otra manera y busca otro tipo de resultados. Por ejemplo, en filosofía, es mucho más efectivo escribir un libro sobre el tema que una trabaja, porque las ideas se pueden desarrollar y argumentar en extensión. Sin embargo, para los criterios de selección del organismo nacional de ciencia y técnica de la Argentina, que asigna un puntaje a la producción para decidir si otorga una beca o acepta a una investigadora para la planta permanente, un libro no vale nada en comparación con un artículo en una revista indexada.



Quizás si se desarrollara un sistema específico para las humanidades se evitarían algunos de estos problemas. Por otro lado, la excesiva especialización es causa de una parcelación de la filosofía en distintas áreas, lo cual genera falta de diálogo y cooperación en la producciones del pensamiento que, según creo, necesita de la multidisciplina y la pluralidad de perspectivas para

mantenerse vivo. Tal vez ahora con las nuevas modalidades virtuales, las clases sean multidisciplinarias en mayor medida. Yo soy una ferviente defensora de la multi e interdisciplina. He cursado una maestría interdisciplinaria en la Universidad de Buenos Aires en la que tuvimos perspectivas psicoanalíticas, antropológicas, literarias, sociológicas y filosóficas sobre el problema de la subjetividad. Por ello conozco de primera mano las riquezas de la pluralidad de perspectivas, aunque también las dificultades. Mi impresión es que se trata de una tendencia que crece y tengo fe en que a medida que se afiance se irán superando las dificultades.

Hay quienes ven a la filosofía como un quehacer solitario. Mi visión es otra. Soy deleuziana, de modo que creo que el pensamiento no es algo que pueda buscarse sino que irrumpe, e irrumpe porque responde a los problemas que nos aquejan. Pero los problemas no son individuales, sino siempre colectivos y sociales. Por eso estoy convencida de que nada se puede hacer desde el encierro.



En Argentina mi experiencia como becaria del CONICET siempre ha sido muy buena porque he tenido la suerte de trabajar con profesionales de alto nivel académico, como el Dr. Edgardo Castro, la Dra. Claudia Mársico y el Dr. Esteban Bieda. Siempre he tenido un diálogo fluido y enriquecedor con mis colegas y mi trabajo se ha visto beneficiado por eso. Mi estancia en México ha sido la primera que he tenido fuera del país. Actualmente me encuentro en

Ciudad de México gracias a una beca de la DGAPA en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con la asesoría de la Dra. Flores Farfán. El llegar a México significó un cambio muy positivo en mi vida. La novedad sensorial, los aromas, colores y sonidos, toda esa información de la percepción generó en mí un alud de conexiones neuronales y disposiciones espirituales que me dieron un aire nuevo. Esto ha repercutido en mi trabajo, que es muy diferente aquí de lo que era en Argentina.

Además, me fasciné con la cultura, especialmente con la manera en la que se vive aquí la religión y las fiestas. Siento que aquí las fiestas marcan el tiempo. Le leo a mi hija libros infantiles con relatos mixtecos, zapotecos, mayas, y con ella voy aprendiendo la potencia de estas culturas prehispánicas y el significado tan particular que tiene la colonización aquí en México. Lo que ha sido difícil son las restricciones que hemos sufrido a causa de la crisis sanitaria. Cuando llegué, la facultad estaba tomada, y luego se vino el encierro por la pandemia, por lo que no tuve la oportunidad de habitar el espacio de Ciudad Universitaria. Esto afectó mi trabajo, porque si bien las plataformas nos han permitido mantenernos comunicados, hubo algo del encierro que me recortó las alas, por decirlo metafóricamente.

Para poder leer y escribir es necesario que el cerebro esté ágil y flexible. La falta de sol, la falta de ejercicio físico y de espacio para desplazarse, así como la falta del contacto con el cuerpo social que son los amigos y colegas me afectó profundamente en mi producción de este año que, si bien ha sido prolífera, siento que tiene algo pesado en ella. Pero más allá del encierro, hasta ahora mi experiencia de trabajo ha sido muy enriquecedora y fascinante. Tengo la suerte de trabajar con la Dra. Flores Farfán y un equipo de colegas excelentes con quienes he podido entablar un intercambio que me ha ayudado a crecer y desarrollarme, lo que constituía mi principal objetivo para esta estancia.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

En Argentina daba clases de Filosofía Antigua en la carrera de grado en la Universidad Nacional de San Martín y en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales. También daba una materia titulada “La actualidad de la Filosofía Antigua” en el marco de una especialización de posgrado en la Universidad de Buenos Aires. Actualmente me dedico a la investigación, gracias a la beca posdoctoral de la Facultad de Filosofía y Letras, en la UNAM.

Actualmente mi trabajo está enmarcado en un proyecto posdoctoral sobre maternidad y reproducción en la filosofía griega del periodo clásico, más específicamente, en el *corpus* platónico. La pregunta principal que motiva esta investigación es acerca de las representaciones de la maternidad y la reproducción en el pensamiento político de Platón. Especialmente porque se trata de un filósofo que le dedica mucha reflexión a la muerte y, según parece, muy poca al nacimiento. Sin embargo, si leemos atentamente, en su obra el parto y el nacimiento son una metáfora frecuente, especialmente para pensar la producción del conocimiento. Asimismo, se ocupó de legislar la gestación, el parto y la crianza en sus dos modelos políticos en *República* y *Leyes*. También participo de otros proyectos colectivos sobre filosofía antigua y filosofía francesa contemporánea, dirigidos por la Dra. Claudia Mársico y el Dr. Edgardo Castro, quienes han sido mis directores tesis de doctorado, investigación cuyo enfoque fue la recepción de la filosofía de Platón en la obra de Gilles Deleuze.

¿En qué proyecto de investigación estás actualmente?

¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Mi trabajo, desde sus inicios con la beca del CONICET que me permitió doctorarme, siempre se ha desarrollado en la intersección de la filosofía antigua y el debate contemporáneo de la filosofía francesa y continental. Me interesa la manera en que los elementos conceptuales del pensamiento griego se resignifican en el marco de sus apropiaciones contemporáneas. Por eso, el objetivo principal de mi proyecto posdoctoral es echar luz desde la relevancia que tiene el tema para los debates feministas actuales, sobre el rol que tienen la reproducción y el nacimiento en el proyecto político de Platón. Atendiendo especialmente a la tensión que existe en su obra, entre una mirada peyorativa sobre el nacimiento como una forma disminuida de producción en comparación a la producción del conocimiento y una mirada que le da una gran relevancia en tanto función social y política.

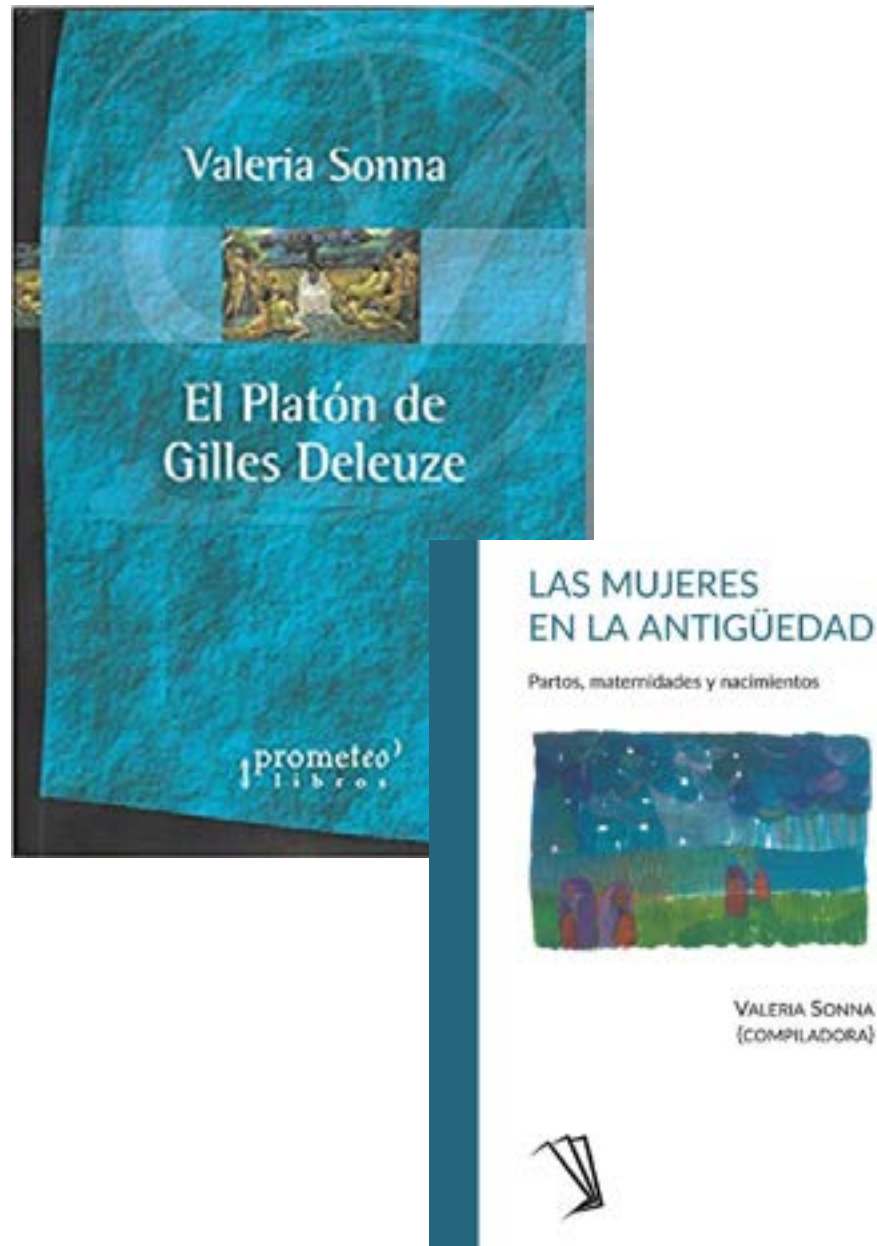
Se suele afirmar que la cultura y el pensamiento occidentales están centrados en la muerte. En su libro *Being born*, Alison Stone afirma que esto es una consecuencia de un descuido del nacimiento y la natalidad, que puede rastrearse en sus orígenes griegos. Yo pienso que, como muchas veces sucede, cuando una revisa las fuentes griegas se encuentra con que las cosas no son

como parecen y que quizá lo que sucede es que, actualmente, como cultura y sociedad, tendemos a interpretar los textos antiguos desde una lente particular, en este caso, la necrofilia que denuncia Stone. El tema con estas lentes es que operan de manera implícita e inconsciente, de modo que desandarlas requiere un trabajo de sacar a la luz lo que subyace en el fondo, en el *fuscum sub nigrum* sobre el que se recorta lo que se supone evidente.

“El concepto de natalidad de Arendt implica que, en su sentido de iniciativa y acción, es la actividad política por excelencia”.

Por eso pienso, al igual que Stone, que es importante pensar la natalidad. El concepto de natalidad de Arendt implica que, en su sentido de iniciativa y acción, es la actividad política por excelencia. Por lo tanto, la natalidad, y no la mortalidad, sería la categoría central del pensamiento político. Partiendo de esta línea de interpretación, el objetivo general de mi actual proyecto es explorar la concepción sobre el parto, la maternidad y la reproducción en el ámbito de la filosofía de la Grecia antigua, principalmente en el *corpus* de Platón, un terreno no muy recorrido hasta el momento.

Algunas colaboraciones y obra propia de la autora



Carlos Alberto Vargas Pacheco



Nació el 26 de octubre de 1985

En la Ciudad de México

Institución de adscripción: Colegio de Filosofía, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

¿Cómo y por qué llegaste a la filosofía?

Mi primer acercamiento a la filosofía se dio cuando realicé mis estudios de bachillerato en el Centro Universitario México donde, como casi todos los jóvenes que cursan su educación media superior, entré en contacto con las

materias de Lógica y Ética. Me gustaban mucho esas asignaturas, aunque debo admitir que prefería otras materias: Literatura, Historia, Matemáticas y Física, principalmente. Me interesaban mucho las asignaturas que me transportaban a otras culturas y otros tiempos, acaso porque me permitían reconocer que el presente por el que atravesaba —que no era el más afortunado— no era la única realidad existente. Al verme en la necesidad de elegir un área de las cuatro que encauzan hacia alguna profesión en el nivel superior, tuve que debatirme entre mis gustos por la cultura y la presión social que ejercía mi madre, la mayoría de mis maestros y unos cuantos amigos para que optara por una licenciatura que me permitiera garantizar un sustento económico estable.

Desfilaron ante mí algunas licenciaturas que suelen ser elegidas por muchos jóvenes y, por supuesto, sopesé la posibilidad de ingresar a alguna de ellas. Sin embargo, entre más me enteraba de lo que se podía aprender en esas carreras, más me percataba de que ello no era para mí. Y entre los recorridos por averiguar de qué iban las diversas carreras de licenciatura, me topé con la oferta de filosofía. Miré los planes de estudio de dicha carrera y sentía una profunda atracción. Me parecía entonces que las materias de la carrera en filosofía combinaban una aproximación a diversas cuestiones que me gustaban: la cultura, la historia y, además, abordaban temáticas que había visto en materias relacionadas con la ciencia. También aparecían asignaturas de las que nunca había oído, pero que me intrigaban por los temas. Con diecisiete años, decidí que quería estudiar filosofía, por la sencilla razón de que en dicha carrera se trataban cuestiones que me interesaban profundamente.

Mi decisión no fue del agrado de nadie. O de casi nadie. En su momento, mi madre y algunos tíos, varios profesores del bachillerato, así como unos cuantos amigos que son mayores que yo, consideraron que mi elección era una especie de capricho juvenil, una suerte de arrebatado adolescente con el cual estaba condenando mi futuro hacia un abismo.

No faltaron quienes me sugirieron estudiar una carrera que garantizara mi sustento y después, si quería realmente acercarme a la filosofía, que lo hiciera cuando mi vida estuviera lo suficientemente asentada.

Todas esas recomendaciones (o reproches) me generaban temores y profundas inseguridades. Es una sensación terrible aquella en la que parece que uno mismo se arroja al precipicio. Recuerdo aquella época como un periodo de mucha frustración, acaso porque no contaba con la suficiente capacidad

para defender mejor mis decisiones y porque, debido a la edad que tenía, los mayores imponían el criterio de la experiencia para tratar de disuadirme de la decisión que estaba por tomar. Hubo distanciamientos y silencios con muchos de aquellos que desestimaron mi elección. Sin embargo, de quien más me importaba la opinión, mi madre, hubo una cierta resignación, pues, a pesar de no compartir conmigo la decisión que había tomado abrigó la confianza de que seguía una vocación difícil, pero auténticamente mía. En este sentido, siempre estaré agradecido con ella pues, aun sin estar plenamente de acuerdo conmigo, terminó por respetar mi decisión y, finalmente, la apoyó.

Aquellos tiempos amargos, por fortuna, no fueron solitarios. Tuve amigos y amigas que se encontraban pasando por situaciones semejantes, debido a que también habían optado por estudiar carreras de humanidades. Encontrábamos consuelo entre nosotros y nos alentábamos a seguir con nuestras decisiones. Ese acompañamiento, con aquellos y aquellas que también optaron por un camino a la filosofía o las letras, fue un bálsamo para mí y tanto me apoyaron que aún persiste nuestra amistad. Además de estas amistades, hacia mi último año del bachillerato, el profesor de la materia de Doctrinas filosóficas me alentó y ayudó mucho para asumir mi decisión. La presencia de aquel maestro fue decisiva y su motivación y confianza me soportaron, ahí donde no paraban las advertencias de que mi camino profesional era equivocado. Gracias a aquel profesor, comprendí que el magisterio es mucho más que ser un transmisor de información.

Ingresé, pues, a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM para cursar la carrera de Filosofía. Recuerdo aquello como un momento donde confluían sensaciones encontradas. Por un lado, sentía emoción al ingresar a la universidad, pero también me sentía abrumado por la enorme cantidad y diversidad de personas que había. Era muy tímido, por lo que tardé en hacer amistades y, más bien, me mantenía en contacto con las amigas y los amigos que venían del bachillerato conmigo. Al empezar a estudiar en la Facultad, me di cuenta de lo poco que sabía realmente sobre la filosofía. Al escuchar a mis maestras y maestros quedaba perplejo, pues me daba cuenta de que me hacía falta comprender los usos de ciertos términos, aprender a pensar de un modo distinto y, en suma, enriquecer mi cultura general. Pese a la conciencia de mis carencias, me fascinaban las materias que cursaba, aunque, como en todo, hubo algunas que no fueron de mi entero agrado.

“Ese acompañamiento, con aquellos y aquellas que también optaron por un camino a la filosofía o las letras, fue un bálsamo para mí y tanto me apoyaron que aún persiste nuestra amistad.”

Varias veces, la complejidad de la carrera me hizo pensar que, tal vez, la filosofía no era para mí. Resultaba muy complicado acceder a las lecturas y, además, era difícil comprenderlas. Además, pasé por esa experiencia que, creo, le pasa a más de uno: me percaté de que había compañeros y compañeras que destacaban y se les notaba una facilidad en el manejo del lenguaje y los conceptos que, por más que me empeñaba en dominar, no lograba desarrollar con tal claridad. Este tipo de limitantes eran las que, por momentos, me empujaban a pensar que, quizás, debía abandonar la filosofía. Sin embargo, también debo decir que muchas de las clases que tomé resultaron sumamente consoladoras, y no porque dieran solución a mis problemas, sino porque estimulaban tanto mi pensamiento, que quedaba fascinado por cómo la Filosofía nos enseña a hallar un sentido en medio de la incertidumbre. Asimismo, puesto que comenzaba a congeniar mejor con mis compañeros y compañeras, los diálogos en los pasillos o en el «ágora» de la Facultad también resultaban estimulantes y alentadores. Ello me daba ánimos para retomar las lecturas, esforzarme por escribir mis ideas y por reconocer que el diálogo es la base para entender mejor los temas y las lecturas que tan complejas me parecían. Esos diálogos con las compañeras y los compañeros, acompañados de café o las tertulias que ocasionalmente llevábamos a cabo, así como un mayor trato con mis profesores y profesoras, fue lo que me permitió continuar con mis estudios y hacerlo de manera gozosa.

Poco antes de lograr concluir la carrera, comencé a trabajar como docente en el nivel medio superior y como ayudante de profesor en la propia Facultad hasta que alcancé mi título de licenciatura. Ambas experiencias laborales reafirmaron mi convicción de querer dedicarme por completo a la docencia y a la investigación filosófica. Finalmente, concluí mi carrera y elaboré mi tesis

con dificultades, pues tenía que conciliar mi trabajo docente con el final de mi formación profesional.

Tras titularme, ocurrieron varios cambios en mi vida. Por un lado, en el ámbito personal, me independicé para comenzar mi vida al lado de mi esposa. Este cambio fue muy importante para mí en el camino a la filosofía, porque la presencia de mi pareja siempre fue un soporte vital para seguir mi formación académica. En este sentido, me considero muy afortunado por haber hallado a una pareja que siempre ha considerado que mi quehacer era inseparable de mi vida y que, por lo mismo, lo apoyó incondicionalmente. Asimismo, he procurado apoyarla en su desarrollo profesional y académico. Este acompañamiento o complicidad en el crecimiento académico de ambos, sin duda ha sido un factor fundamental para continuar en el ejercicio académico.

Por otro lado, en el terreno laboral, después de obtener mi título, fui invitado a trabajar en la Coordinación de la carrera de Filosofía. En principio, tal colaboración solo estaba pensada para llevarse a cabo hasta que ingresara a la maestría del Posgrado en Filosofía de la UNAM. No obstante, me resultaba tan gratificante el trabajo, que consideré oportuno continuar laborando allí mientras realizaba mi maestría. Me mantuve en el quehacer administrativo durante el desarrollo y obtención de mi maestría y hasta la mitad de mi doctorado. Asimismo, mientras realizaba mis estudios de posgrado pude comenzar a dar clases como profesor, por lo que mi labor académica se vio todavía más enriquecida.

En un balance general, considero que mi camino en la filosofía ha sido afortunado y que he logrado afrontar las complicaciones que han surgido en el trayecto. Si tuviese que expresar en una palabra lo que siento al revisar mi andar, quizá el término preciso sea *gratitud*. No solo por las oportunidades se me han brindado, sino por las complicaciones que pasé para robustecer mi convicción y mi trabajo académico. Creo, sin embargo, que todavía hay mucho por seguir aprendiendo en este quehacer. En sentido estricto, nunca se deja de aprender y de sortear vicisitudes cuando se trata de esta disciplina.

¿Qué representan para ti las humanidades?

Parto de la idea, tradicional en cierto sentido, de que las humanidades son aquellas disciplinas que se concentran en comprender qué es lo que somos nosotros, en cada caso. La pregunta que inquiere por nuestro propio ser no es sencilla de responder ni tampoco logra resolverse a través de un único estudio. En este sentido, quehaceres como la historia, la literatura, la poesía, la música, las artes plásticas, la filosofía, la filología, la pedagogía, por poner unos cuantos ejemplos, son la expresión de esa diversa aproximación que se ha desarrollado, desde antaño, para poder comprender a ese ente que denominamos *humano*.

Considero que la noción de *lo humano* ha sido algo muy problemático. Tradicionalmente se asumía una idea sustancialista o esencialista de lo humano. Esto implicaba asumir, como un principio fundamental, que existía una *naturaleza humana*, distinguible de otras naturalezas y con características específicas. En esa visión tradicional, las humanidades serían los estudios de las características que confluyen o, mejor dicho, que emanan de aquella sustancia última a la que propiamente se le podría denominar *lo humano*. Bajo este planteamiento, *a priori*, quedaba establecido que los seres humanos nos hallamos esencialmente conectados y que las diferencias culturales como la lengua, la historia particular de nuestro contexto, las tradiciones, las expresiones artísticas y demás aspectos culturales, solo eran cuestiones que nos singularizaban, pero no alteraban eso que algunos llamaban *esencia humana*. Frente a esta idea tradicional, los diversos campos disciplinares de las humanidades han cuestionado esa visión esencialista de lo humano, al punto de señalar que, en realidad, *lo humano* no parece obedecer a una sustancia o una esencia fundamental de los individuos.

“Por lo mismo, creo que las disciplinas que conforman a las humanidades han asumido que su quehacer siempre requiere puentes entre sí, por lo que su labor es —y ha sido— desde su origen *interdisciplinaria*”.

Por lo menos desde el siglo pasado, aquellas disciplinas llamadas *humanidades* han puesto en crisis la noción misma de *lo humano*. Y en este ejercicio crítico, han cuestionado la prerrogativa de principios universales o absolutos que establecían la definición de lo que somos en cada caso. En este sentido, me parece que, en el mundo contemporáneo, las humanidades no han abandonado la intención de inquirir sobre cómo somos nosotros mismos, pero han renunciado a ideas sustancialistas y han asumido que la complejidad humana no puede agotarse en una única perspectiva. Por lo mismo, creo que las disciplinas que conforman a las humanidades han asumido que su quehacer siempre requiere puentes entre sí, por lo que su labor es —y ha sido— desde su origen *interdisciplinaria*.

Sin embargo, pese a que la noción de *interdisciplinarietà* ha estado en boga en los últimos tiempos, y que las humanidades me parecen interdisciplinarias de origen, el quehacer de estas se ha visto expuesta a la lógica de la *especialización*, categoría acaso más adecuada a los procesos de ciencias naturales y ciencias médicas (y aun ahí me pregunto si realmente ha sido adecuada). El problema con la especialización en las humanidades, a mi juicio, es la muy delgada línea entre la profundización en un determinado campo de estudio y la desarticulación de ello con otros saberes.



Por tal motivo, a pesar de que considero que las humanidades poseen una dinámica interdisciplinaria de inicio, también creo que es importante no solo recordarlo y mantenerlo presente continuamente, sino hacer patente mediante los resultados de los estudios en humanidades, que su impronta es la convergencia de las diversas áreas humanísticas. Esto me parece de suma importancia dado que la inercia de los estudios académicos ha tendido a poner mayor énfasis en lo especializado que en la visión de conjunto que se puede generar mediante los diversos enfoques de las disciplinas humanísticas. Considero, en este sentido, que las humanidades deben cuestionar la exigencia de la especialización y ponderar su visión de conjunto en el ejercicio de sus investigaciones, lo cual implica, concretamente, trabajar más estrechamente entre sí, reconociendo la valía de cada disciplina humanística para la comprensión de fenómenos complejos. El individualismo al que puede conducirnos la especialización no es conveniente para el quehacer humanístico.

¿Cuáles han sido los retos más importantes que has enfrentado en tu camino a la filosofía?

Tomar la decisión de estudiar la carrera de filosofía no suele ser fácil. Un primer reto por el que pasé al optar por dedicarme a estudiar la carrera fue el de encontrar una cierta legitimidad ante aquellos que cuestionaban mi decisión. Fue importante, en su momento, tratar de hacer ver que la elección por la disciplina no era un sinsentido, pese a la opinión mayoritaria, según la cual, dedicarse a ámbitos profesionales que parecen tener mayores retribuciones económicas sería lo correcto. Hallar un modo para no dejarme persuadir de que había tomado una decisión equivocada fue, sin duda, el primer gran reto en mi camino.

Un modo que encontré para no disuadirme de la decisión de estudiar filosofía fue asumir mi gusto por enseñar. Consideré que podría lograr, en su momento, alguna oportunidad laboral en la docencia. Además, conforme iba avanzando en la carrera, me quedaba más claro que aquellas advertencias que se sustentaban en la idea de que en ella no hay ningún futuro laboral, en general ignoraban lo que implica el quehacer filosófico. Me pareció fundamental,

entonces, tratar de divulgar contenidos filosóficos. Con esa motivación en mente, en el verano entre mi segundo y tercer semestre, aproveché que vivía muy cerca de una biblioteca pública y ofrecí impartir un taller de verano de filosofía. Aquella actividad fue voluntaria, pero tuvo buena aceptación, por lo que al siguiente verano me volvieron a brindar el espacio y, además, con retribución económica.

Me quedó claro, entonces, que eran falsas las advertencias que consideran que los filósofos «se mueren de hambre».

Vinculado con lo anterior, otro gran reto en mi formación académica fue la situación económica. A pesar de que logré tener en claro que no era un despropósito estudiar la disciplina y que podía crear espacios en los cuales desempeñarme enseñando mi quehacer (lo cual consideré un primer reto), también resultaba evidente que las retribuciones por mi trabajo eran insuficientes para mantenerme. Semejantes insuficiencias monetarias se debían, sin embargo, no al quehacer de divulgación filosófica, sino al hecho de que se trataba de proyectos breves, limitados y ocasionales. De manera que tenía que resolver cómo lograr un ingreso económico más estable, al tiempo que me permitiera seguir estudiando la carrera. Puesto que tuve la fortuna de continuar en contacto con quien fuera mi profesor de filosofía en el último año de bachillerato —y en quien me apoyé para impartir aquellos talleres de verano—, al ver que requería un trabajo un poco más estable, me ofreció una oportunidad de colaborar con él para elaborar materiales didácticos de Enseñanza de la Filosofía en el nivel medio superior.

Esta labor fue excelente, no solo porque no me alejaba de mi formación profesional, sino porque impulsó mi labor de investigar mucho más a fondo todo cuanto aprendía en la carrera, y me permitió desarrollar el ejercicio docente hacia el cual me sentía muy fuertemente llamado. Dicho trabajo duró poco, pero me dio la experiencia suficiente para comenzar a impartir clases en el nivel medio superior. Me volví profesor de bachillerato en el último año de mi licenciatura y esto me permitió una estabilidad económica (cuestión que me apremiaba), al tiempo que pude continuar mi formación.

Sin embargo, la docencia es una labor compleja y demandante, como podrán constatarlo las y los colegas que se dedican a este noble oficio. Tuve que lidiar mucho entre el trabajo de preparación e impartición de clases y el cumplimiento de mi último año de la carrera y la elaboración de mi tesis. En medio de esta circunstancia, poco antes de titularme, recibí la propuesta

de colaborar con el Dr. Josu Landa como profesor ayudante en la carrera de Filosofía. Aquel periodo como ayudante del Dr. Landa, así como la vasta experiencia que tuve siendo profesor de bachillerato, aunado a nuevos proyectos veraniegos de enseñanza filosófica que organicé y llevé a cabo, me dieron las bases necesarias para poder ser un profesor universitario.

Una vez que alcancé mi título de licenciatura, atravesé por diversos cambios en mi desarrollo profesional que fueron fundamentales. Uno de dichos cambios, fue la conclusión de mi formación como ayudante de profesor y la oportunidad de incorporarme a la Coordinación de la carrera en Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, como secretario técnico. Mis labores consistían, fundamentalmente, en orientar a los estudiantes en todo lo concerniente a su trayectoria escolar (inscripciones de materias, apoyo para generar planes de avance curricular, en función de sus necesidades y apoyo en los trámites de titulación).

Esta experiencia me permitió conocer a profundidad el plan de estudios de mi carrera y me brindó la posibilidad de orientar a muchas/os jóvenes para que cursaran su licenciatura, con el mayor provecho posible. Después de tres años como secretario técnico, asumí el cargo de secretario académico de la misma Coordinación. En dicha labor, además de continuar orientando al estudiantado, me concentraba en el apoyo a las y los profesoras/es en todo lo concerniente al desarrollo académico de sus cursos, seminarios, coloquios y demás ámbitos del quehacer académico. Mi trabajo en la Coordinación me hizo comprender el vasto ejercicio y el enorme desarrollo de la filosofía en mi Facultad y en mi universidad, pero también me permitió adquirir una comprensión amplia de cómo se desarrolla la disciplina en otras universidades, tanto nacionales como extranjeras, con las que colabora el Colegio de Filosofía de la Facultad. Me permitió tener, en suma, una visión global del ejercicio filosófico contemporáneo. No exageraría al afirmar que este trabajo fue una suerte de segunda formación profesional para mí.

En el mismo periodo que pude colaborar con la Coordinación de la carrera en Filosofía, llevé a cabo mis estudios de posgrado. Esta circunstancia me colocó, nuevamente, en el reto de equilibrar mi trabajo con mis estudios. Huelga decir que, debido a que opté por seguir laborando mientras desarrollé mi maestría y doctorado, renuncié a becas, por lo que no pude ser un estudiante de posgrado dedicado por entero a la investigación, ni tampoco tuve la

oportunidad de realizar estancias académicas en universidades extranjeras. Mi sustento dependía de que pudiera seguir trabajando.

Sin embargo, considero que parte de la formación que adquirí por mi trabajo dentro de la Coordinación de Filosofía me permitió abrirme caminos en la investigación filosófica, pues hizo posible que conociera de cerca el trabajo del claustro académico de mi Facultad, así como de académicos de otras latitudes. Asimismo, pude integrarme en redes de colaboración académica, lo cual enriqueció mi formación ampliamente. Pese a que fue complicado conciliar la labor académico-administrativa con mi formación de posgrado, finalmente logré obtener mi grado de maestría, para, posteriormente, ingresar y desarrollar mi trabajo de doctorado.

“He aprendido que dando la mano a otras y otros es como se pueden superar los retos y procurar un mayor desarrollo del quehacer filosófico.”

Hacia la mitad del desarrollo de mi doctorado, se me presentó una oportunidad muy importante. En la licenciatura en Filosofía se requería ampliar un área del plan de estudios, concerniente a los procesos metodológicos relativos al quehacer filosófico. Puesto que, como he indicado líneas atrás, desde muy temprano me dediqué a generar mecanismos y diseñar propuestas tanto de enseñanza filosófica, como de procesos de investigación, mi perfil académico resultaba afín al requerimiento del área. Se evaluó mi trayectoria y se consideró que era un candidato adecuado para ocupar una plaza como profesor de tiempo completo en el Colegio de Filosofía. Desde luego, me sentí enormemente honrado con la designación. En virtud de dicha oportunidad, dejé mis labores en la Coordinación para dedicarme de lleno a la labor académica, en la que actualmente me encuentro trabajando.

Considero que mis retos en el camino a la filosofía han sido, en general, cuestiones que atañen a cómo lograr ejercer la profesión y, en este sentido, encontrar trabajos que no impliquen sacrificar la propia formación y el avance paulatino hacia mayores logros académicos. Reconozco que tuve

oportunidades que no siempre se dan, pero también admito que procuré aprovecharlas al máximo. Puesto que viví varias dificultades a lo largo de mi formación académica y profesional (como el hecho de no contar con dinero suficiente para pagar el transporte público o para conseguir las lecturas, o no contar con un espacio propio para estudiar y concentrarme en mis lecturas y trabajos, o tener que trabajar durante el día y solo contar con las madrugadas para estudiar), suelo asumir que las y los colegas que optan por la filosofía y procuran abrirse un camino en ella, también realizan un tremendo esfuerzo que implica muchos sacrificios y, a veces, rebasa las condiciones de cada una/o. En este sentido, cada que me es posible procuro ayudarles, pues creo que, así como he recibido ayuda en mi camino, así he de brindarla. He aprendido que dando la mano a otras y otros es como se pueden superar los retos y procurar un mayor desarrollo del quehacer filosófico.

¿Y dentro de la filosofía?

La filosofía siempre es inquietante. Lo que quiero decir con esto es que se trata de un quehacer muy dinámico que, la mayoría de las veces sacude por completo el modo de pensar y, consecuentemente, el modo de vivir. Desde mi perspectiva, asumir esta tumultuosa agitación del pensar ha sido el mayor reto dentro de la Filosofía. Ya desde los primeros momentos en los que me acerqué al trabajo filosófico, como estudiante, atravesé por un proceso interno de depuración de creencias. Muchas ideas que habían sido inculcadas desde la infancia, por ejemplo, la práctica de creencias religiosas, se vieron sometidas al rigor de la crítica, lo cual derivó en una suerte de depuración de prejuicios importante y, en consecuencia, en una modificación en el modo de desenvolverse en la vida cotidiana.

Pocas veces se repara en el hecho de que estudiar filosofía es una especie de depuración de creencias. Es una labor que orilla a desarticular muchas convicciones, a someterlas a crítica y, acaso, a abandonarlas pese lo inherente que creyéramos que son para nuestra existencia. Este proceso —equiparable, en cierto sentido, a una terapia— no se halla exento de agitaciones o de dolores. No es fácil desprenderse de lo que se cree tan propio, sobre todo porque esas creencias lo acompañan a uno desde pequeño y, por supuesto, abandonar esas ideas es, en cierto sentido, separarse de quienes las inculcaron. Pese a la

tensión interna que implica este ejercicio depurador, se trata de una vivencia tremendamente liberadora, que permite ser de otro modo, más abierto a la alteridad y a la agitación del pensar.

Por otro lado, un reto innegable para quienquiera que desea adentrarse en la filosofía es la dificultad que supone conocer y comprender el lenguaje de este quehacer. Como sabemos, los depositarios que han permitido la manutención de las grandes ideas o teorías filosóficas son los libros y, por ello, la habilidad fundamental para comenzar a conocer de filosofía es la lectura. Sin embargo, leerla es un reto que exige mucha paciencia, dedicación, pues este tipo de lectura no se limita a extraer las ideas principales de lo expuesto en los textos, sino que, además, es fundamental aprender a dialogar con el texto, interpelarlo y cuestionarlo para tratar de llegar al fondo de aquello que pensaba el o la autor/a de esas obras. Ahora bien, si la lectura filosófica es ardua, el complemento de esta labor, a saber, la escritura, es otra importante habilidad que resulta fundamental desarrollar. La expresión escrita que procura desarrollar un pensamiento no siempre es fácil; ha de ser cuidadosa y rigurosa en su desenvolvimiento, al tiempo que clara. Solo la práctica continua de semejante actividad logra la adquisición de estas habilidades.

Otro reto en el propio quehacer filosófico es el de tratar de hacerse de una voz propia. Me parece claro que la forma en que cualquier estudiante de filosofía aprende sobre las temáticas complejas de la tradición filosófica, es a través del trato con las obras mismas y el acompañamiento de los y las docentes. Al mismo tiempo, dicha guía permite conocer diversos modos de apropiación e interpretación de las ideas. Muchas veces, ello se aprende con tal familiaridad que resulta complejo lograr articular un camino distinto del que se enseña. Y, aunque los propios profesores y profesoras incentiven el ejercicio de crítica, incluso hacia sus propias lecturas, asumir el paso hacia un pensamiento propio es una cuestión sumamente difícil y, no obstante, fundamental para abrazar el pensar.

¿Has tenido estancias académicas? ¿En dónde? ¿Y cuál fue tu experiencia?

Hasta el momento, no he contado con estancias académicas. Sin embargo, pude entrar en contacto con académicos y académicas a nivel nacional e internacional, que me han invitado a coloquios y seminarios. Gracias a ello, he podido producir algunos artículos que se han publicado en libros o revistas académicas de diversas partes del país, así como en revistas internacionales.

Pese a que, desde luego, no han sido estancias académicas como tales, sin embargo, considero que la posibilidad de trabajar con investigadores e investigadoras de otras universidades amplía enormemente los horizontes del quehacer filosófico académico. Ello permite conocer no solo líneas de investigación que nutren las propias, sino también estrategias metodológicas que enriquecen las de uno en el trabajo de investigación. Asimismo, ello permite el establecimiento de redes de colaboración académica y, por lo mismo, la posibilidad de llevar a cabo intercambios académicos o estancias en el futuro.

¿Dónde estás trabajando actualmente?

Actualmente soy profesor del Colegio de Filosofía y del Colegio de Pedagogía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En el Colegio de Filosofía imparto las materias de Textos Filosóficos relativos a la Filosofía antigua y Fenomenología. También imparto la asignatura de Metafísica, donde me enfoco en la revisión histórica de los problemas generales que conciernen a este ámbito de la filosofía. Además de lo anterior, imparto Enseñanza de la Filosofía, en donde reflexiono sobre los modos y los procesos en los cuales se han generado diversos dispositivos que hacen posible la transmisión de teorías filosóficas, a lo largo de la historia. Por último, en el Colegio de Pedagogía imparto un Seminario de Filosofía de la Educación, en donde reflexiono con las y los estudiantes sobre la situación educativa en el presente, desde el punto de vista de algunos filósofos del siglo XX.



¿En qué proyecto de investigación estás actualmente? ¿Podrías explicarnos los objetivos de este proyecto?

Actualmente me encuentro concluyendo mi investigación de doctorado, la cual se concentra en el análisis y crítica a la preponderancia de lo visual en el desarrollo de la filosofía y la cultura occidental, en general. La propuesta que procuro sostener, frente a dicha preponderancia es tratar de señalar que, el encuentro entre el ser humano y todo lo que le rodea y le interpela, puede comprenderse desde posibilidades distintas a la de lo visual. Propongo, en este sentido, acercarnos al análisis de la escucha como una vía distinta e, incluso, complementaria a lo visual, como otro modo de acercamiento a cuanto hay y con lo que habitamos. Considero, en este sentido, que la música brinda elementos para acercarnos a ese otro modo de encontrarse con lo que hay y, por ende, propongo incorporar elementos del quehacer musical a la reflexión filosófica.

Por otro lado, también participo en un proyecto de investigación colectivo que se titula *Metafísica y Paideia*, a cargo del Dr. Ricardo Horneffer. Este proyecto tiene la intención de reflexionar, desde el quehacer de la metafísica, el modo en que puede ser pensada la formación del ser humano en el presente, en medio de múltiples complejidades que confluyen en la existencia fáctica de hombres y mujeres. Este proyecto echa mano de los diversos modos en que ha sido pensada e, incluso, ejecutada la formación en el pasado, con el objetivo de rastrear los orígenes de las prácticas formativas contemporáneas. Este proyecto se lleva a cabo a través del Seminario de Metafísica de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y el Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT), de la misma universidad.

Derivado del proyecto anterior, así como de mi desarrollo en el seminario de Filosofía de la Educación que imparto en el Colegio de Pedagogía y de colaboraciones que he tenido en otro Proyecto PAPIIT dirigido por el Dr. Alberto Constante, donde se indaga la transformación de la subjetividad a partir de las redes sociales, he comenzado una investigación en torno al modo en que el ámbito de la virtualidad tecnológica impacta en los procesos formativos de los individuos. Empujado por dicho estudio, he comenzado a proponer las nociones de *educación algorítmica* y *subjetividad algorítmica* para caracterizar ese fenómeno y evaluar sus alcances en el porvenir.

Los objetivos de mi investigación de doctorado son, por un lado, efectuar una revisión crítico-histórica del desarrollo filosófico que prepondera el carácter visual del conocimiento y que, por lo mismo, determina que nuestra vinculación con lo que hay depende de la capacidad vislumbradora del entendimiento y la racionalidad. Por otro lado, el otro objetivo es indicar que existen otras vivencias que nos vinculan con lo que hay y que no se reducen a lo visual. En este sentido es que se propone mostrar la vivencia de la escucha.

En el proyecto titulado *Metafísica y Paideia* se busca comprender, desde un horizonte histórico, el modo en que se ha configurado la noción de *Paideia* en el mundo contemporáneo. Se pretende esclarecer qué tipo de idea de ser humano se está configurando en la formación del presente, a partir del desarrollo tan vertiginoso de la tecnología. Asimismo, procuramos establecer diálogos con otros quehaceres que, de alguna manera, contribuyen al ejercicio de la formación, como es el caso de la pedagogía, las artes, la literatura, la historia, la ciencia y la política. En lo particular, mi línea de investigación dentro de este proyecto es el estudio de cómo, históricamente, la metafísica

se vincula con la configuración de las ideas rectoras de la formación y la educación y, por lo mismo, analizar si dicha relación se mantiene en el presente y de qué modo, o si tal vinculación se ha fracturado.

Respecto a la investigación sobre la *educación algorítmica* un objetivo que pretendo alcanzar es comprender el modo en que los sistemas virtuales se encuentran educando a las nuevas generaciones. Este fenómeno, además, se ha acelerado en virtud de la urgencia por transitar al terreno digital la educación, por la irrupción de la pandemia por Covid-19. Conforme la investigación avance, se irán planteando nuevos objetivos. En cuanto a la noción de *subjetividad algorítmica* me encuentro rastreando las relaciones que los mundos virtuales tienen con los individuos y su repercusión en el ámbito formativo.

Algunas colaboraciones y obra propia del autor



El cuidado editorial de *¿Qué es ser filósofo?*

Miradas desde una juventud filosófica

de Alberto Constante (Coord.)

estuvo a cargo de

Editores y Viceversa,

Junio 2021.